ALBERTO MENESES

SERIE VIDAS OCULTAS 1

LA SENDA DEL OLVIDO



La senda del olvido

(Vidas ocultas I)

Alberto Meneses

Copyright © 2025 by Alberto Meneses

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual.
Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Epílogo

Siguiente novela
Querido lector
Novela gratis
Roberto Fuentes
Verónica Cuevas
Inspector Fran Merino
Contacto con el autor
Acerca del autor
Otras obras del autor

Suscripción lista de correo

Ahora puedes unirte a mi lista de correo y estar al tanto de las publicaciones y novedades del catálogo, así como disfrutar de contenidos exclusivos.

Además, podrás conseguir gratis **El precio de la culpa,** la precuela de la serie Roberto Fuentes.

Lista de correo de Alberto Meneses

https://geni.us/milibrogratis

ALBERTO MENESES

LA SENDA DEL OLVIDO



VIDAS OCULTAS 1

Prólogo

BIANCA

Solo existe una vida y una oportunidad para vivirla.

Fue lo primero que le vino a la cabeza a Bianca, mientras observaba el cuerpo sin vida tendido en la acera, cubierto por una sábana blanca.

Uno no elige la familia ni el lugar en el que nace. Hay quien lo hace en una familia adinerada y nunca le falta de nada, y quien lo hace rodeado de pobreza. Sin embargo, a pesar de esos condicionantes, uno es esclavo de las decisiones que toma a lo largo de la vida. Entre ellas, la persona con la que desea compartirla.

—¿Estás bien? —preguntó una voz femenina, situándose a su lado.

Lo cierto es que estaba lejos de encontrarse bien. Aquello no debería haber ocurrido.

Las instituciones estaban para proteger al ciudadano y, una vez más, no lo habían conseguido porque las medidas seguían siendo insuficientes. Por mucho que existiese un protocolo, estaba claro que no bastaba para evitar que muchas mujeres siguiesen encontrando el mismo trágico final.

Se había detenido al maltratador después de la primera denuncia. El juez había dictado una orden de alejamiento que le

impedía acercarse de nuevo a la víctima y ella se había refugiado en una casa de acogida, donde se suponía que estaría a salvo.

El problema era que no existía un control y un seguimiento de los movimientos del maltratador. Nada que le impidiese llegar hasta ella.

—No es culpa tuya —resonó a su lado el eco de la misma voz.

Bianca miró a la persona que le hablaba y sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta. Fue tal la impotencia que sintió en ese momento que se le escapó una lágrima que rodó por la mejilla.

—Sí lo es —acertó a decir mientras la limpiaba.

—Por supuesto que no. Fue decisión suya.

—Yo debería haberla convencido de que no lo hiciese.

—Escucha, Bianca. Llevo treinta años como asistenta social y te aseguro que, en este caso, hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano, como hacemos en todos los casos que llegan a la asociación —dijo la mujer de cabello grisáceo y rostro poblado de arrugas—. No podemos entrar en la cabeza de las personas.

—Se supone que ese es mi trabajo, Carmen.

—Tú no podías tomar las decisiones por ella.

Aunque sabía que estaba en lo cierto, eso no la aliviaba. Seguía sintiéndose responsable por no haber podido evitar aquella tragedia.

—¿Por qué lo hizo? —murmuró sin apartar la vista del cuerpo tumbado en el suelo.

En ese momento, dos policías sacaron al marido del bar donde se había refugiado tras cometer el crimen. Iba esposado, con las manos a la espalda, y la mirada clavada en el suelo. Solo cuando se disponía a entrar en la parte trasera del coche patrulla, miró a su alrededor. La frialdad que Bianca vio en sus ojos le heló la sangre. No había arrepentimiento en ellos. Al contrario, se le veía satisfecho por haber conseguido su objetivo, incluso convencido de que había hecho lo correcto.

Eso hizo que la culpa la golpease de nuevo.

—Yo podía haberlo evitado.

—Nadie podía suponer que llamaría a su marido para arreglar las cosas con él —aseguró la asistente social.

—Yo sabía que lo haría. Estaba aterrada y convencida de que tarde o temprano la encontraría. No dejaba de repetir que la única

forma de arreglar las cosas era volver con él. Intenté hacerle ver que era un error y que la única forma de estar a salvo era mantenerse alejada de su marido, pero no quiso escucharme.

—Tú misma lo estás diciendo, fue su decisión.

—¡Porque no tenía otra salida! —exclamó Bianca en un arranque de rabia. La mujer le puso la mano sobre el hombro y la miró con una comprensión que la ayudó a calmarse—. Lo siento.

—No te preocupes, entiendo que te sientas así, pero nosotras no podemos evitar que estas cosas sucedan.

—Alguien debería hacerlo.

—Para eso están las leyes. Quizás algún día se consigan evitar más tragedias como esta. Hasta entonces, tenemos que aprender a aceptarlo —dijo señalando con la mirada el cuerpo sin vida tumbado en la calle—. No podemos hacer mucho más.

—En eso te equivocas —declaró Bianca, apretando los dientes.

No fue una frase vacía, dicha por la rabia que la atenazaba. En ese momento, vio claro lo que tenía que hacer para que no se volviese a producir una tragedia como aquella. Debía tomar un camino alejado de los protocolos establecidos, rompiendo las reglas e incluso quebrantando la ley si era necesario. Sería el único modo de dar una oportunidad a las víctimas de maltrato.

La única forma de no volver a ver el cadáver de una mujer tendido en el suelo con una sábana blanca cubriéndolo.

—Hay mujeres que merecen vivir una segunda vida —murmuró con total convencimiento— y encontraré el modo de dársela.

1

MARIO

Una brisa de aire caliente le acarició el rostro al atravesar las puertas de cristal. Llevaba semanas deseando que llegase aquel momento y, sin embargo, no pudo evitar que los nervios lo atenazasen.

Mientras caminaba hacia el aparcamiento, miró a su izquierda, al cartel de «Centro penitenciario» situado en la pared de hormigón. Aquel había sido su hogar durante los últimos dos años, si es que se podía denominar de forma tan benévola un lugar que compartía con atracadores, narcotraficantes, violadores y estafadores. Y lo seguiría siendo durante al menos dos años más, a no ser que hiciese algo para evitarlo.

El problema residía en que solo disponía de cuarenta y ocho horas antes de verse obligado a regresar de nuevo a prisión, una vez finalizado el breve permiso carcelario. Muy poco tiempo, teniendo en cuenta que había perdido toda comunicación con la única persona que podía ayudarle a salir de allí.

Solo tuvo que esperar diez minutos hasta que llegó el autobús que debía llevarle a la ciudad de León. Mostró el billete impreso al conductor y ocupó su asiento, mientras notaba cómo la mayoría de los pasajeros le rehuían la mirada. Solo una mujer mayor le clavó los ojos al pasar junto a ella, de un modo que le dio a entender que no sentía ningún tipo de empatía hacia él.

Tomó asiento junto a la ventanilla y trató de controlar su ansiedad. El trayecto duraba poco más de media hora y una vez en la ciudad ya podría dedicarse de lleno a recuperar su libertad. Disponía de dos días, ya que era viernes y el domingo debía estar de vuelta en el centro penitenciario de Mansilla de las Mulas.

Una voz lo sacó de sus pensamientos antes de que arrancase el autocar.

—¿Qué piensas hacer durante el fin de semana?

Mario miró de reojo al preso que se había sentado a su lado. Lo que menos le apetecía en ese momento era hablar con otra persona y menos con alguien que provenía del mismo lugar que él. Por ese motivo, lo ignoró y fijó su mirada en la ventanilla mientras el autocar se ponía en marcha, alejándose de la prisión.

—¿Te vas a quedar en León? —insistió el otro pasado un minuto.

Con todos los asientos libres, no entendió por qué se había sentado a su lado.

—No lo sé —murmuró sin mostrar interés.

—Es mi tercer permiso y conozco muy bien la ciudad. ¿Ya tienes alojamiento?

—Si no lo tuviese, no me habrían dejado salir.

—Claro, es cierto. ¿Y dónde te alojas?

Al escuchar esa pregunta, giró la cabeza y fijó la mirada en el joven preso sentado a su lado. Pasaba de los veinte años, aunque no por mucho. Quizás la inexperiencia era lo que lo había impulsado a dirigirle la palabra, algo que estaba decidido a cortar de raíz.

Dentro de la prisión existía un estatus. Mario formaba parte de un clan cuyo cabecilla era respetado e incluso temido por muchos reclusos. Nadie se acercaba a él sin su permiso. Eso incluía también a los hombres que lo protegían y que trabajaban a sus órdenes, a los que todo el mundo solía evitar para no buscarse problemas. Por eso no entendió por qué el joven que se había sentado a su lado lo trataba con aquella familiaridad, cuando jamás había cruzado una sola palabra con él.

—Haces demasiadas preguntas —aseguró Mario, mirándolo con dureza.

—Ya. —El joven se rascó la cabellera rubia y forzó una sonrisa nerviosa—. Solo lo pregunto porque dependiendo de dónde te alojes, puedo decirte algunos sitios a los que puedes ir.

—No estoy interesado.

De nuevo puso su atención en el paisaje que se veía a través del cristal, esperando que cogiese la indirecta. No fue así.

—Puedo aconsejarte algunos sitios donde comer o tomar una copa —insistió el otro—. El Barrio Húmedo está muy bien, pero yo prefiero el Barrio Romántico. Conozco los bares con las mejores tapas y algunos locales con muy buen ambiente por la noche. Incluso los mejores sitios para ligar, si no quieres pagar por tener sexo.

Al decir eso, soltó una molesta carcajada, que llamó la atención de varios pasajeros. Eso obligó a Mario a mirarle a los ojos con tal frialdad que le cortó la risa al instante.

—¿Me conoces? —le preguntó.

—Pues claro. Eres uno de los hombres de Piñeiro.

—Debería arrancarte la lengua solo por pronunciar su nombre. —El joven tragó saliva al escuchar esas palabras—. Como vuelvas a dirigirme la palabra, tanto aquí fuera como dentro de la prisión, te aseguro que estarás varios meses bebiendo por una pajita. ¿Te ha quedado claro?

Su única respuesta fue asentir con la cabeza, a la vez que palidecía de forma visible. No tardó ni dos segundos en ponerse en pie y dirigirse al fondo del autobús para sentarse bien lejos.

Mario no sintió ningún remordimiento por tratarle de ese modo. Si algo había aprendido en la cárcel era que no podía fiarse de nadie que estuviese fuera de su círculo de confianza y menos de un chaval con el que jamás había cruzado una sola palabra. O le paraba los pies ahora o tendría que hacerlo de un modo más contundente.

Media hora después el autocar llegó a la estación de autobuses de León. Su primera intención fue buscar la salida, pero su intuición le dijo que era mejor esperar a que el resto de reclusos que le habían acompañado en el viaje lo hicieran antes, por eso se sentó en la sala de espera. El joven al que había tenido que parar los pies ni siquiera se atrevió a mirarle cuando pasó por delante de él.

Esperó unos cinco minutos y luego abandonó la estación. La temperatura en la ciudad rondaba los veinte grados, bastante agradable para estar a finales del mes de abril. Tenía memorizado el recorrido que debía realizar, así que no se entretuvo. Cruzó la calle por el paso de cebra y luego recorrió la pasarela sobre el río Bernesga para llegar a la otra orilla. Una vez en el paseo de Papalaguinda, lo recorrió en dirección a la plaza de Guzmán el Bueno y luego siguió por la avenida peatonal de Ordoño II.

La primera parada la hizo en una tienda de compraventa de tecnología, donde adquirió un teléfono. Algo sencillo y barato, suficiente para el uso que le iba a dar.

De ahí se dirigió a la plaza de la Inmaculada, donde estaba la tienda de telefonía más cercana. En ella compró una tarjeta prepago, que puso y configuró allí mismo y, en cuanto salió de la tienda, marcó el número de teléfono que había memorizado dos años antes y que solo debía usar en caso de emergencia. Podía haberlo hecho desde la cárcel, pero había demasiados oídos escuchando. Y no solo los de los presos.

Sintió alivio al ver que el teléfono daba tono. Después de seis meses sin ningún contacto, podría obtener las debidas explicaciones. El problema fue que la voz que escuchó al otro lado no resultó ser la que esperaba.

—¿Diga? —preguntó un hombre con tono grave.

—Quiero hablar con Javier Pedraza.

—¿De parte de quién?

—Un amigo —respondió Mario.

—Deberás ser más concreto.

—Me pidió que le llamara a este número si tenía problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

Mario decidió que era el momento de finalizar la llamada. Si aquella persona trabajaba para Pedraza, no le habría hecho esa pregunta.

—Es igual, llamaré en otro momento. Cuando esté disponible.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—¿Por qué?

—Porque falleció hace cuatro meses.

En ese momento, sintió cómo el corazón se le paraba.

—¿Cómo que está… muerto? —acertó a preguntar, con un nudo en la garganta—. ¿Qué le ha pasado?

—Un disparo en la cabeza hace seis meses. Estuvo en coma durante dos meses, hasta que los médicos decidieron desconectarlo. Los daños en el cerebro eran irreparables.

Ahora entendía por qué no había podido comunicarse con él durante los últimos seis meses.

Una sensación de frío extremo le recorrió el cuerpo mientras notaba cómo le costaba respirar. Conforme pasaban los segundos fue consciente del pozo en el que acababa de sumergirse su vida y del que iba a serle imposible salir por sí solo.

—¿Por qué no me dices qué te ocurre y yo veré si puedo ayudarte? —dijo la voz captando de nuevo su atención.

Mario no dudó. Cortó la llamada de inmediato y acto seguido apagó el teléfono y sacó la tarjeta, que arrojó en la papelera más cercana. Luego caminó sin un rumbo fijo, mientras su cabeza no dejaba de dar vueltas a lo que acababa de escuchar.

La única persona que podía ayudarle a no volver a la cárcel estaba muerta. No tenía a nadie más a quien recurrir ni tampoco en quien confiar.

Estaba solo.

Eso le reveló una verdad tan cruda como dolorosa: si quería seguir con vida, no podía regresar a prisión, así que disponía de cuarenta y ocho horas para encontrar un modo de escapar.

2

MARIO

Intentó mantener la calma mientras dejaba a su izquierda el edificio Botines para entrar en la calle Ancha. No todo estaba perdido. Aunque estuviese solo y no pudiese confiar en nadie, había un modo de escapar: recuperando su anterior vida. Esa que había dejado atrás antes de entrar a formar parte de uno de los clanes de narcotráfico más peligrosos del norte de España.

La cuestión era que debía hacerlo antes de que finalizase el plazo para presentarse en el centro penitenciario, una vez terminado su permiso carcelario. Antes de que le echasen de menos y tramitasen una orden de búsqueda y captura.

Para ello tenía que moverse rápido, aunque antes debía hacer algo. En realidad, no estaba completamente solo. Sí que había una persona en la que podía confiar: su hermana. El problema era que no residía en España, sino en el Reino Unido. Además, llevaba seis meses sin saber nada de ella, desde que había perdido el contacto con Pedraza.

En ese momento su prioridad fue comunicarse con ella, por eso decidió entrar en una tienda de telefonía que encontró en su camino.

La dependienta, una veinteañera bastante atractiva, le recibió con la mejor de sus sonrisas. Llevaba puesta una camiseta roja con

el logotipo de la empresa en el lado izquierdo del pecho.

—¿Qué desea, señor?

Que le llamase señor hizo que se sintiese viejo, a pesar de que hacía pocas semanas que había cumplido los treinta y dos años.

—Estoy buscando un locutorio donde tengan ordenadores con conexión a internet —le respondió—. ¿Sabes si hay alguno por aquí?

—Hay uno cerca, subiendo hacia la catedral. Si lo busca en la aplicación de mapas del teléfono, seguro que le aparece.

—Estoy sin batería. ¿Te importa indicarme por dónde queda exactamente?

—Claro.

La joven salió a la calle, con él siguiendo sus pasos, y señaló calle arriba.

—Es la tercera a la derecha. Conozco a Pedro, el dueño. Dígale que va de parte de Soraya y le hará un precio especial.

—Gracias.

Caminó por la calle peatonal sin mirar atrás, esquivando a la gente que encontró en su camino. La mayoría eran turistas que iban en grupo, siguiendo a un joven con pinta de universitario que sostenía por encima de su cabeza un paraguas naranja cerrado.

Le llevó un par de minutos encontrar el locutorio.

—¿Eres Pedro? —dijo nada más entrar.

El dependiente situado detrás del mostrador le miró con curiosidad. No aparentaba más de veinte años. Tenía el pelo largo y vestía una camiseta negra sin mangas, con un símbolo celta en el centro.

—Sí.

—Me manda Soraya. Necesito un ordenador para conectarme a internet.

Antes de responder, el dependiente se acarició la espesa barba, que pedía a gritos un recorte.

—Lo siento, pero no me queda ninguno. Ayer dejó de funcionar el último y mi jefe ni siquiera lo ha mandado a reparar. Yo creo que no está muy por la labor de hacerlo porque la gente ya apenas los usa.

—¿Y no tienes ninguno que pueda usar? Aunque sea viejo. Es solo para mirar el correo. He perdido el teléfono y necesito acceder a él de manera urgente.

El joven se quedó pensativo durante unos segundos.

—Si es solo para eso, creo que hay un portátil viejo en el almacén. Puedo buscarlo.

—Te lo agradecería. Es importante.

Mario esperó mientras desaparecía por la cortina que había detrás del mostrador. No tardó más de un par de minutos en regresar con un portátil bajo el brazo.

—Es bastante viejo, así que hay que probarlo. Quizás me lleve un rato. ¿Prefieres volver en unos minutos?

—No, mejor espero aquí.

—Como quieras.

El joven entró en una sala acristalada, con una mesa y una silla en la que tomó asiento. Mario se situó a su espalda y esperó paciente mientras lo arrancaba.

—De momento, parece que va bien —murmuró el dependiente.

Una vez arrancado el sistema operativo, configuró la conexión inalámbrica. No le llevó más de dos minutos. Luego abrió el navegador y se volvió para mirarle con una sonrisa de satisfacción.

—Todo tuyo. —En cuanto dejó la silla libre, Mario ocupó su lugar —. Estaré en el mostrador si necesitas algo.

—Gracias.

En cuanto se quedó a solas, Mario entró en su gestor de correo a través de la web. Tal y como suponía, su hermana le había estado enviando un correo a la semana, como llevaba haciendo de forma regular desde hacía doce años. Era el único medio de comunicación que tenía con ella y el mejor modo de protegerla. Nada de llamadas telefónicas y mucho menos verse en persona. De esa forma se aseguraba de que las actividades que realizaba no la ponían en peligro.

Solían ser mensajes breves la mayoría de las veces, aunque en ocasiones ella se extendía más, sobre todo cuando le contaba detalles de su vida personal. Su hermana vivía sola y no tenía pareja desde hacía tres años, tras un par de desengaños amorosos que la

convencieron de que era mejor estar sola que mal acompañada. Actualmente residía en Chelmsford, una pequeña ciudad situada al noreste de Londres, donde trabajaba como enfermera. Al menos así había sido hasta seis meses antes, cuando Mario perdió el contacto con Pedraza y dejó de conocer el contenido de los correos de su hermana.

Por ese motivo, antes de enviarle ningún mensaje, prefirió leer los que ella le había enviado los últimos seis meses. Lo hizo por orden de antigüedad. En principio no se habían producido grandes cambios en su vida, aunque las referencias a que «JP» —Javier Pedraza— había dejado de contactar con ella cada vez eran más frecuentes. Eso hizo que a Mario se le encogiese el corazón. Pedraza era el encargado de mantener el contacto con su hermana mientras él permanecía en la cárcel.

La preocupación de su hermana fue en aumento en cada correo, hasta que tres semanas antes había dejado de enviar más mensajes. Lo primero que pensó Mario fue que quizás se había cansado de esperar respuesta, por eso decidió enviarle un mensaje para tranquilizarla y decirle que estaba libre y que necesitaba hablar con ella lo antes posible.

Durante varios minutos se quedó mirando la pantalla, esperando una respuesta que no se produjo, así que decidió ponerse en marcha. Iría al hostal a registrarse y por la tarde volvería al locutorio para entrar de nuevo en su correo. Así se lo hizo saber al dependiente, que no quiso cobrarle nada por el uso del portátil.

—Eres amigo de Soraya —se justificó—. Cualquier cosa que necesites, por aquí estaré.

Una vez en la calle, Mario regresó a la calle Ancha y caminó en dirección al hostal, situado en una de las calles paralelas. Apenas había recorrido cincuenta metros cuando algo llamó su atención: un hombre detenido delante del escaparate de una farmacia. Eso no debería resultar extraño, excepto por dos detalles. El primero era que parecía observar con detenimiento los artículos y la publicidad que había al otro lado del cristal. Casi nadie hacía eso. El segundo detalle, y más importante, fue que lo reconoció al instante. Era el

joven que se había sentado a su lado en el autobús al inicio del viaje de Mansilla a León.

Podía ser una simple casualidad, pero si por algo seguía con vida después de doce años codeándose con criminales y asesinos era porque no creía en las casualidades. Continuó la marcha en dirección al hostal, aunque unos veinte metros después de sobrepasar la farmacia fue él quien se detuvo delante de un escaparate. Sacó el teléfono y simuló que abría una aplicación, aunque en realidad lo que hizo fue sacar varias fotos a su espalda, en dirección a la farmacia. En ellas vio con claridad cómo el joven tenía la mirada clavada en él.

No lo dudó. Se dio la vuelta y caminó a su encuentro. El joven, consciente de ello, miró a su alrededor nervioso, como si dudase qué hacer, si quedarse donde estaba o salir corriendo. Llegó a su altura antes de que tomase una decisión.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó Mario deteniéndose a un par de pasos.

—Claro que no —respondió el joven tras tragar saliva y forzar una sonrisa que apenas logró dibujar en sus labios.

—Pues es la impresión que me ha dado al cruzarme contigo.

—Para nada.

—¿Y por qué estás parado mirando el escaparate de una farmacia? ¿Es que tienes pensado comprar alguna crema para la cara?

—Por supuesto que no. —El joven soltó una risa nerviosa—. Es que te vi venir y, como me dijiste que no hablase contigo, decidí darte la espalda. No quería que pensases que te estaba siguiendo.

Su expresión le indicó que no estaba siendo sincero, pero aquel no era el lugar ni el momento adecuado para hacerle confesar. Había demasiada gente a su alrededor y lo que menos le interesaba era llamar la atención.

—En ese caso, lo mejor es que sigas tu camino.

—Claro, eso pensaba hacer. Hasta luego.

Mario lo observó mientras se alejaba calle adelante, sin volver la vista atrás. Todo habría quedado en una simple anécdota de no ser por un pequeño detalle. Antes de comenzar a caminar y durante un

par de segundos, el joven había mirado en dirección a la cafetería que se encontraba frente a la farmacia. Allí había un hombre de barba espesa y gafas de sol, apoyado en una de las mesas exteriores, mientras se llevaba un cigarrillo a los labios. Aunque no pudiese verle los ojos, Mario intuyó que lo estaba observando.

No era algo casual, lo estaban vigilando y tuvo claro quién era la persona que podía estar tras esa orden.

De ser así, tenía claro que la única salida que le quedaba era huir.

Y hacerlo antes de tener que regresar a prisión.

3

BIANCA

Salió del edificio con aire distraído y cruzó la calle para buscar la entrada al parque, mientras revisaba su teléfono. Tenía varios mensajes de correo sin abrir que decidió dejar para más tarde mientras comía, aprovechando que llevaba consigo su ordenador portátil, metido en una funda que colgaba de su hombro.

Ese viernes el frío se había tomado una tregua y el sol calentaba lo suficiente como para no tener que llevar gorro y guantes. Disponía de un par de horas para comer, así que decidió aprovechar el buen tiempo y dar antes un paseo para estirar las piernas.

Lo necesitaba. La semana había sido muy intensa, al igual que las anteriores. Tenía tantos pacientes en la agenda que se vio obligada a alargar su horario de trabajo hasta las nueve de la noche y, aun así, no le daba tiempo a atenderlos a todos. Por eso se estaba planteando trabajar también los sábados, a pesar de que sabía que no aguantaría ese ritmo mucho tiempo. El problema era que necesitaba el dinero y no precisamente para ella. La vida de otras personas estaba en sus manos, así que no podía desfallecer.

Caminó paralela al parque con paso lento, buscando la entrada más cercana. Lo hizo sin prisa, intentando despejar la mente. Para una psicóloga no era fácil abstraerse de los problemas de sus pacientes cuando salían por la puerta. De un modo u otro sus

historias le afectaban, por más que intentase que no fuese así. Sobre todo, las de quienes más sufrían.

—Perdona, ¿eres Bianca Garrido? —escuchó de pronto una voz a su espalda que le hizo detenerse.

Al volverse, se encontró con un hombre de unos cuarenta años que la observaba a un par de pasos de distancia. No le gustó su aspecto desde el primer momento. Tenía barba de varios días y unas profundas ojeras, como si llevase tiempo sin dormir. Aunque lo que más le asustó fue la frialdad con que la observaba. Era una mirada que conocía muy bien.

—Depende de quién lo pregunte —respondió mientras miraba a su alrededor. Había suficiente gente como para pedir ayuda si la necesitaba. El problema era que alguien estuviese dispuesto a ayudarla.

—Soy Carlos, el marido de Rosa.

Bianca contuvo el aliento al escuchar ese nombre.

—¿Rosa?

—Rosa Suárez —aclaró el hombre.

—No me suena.

—¿En serio? Encontré una tarjeta tuya entre sus cosas. Sé que iba a tu consulta, así que no me digas que no la conoces.

—Mucha gente tiene mi tarjeta y eso no significa que haya estado en mi consulta ni que las haya tratado.

—No juegues conmigo, zorra —dijo el hombre, tensando la mandíbula. De pronto, su tono de voz era amenazante—. Hablé con una amiga suya y me dijo que pensaba ver a una psiquiatra.

—Yo no soy psiquiatra, soy psicóloga.

—Me importa una mierda lo que seas. Quiero que me digas ahora mismo dónde está Rosa.

La agresividad de su tono de voz fue en aumento, lo que hizo que el corazón de Bianca se acelerase. Sabía que aquel hombre era peligroso y que no dudaría en hacerle daño, así que intentó convencerle de que no la conocía.

—Ya te he dicho que no sé quién es esa mujer por la que me preguntas.

—Más te vale decirme dónde está o juro que te arrepentirás.

El hombre dio un paso al frente, lo que hizo que ella retrocediese por instinto y mirase a su alrededor. Todo el mundo parecía ajeno a la escena, por lo que dudó que interviniesen a tiempo si la atacaba. Por eso decidió que lo mejor era hacerle frente.

—¿Me estás amenazando? —preguntó con aparente tranquilidad, a pesar de que su corazón iba a mil por hora.

—Dime dónde la has escondido o te sacaré la verdad a hostias.

—¿Delante de toda esta gente?

—Me importa una mierda la gente. —Al decir eso, su mano derecha se introdujo en uno de los bolsillos de la cazadora que llevaba puesta, aunque no la sacó—. Puedo rajarte antes de que tengas tiempo de gritar.

Bianca no supo si empuñaba una navaja o un cuchillo, pero fue consciente de la gravedad del peligro al que se enfrentaba. Aquel hombre estaba fuera de sí y resultaba imposible razonar con él. En sus ojos vio que estaba dispuesto a matarla si le obligaba a ello, así que trató de jugarse la única baza que se le ocurrió en ese momento, ayudada por una sirena que escuchó a lo lejos.

—La policía ya está de camino, así que es mejor que te largues —aseguró agitando el teléfono en el aire—. He tocado el botón del pánico.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Trabajé de asistenta social varios años y una de las cosas que aprendí fue a pedir ayuda en caso de sufrir una agresión. Tengo instalada en mi teléfono una aplicación que realiza una llamada de auxilio al 112 con solo apretar tres veces seguidas el botón de encendido, algo que he hecho hace un minuto. Seguro que ahora mismo están escuchando todo lo que hablamos.

—Estás mintiendo —masculló el hombre entre dientes.

Justo en ese momento, el sonido de la sirena se volvió más potente, lo que hizo que el hombre retrocediese y mirase la calle en ambas direcciones, buscando el origen.

—Ahí están —murmuró ella—. Ya ves que no miento.

Él le clavó la mirada durante unos segundos y luego la señaló con el dedo.

—Te aseguro que volveremos a vernos. Sé dónde tienes la consulta.

—Más te vale que no sea así. —Estaba claro que la había seguido desde que había salido del edificio, así que tenía que asegurarse de que no volviese a hacerlo—. En cuanto llegue la policía pienso explicarles lo ocurrido y ten por seguro que si me sucede algo irán a por ti. El 112 está grabando esta conversación y solo el modo en que me has amenazado ya constituye un delito. Imagina lo que te ocurrirá si me haces algo.

—Te juro que no voy a rendirme —aseguró apretando los dientes —. Tarde o temprano la encontraré. Nadie desaparece sin dejar rastro.

Bianca no dijo nada. Se limitó a observarle mientras se alejaba a la carrera y, en cuanto le perdió de vista, suspiró aliviada.

A pesar de que las piernas todavía le temblaban, fue capaz de reemprender la marcha para buscar un taxi. Necesitaba alejarse y volver a su casa. Allí estaría a salvo. Esa tarde no pensaba regresar a la consulta.

En ese momento, una ambulancia recorrió veloz la calle haciendo sonar la sirena. Ese sonido, tan habitual en Madrid y que siempre le había parecido estridente y molesto, ahora le había salvado la vida.

Lo cierto es que no tenía ninguna aplicación de auxilio instalada en el teléfono y tampoco había nadie escuchando su conversación con el marido de Rosa. Por suerte, se lo había creído, aunque no estaba segura de que la próxima vez tuviese tanta suerte.

Ahora que sabía dónde estaba su consulta, no podía descartar que volviese, así que tenía que encontrar un modo de protegerse, tanto a ella misma como a las mujeres a quienes ayudaba. Buscaría una nueva ubicación donde atender a sus pacientes, aunque lo más urgente en ese momento era proteger a Rosa. Si su marido había conseguido llegar hasta ella, quién sabe qué más podría averiguar.

Solo había una cosa que la tranquilizaba y era que nunca podría encontrar a la mujer a la que buscaba.

Porque Rosa Suárez ya no existía.

4

BIANCA

Hacía dos años que Bianca había decidido cambiar las reglas del juego.

El camino no había sido fácil. Una cosa era tener una idea y otra muy diferente poder llevarla a cabo. Necesitó muchos meses hasta disponer de los contactos necesarios para ayudar a la primera mujer. Luego, pudo hacerlo con tres más. La última de ellas había sido Rosa Suárez, aunque ese ya no era su nombre.

A pesar de que las leyes españolas trataban de proteger a las mujeres maltratadas, muchas de ellas seguían muriendo a manos de sus parejas o exparejas. La razón era muy simple: de un modo u otro lograban llegar hasta ellas.

La triste realidad era que no existía una forma eficaz de protegerlas. La policía no disponía de efectivos para hacerlo las veinticuatro horas del día y menos aún para vigilar al maltratador en todo momento. Eran tantas las denuncias que se presentaban que incluso resultaba imposible atenderlas todas de forma eficaz desde el principio. Sobre todo, cuando en ocasiones esas denuncias eran falsas y las mujeres que las presentaban buscaban otros fines. No era así en la gran mayoría de los casos, pero esas actitudes al final perjudicaban a las mujeres que realmente sí que estaban en peligro.

Otro problema añadido era que muchas de ellas al final daban marcha atrás y regresaban con sus parejas para arreglar las cosas, sin ser conscientes de lo que estaban dispuestos a hacer muchos de esos maltratadores para no perderlas.

O eres mía o de nadie.

Por eso decenas de ellas perdían la vida cada año.

Poco se podía hacer en esos casos. Bianca lo había intentado durante años, dando a muchas mujeres el apoyo psicológico necesario para tomar la decisión de alejarse de la persona que las maltrataba. Muy pocas veces lo conseguía y a menudo, cuando lo lograba, la ley no era lo bastante contundente como para protegerlas.

Dos años atrás, una mujer a la que trató de ayudar murió a manos de su marido cuando salía del edificio donde se encontraba la Asociación de Mujeres Maltratadas. La mató allí mismo, en plena calle, de varias puñaladas. Una tragedia que la afectó de tal modo que decidió que era el momento de cambiar las cosas.

Fue ese día cuando Bianca vio claro que el único modo de proteger a esas mujeres era dándoles una nueva vida, lejos del maltratador y de cualquier otra persona que pudiese llevarlo hasta ella.

Tenían que desaparecer a ojos del mundo y hacerlo para siempre.

La realidad era que muy pocas mujeres maltratadas estaban dispuestas a hacerlo, solo aquellas que comprendían que el único modo de sobrevivir y tener un futuro era convertirse en otra persona. Una sin pasado, sin familia, sin amigos. Dispuesta a empezar una vida desde cero.

No era algo que se le hubiese ocurrido de forma casual. La idea surgió después de leer un artículo que no había podido quitarse de la cabeza desde entonces.

«*Johatsu* es una palabra japonesa cuyo significado es «evaporación» y que define un fenómeno cada vez más extendido en el país nipón.

Cada año, miles de personas desaparecen voluntariamente en Japón para empezar una nueva vida. Una a salvo de deudas impagables o de fracasos, tanto personales como laborales. En una sociedad como la japonesa, donde se valora la disciplina y el éxito por encima de todo, muchos deciden huir en silencio para evitar la vergüenza pública. Comienzan una nueva vida, desde cero, con una nueva identidad.

Para ello acuden a empresas o agencias clandestinas que les ayudan a abandonar su hogar, sin dejar rastro de su vida pasada, y que les proveen de una nueva identidad, dificultando que nadie pueda localizarlos».

Tras estudiar a fondo el fenómeno del *Johatsu*, Bianca tuvo claro que esa era la mejor solución para muchas mujeres maltratadas, así que empezó a trabajar en ello. No fue fácil establecer un protocolo inicial y menos todavía conseguir los contactos necesarios para llevarlo a cabo. Crearse una nueva identidad en España era prácticamente imposible, al menos desde un punto de vista legal. Solo en protección de testigos y en casos de extrema gravedad estaba contemplado que una persona cambiase de identidad.

La solución, al igual que en Japón, era recurrir a contactos clandestinos. Para eso necesitaba gente de confianza y disponer de dinero suficiente con el que asumir todos los gastos derivados de ese tipo de actividad.

Otro punto importante era que las mujeres a las que ayudaba no podían dejar tras de sí cabos sueltos ni pistas que desvelasen dónde se encontraban. No podían contarle a nadie a qué lugar se dirigían y tampoco comunicarse con amigos y familiares. Para el resto del mundo habían desaparecido. Un precio muy alto que pagar para poder vivir una segunda vida, pero que hasta el momento todas habían aceptado.

Bianca era su único contacto cuando decidían desaparecer. Solo ella sabía dónde se encontraban. Eso sí, podían contactarla siempre que lo necesitasen, por vía telefónica. Estaba convencida de que era el modo más seguro de que sus parejas no las encontrasen, pero

ahora, tras el incidente con el marido de Rosa, se dio cuenta de que eso la convertía en el eslabón débil de la cadena.

¿Y si la asaltaba de nuevo y conseguía sacarle la información sobre el paradero de su mujer?

No solo eso. Si el marido de Rosa había logrado averiguar su nombre y llegar hasta ella, otros podrían hacerlo.

Tenía que pensar un modo de evitarlo, aunque en ese momento lo más urgente era poner a salvo a Rosa. Prefirió no llamarla para no asustarla sin necesidad. En su lugar, decidió llamar a su contacto en el Reino Unido. Ella se encargaría de buscarle un sitio seguro. Al ver que no daba señal, decidió coger un taxi que la llevase a casa. Al llegar volvió a llamar, pero el resultado fue el mismo.

—No puedo esperar —se dijo a sí misma, mientras calibraba las opciones que tenía.

La seguridad de Rosa era en ese momento lo más importante para ella, así que decidió llamar a su secretaria.

—Sandra, anula todas mis citas de esta tarde —le dijo en cuanto respondió—. Y también las del lunes, por si acaso.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Me ha surgido un problema familiar y tengo que irme el fin de semana.

—¿Es grave?

—No, tranquila. Si alguien llama o se pasa por la consulta preguntando por mí, di que… —Por unos segundos dudó. Quizá el marido de Rosa apareciese de nuevo, así que tenía que pensar algo convincente para despistarle—. Di que me he ido a Málaga, al entierro de mi tía, y que igual me quedo allí unos días con la familia.

—Lamento mucho su muerte.

—Gracias, Sandra.

—¿Necesitas que te haga alguna gestión? ¿Ya tienes el billete?

—No te preocupes, ya me las apaño yo. Te llamaré en cuanto regrese.

—Por aquí estaré.

En cuanto se despidió de ella, decidió buscar el primer vuelo disponible a Londres. Tenía que viajar hasta allí y buscar un nuevo lugar donde alojar a Rosa. Sacarla del apartamento en el que se

encontraba para que su marido no pudiese llegar hasta ella, en caso de que lo averiguase. Era poco probable, por no decir imposible, pero no quería arriesgarse a ver su cadáver tendido en el suelo, cubierto por una sábana blanca. Por lo que había visto en los ojos de aquel hombre mientras la amenazaba, estaba segura de que ese era el final que le esperaba a Rosa si la encontraba. Y no estaba dispuesta a permitirlo.

Se llevó una decepción al ver que todos los vuelos para ese día estaban completos y que no había ninguno con plazas libres hasta la mañana siguiente. Era un contratiempo, pero trató de verle el lado bueno. Eso le daría tiempo para seguir intentando comunicarse con su contacto y que tuviese un nuevo alojamiento a su llegada.

Buscó el pasaporte, hizo la maleta y decidió pasar la noche en un hotel cercano al aeropuerto, por si el marido de Rosa averiguaba también dónde vivía. Puede que se estuviese volviendo paranoica, pero había demasiado en juego como para no ser precavida.

A partir de ese momento, la seguridad de Rosa era lo más importante.

5

MARIO

Largarse de León nada más salir de la cárcel habría sido demasiado apresurado, por eso Mario decidió pasar la noche en la habitación del hostal que había reservado y coger un autobús hacia Asturias el sábado a primera hora.

Era consciente de que salir de la provincia de León suponía quebrantar su permiso carcelario y que podían detenerle por ello. De hecho, había muchas posibilidades de que eso ocurriese, pero decidió asumir el riesgo. Era el único modo de recuperar su vida. Además, necesitaba saber si su hermana se encontraba bien. Una vez en el hostal, se dio cuenta de que podía usar el wifi para comprobar con su teléfono si había contestado a su correo. No fue así, lo que unido a que hacía tres semanas que había roto el contacto, hizo que cada vez se preocupase más por ella.

Otro motivo para viajar a Asturias era la posibilidad de que le estuviesen vigilando. Cuanto más lo pensaba, más claro veía que el preso que se había sentado a su lado en el autobús seguía sus movimientos. Y, además, creía que no estaba solo.

De ser así, solo había una explicación: Piñeiro desconfiaba de él. Algo que no era nada bueno, sobre todo si regresaba a la cárcel. Allí podía acabar con su vida si así lo decidía y nadie se lo iba a impedir. Por ese motivo regresar al centro penitenciario no era una opción.

Salió del hostal pasadas las seis de la mañana y se dirigió a la estación de autobuses. Lo hizo bajando por la calle Ordoño II y siguiendo a un grupo de jóvenes que volvían a casa después de una noche de fiesta. Ninguno de ellos aparentaba pasar de los veinte años.

No pudo evitar mirarlos con envidia. Ese aire de libertad y despreocupación que se reflejaba en ellos era algo a lo que él había tenido que renunciar en su día, a causa de las responsabilidades que le exigieron afrontar la vida de un modo muy diferente al resto de gente de su edad. Nunca se había arrepentido de ello, aunque ahora se preguntaba por primera vez si había merecido la pena.

Mientras caminaba en dirección a la estación, miró a su espalda en repetidas ocasiones para asegurarse de que nadie lo seguía. En principio, no parecía que fuese así, pero no se confió. Si algo había aprendido en su oficio era que la muerte alcanzaba primero a los que bajaban la guardia.

Hizo una parada en un cajero automático para sacar dinero en metálico, todo el que había acumulado desde que estaba en prisión, y continuó hasta la estación de autobuses, donde obtuvo un billete en una de las máquinas expendedoras. El siguiente autobús para Oviedo salía a las siete, así que se dirigió a la sala de espera. Solo había media docena de personas sentadas en ella. Se acomodó en un rincón y esperó paciente mientras planeaba sus siguientes pasos.

Una vez en Oviedo, debía coger un autobús hasta Luarca, un lugar al que había jurado no regresar jamás y donde solo le esperaban malos recuerdos. Una vida de la que había escapado por su bien y el de su hermana, y que en los últimos doce años le había llevado por un camino en el que había conocido el lado más oscuro del ser humano.

Y también lo peor de sí mismo.

Metido en esos pensamientos, fueron pasando los minutos. El autobús que esperaba por fin llegó, lo que hizo que las personas que estaban en la sala de espera se acercasen a la puerta de acceso al andén. Se formó una fila en la que se situó en último lugar, mientras no perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor. Algunos pasajeros descendieron del autobús para quedarse en León, tras lo

cual les tocó el turno a los que esperaban para subir y que fueron entregando su billete al conductor.

Mario esperó paciente su turno, hasta que ocurrió algo que llamó su atención. Solo tenía dos personas delante cuando desvió la mirada hacia la sala de espera. Allí, de pie y observando a través de la amplia cristalera, había un hombre de barba espesa, con la cabeza cubierta por la capucha de la sudadera que llevaba puesta. Estaba seguro que era el mismo que le vigilaba el día anterior mientras hablaba con el joven preso delante de la farmacia.

Eso hizo que dudase si montarse en el autobús con destino a Oviedo o quedarse en León y buscar otro medio de transporte. Si el motivo por el que lo vigilaba era para dar aviso a la policía en cuanto abandonase la provincia, estaría perdido. Si le detenían, volvería a prisión y pasaría mucho tiempo hasta poder disfrutar de un nuevo permiso carcelario, algo que no se podía permitir. Eso si no acababan con su vida nada más pisarla.

—¿Su billete? —preguntó el conductor.

Quizás solo vigilaba sus movimientos para informar de ellos a la persona que se lo había encargado. Además, una vez en Luarca, Mario recuperaría su vida. Merecía la pena el riesgo, así que decidió jugársela. Entregó su billete y subió al autobús.

Luego, antes de ocupar su asiento, trató de localizar al hombre, pero ya no lo vio en la sala de espera. El conductor cerró la puerta y un minuto después el autobús se puso en marcha.

Ya no había vuelta atrás.

Su futuro, y quizás el de su hermana, dependía de lo que pasase en las próximas horas.

6

MARIO

El cementerio de Luarca es uno de los cementerios más bellos de Asturias, en especial por sus vistas privilegiadas al mar. Situado en un saliente de la costa, junto al faro, es conocido por albergar la tumba del premio Nobel Severo Ochoa. Para Mario, era un lugar sagrado por algo mucho más personal: allí estaban enterrados sus padres.

Su madre había fallecido al dar a luz a su hermana, y su padre seis años después, víctima de un disparo accidental. Ambas tragedias habían marcado la infancia y la juventud de Mario y de su hermana, que habían tenido que irse a vivir a casa de su única tía. Una mujer soltera, de carácter fuerte y muy manipuladora, con la que nunca les resultó fácil la convivencia. Tanto fue así que Mario aceptó entrar en el mundo de la delincuencia a cambio de sacar a su hermana de aquella casa y que pudiese tener una vida mejor. Jamás se había arrepentido de hacerlo, a pesar del alto precio que había pagado por ello.

La tumba de sus padres estaba situada detrás de un enorme mausoleo de piedra, perteneciente a una de las familias con más renombre del pueblo, lo que iba a permitirle que nadie pudiese ver lo que hacía. Eso sí, tendría que ser rápido.

Lo rodeó y se detuvo delante de la losa de mármol blanco, sobre la que estaban los nombres de sus padres en letras plateadas, además de las fechas de nacimiento y fallecimiento. En la cabecera, había un macetero rectangular con varias rosas de plástico, que en otro tiempo habían sido rojas, pero que estaban descoloridas por el paso de los años.

No se entretuvo. Miró primero a su alrededor para asegurarse de que ninguna de las personas que estaban por el cementerio veía lo que hacía y levantó el macetero con una mano, a la vez que metía la otra en el hueco. Enseguida notó el tacto de la pequeña bolsa estanca con la documentación en su interior. La sacó, echó un vistazo rápido a través de la funda transparente para comprobar que contenía lo que esperaba y luego la guardó en el bolsillo interior de su cazadora. Dejó la maceta con las flores en su lugar y, tras echar un vistazo a su alrededor, continuó paseando por el cementerio.

Desfiló por entre las diferentes tumbas hasta que se encontró con la de Severo Ochoa. Allí se detuvo para simular que hacía unas fotos con su teléfono, como si fuese un turista más de los que la visitaban con cierta regularidad. De ese modo, nadie sospecharía de su presencia allí.

Después de un minuto, decidió abandonar el cementerio y regresar al taxi que lo había traído desde Oviedo.

Lo primero que hizo al llegar a la estación de autobuses de Oviedo procedente de León fue acercarse a la parada de taxis y buscar un conductor dispuesto a llevarlo hasta Luarca. Después de tres intentos fallidos, dio con un taxista que precisamente tenía una casa allí y que vio con buenos ojos los trescientos euros que le ofreció.

Ahora, su siguiente paso era viajar a Santander, aunque antes necesitaba hacer una parada.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó el taxista.

—A una tienda de telefonía —respondió mientras se sentaba en el asiento del acompañante—. ¿Conoces alguna?

—Hay una a cinco minutos.

—Pues vamos.

Una vez recuperada su documentación, ya podía adquirir una tarjeta de teléfono con su nombre real. No existía el riesgo de que la policía lo localizase tras no regresar a prisión de su permiso de fin de semana, ya que esa persona acababa de dejar de existir.

Mientras recorrían las calles de Luarca, Mario miró a través del espejo retrovisor que tenía a su derecha y de nuevo identificó el mismo BMW negro que llevaba viendo desde que habían salido de Oviedo. Desconocía quién iba dentro del vehículo, pero estaba seguro de que lo seguían. Tendría que buscar la manera de despistarlos antes de reunirse con su hermana.

—Puedo decirte algún sitio bueno donde comer. ¿Te gusta el pescado? —comentó el taxista.

—Sí.

—Pues conozco un sitio donde lo preparan muy bien. Mi amigo Paco y su mujer montaron un bar hace unos años donde a veces incluso cocinan lo que él pesca. Es pequeño, pero te aseguro que merece la pena. Paco tiene un barco con el que pesca en invierno y en verano se dedica a hacer rutas por la costa para los turistas. Puedo llamarlo para que te reserve una mesa.

Mario miró a su espalda para asegurarse de que el BMW seguía ahí y una idea empezó a tomar forma en su cabeza.

—Dime una cosa… Juan —dijo tras recordar su nombre—. ¿Te gustaría ganar otros trescientos euros?

—Mientras no sea nada ilegal.

—Para nada, solo necesito que me lleves hasta Santander.

—Uf, hay una tirada hasta allí —protestó. No parecía que le sedujese la idea.

—¿Qué tal quinientos euros?

—Hombre, por ese dinero te llevo hasta Madrid —dijo soltando una breve carcajada a continuación.

—Me basta con ir a Santander, aunque necesito que me consigas algo más.

Mario le explicó lo que necesitaba, inventándose una historia sobre los recuerdos de su infancia en Luarca que el hombre dio por buena.

—No hay problema, yo me encargo de todo —dijo el taxista.

Una vez en la tienda de telefonía, Mario contrató una tarifa con llamadas y datos en el extranjero. Para cuando regresó al vehículo, el taxista ya lo había organizado todo.

—He hablado con Paco y me ha dicho que estaba a punto de salir a pescar, así que te espera en el puerto. Podrás salir en cuanto llegues.

—Muchas gracias.

De ahí se dirigieron al puerto de Luarca, donde aparcaron pegados a la puerta que conducía a la rampa de bajada al pantalán. Un hombre de unos cincuenta años, barba canosa y rostro curtido por el mar los esperaba al pie de ella.

—Trátamelo bien, Paco —dijo el taxista bajando la ventanilla.

—Espero que no se maree como tú —le replicó el otro.

Tras una sonora carcajada, el taxista puso en marcha el vehículo y se alejó.

—Gracias por aceptar con tan poco tiempo —dijo Mario acercándose al patrón de la embarcación y tendiéndole la mano, que el otro no dudó en apretar.

—Iba a pescar un rato, pero me viene mejor el dinero. ¿Así que quieres dar una vuelta por la costa?

—Esa es la idea. Me encantaría ir hasta Cudillero siguiendo la costa. Juan me dijo que se tardaba un par de horas.

—Más o menos, depende del viento y del estado de la mar, aunque hoy está bastante calmada. ¿Quieres que nos paremos en alguna playa para hacer fotos?

—No, solo quiero recorrer la costa como hacía de niño con mi padre.

—¿Tu padre es de Luarca?

—No, pero solíamos venir de vacaciones —dijo para ahorrarse explicaciones incómodas.

—Yo soy de Cudillero, aunque llevo diez años viviendo en Luarca, desde que montamos el bar. —Eso descartaba que se conociesen—. ¿Quieres que salgamos ya?

—Cuanto antes, mejor.

—Pues vamos allá.

El hombre abrió la puerta con una llave y se hizo a un lado para que pasase. Mientras lo hacía, Mario echó un vistazo para comprobar que el BMW negro había aparcado detrás de una furgoneta de reparto, a unos cincuenta metros de ellos. Pronto los despistaría.

Bajaron por la rampa y recorrieron el pantalán hasta una embarcación de unos ocho metros de eslora y cabina acristalada.

Diez minutos después navegaban en dirección a la salida del puerto de Luarca, mientras Mario observaba cómo los ocupantes del coche negro se bajaban para observarlo. A pesar de la distancia, distinguió la sudadera negra que vestía uno de ellos, por lo que supuso que se trataba del mismo hombre que había visto en la estación de autobuses de León. Si esperaba allí a que regresase en el barco, se iba a llevar una gran decepción.

Por un momento sintió la tentación de alzar la mano para despedirse, pero decidió centrarse en lo importante. Sacó su teléfono y, tras instalar la aplicación de la aerolínea, reservó un billete de avión para esa misma tarde. Lo hizo usando la tarjeta de crédito que acompañaba a la documentación que acababa de recuperar. Era el último billete y resultó bastante caro, pero no le importó.

Una vez llegase a Cudillero, el taxista le estaría esperando a pie de puerto para llevarle al aeropuerto de Santander y allí cogería el vuelo hasta el aeropuerto de Londres Stansted. Si todo iba como esperaba, aterrizaría en el Reino Unido a las cinco y media de la tarde, hora local. Luego tendría menos de una hora de viaje en autobús hasta Chelmsford, donde esperaba reencontrarse con su hermana.

Después de doce años formando parte de una de las bandas criminales más peligrosas de España, por fin iba a reunirse con la persona por la que lo había sacrificado todo.

Estaba a punto de recuperar su antigua vida.

Y nada ni nadie se lo iba a impedir.

7

BIANCA

El avión aterrizó en el aeropuerto de Londres Stansted a las cinco de la tarde, hora local, después de un retraso en el despegue de cuarenta y cinco minutos. En cuanto pasó el control de pasaportes, Bianca se dirigió a la parada de autobuses de línea, en busca del que debía llevarla a su lugar de destino: Chelmsford.

Una vez lo encontró, tuvo que esperar quince minutos hasta que el conductor indicó a los pasajeros que podían subir. En un primer momento le costó hacerse entender. Su inglés estaba algo oxidado y el hombre tampoco se lo puso fácil. Necesitó repetir dos veces que quería un billete para Chelmsford y pagar con tarjeta de crédito, hasta que el conductor asintió con la cabeza, conforme.

El trayecto, que duró alrededor de cincuenta minutos, se le hizo bastante entretenido gracias a una pareja de ancianos que iba sentada detrás de ella y que no dejó de hablar de sus nietos durante todo el trayecto. Eso le sirvió para acostumbrar el oído al idioma que iba a escuchar durante los siguientes días.

Una vez llegó a su destino, caminó en dirección al apartamento en el que vivía Rosa, siguiendo las indicaciones de su teléfono. Lo hizo con paso ágil, gracias a que solo llevaba consigo una pequeña maleta de cabina, con lo imprescindible para una estancia que no esperaba que durase más de cuatro días. Tardó unos cinco minutos

en llegar al portal, donde pulsó el botón correspondiente al apartamento.

—¿Quién es? —preguntó una voz en inglés.

—Soy Bianca. Busco a Alice Wilson —respondió en su mismo idioma.

—¿Bianca?

—Sí.

Se hizo el silencio durante unos segundos, en los que supuso que la estaba observando a través de la cámara que había en la parte superior del panel de botones, así que dio un paso atrás.

—¿Qué haces aquí? —preguntó finalmente la voz, esta vez en español.

—Vengo a verte —respondió Bianca.

—Sube, es la tercera planta.

La puerta emitió un pitido, así que la empujó y entró en el portal para coger el ascensor. Un minuto después recorría un pasillo con el suelo de moqueta hasta encontrar el número del apartamento que buscaba. Pulsó el timbre situado junto a la puerta y, tras unos segundos de espera, esta se abrió.

Rosa la recibió con expresión de extrañeza.

—No esperaba volver a verte.

—Lo sé, pero quería saber cómo te encontrabas.

—Podías haberme llamado por teléfono.

Más que enfadada, parecía desconcertada por su presencia allí. Le dio la impresión de que se temía que algo no iba bien, por eso Bianca trató de tranquilizarla.

—Quería hablar contigo en persona.

—¿Por qué? —Una sombra de preocupación cubrió el rostro de la joven—. ¿Ha ocurrido algo?

—Nada grave, pero es mejor que lo hablemos dentro. ¿Puedo entrar?

—Claro, perdona —dijo a la vez que se acercaba a ella para darle un abrazo—. Es que pensé que no volveríamos a vernos.

—Así debía ser.

—Pasa, por favor —dijo Rosa una vez se separaron, haciéndose a un lado para que entrase. Tras cerrar la puerta, la acompañó hasta

el comedor con cocina integrada—. ¿Te apetece un café o un té?

—Un café estaría bien.

Mientras lo preparaba, Bianca se fijó en ella. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que se habían visto, con el pelo más corto y teñido de rubio, en lugar del color negro azabache de antes. Incluso había ganado peso, dejando atrás aquella delgadez extrema con que la había conocido meses atrás, provocada por el infierno en que se había convertido su vida. A sus veinticinco años, había recuperado la belleza perdida y su mirada ya no reflejaba el miedo que la atenazaba en el pasado.

—¿Lo quieres solo o con leche? —preguntó mientras manejaba la cafetera situada en un extremo de la encimera.

—Con leche, gracias. ¿Cómo te van las cosas por aquí?

—Muy bien —respondió Rosa con una sonrisa sincera dibujada en los labios—. He cogido mucha soltura con el inglés y estoy haciendo deporte. Salgo a caminar todas las mañanas y un par de días a la semana voy al gimnasio para ganar músculo.

—Se te nota. La verdad es que te veo muy bien.

—Gracias. Me siento mucho mejor y más ilusionada que cuando nos conocimos.

—Esa era la idea, que pudieses empezar una nueva vida.

—Echo de menos algunas cosas, pero estoy conociendo gente y mi idea es empezar a trabajar cuanto antes.

—Sabes que no es necesario.

—Lo hago por mí, para sentirme útil, aunque también para dejar de ser una carga económica para ti.

—No lo eres —mintió Bianca de manera convincente.

En realidad, sí lo era, por eso trabajaba tantas horas en la consulta. Sin embargo, lo más importante era que las mujeres a las que ayudaba pudiesen reconstruir su vida sin tener que preocuparse por el dinero. Disponer de un sustento económico durante el tiempo que fuese necesario era una de las cosas que más las ayudaba a que decidiesen dar el paso de abandonar a sus parejas y comenzar una nueva vida.

—Dime la verdad. ¿Por qué has venido? —preguntó Rosa acercándose a ella—. ¿Le ha ocurrido algo a mi marido? ¿Se ha

muerto?

—No.

—Qué pena, eso habría sido demasiado bonito —aseguró, dejando escapar una ligera risa.

Bianca dudó. No deseaba romper la tranquilidad de la que parecía disfrutar, pero tenía que ser sincera con ella.

—Hace dos días Carlos me abordó en la calle. Te estaba buscando. —El rostro de Rosa se contrajo en una mueca de temor—. Tranquila, no sabe dónde estás y yo tampoco se lo dije.

—¿Y crees que podrá averiguarlo?

—Es prácticamente imposible. El protocolo está diseñado para que nadie sepa dónde estás, solo yo y la persona que te consiguió este apartamento.

—Pero si ha llegado hasta ti, tú también estás en peligro. Podría sacarte esa información de cualquier modo. Es capaz de eso y de mucho más—. Su voz comenzó a temblar—. Lo conozco y es un monstruo. Tienes que alejarte de él.

Bianca le puso la mano sobre el hombro.

—Tranquila. No te preocupes por mí, buscaré la manera de protegerme. Lo importante ahora es que no pueda encontrarte, por eso hay que buscarte un nuevo alojamiento.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Lorena fue quien te consiguió este piso, así que le pediré ayuda de nuevo. El problema es que no consigo contactar con ella. La he llamado un montón de veces, incluso después de aterrizar, pero tiene el teléfono apagado. ¿Sabes algo de ella?

—La verdad es que hace tiempo que no. Y es raro. —Se quedó en silencio durante unos segundos—. Suele llamarme cada semana para asegurarse de que estoy bien. Quizás esté liada con el trabajo.

—¿Sabes dónde vive?

—Sí. Cuando vine a Chelmsford me dio una copia de las llaves de su piso, por si algún día necesitaba refugiarme en él. También me invitó un par de veces a cenar en él. La verdad es que ha estado pendiente de mí todo este tiempo, a pesar de que trabaja bastante. Suele llamarme cada semana.

—¿Puedes llevarme hasta su piso para ver si se encuentra allí?

—Claro, no hay problema. Vive frente a la comisaría de policía de Chelmsford.

—Entonces vamos.

—¿No quieres tomarte antes el café?

—Lo tomaré a la vuelta.

Aunque no quisiese confesarlo en voz alta, Bianca necesitaba saber que Lorena estaba bien.

8

MARIO

Llevaba doce años sin ver a su hermana, aunque gracias a los correos electrónicos que le enviaba cada semana estaba al tanto de su vida: sus estudios en la Universidad de Salamanca, la decisión de trasladarse a Londres para trabajar, su primer trabajo allí e incluso las casas donde había vivido. Hasta que decidió comprar un apartamento en Chelmsford e instalarse en esa ciudad. En uno de los correos le había dado la dirección, por eso sabía dónde debía dirigirse.

Tras aterrizar en el Aeropuerto de Londres Stansted, cogió un autobús hacia su destino. Tuvo que usar un traductor de texto en su teléfono para entenderse con el conductor y seguir el trayecto a través del navegador de mapas para no pasarse de parada. Luego, una vez llegó a su destino, metió la dirección del apartamento y cinco minutos después estaba delante del edificio en el que vivía su hermana.

Su pulso se aceleró mientras apretaba el botón correspondiente del portero automático. Al ver que no obtenía respuesta, insistió. De nuevo, no hubo respuesta. Revisó el correo por si se había equivocado de número o de dirección y, al ver que no era así, volvió a apretar, en esta ocasión varias veces seguidas.

No obtuvo respuesta, lo que le llevó a pensar que su hermana estaba fuera de casa, trabajando. Pensaba en irse para regresar más tarde, cuando una pareja de ancianos salió del portal. Aprovechó que abrían la puerta para entrar y revisar en primer lugar los buzones. El nombre de su hermana estaba en uno de ellos y en el número de apartamento que tenía anotado, así que cogió el ascensor y subió a la planta correspondiente. Quizás el timbre estaba estropeado y por eso no había obtenido respuesta. De cualquier modo, no iba a tardar en averiguarlo.

Se plantó delante de la puerta número 40 y pulsó el timbre que estaba al lado. Enseguida escuchó unos pasos acercarse a la puerta. Una voz femenina preguntó algo en inglés que no entendió.

—Lorena, soy Mario —dijo, sintiendo cómo sus pulsaciones se aceleraban.

—¿Qué Mario? —preguntó la misma voz, esta vez en español.

—¡Qué Mario va a ser! Tu hermano.

Se produjo un silencio de varios segundos, hasta que la puerta se abrió. Sin embargo, el rostro que vio no fue el que esperaba. Era una mujer bastante guapa, de larga melena oscura y unos treinta años.

—Lorena no está en casa.

—Tengo que verla ahora mismo.

—¿Quién eres?

—Te lo acabo de decir. Soy su hermano.

—Lorena no tiene ningún hermano.

Lo dijo en un tono seco y con expresión tensa, lo que hizo que él también se pusiese tenso.

—¿Y tú qué sabes?

—Soy amiga suya desde hace muchos años. Estudiamos juntas y jamás me mencionó que tuviese un hermano.

—A lo mejor es que no sois tan amigas como crees.

Ella le miró con desconfianza.

—¿Puedes identificarte? —exigió.

—¿Y tú?

—Es mejor que te largues —dijo la mujer, a la vez que intentaba cerrar la puerta.

Mario reaccionó rápido y puso el pie junto al marco de la puerta para impedir que la cerrase del todo. Acto seguido la empujó con ambas manos con fuerza, abriéndola del todo.

—Quita de en medio —dijo entrando decidido.

Ella se apartó para que no la arrollase, aunque aseguró con rabia:

—Voy a llamar a la policía ahora mismo.

Ni siquiera la escuchó. Entró en el comedor, donde se encontró con una mujer más joven de cabello rubio que lo miró con expresión desconcertada.

—¿Dónde está Lorena?

—No lo sé —respondió la joven.

—¿Cómo que no lo sabes? Este es su apartamento.

—Hace varias semanas que no sé nada de ella.

—Quiero que salgas de aquí ahora mismo —dijo de nuevo a su espalda la que le había recibido en la puerta— o llamaré a la policía.

Mario ni siquiera se molestó en volverse para mirarla.

—Tranquilízate, guapa.

—No me digas que me tranquilice, gilipollas, y sal ahora mismo de aquí.

—No pienso moverme hasta saber dónde está mi hermana.

—¿Puedes demostrar que eres su hermano? —preguntó la rubia, en un tono más conciliador.

Él echó mano a uno de los bolsillos del pantalón y sacó su carné de identidad para enseñárselo.

—Me llamo Mario Ortiz Mures. Puedes comprobarlo. —La morena se situó delante suyo y cogió el documento antes de que lo hiciese su amiga—. Si es verdad que estudiaste con ella, verás que tenemos los mismos apellidos.

—Eso no quiere decir nada.

—Yo creo que sí.

—Podría ser falso —dijo, devolviéndoselo.

Mario metió entonces la mano en el bolsillo interior de su cazadora y sacó el pasaporte.

—El carné no es falso, como tampoco lo es mi pasaporte. —Lo abrió en la página en la que aparecía su nombre y su foto y se lo

puso delante de la cara—. Lorena y yo somos hermanos.

Ella lo observó unos segundos y resopló, contrariada.

—No lo entiendo —añadió—. Lorena nunca me dijo que tuviese un hermano. Según ella, no tenía familia.

—Nuestros padres murieron cuando éramos pequeños y yo llevo muchos años fuera de su vida —dijo mientras guardaba ambos documentos.

—¿Por qué motivo?

—Eso no te importa. Lo que quiero saber ahora mismo es dónde está Lorena.

—No lo sabemos.

—¿Y qué hacéis en su apartamento?

—Hemos venido a verla.

—¿Cómo habéis entrado?

Se hizo un silencio sepulcral durante varios segundos, hasta que la rubia tomó la palabra.

—Lorena me dejó sus llaves por si algún día necesitaba entrar en su apartamento.

—¿Sois amigas?

Ella dudó y miró a su amiga antes de responder.

—Sí.

Mario tuvo la sensación de que le había consultado la respuesta con la mirada, por eso se centró en la de cabello oscuro.

—¿Por qué intentaste cerrarme la puerta en las narices?

—Porque no sabía quién eras.

—¿Le ha ocurrido algo a mi hermana? —Al ver que bajaba la mirada al suelo, insistió—. ¿Me estás ocultando algo?

—Claro que no, solo que no sabemos dónde está Lorena, por eso vinimos a su apartamento. La he llamado varias veces estos dos últimos días y tiene el teléfono apagado.

—Puede que esté trabajando.

—Creemos que lleva varios días sin venir por casa. He revisado la nevera y hay dos fiambreras con comida en mal estado. Y la mayoría de las plantas llevan tiempo sin regar —dijo señalando la media docena de macetas que había en el suelo, junto a la ventana del comedor.

—¿Qué pasa? ¿Eres policía?

—Solo me fijo en las cosas. Ya veo que tú no.

—Tranquilízate guapa.

—Vuelve a llamarme guapa y te juro que te pateo las pelotas —aseguró apretando los dientes.

Mario no pudo evitar sonreír. Sin duda era una mujer con mucho carácter.

—Quizás deberíamos calmarnos y empezar de nuevo —intervino la rubia en tono conciliador—. Me llamo Rosa y ella es Bianca.

—¿Por qué has tenido que decirle nuestros nombres? —la reprendió su amiga.

—Porque es el hermano de Lorena y los tres estamos interesados en encontrarla. ¿Y si le ha ocurrido algo?

—Eso no lo sabemos.

—Acabas de decir que lleva días sin venir por casa —dijo Mario—. ¿Cuándo fue la última vez que la visteis?

—Cené con ella hace un par de meses, aunque suele llamarme cada una o dos semanas por teléfono.

—¿Y la última vez que hablaste con ella?

—Pues… —La joven sacó su teléfono y buscó el registro de llamadas—. Aquí está. Hace veinte días que hablé con ella.

—¿Y no te extrañó que no te volviese a llamar? Acabas de decir que te llamaba cada semana.

—Lorena llevaba un mes trabajando en un nuevo hospital y supuse que andaría liada.

—¿Y tú? —preguntó Mario, mirando a Bianca—. ¿Cuándo la viste por última vez?

—Hace un año, cuando vine de visita a Londres.

—¿No vives aquí?

—Vivo en Madrid, aunque hablo con ella con cierta regularidad por teléfono. He venido a pasar el fin de semana y decidí pasar a hacerle una visita.

Mario vio en su mirada que no estaba siendo sincera.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás mintiendo?

—Me importa una mierda lo que creas. No tengo por qué darte explicaciones de lo que hago aquí.

—Deberías hacerlo si tiene relación con que mi hermana haya desaparecido.

La tensión entre ambos volvió a crecer, lo que obligó a Rosa a intervenir de nuevo.

—No sabemos si ha desaparecido. Puede que haya decidido quedarse en Londres con algún amigo.

—¿Mi hermana tiene novio?

—Si lo tiene, no me lo ha dicho.

—¿Puedes decirme al menos en qué hospital trabaja?

—La verdad es que no lo sé.

—Yo tampoco —la secundó Bianca.

—Pues tendré que averiguarlo.

Mario miró a su alrededor y se acercó al único armario que había en el comedor, un aparador de madera con varios marcos con fotos encima. De inmediato, posó los ojos en una de ellas, en la que su hermana y él aparecían juntos, abrazados. No pudo evitar mirarla con melancolía. Esa foto la habían sacado delante de la catedral de Salamanca, la última vez que habían estado juntos.

—Somos nosotros dos —dijo alargando la mano para entregársela a Bianca—. Es del día antes de que ella empezase en la universidad.

Ella observó la foto con detenimiento y su semblante pareció relajarse.

—Se os ve muy jóvenes.

—¿Ahora me crees cuando te digo que somos hermanos?

—Lo siento —se disculpó, devolviéndole el marco—, pero mi trabajo es desconfiar de la gente.

—El mío también —aseguró él, mientras lo dejaba en su sitio.

Mario decidió registrar uno a uno los tres cajones que tenía el aparador. En uno de ellos encontró el pasaporte de Lorena. Eso le dio cierta tranquilidad, porque significaba que no había salido del país. También encontró un papel con el logotipo de un hospital en el encabezado. No entendió nada del texto, por eso se volvió hacia las mujeres.

—¿Podéis decirme lo que pone aquí?

—Lo siento, pero mi inglés no es muy bueno todavía—respondió Rosa—, sobre todo el escrito. Solo llevo seis meses viviendo aquí.

—Déjame ver —la secundó Bianca cogiendo el papel. Un vistazo por encima fue suficiente para que dijese de qué se trataba—. Es un contrato de trabajo. Empezó a trabajar en este hospital hace cinco semanas, en el Royal London.

—¿Hablas inglés? —preguntó Mario.

—Bastante bien —presumió ella.

—Entonces tienes que ir conmigo hasta ese hospital.

—¿Por qué?

—Porque yo no hablo nada de inglés. —Al ver que ella no ponía buena cara, añadió—: Pareces tan preocupada como yo por la desaparición de Lorena. ¿O me equivoco?

—Claro que me preocupa, pero no quiero dejar sola a Rosa.

—Vete tranquila con él —le replicó Rosa—. Yo regresaré a mi casa y os esperaré allí.

—¿Estás segura?

—Sí, tranquila, estaré bien. Lo más importante ahora es contactar con Lorena.

—De acuerdo —dijo asintiendo con la cabeza, para luego mirar a Mario—, te acompañaré a Londres. Seguro que en el hospital saben decirnos dónde se encuentra Lorena.

—Eso espero —murmuró él mientras se dirigían a la salida.

9

BIANCA

El medio más rápido para viajar a Londres era el tren, así que se dirigieron a la estación situada a pocos minutos del apartamento de Lorena. Bianca no cruzó ni una sola palabra con Mario de camino. Había algo en él que no le gustaba nada y no era solo el modo en que se había dirigido a ella desde el principio. Su aspecto, su forma de hablar, incluso de vestir, no le generaban confianza. Durante sus prácticas en la carrera de Psicología había estado en una prisión y Mario le recordaba a los reclusos que había conocido allí. Sabía que no debía prejuzgar a la gente, pero algo le decía que no era alguien de fiar.

Al llegar a la estación de tren, Bianca fue directa a hablar con el guardia de seguridad que estaba junto a los tornos de acceso a los andenes, un hombre de unos cuarenta años y rasgos hindúes que se mostró bastante dispuesto a ayudarla. Le explicó que debía ir a una de las máquinas expendedoras y coger allí un billete de ida y vuelta con destino a la estación de Liverpool Street.

Sin decirle nada a Mario, se acercó a la máquina y pagó los billetes de ambos. Luego le entregó el suyo y pasaron por el torno.

—Es por aquí —murmuró ella subiendo las escaleras que llevaban al andén que le había indicado el guardia.

—Tienes que decirme cuánto te debo —dijo Mario situándose a su lado.

—No te preocupes, no hace falta.

—En ese caso, yo pagaré el taxi cuando lleguemos.

—Como quieras.

Una vez en el andén, esperaron junto al resto de las personas que esperaban la llegada del tren a Londres. Según un cartel luminoso, faltaban solo dos minutos.

—¿Cuánto tiempo hay de viaje? —preguntó Mario.

—Media hora.

Ninguno de los dos volvió a abrir la boca hasta que el tren llegó a la estación y estuvieron sentados dentro de uno de los vagones. Lo hicieron uno al lado del otro, en un espacio con otros dos asientos enfrente, donde no se sentó nadie. Mientras arrancaba, Bianca buscó en la aplicación de mapas el hospital en el que trabajaba Lorena.

—¿Está muy lejos de la estación en la que nos deja el tren? —preguntó Mario.

Ella, molesta porque estuviese mirando lo que hacía con el teléfono, apagó la pantalla y lo puso boca abajo sobre sus piernas.

—No.

Contra todo pronóstico, Mario se incorporó y se sentó frente a ella para mirarla directamente a la cara.

—No te caigo bien, ¿verdad?

—¿Acaso eso importa? —le replicó Bianca.

—Entonces, ¿por qué has aceptado venir conmigo?

—Porque quiero asegurarme de que Lorena esté bien.

Él asintió con la cabeza, como si diese la respuesta por válida, y luego preguntó:

—¿Qué relación tienes actualmente con mi hermana?

—Trabajamos juntas en algo.

—¿En qué?

—No voy a responder a eso y menos en un vagón lleno de pasajeros.

—No hay ninguno sentado cerca y tampoco creo que entiendan el español.

—Me da igual. La relación que tengo con Lorena es solo cosa mía.

—Ahora también es mía. Todo lo que hace mi hermana me interesa.

—No te voy a contar nada —aseguró Bianca con voz firme— y menos hasta saber por qué nunca me ha hablado de ti.

—¿Cuánto hace que conoces a mi hermana?

—Bastante.

—¿Puedes ser más específica?

—Doce años. Coincidimos en la misma residencia de estudiantes.

—¿Tú también eres enfermera?

—No, soy psicóloga.

—Una comecocos —dijo con un tono que le sonó despectivo.

—Ya veo que el respeto por los demás no es una de tus cualidades.

—Era una broma.

—No lo parecía.

—Es porque todavía no me conoces.

—Tampoco tengo ningún interés en hacerlo.

—¿Por qué?

Bianca lo observó durante unos segundos. A pesar de su aspecto algo desaliñado, con barba de varios días y el pelo cortado a máquina, tenía que reconocer que era un hombre atractivo. Sin embargo, su mirada no le parecía sincera. Estaba segura de que ocultaba algo. Había atendido a demasiados pacientes como para no saberlo.

—¿Por qué no te caigo bien? —insistió él.

—No me fío de ti.

—¿Puedes ser más concreta?

Aquel hombre empezaba a exasperarla con su insistencia.

—Tienes aspecto de delincuente.

—¡Vaya! —exclamó Mario dejando escapar una breve risa—. Ya veo que no tienes pelos en la lengua.

—Tú me has preguntado.

—No deberías juzgar a la gente por su aspecto. A veces las apariencias engañan.

—¿Tú crees?

—Por tu aspecto, la ropa cara y la forma que tienes de mirarme, yo diría que eres una estirada que mira a los demás por encima del hombro. Una mujer que piensa que el dinero le permite estar por encima de gente como yo.

—Es que lo estoy.

—¿Has tratado con muchos delincuentes?

—Más de los que piensas.

—Entonces deberías saber que todo el mundo tiene un motivo para ser como es.

El modo arrogante que tuvo de decirlo hizo que Bianca torciese el gesto.

—No trates de darme lecciones. Soy psicóloga, conozco mucho mejor que tú la mente humana.

—Tal vez la mía no.

—Ya te he dicho que no tengo ningún interés en conocerla.

Eso dio por zanjada la cuestión y la conversación. Mario no volvió a hablar y pasaron el resto del viaje en silencio, evitando mirarse.

El único motivo por el que Bianca le ayudaba era para asegurarse de que Lorena estaba bien. Y cuanto antes la encontrasen, antes lo perdería de vista.

10

MARIO

El Royal London Hospital estaba formado por varios edificios de fachada acristalada, en tonos grises y azules. El taxi los dejó en la entrada principal, así que se dirigieron a la recepción. Mario dejó que Bianca tomase la palabra.

Lo cierto era que no la soportaba, sobre todo después de la conversación que habían mantenido en el tren. Era altiva, prepotente y muy poco empática. No entendía por qué no quería contarle qué tipo de relación tenía con su hermana. Lorena no la había mencionado en ninguno de sus correos y eso hacía que desconfiase de ella. Estaba decidido a averiguarlo, aunque lo primero era saber dónde se encontraba su hermana.

Bianca se acercó al mostrador de recepción y comenzó a hablar con la mujer que la atendió, mientras él esperaba un par de pasos por detrás. Tendría unos sesenta años y su expresión era dura y muy seca. A pesar de que no hablaba inglés, Mario enseguida percibió que no estaba muy dispuesta a ayudarlos, por cómo negó varias veces con la cabeza y frunció el ceño, como si le molestase la presencia de ambos. Eso hizo que decidiese acercarse.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Bianca al oído.

—Dice que no puede dar datos de los empleados —respondió ella, mirándole de reojo—, por la ley de protección de datos.

—¿No puede decirte si está trabajando hoy?

—Se niega a facilitarme cualquier información sobre ella.

—Dile que soy su hermano y que he venido desde España para darle una sorpresa. Que hace mucho que no la veo.

—Ya le he explicado que llevamos varios días sin saber nada de ella.

—Por favor, díselo.

Así lo hizo, lo que provocó que la empleada finalmente asintiese con la cabeza y descolgase el teléfono que tenía al lado. Tras una conversación que no duró más de treinta segundos, colgó de nuevo y le dijo algo a Bianca, a la vez que señalaba al otro lado de la sala.

—Una enfermera vendrá en unos minutos a hablar con nosotros —le explicó ella—. Dice que esperemos allí sentados.

—¿Te ha dicho si Lorena está en el hospital?

—Solo me ha dicho eso. Es extraño —añadió mientras caminaban hacia los bancos de plástico que les había señalado.

—¿El qué?

—Al principio creo que ha debido tomarnos por periodistas porque me ha dicho algo así como que no pensaba hablar con la prensa. Quizás lo entendí mal. Esa mujer tenía un acento irlandés muy marcado.

—Me pareció un poco borde.

—Más que borde, era cortante, por no decir maleducada. No puso buena cara cuando le pregunté por Lorena.

—Si pasa algo, lo sabremos pronto. Gracias por acompañarme —dijo Mario, decidido a rebajar un poco la tensión entre ellos—. No sé cómo habría hecho para entenderme con ella si hubiese venido solo.

—No tienes que dármelas. Yo también quiero encontrar a Lorena. —Su tono seguía siendo seco.

—¿Lorena y tú sois muy amigas?

—Ya te dije que fuimos compañeras de residencia cuando estábamos en la universidad.

—¿Y después de eso?

—Nos hemos visto alguna vez.

—Por trabajo, me imagino. —Al ver que ella no decía nada, añadió—: ¿No vas a contarme en qué trabaja contigo?

—No.

Todo lo que tiene de guapa, lo tiene de antipática, pensó Mario, que prefirió no insistir. Ya lo haría en otro momento.

Aguardaron en silencio, hasta que un par de minutos después una enfermera joven, de pelo oscuro muy corto se acercó a ellos. Su expresión era seria y vio en sus ojos una sombra de preocupación cuyo motivo no tardó en averiguar.

—Me han dicho que preguntáis por Lorena —dijo en un español perfecto—. Soy una compañera suya de trabajo.

—Yo soy Bianca y este es Mario, su hermano.

—¿El que estaba en la cárcel?

Mario tragó saliva, sobre todo después del modo que tuvo Bianca de mirarle, como si pensase: «Ya sabía yo que no me equivocaba contigo».

—¿Quién te ha dicho eso? —acertó a preguntar.

—Lorena.

Mario no podía creerse que su hermana hubiese hecho algo así. Si había una regla sagrada entre ellos era que nadie podía saber de su existencia y menos todavía del tipo de vida que llevaba.

—¿Y cuándo te lo dijo?

—Una semana antes de que desapareciese. La encontré llorando en los vestuarios, porque hacía varios meses que no sabía nada de ti.

Mario solo escuchó lo primero.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Hace tres semanas que no viene a trabajar. Después de dos días sin que apareciese por el hospital y no saber nada de ella, decidí avisar a la policía. Fueron a su casa y preguntaron a los vecinos, pero ninguno supo decirles si la habían visto. Lo único que ha averiguado la policía es que salió de trabajar un día al mediodía y que no llegó a coger el tren de vuelta a Chelmsford.

Mario sintió que la cabeza le daba vueltas. Docenas de teorías comenzaron a cruzarse en su mente, desde que todo fuese un error hasta que su desaparición tuviese algo que ver con los oscuros negocios en los que llevaba años metido. Tuvo que contener las

ganas de vomitar que le asaltaron en ese momento. Si a Lorena le había pasado algo por su culpa, no se lo perdonaría nunca.

—¿Pudo irse a algún sitio?

—No, me lo habría contado. Somos buenas amigas.

—¿Cómo te llamas?

—Nuria.

Mario creyó recordar ese nombre de uno de los correos de su hermana, por eso preguntó:

—¿Desde cuándo la conoces?

—Hace ya varios años. Trabajamos juntas en el hospital comarcal de Chelmsford, hasta que me casé y me vine a vivir a Londres para trabajar aquí. —Ahora estaba seguro de que le había hablado de ella —. Hace un mes quedó una vacante libre en este hospital, así que le pregunté si le interesaba venirse y aceptó. El sueldo era el doble de lo que cobraba antes.

—¿Y no tienes ni idea de dónde puede estar? —Por la cara que puso, se temió que le podía haber pasado algo malo—. ¿Qué ocurre?

—En los últimos meses han desaparecido varias mujeres en la ciudad de Londres. Los periódicos no hablan de otra cosa.

Mario intentó encajar lo que estaba escuchando.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Me estás diciendo que alguien ha secuestrado a mi hermana?

—La policía no está segura. El inspector de Scotland Yard que lleva el caso de tu hermana me ha dicho que no tienen ninguna pista sobre su paradero y que es pronto para descartar cualquier teoría.

—¿Cómo se llama ese inspector?

—Harland. Le llamé hace un par de días y me dijo que de momento no hay ninguna novedad. Lo siento —dijo a continuación —, la verdad es que no sabía a quién recurrir. Lorena vivía sola y me dijo que tú estabas en prisión. De haber sabido que te encontrabas en Londres, te habría avisado antes.

—He llegado esta tarde. ¿Podrías llamar de nuevo a ese inspector y decirle que quiero hablar con él?

—Claro, no hay problema.

Mientras la enfermera sacaba el teléfono y se alejaba para llamar, Mario miró a Bianca.

—Necesito que me acompañes a ver a ese inspector.

Ella le miró desconcertada. Se la veía afectada por la noticia de la desaparición de Lorena, tanto que le tembló la voz al responder.

—Cla… claro.

—Y vas a tener que contarme en qué estaba metida mi hermana contigo.

Eso la hizo reaccionar.

—¿Por qué?

—Porque puede estar relacionado con su desaparición.

—Ella acaba de decir que ha habido varias desapariciones en Londres en los últimos meses.

—No sabemos si la de Lorena está relacionada con esas.

—Te aseguro que no está relacionado con lo que hacía para mí.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque nadie sabe que me ayudaba. Quizás esté relacionado con lo que sea que te llevó a ti a prisión.

El comentario le sentó como una puñalada en el corazón.

—Oye, no me jodas —dijo, intentando contener la rabia que crecía en ese momento dentro de él—. Esto es serio.

—Y lo que nosotras hacemos también.

Los dos se miraron desafiantes, hasta que la enfermera regresó y los interrumpió.

—Está en las oficinas de New Scotland Yard, en la orilla del Támesis, cerca del Big Ben. No tiene pérdida. Ya le he avisado de que ibas a verle.

—Muchas gracias por tu ayuda.

—Espero que aparezca pronto, sana y salva. Si necesitas algo, estoy a tu disposición.

Una vez se alejó, Mario miró de nuevo a Bianca.

—¿Vas a acompañarme?

Ella respondió al momento.

—Por supuesto, aunque tendremos que aclarar varias cosas de camino.

—Lo estoy deseando.

11

BIANCA

El coche en el que viajaban era el típico taxi londinense, con su característico aspecto elegante y carrocería negra. El interior tenía asientos de cuero y una mampara transparente para separar al conductor de los pasajeros. Esa intimidad ayudó a que pudieran mantener una conversación privada.

—Así que acabas de salir de la cárcel —dijo Bianca con voz tensa, clavando la mirada en Mario.

La desconfianza que sentía hacia él había crecido bastante desde que la enfermera había sacado a la luz ese dato que desconocía. Estaba claro que su primera impresión sobre él había sido acertada. Era un delincuente, alguien de quien no podía fiarse.

—¿Acaso eso tiene importancia? —le replicó Mario.

—Eso depende del delito por el que estuvieras allí.

—No le he hecho daño a nadie, si es lo que te preocupa.

—Claro, y ahora vas a decirme que te metieron en prisión porque se te olvidó hacer la declaración de la renta.

Mario señaló con la mirada al conductor, de piel morena y turbante en la cabeza.

—No creo que este sea el lugar más adecuado para hablar de ello.

—Con la mampara no nos oye. Además, dudo que hable español. ¿Quieres responder a mi pregunta? ¿Por qué estabas en la cárcel?

El modo en que dudó hizo que Bianca desconfiara más todavía.

—Cometí un error.

—¡Ya! ¿Y cuántos años te costó ese error?

De nuevo la duda asomó en sus ojos.

—Unos cuantos, pero he dejado atrás ese mundo.

—Seguro que sí —murmuró ella, con ironía. No le creía en absoluto.

—Estoy decidido a empezar de cero, por eso vine aquí. Quiero recuperar a mi hermana y la vida que tenía antes de…

Al ver que dejaba el final de la frase en el aire, ella decidió preguntar:

—¿Antes de que terminaras en la cárcel?

—Sí.

—Lo extraño de todo esto es que Lorena jamás me mencionó que tuviera un hermano. Imagino que se avergonzaba de lo que hacías. ¿Me equivoco?

Por cómo desvió la mirada hacia su ventanilla, tuvo la sensación de que le había dolido el comentario.

—Todo lo que hice fue para darle una vida mejor —dijo pasados unos segundos— y para sacarla de la casa en la que vivía. Lo sacrifiqué todo para darle un futuro y que no tuviera que volver a ese lugar.

—¿Te refieres a la casa de su tía? —Al escuchar eso, Mario posó de nuevo los ojos en ella—. Sí, me habló de su tía, de que era una manipuladora y una narcisista. En realidad, eso último no me lo dijo, pero lo deduje por lo que me contó de ella.

—La convivencia en esa casa era un infierno. Hice lo necesario para sacar a Lorena de allí y no me arrepiento, a pesar del alto coste que pagué. Estuve doce años sin tener contacto con ella, pero lo volvería a hacer sin dudar.

Esa afirmación desconcertó a Bianca.

—¿Has estado doce años en prisión?

—No, solo los dos últimos y te aseguro que es un lugar al que no pienso regresar.

—Entonces… no lo entiendo. ¿Por qué llevas doce años sin tener contacto con Lorena?

—Para no ponerla en peligro. La gente con la que me relacionaba no podía saber que tenía una hermana. La habrían utilizado contra mí.

—Pero…

—Escucha —la interrumpió de forma brusca—. He dejado atrás esa vida para siempre y cuanto menos sepas de ella, mejor para ti. Preocúpate solo de ayudarme a encontrar a Lorena.

No le gustó su reacción, ni que le hablase con esa exigencia.

—¿Y por qué tendría que hacerlo? Es posible que su desaparición sea culpa tuya.

—Ya te he dicho que no.

—¿Cómo lo sabes? —insistió ella.

—Lo sé y punto.

—Eso no es una respuesta.

—No voy a darte otra.

—Pues deberías, si quieres que te ayude.

Mario la miró con ira contenida.

—Deja de usar tus mierdas de comecocos conmigo —masculló entre dientes.

—¿Mis mierdas?

—Sois todas iguales.

A Bianca le sorprendió esa réplica. No entendía a qué venía.

—¿Cuando dices «todas» te refieres a las mujeres?

—Me refiero a las comecocos como tú.

Lo dijo de un modo despectivo que la molestó.

—Soy psicóloga, no comecocos, y mi trabajo es ayudar a la gente.

—¡Ya!

—¿Lo dices porque has tenido una mala experiencia con alguna? —intuyó por la forma irónica que tuvo de decirlo.

—Con varias. Cuando mi hermana y yo tuvimos problemas de rendimiento en el colegio, la psicóloga que nos atendió, una mujer de sesenta años, dijo que el motivo era el trauma causado por la muerte de nuestros padres. Le contamos que nuestra tía no nos

trataba bien, que la vida en aquella casa era un infierno, pero no quiso creernos. Dijo que la conocía desde hacía años y que era una bellísima persona; para nada el monstruo que describíamos.

—Eso no es de extrañar. Los narcisistas saben encandilar a la gente que no convive con ellos.

—¿No se supone que los psicólogos sois capaces de ver esas cosas?

—Quizás no era una buena psicóloga.

—No hizo nada por ayudarnos. Es más, le contó a nuestra tía lo que decíamos de ella, lo que sirvió para que nos hiciese la vida todavía más difícil.

Ante eso no tenía nada que decir. Como sucedía en otros oficios, en el suyo no todo el mundo era vocacional ni se preocupaba por sus pacientes del mismo modo que lo hacía ella.

—Está claro que no actuó bien.

—En prisión conocí a otra psicóloga, esta no tan mayor, a la que le gustaba manipular a los presos para sacarles información y contársela luego al director de la cárcel, con el que se acostaba.

—Te aseguro que no todos los psicólogos somos así.

—Tampoco todos los que estamos en la cárcel somos unos delincuentes.

—Eso me cuesta creerlo.

Mario no dijo nada. Volvió a desviar la mirada hacia su ventanilla, lo que hizo que Bianca se preguntase qué secretos ocultaba y qué había hecho en el pasado para terminar en prisión. ¿Había sido sincero al decirle que no había hecho daño a nadie o solo trataba de manipularla para que lo ayudase?

De cualquier modo, conocía lo suficiente de la psicología humana como para saber que no podía fiarse de una persona con un pasado tan traumático como el que había dejado entrever. Muchos psicópatas traspasaban la línea del respeto a la vida de los demás tras una infancia marcada por abusos, bien fuesen físicos o psicológicos, y una convivencia extrema con personas como su tía. ¿Y si ese era el motivo por el que había terminado en la cárcel?

—Yo te he hablado de mí —dijo él pasados unos minutos, sacándola de sus pensamientos—, así que ya es hora de que me

cuentes en qué está metida mi hermana contigo.

Ahora tenía más claro que nunca que no podía decírselo.

—Lo siento, pero no voy a hacerlo.

Por cómo frunció el ceño, dedujo que no era la respuesta que esperaba escuchar.

—¿Me estás tomando el pelo? La policía necesitará saberlo todo sobre su vida para encontrarla.

—Su relación conmigo no tiene nada que ver con su desaparición.

—Eso no lo decides tú.

—Claro que lo decido yo, así que no vuelvas a preguntarme.

Mario apretó la mandíbula y le lanzó una mirada cargada de rabia que por un momento pareció que no sería capaz de dominar. Por suerte para ella, soltó un bufido y miró hacia el otro lado, ignorándola.

Mejor así.

12

MARIO

El inspector Harland era un hombre rubio y espigado, de unos cuarenta años. Vestía de manera informal, con unos vaqueros azules y una camisa blanca de manga larga. Les recibió de pie tras su mesa y con una media sonrisa.

Bianca fue la primera en acercarse y en presentarse. Luego señaló a Mario, que no supo muy bien cómo actuar, si tender la mano al policía o esperar a que este se la ofreciese. Al ver que no lo hacía, optó por asentir ligeramente con la cabeza y dejar que ella tomara el mando de la conversación.

Observó incómodo cómo ambos hablaban en inglés, preguntándose qué demonios le estaría diciendo Bianca y si se estaba ciñendo a la verdad o solo le contaba lo que a ella le interesaba. Seguro que no le estaba diciendo nada de su relación con su hermana y de ese asunto que llevaban entre manos. Es más, por cómo el policía le miró en un par de ocasiones, temió que le estuviera contando que era un delincuente recién salido de la cárcel.

Por ese motivo, se quedó desconcertado cuando el inspector se dirigió a él en un perfecto español.

—Así que usted es el hermano de la desaparecida.

—Eh… sí —acertó a decir—. ¿Habla usted mi idioma?

—Claro, mi madre es española. Llevo años veraneando en Alicante.

—Es bueno saberlo —dijo a la vez que resoplaba de forma inconsciente. Era un alivio poder comunicarse con él—. ¿Sabe algo de Lorena?

—Antes es mejor que se sienten. —El policía señaló las dos sillas que había delante de su mesa y ocupó su asiento—. ¿Cuándo habló con su hermana por última vez?

—Hace tres semanas me mandó un mensaje por correo y después de eso no volví a saber nada de ella.

—¿No hablaban por teléfono?

Mario notó la mirada de Bianca clavada en él.

—Sí, pero he estado ausente por motivos de trabajo, así que nos comunicábamos por correo.

—¿Dónde vive usted?

—En España.

—¿Y en qué trabaja?

—Soy asesor financiero.

—No tiene pinta de eso.

Mario se dio cuenta de que lo que acababa de decir era una soberana estupidez y que el policía no se lo había tragado. Aun así, decidió que era mejor no cambiar de versión para no despertar sus sospechas.

—Estoy pasando una mala racha. Ya sabe cómo es esto, a veces inviertes bien y otras te equivocas.

El policía no pareció muy interesado en su explicación porque acto seguido preguntó:

—¿Le dijo su hermana en ese último mensaje algo que explique su desaparición?

—No.

—¿Algo referente a que se sintiera vigilada o que sospechara que alguien la seguía?

—No me contó nada de eso. —Mario necesitaba respuestas, no que le acribillasen a preguntas—. ¿Qué le ha pasado a Lorena? ¿Cómo puede llevar desaparecida tres semanas y que no la hayan encontrado todavía?

—Solo sabemos que a las dos de la tarde salió del hospital en el que trabajaba para coger el tren de vuelta a Chelmsford y que nunca llegó a la estación de Liverpool Street.

—Tal vez usó otro medio de transporte.

—Si es así, no tenemos conocimiento de ello.

—¿Y su teléfono? ¿Han revisado su geolocalización?

—La última vez que se conectó, la triangulación de las antenas la sitúa en las cercanías del hospital en el que trabaja. Creemos que se quedó sin batería.

—O que alguien que no fue ella lo apagó.

—Es difícil saberlo.

—¿Qué hay de las cámaras de vídeo repartidas por la ciudad? Imagino que las habrán revisado para ver si mi hermana aparece en las imágenes.

—Estamos en ello, aunque de momento no hemos encontrado nada.

Esa respuesta le sonó a improvisada.

—¿Cómo que están en ello?

—Hacemos lo que podemos. Hemos hablado con el personal del hospital y ninguno sabe cómo regresó a casa. Lo cierto es que no tenemos ninguna pista de su paradero. —Acto seguido, centró su atención en Bianca—. ¿Qué relación tenía usted con ella?

—Somos amigas desde la universidad.

—¿Vive aquí, en Londres?

—En Madrid. Vine para hacerle una visita a Lorena.

—¿Y cuándo llegó?

—Hoy.

—Yo también he llegado hoy —aclaró Mario, sin esperar a que le preguntara.

—¿Han venido juntos?

—No, en vuelos distintos.

—¿Son amigos?

Los dos se miraron.

—Nos hemos conocido aquí —dijo Bianca con una sonrisa nerviosa—. Ambos estábamos buscándola.

A Mario le extrañó que no mencionara a Rosa y que las dos estaban dentro del apartamento de su hermana cuando se conocieron, pero decidió no comentar nada. Ella tampoco había mencionado que él acababa de salir de la cárcel. O eso suponía.

—¿Y cuándo fue la última vez que habló con ella? —preguntó Harland.

—Hace ya varios meses.

—Es decir, que no sabía que estaba desaparecida.

—No. Vine para darle una sorpresa. —Mario vio muy claro en su mirada que no estaba siendo sincera—. Al ver que no se encontraba en casa, decidimos ir al hospital en el que trabaja y allí nos dijeron que estaba desaparecida.

—Y que no es la única mujer que ha desaparecido —añadió él.

—La prensa de aquí es muy sensacionalista, por eso se ha convertido en noticia, pero la realidad es que muchas mujeres desaparecen cada año.

—¿En la misma ciudad?

El policía dibujó una sonrisa forzada.

—No crean todo lo que leen en la prensa, a los periodistas les gusta exagerar. Además, no está claro que las desapariciones estén relacionadas entre sí.

Mario le miró a los ojos y dudó.

—¿Por qué no le creo?

Eso hizo que el policía se removiese en su asiento y se aclarase la garganta. Se le veía incómodo.

—Lo siento, no puedo desvelar los detalles de una investigación en curso.

—¿Ni siquiera a los familiares más directos?

—Ya le digo que en este país se producen muchas desapariciones y la mayoría son voluntarias.

—Mi hermana no tenía motivos para desaparecer.

—¿Está seguro? Acaba de decir que lleva tiempo sin hablar con ella.

—Lorena no haría eso. No sé —dijo decidido a cambiar su actitud —, tal vez debería hablar con algún periodista para que me explique lo que está ocurriendo y contarle el poco interés de la policía por

encontrar a mi hermana. O a lo mejor debería hablar con la embajada española para que muevan este asunto a niveles más altos.

Era un farol. Lo que menos le interesaba era ponerse en el punto de mira de las autoridades españolas, aunque el inspector se lo tragó.

—No creo que sea necesario —respondió de mala gana—. Puedo contarle lo que sabemos hasta ahora, que no es mucho. Lo cierto es que estas desapariciones nos tienen bastante desconcertados, sobre todo porque, después de casi un año desde que se produjo la primera, seguimos sin localizar a las víctimas. Ni siquiera han aparecido sus cuerpos sin vida. —Un frío helador recorrió la espalda de Mario al pensar en esa posibilidad—. Una de las hipótesis con las que trabajamos es que se trate de una red de tráfico de mujeres.

—¿Por qué secuestrar mujeres en una ciudad como Londres para luego venderlas? Sería más fácil hacerlo en países del Este de Europa, donde les costaría menos sacarlas.

—Parece bien informado —dijo Harland, mirándole con interés.

—Veo muchos documentales en la televisión.

—De cualquier modo, es solo una de las teorías con las que trabajamos.

—¿Cuántas mujeres han desaparecido hasta ahora?

—Cuatro, incluyendo a su hermana.

—¿Y tienen algo en común?

—Que todas son de raza blanca y que su edad oscila entre los veinticinco y treinta años.

No era mucho.

—¿En qué circunstancias desaparecieron?

El inspector se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—¿Seguro que es usted asesor financiero? Porque por las preguntas que me hace no lo parece.

—Solo quiero saber si existe relación entre esas desapariciones y la de mi hermana. Me ayudaría a averiguar qué pudo ocurrirle.

—Ese es nuestro trabajo.

—De momento, por lo que veo, no lo están haciendo muy bien.

El gesto del policía cambió. Frunció el entrecejo y se puso en pie.

—Me temo que no puedo decirle mucho más.

—¿Ya está? ¿Esto es todo lo que va a contarme? —preguntó Mario, cabreado.

—De momento, sí. ¿Van a quedarse mucho tiempo en Londres?

—Yo no voy a irme hasta que no aparezca mi hermana.

—En ese caso, apunte aquí su número de teléfono y le llamaré si se produce alguna novedad —dijo poniendo delante de él un folio en blanco y un bolígrafo.

Mario apuntó de mala gana su nuevo número de teléfono y luego miró a los ojos al policía. De buena gana, le habría agarrado por el cuello para que le contase todo lo que sabía de las desapariciones, pero lo que menos necesitaba en ese momento era meterse en más líos. Tendría que investigar por su cuenta.

—Necesito también su teléfono —añadió Harland, dirigiéndose a Bianca.

—Mi idea es regresar a Madrid dentro de tres días, el martes.

—Aun así, me vendría bien tenerlo, por si necesito hablar con usted.

—De acuerdo.

Una vez que ella apuntó su número, el inspector se despidió de ellos señalando la puerta de su despacho.

—Le avisaré con cualquier novedad.

—Eso espero —murmuró Mario.

Salió del despacho con paso ágil y sin mirar atrás. Ni siquiera se preocupó de si Bianca le seguía, hasta que pisó la calle.

—Así que te marchas el martes —dijo volviéndose para mirarla.

—Esa era la idea cuando cogí el billete.

—Ya. —Mario se quedó pensativo durante unos segundos. La relación entre ambos no había empezado con buen pie y estaba claro que no se caían bien, pero si quería encontrar a Lorena iba a necesitar ayuda—. ¿Podrías retrasar ese viaje?

—¿Por qué motivo?

—Necesito que me ayudes a encontrar a mi hermana.

—Lo siento, pero no puedo.

—No te lo pediría si no fuese importante.

—Lo sé, y lo entiendo, pero tengo mis propios problemas.

—Ese policía nos ha mentido.

—¿Qué quieres decir?

—Que sabe más de las desapariciones de lo que nos ha contado. Voy a tener que investigar por mi cuenta y no hablo nada de inglés, por eso necesito tu ayuda.

Ella dudó unos segundos, como si calibrase sus opciones.

—Mi billete de vuelta es para el martes por la tarde —dijo finalmente—. Hasta entonces te ayudaré en lo que pueda.

De momento le bastaba con eso, aunque esa relación no funcionaría si uno de los dos no enterraba el hacha de guerra, por eso Mario decidió dar el primer paso.

—¿Qué tal si empezamos de cero mientras tomamos un café?

—Me parece una buena idea —respondió ella, a la vez que asentía con la cabeza.

13

BIANCA

No era la primera vez que estaba en Londres, por eso sabía que a esa hora de la tarde sería muy difícil encontrar una cafetería abierta. Hizo una búsqueda rápida en Google con su teléfono y le propuso a Mario que caminasen hasta el Starbucks más cercano, situado junto a la estación de Embankment. A menos de diez minutos andando.

Aunque hubiese accedido a ayudarle, tenía claro que no iba a contarle nada de su relación con Lorena. Sobre todo, en lo referente a su ayuda para buscar alojamiento en Reino Unido a las mujeres que lo necesitaban. Rosa había sido la primera, pero lo previsto era que otras siguiesen su mismo camino.

Sin embargo, no podía desentenderse de lo que estaba sucediendo. Mario tenía razón. El inspector Harland les había ocultado cosas, una actitud que no entendía muy bien y que le hizo sospechar que no tenía demasiado interés en encontrar a Lorena. Probablemente, para la policía inglesa era un número más en la lista de desapariciones. Mario no le caía bien y no terminaba de fiarse de él, pero tenía que ayudarle a encontrarla. No hacerlo significaba darle la espalda a Lorena, algo que no estaba dispuesta a hacer.

—Mi hermana y yo siempre quisimos venir juntos a conocer Londres —dijo Mario, mientras caminaban paralelos al Támesis—, desde que vimos aquella película de zombis.

—¿Qué película?

—La del paciente que se despertaba en el hospital y descubría que todo el mundo había desaparecido. Esas imágenes en las que caminaba solo por las calles desiertas de Londres nos parecieron increíbles y nos prometimos que algún día visitaríamos juntos los escenarios de la película.

—Recuerdo esa película, pero es muy antigua. Yo era una niña cuando la estrenaron en el cine.

—Nosotros la vimos unos años después, en casa de un amigo. Mi tía no nos dejaba ver la tele.

—¿Lo dices en serio?

—Te podría contar muchas cosas sobre ella y lo que nos hizo, cosas mucho peores que esa, aunque ahora mismo no es lo más importante. Y tampoco me apetece hablar de ella.

Bianca no quiso decírselo, pero Lorena le había hablado en más de una ocasión de su infancia cuando estaban juntas en la residencia universitaria. Lo suficiente para entender por qué nunca iba a su casa en vacaciones, como la mayoría de los alumnos. Ese recuerdo hizo que cayese en la cuenta de algo.

—La verdad es que la residencia en la que vivíamos era bastante cara y no le alcanzaba con la beca que le concedían. Una vez le pregunté cómo lo hacía y me dijo que un familiar le estaba echando una mano con los gastos. Imagino que eras tú.

—Así es. Trabajé muy duro para asegurarme de que no tuviese que volver nunca más a aquella casa. Nuestra tía la machacaba psicológicamente un día tras otro, hasta el punto de que… —La voz de Mario se cortó de golpe, como si le costase respirar.

—¿Qué ocurre?

—Nada, son cosas sin importancia del pasado.

—Si fuese así, no te costaría contarlo.

Él tomó aire y prosiguió.

—A los diecisiete años, Lorena empezó a beber en exceso cada vez que salía con sus amigas. Era su modo de desahogarse y desconectar de la realidad en la que vivía. Yo entonces trabajaba de camarero, intentando ahorrar el dinero suficiente para poder marcharnos juntos de casa, en cuanto ella fuese mayor de edad.

—¿Cuántos años os lleváis de diferencia?

—Soy dos años mayor que ella.

—¿Y qué ocurrió?

Bianca sabía de sobra lo que había sucedido. Lorena se lo había contado entre lágrimas, en una ocasión en que necesitaba desahogarse, pero quiso saber hasta qué punto estaba Mario dispuesto a sincerarse con ella.

—Unos meses después, tras una bronca que tuvo con nuestra tía, se le fue la mano con la bebida y sufrió un coma etílico. Aquel día comprendí que si no la sacaba de allí la perdería para siempre.

—¿Fue entonces cuando decidiste convertirte en un delincuente?

Lo preguntó sin pensar y sin intención de ofenderle. Solo quería entender qué le había impulsado a cruzar la línea entre lo legal y lo ilegal. Por suerte, Mario no pareció molestarse.

—Hice lo necesario para darle una vida mejor, aunque fuese a costa de sacrificar la mía.

No fue solo lo que dijo, sino el modo que tuvo de mirarla al pronunciar esas palabras. Por primera vez, vio en sus ojos que estaba siendo sincero. Independientemente del tipo de persona que fuese y lo que hubiese hecho en el pasado, estaba claro que su hermana era lo más importante para él.

—La encontraremos —aseguró para animarle.

Después de eso, Mario le contó orgulloso cómo su hermana había terminado la carrera de enfermería con las mejores notas y luego decidió irse a trabajar a Londres para comenzar una vida lejos de su pasado.

—A pesar de que ganaba un buen sueldo, la ayudé económicamente en lo que pude. Le mandé dinero de forma regular para que pudiese comprar un apartamento y llevar una vida holgada. Por eso no termino de entender en qué te está ayudando y por qué. No puede ser por dinero.

—No lo hace por eso —dijo Bianca. Lorena nunca había querido cobrar por su ayuda.

—¿Entonces por qué?

Se dio cuenta de que se había metido ella sola en un callejón sin salida, por eso decidió ganar tiempo.

—Mejor lo hablamos cuando tengamos un café delante.
—De acuerdo.

14

MARIO

Mientras removía el café con el palillo de madera, Mario no dejó de mirar a Bianca, a la espera de que le contase la relación que tenía su hermana con ella. Al ver que no lo hacía, la impaciencia pudo con él y decidió retomar el tema, aunque de un modo más sutil.

—¿Qué relación tiene Rosa con mi hermana?

Ella tomó un sorbo de su capuchino antes de responder.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me extrañó que tuviese una copia de las llaves del apartamento de Lorena.

Notó en la mirada de Bianca que no tenía claro qué respuesta darle.

—Son amigas.

—No tanto como para saber que Lorena llevaba tres semanas desaparecida.

—Tampoco se veían todos los días, solo de vez en cuando. Cada una llevaba su vida.

—¿En qué trabaja Rosa?

La cara de Bianca se puso tensa y frunció el ceño.

—No pienso hablarte de Rosa. No tiene nada que ver con la desaparición de Lorena.

—Eso deberé juzgarlo yo.

—Te equivocas. Soy yo quien lo decide, así que no me preguntes más por ella.

—Entonces dime por qué le mentiste al inspector Harland.

Bianca le miró con sorpresa.

—¿Cuándo le mentí?

—Le dijiste que habías venido desde España para darle una sorpresa a mi hermana.

—No le mentí, es cierto.

—Por favor —dijo él alzando la mano—, no le mientas a alguien que lleva los últimos doce años tratando con mentirosos. ¿Sabías que Lorena había desaparecido?

—Claro que no. Es decir… —Por un momento, dudó—. Intenté contactar con ella varias veces por teléfono antes de venir y al ver que lo tenía apagado, me preocupé.

—¿Qué motivos tenías para preocuparte? ¿Tiene relación con lo que hacía para ti?

—Ya te he dicho que no.

Mario no se dio por vencido. Empezaba a ver claro por qué Bianca se negaba a contarle la verdad.

—Rosa está en peligro, ¿no es cierto? —Supo que había dado en el clavo al ver cómo ella contenía la respiración—. ¿Quién la persigue?

—Nadie.

—La proteges por algo. Ella es el verdadero motivo por el que has venido hasta aquí. —Bianca negó con la cabeza, aunque lo hizo con poco convencimiento—. Si mi hermana protegía a Rosa, te aseguro que no seré yo quien la ponga en peligro, pero necesito saber si la desaparición de Lorena está relacionada con ella.

—Ya te he dicho que no.

—¿Y si te equivocas? La vida de Lorena está en juego. —Al ver que no reaccionaba, decidió presionarla un poco más—. Tal vez no quieres contarme nada porque no te importa su vida y lo que le pase. En realidad, no te importa nadie que no seas tú.

Eso fue lo que la hizo reaccionar.

—¿Tienes idea de cuántas mujeres mueren en España cada año a manos de sus parejas? —preguntó Bianca, apretando los dientes.

Mario no esperaba esa réplica y en ese momento tampoco entendió qué relación podía tener con la desaparición de su hermana.

—Imagino que más de lo que sería deseable.

—El problema es que todo lo que se hace para evitarlo es insuficiente —añadió ella con un resentimiento que no le pasó desapercibido—. A veces la única forma que hay de sobrevivir es desaparecer y empezar de cero en otro lugar.

No le costó atar cabos.

—Por eso Rosa vive aquí.

—Sí —admitió ella—. Era la única forma de mantenerla a salvo.

—¿Y mi hermana te ayudaba en eso?

Antes de responder, Bianca tomó un sorbo de café, como si necesitase esa pausa para decidir una respuesta.

—Lorena y yo siempre hemos mantenido el contacto a lo largo de los años —dijo mientras posaba el café en la mesa—. Por eso, cuando le dije que necesitaba ayuda, no dudó en ofrecerse. Ella se encargó de buscarle un apartamento a Rosa en el que vivir, la ayudó a instalarse y le ofreció todo el apoyo que necesita alguien que deja su vida atrás para empezar de cero.

—Por eso Rosa tenía las llaves de su piso, por si algún día necesitaba ocultarse allí.

—Sí.

—¿Y por qué aquí, en el Reino Unido? ¿No hay suficientes lugares en España donde ocultarse?

—Rosa necesitaba salir del país. Estaba convencida de que su marido terminaría encontrándola si se quedaba.

—¿Qué te garantiza que no sea capaz de encontrarla aquí?

—Que solo yo sé dónde se encuentra.

—Eso no es cierto. Mi hermana también lo sabe. ¿Y si el marido se enteró y vino a por ella?

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Porque el marido de Rosa me asaltó ayer en plena calle y quiso obligarme a que le confesase dónde se encontraba su mujer.

—¿Te atacó?

—Trató de intimidarme, aunque no lo consiguió. Si supiese que Rosa estaba aquí, habría venido a por ella.

—Tal vez vino a por mi hermana hace tres semanas, la secuestró y, al ver que no conseguía obtener lo que buscaba, fue a por ti.

—No —dijo Bianca con rotundidad, a la vez que negaba con la cabeza—. Fue a por mí porque encontró una tarjeta con mi nombre que yo le había dado a Rosa. No tiene ni idea de que está en el Reino Unido y es imposible que lo averigüe.

—Espero que no te equivoques.

—El motivo de la desaparición de Lorena tiene que ser otro. Aunque hay algo en lo que coincido contigo y es que ese inspector no parecía muy dispuesto a hablar con nosotros.

—Pues lo averiguaremos por nuestra cuenta. Tenemos que hablar de nuevo con la compañera de trabajo de mi hermana, la enfermera que nos dijo que había desaparecido.

—¿Y qué esperas que te diga?

—Todo lo que sepa de su vida y que pueda ser de ayuda para saber qué puede haberle ocurrido. Los amigos que tiene, con quién se relaciona, a qué lugares suele ir. Incluso si tiene algún novio que no sepamos. —Al decir eso, se puso en pie—. No voy a rendirme hasta encontrarla.

15

BIANCA

Se despertó esa mañana de domingo con la sensación amarga de que había metido la pata hablándole a Mario de su actividad secreta. Más que secreta, ilegal. Si la policía española se enteraba de lo que estaba haciendo, seguro que la detendrían y se pasaría un largo tiempo en la cárcel. Lo único que le daba un poco de tranquilidad en ese sentido era el hecho de que Mario fuese un delincuente, por eso no creía que acudiese corriendo a la policía para denunciar lo que ella hacía. Aun así, Bianca se arrepintió de habérselo contado.

Se incorporó del sofá en el que había dormido esa noche, mientras notaba un ligero dolor en la espalda, y caminó hasta el único baño, situado junto a la habitación de Rosa. Al pasar vio que ella dormía a pierna suelta. Mejor. La noche anterior había tenido que tranquilizarla con respecto a su marido, asegurándole que nunca conseguiría averiguar dónde estaba.

Esperaba no equivocarse.

Una vez en el aseo, se miró al espejo. No le gustó lo que le mostró el reflejo. Se veía cansada, con una sombra oscura bajo los párpados que la obligaría a maquillarse. No era muy partidaria de abusar del maquillaje, solo lo mínimo para resaltar sus rasgos, a no ser que la situación lo requiriese. Ese día, sin duda, estaba claro que lo requería.

Decidió darse una ducha para despejar la mente y pensar con claridad los pasos que debía dar ese día. A pesar de que seguía sin gustarle Mario, se sentía en la obligación de ayudarle. Sobre todo, por Lorena. Su amiga de universidad no solo la había ayudado a encontrar un refugio para Rosa. Se estaba implicando para que fuese la primera de muchas, buscando viviendas en las que alojar a otras mujeres. Por ese motivo no le podía negar su ayuda a Mario para encontrarla.

La tarde anterior, antes de volver a Chelmsford, habían regresado juntos al Royal London Hospital para hablar de nuevo con Nuria, la compañera de Lorena. Esa segunda conversación sirvió para constatar que las dos eran muy buenas amigas desde hacía varios años y que Nuria estaba al tanto de muchos de los detalles de su vida privada.

La enfermera les contó que dos semanas antes de su desaparición Lorena empezó a salir con un chico, aunque no sabía mucho de él, solo que trabajaba por las mañanas en un restaurante situado en el muelle de St Katharine Docks. También les dijo que las dos habían estado en una ciudad llamada Colchester un par de meses atrás. Lorena la convenció para ir y visitar el castillo, aunque ni siquiera entraron a verlo. Comieron en un restaurante cercano y después de la comida Lorena estuvo hablando un rato a solas con la dueña, mientras ella esperaba en la terraza tomando un café.

En cuanto al trabajo en Londres, les explicó que lo había aceptado porque el sueldo era muy bueno y trabajaba solo cuatro días a la semana, lo que le permitía tener mucho más tiempo libre.

En ningún momento Lorena le había comentado que alguien la siguiese o que temiese por su seguridad. Nada en su vida explicaba su desaparición, por lo que Mario decidió que ese día irían a ver a ese supuesto novio.

Mario se alojó en el apartamento de su hermana y Bianca se quedó en el de Rosa. Hubiese preferido buscarse un hotel, dado que solo tenía una habitación y le tocó dormir en el sofá, pero pensó que estaría más tranquila si no dormía sola.

—Buenos días —la saludó Rosa desde la puerta de su habitación cuando salió del baño con una toalla alrededor del cuerpo.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien?

—Mejor de lo que esperaba —mintió Bianca. Un par de noches más en ese sofá y lo más seguro era que tuviese que buscar un fisioterapeuta con urgencia.

—¿Has quedado con Mario ahora?

Ella miró su reloj de muñeca antes de responder.

—Sí, en media hora.

—Entonces te da tiempo a desayunar. Te prepararé unas tortitas de avena. Son mi especialidad.

—No hace falta.

—De verdad que no me importa —aseguró dirigiéndose a la cocina.

Bianca recogió su ropa y entró en el baño de nuevo para vestirse y maquillarse. Cuando salió, ya había sobre la mesa un par de platos con una tortita cada uno y un bote de nata en espray.

—¿Qué opinas de Mario? —preguntó Rosa, dejando junto a ellos un frasco de caramelo y otro de sirope de fresa.

—¿En qué sentido?

—¿No te parece guapo?

Bianca dudó su respuesta. No iba a negar lo evidente, pero eran otras cosas las que le habían llamado la atención de él. Y no tan positivas.

—Lo que me parece es que es un poco borde.

—¿No te cae bien?

—No.

—Eso es porque habéis empezado con mal pie.

—No creo que sea una persona de fiar.

—Entonces, ¿por qué le ayudas? —dijo Rosa acercándose a la encimera de la cocina para coger las dos tazas de café que tenía sobre ella.

—Porque me preocupa Lorena.

—¿Crees que le ha ocurrido algo malo?

—Esperemos que no.

Se sentaron a la mesa para desayunar, aunque Bianca apenas comió. Se tomó el café y probó un trozo de tortita. Había quedado

con Mario en la estación de Chelmsford para coger el tren a Londres y no quería llegar tarde.

—¿No te la vas a comer entera? —preguntó Rosa cuando se levantó de la mesa.

—Está muy buena, pero no tengo mucha hambre. Y no quiero llegar tarde.

—¿Me llamarás en cuanto sepas algo de Lorena?

—Sí, tranquila.

Salió del apartamento y un minuto después caminaba en dirección a la estación. Lo hizo con algo de intranquilidad. Rosa tenía razón al decirle que no había empezado con buen pie su relación con Mario, probablemente porque los dos tenían un carácter fuerte. Esperaba al menos que tener el objetivo común de encontrar a Lorena suavizara las cosas entre ambos.

Estaba ya muy cerca de llegar cuando recibió una llamada de su secretaria.

—Bianca, tenemos un problema —escuchó su voz antes siquiera de que le diera los buenos días.

—¿Qué ocurre, Sandra? —preguntó al notar el nerviosismo en su voz.

—Me ha llamado una vecina del edificio donde tenemos la consulta para decirme que la puerta estaba abierta, así que he venido y me he encontrado con que la habían forzado.

—¿Nos han robado?

—No me he atrevido a entrar. He llamado a emergencias para que avisen a la policía y estoy en la calle esperando a que lleguen. Tenía miedo de que pudiese haber alguien dentro.

—Has hecho bien.

El barrio donde tenía su consulta no era problemático, más bien todo lo contrario. Además, en una consulta como la suya no había mucho que robar. No tenía nada de valor, a excepción de una lámpara heredada de su abuela y un cuadro más valioso por el marco que por el lienzo. Ni siquiera el ordenador de sobremesa con el que su secretaria gestionaba las citas tenía mucho valor, dado lo antiguo que era. Lo más valioso era su Macbook, pero lo guardaba siempre a buen recaudo en casa. Nunca lo dejaba en el despacho.

—Ya está aquí la policía —dijo la secretaria.

—Sube con ellos y llámame luego para decirme si se han llevado algo.

—De acuerdo.

Cortó la llamada justo al llegar a la estación de tren. Mario la estaba esperando en la puerta del edificio. Se sorprendió al verle perfectamente afeitado y con ropa nueva: unos vaqueros oscuros y una sudadera. Supuso que era la que había comprado el día anterior en una tienda de la estación de Liverpool Street antes de coger el tren de regreso a Chelmsford.

—Buenos días —la saludó sin mucha efusividad—. Pareces preocupada. ¿Estás bien?

—No es nada —trató de disimular Bianca. Prefería no contarle nada sobre el robo en su despacho—. ¿Nos vamos?

—Claro.

Repitieron la misma operación que el día anterior, aunque esta vez Mario se empeñó en pagar los billetes con su tarjeta de crédito. Mientras esperaban en el andén el tren con destino a Londres, Bianca miró repetidas veces la pantalla de su teléfono a la espera de una llamada o un mensaje de su secretaria. Necesitaba saber si habían forzado la puerta para robar o por otro motivo.

El tren llegó puntual, aunque esta vez les costó encontrar asiento. Se notaba que era domingo y que la gente viajaba a Londres para pasar el día. Tuvieron que sentarse uno al lado del otro en dos asientos que encontraron al fondo de uno de los vagones.

Nada más arrancar, volvió a mirar la pantalla del teléfono. Seguía sin recibir ningún mensaje de su secretaria, lo que hizo que estuviera tentada de llamarla para preguntarle si la policía ya había entrado en la consulta y si había alguien en el interior. La impaciencia estaba pudiendo con ella.

—¿Va todo bien? —preguntó Mario.

—Sí, claro —respondió apagando y dando la vuelta a la pantalla para que no la viese—. ¿Por qué no iba a ir bien?

—Es que pareces nerviosa. Cada poco miras el teléfono.

—Estoy esperando una llamada de mi secretaria.

—¿En domingo?

—Tuve que anular mis citas del lunes para venir aquí y necesito reestructurar la semana —improvisó sobre la marcha.

—Imagino que le pagas bien. Una comecocos como tú debe cobrar una pasta.

Ella sintió cómo la rabia crecía en su interior. Puede que Mario fuese guapo, sobre todo después de afeitarse y ponerse ropa nueva, pero era un bocazas.

—No tanto como piensas. Y como vuelvas a llamarme comecocos te juro que…

—Tranquila, no te pongas así —la interrumpió antes de que dijese una barbaridad—. Solo te tomaba el pelo. Ya te he dicho que soy bastante gracioso cuando se me conoce.

—Seguro que eras el bufón de la cárcel.

—*Touché* —dijo Mario llevándose la mano al corazón, para luego soltar una carcajada.

Esa reacción hizo que ella rebajase la tensión.

—Preferiría que me llamases Bianca.

—Claro. Por cierto, es un nombre muy bonito. ¿Eres italiana?

—No. Mi padre era italiano y mi madre española. Yo nací en Madrid.

—Buena combinación. ¿Viven en España?

—Fallecieron.

—¡Vaya! Lo siento. Mis padres murieron cuando Lorena y yo éramos pequeños.

—Lo sé.

Justo en ese momento su teléfono comenzó a vibrar, así que miró la pantalla. Era Sandra. ¡Por fin!

—Dime.

—Estoy dentro de la consulta con la policía y parece que han forzado la puerta para entrar a robar.

—¿Y qué se han llevado?

—Mi ordenador. Bueno, en realidad, solo la CPU.

—¿Nada más?

—He revisado el resto de la consulta y no echo en falta nada más.

Eso no tenía sentido.

—Ese ordenador no vale casi nada.

—Han dejado la pantalla, que es lo único que vale algo —dijo Sandra con cierta sorna. Llevaba quejándose de lo lento que iba el ordenador desde que había empezado a trabajar para ella dos años antes—. Eso sí, han registrado todos los cajones de mi mesa y de la tuya, porque hay papeles por el suelo. Se ve que buscaban algo de más valor.

Al escuchar eso, una certeza comenzó a tomar forma en la mente de Bianca. Más que una certeza, un temor.

—¿Recuerdas una agenda pequeña con tapas rosas y un corazón púrpura? —preguntó.

—Sí, me suena haberla visto alguna vez sobre tu mesa.

—Suelo guardarla en uno de mis cajones. ¿Puedes buscarla, por favor?

—Claro, dame un minuto.

La espera se le hizo eterna. Escuchó el sonido de los cajones al abrirse y de movimiento de papeles, hasta que finalmente Sandra confirmó lo que temía escuchar.

—No está, lo siento. No la veo por ninguna parte, ni en los cajones, ni encima de la mesa. ¿Estás segura de que la dejaste aquí en el despacho?

—Sí. —Recordaba haberla usado el día antes de irse.

—¿Y tenías algo de valor o importante en ella?

Bianca contuvo la respiración antes de responder. Solía anotar en ella cosas personales, dado que todo lo relacionado con sus pacientes estaba en su ordenador, a excepción de las citas, que se encargaba de gestionarlas Sandra desde el suyo.

—Nada importante —mintió.

—La policía necesita saber si tenías algo más de valor que pudiesen haberse llevado —prosiguió la secretaria—, como dinero o alguna joya.

—Diles que no guardo nada de eso en mi despacho.

—De todas formas, deberíamos llamar a un carpintero o un cerrajero para que arreglen la puerta. Y a lo mejor no sería mala idea contratar una alarma.

—Ocúpate de hablar con el seguro para que manden a alguien, por favor, y miraré lo de la alarma en cuanto regrese.

—¿Cuándo tienes pensado volver?

—El martes por la tarde cogeré el vuelo de regreso.

—Muy bien, entonces nos vemos el miércoles.

—Muchas gracias, Sandra.

Se despidió de ella y durante un tiempo se quedó pensativa. Llevarse un ordenador viejo no tenía sentido, a no ser que lo que buscase el ladrón estuviese dentro. Eso hizo que un único sospechoso le viniese a la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mario.

Ella no pudo evitar mirarle y decir con voz entrecortada:

—Puede que Rosa… esté en peligro.

16

MARIO

La sombra de preocupación que asomó en los ojos de Bianca le dio a entender que el asunto era grave.

—¿Por qué está Rosa en peligro? —preguntó Mario.

—Han entrado a robar en mi consulta.

—¿Tenías algo comprometedor en el ordenador sobre ella?

Estando sentado a su lado, no había podido evitar escuchar la conversación telefónica.

—No. Se llevaron el de mi secretaria y ahí solo están las consultas y las facturaciones. Los expedientes de mis pacientes los tengo en mi ordenador portátil y ese lo dejé en mi casa, antes de venir aquí.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que ha desaparecido mi agenda personal y en ella tengo algunas anotaciones que podrían guiar a Carlos, el marido de Rosa, hasta aquí. Es una agenda que uso para apuntar las cosas del día a día.

—¿Y apuntaste dónde estaba Rosa?

—No exactamente. Ahí anotaba, por ejemplo, las ciudades y pueblos donde me decía Lorena que había apartamentos o casas en alquiler. No tenía que haberlo hecho. ¡Soy una imbécil!

Mario notó su desesperación.

—¿Crees que el marido de Rosa es quien entró en tu despacho? —preguntó.

—Si no fue él, lo hizo alguien a quien le pagó. Estoy casi segura.

—¿Escribiste en la agenda la dirección actual de Rosa?

—No, solo la tengo anotada en mi teléfono.

—¿Y su teléfono?

—Tampoco. No hay ningún dato de Rosa en esa agenda, aunque… —Durante unos segundos se quedó pensativa—. Creo que subrayé el nombre de Chelmsford. ¡Mierda!

—¿Y anotaste su nombre al lado?

—No, en esa agenda no consta el nombre de Rosa por ninguna parte.

—¿En la consulta había algún documento que pudiese llevarle hasta ella? Algo como una reserva de los billetes de avión o el contrato de alquiler del piso donde vive.

—No.

—Pues entonces no deberías preocuparte. Dudo que ese tipo venga a Chelmsford. Me parece que es una ciudad demasiado grande como para buscarla casa por casa. ¿Cuántos habitantes tiene, cincuenta mil?

—Tiene más de cien mil habitantes.

—Mejor me lo pones. Dudo mucho que se le ocurra venir hasta aquí sin saber dónde encontrarla.

Sus palabras parecieron convencerla, porque la tensión de su rostro desapareció y suspiró ligeramente.

—Tienes razón. No creo que esté tan paranoico como para hacerlo.

Mario asintió con la cabeza, aunque lo hizo para no preocuparla más de lo necesario. Claro que había hombres tan paranoicos como para hacer eso y mucho más. En la cárcel había conocido a un hombre que había asesinado a su exmujer porque se había separado de él cuando había entrado en prisión. Lo condenaron por tráfico de drogas y en su primer permiso carcelario fue a por ella y la cosió a puñaladas. Lo más perturbador de todo era la frialdad en la mirada de aquel hombre mientras lo contaba, la de alguien que no tenía

respeto por la vida humana y que no se arrepentía de lo que había hecho.

Ese recuerdo hizo que se interesase por la situación de Rosa.

—¿Te importa que te pregunte por qué se separó Rosa de él?

—Por lo mismo que muchas mujeres: para ser libres —respondió Bianca, con cierto tono de resentimiento—. Su marido es un manipulador que la tenía sometida y dominada hasta tal punto que ya ni siquiera la dejaba salir de casa. La tenía totalmente anulada. La única suerte, si se puede decir así, es que no llegaron a tener hijos.

—¿Cuántos años tiene su marido? Porque ella parece joven.

—Rosa tiene veinticinco y Carlos pasa de los cuarenta. Lo conoció hace tres años y a los seis meses se casaron.

—Demasiado rápido, ¿no?

—Rosa es una chica bastante inocente y sin maldad. Conoció a un tío con dinero que la trató como a una princesa y creyó que siempre sería así. Poco después de casarse e irse a vivir a Madrid con él, comenzó a controlarla. Al principio en cosas que parecen poco importantes. Le preguntaba por lo que hacía mientras él trabajaba y le sugería la ropa que debía ponerse cuando salían. No tardó en ordenárselo y en controlar cada uno de sus movimientos. Llegó incluso a controlarle el peso y la comida, y se obsesionó con que estuviese siempre perfecta, como si fuese algo de lo que presumir delante de sus amigos. La presión psicológica se volvió insoportable.

—¿No intentó separarse de él?

—La única vez que se lo planteó, Carlos la convenció para intentar arreglar las cosas. Fueron de viaje a los Alpes suizos, donde alquiló una casa. Allí la encerró en el sótano durante diez días, hasta que ella prometió que jamás volvería a pensar en abandonarlo.

El relato impresionó a Mario. Nunca había escuchado algo así.

—¡Menudo cabrón!

—Después del viaje a Suiza, el control que sufrió fue tan grande que no aguantó más e intentó suicidarse. —Mario contuvo la respiración al escuchar eso—. Yo la conocí en el hospital, después de que me avisase una amiga de la asociación de ayuda a las mujeres maltratadas con la que trabajé hasta hace dos años. Le di a Rosa

una tarjeta con mi teléfono y la dirección de mi consulta, y le dije que yo podía sacarla del infierno en el que estaba metida.

Eso despertó la empatía de Mario hacia Bianca. Empezaba a entender el esfuerzo que realizaba para ayudar a las mujeres que vivían un infierno a manos de sus parejas. No creía que mucha gente estuviese dispuesta a hacer lo mismo que ella para ayudarlas.

—Imagino que no sería fácil sacarla de España.

—No lo es, aunque el mayor problema es que ellas estén dispuestas a dejar que las ayude y empezar una nueva vida. Algunas deciden dar marcha atrás y regresan a casa pensando que pueden arreglar las cosas, lo que casi nunca ocurre. Otras se separan y deciden rehacer su vida con otra persona, sin ser conscientes de que su anterior pareja no está dispuesta a aceptarlo. Comprenden demasiado tarde su error —dijo llevándose la mano al pecho, como si un dolor la estuviese atravesando—. No puedes imaginarte la impotencia que se siente cuando luego ves su cuerpo tendido en el suelo, cubierto por una sábana blanca.

—Reconozco que es de admirar lo que haces por ellas.

—Me gustaría hacer mucho más, pero no siempre está en mi mano. Además, los recursos de los que dispongo son muy limitados. Hago lo que puedo con lo que tengo y la gente que está dispuesta a ayudarme, que no es mucha.

—Me siento orgulloso de que Lorena sea una de ellas.

—Esperemos que la encontremos sana y salva.

—Yo también lo espero.

La idea de que no fuese así hizo que a Mario se le cortase la respiración. No quería ni pensar en que su hermana hubiese sufrido algún daño. No después de todo lo que él había sacrificado para mantenerla a salvo.

Durante el resto del viaje hasta Londres permanecieron en silencio, cada uno metido en sus pensamientos. En cuanto llegaron a la estación de Liverpool Street cogieron un taxi hasta el muelle de St Katharine Docks, donde estaba el restaurante The Dickens Inn, en el que trabajaba el amigo de Lorena. Lo único que sabían de él, gracias a lo que les había contado la enfermera que trabajaba con ella, era su nombre, James, y que su edad rondaba los treinta.

El taxi los dejó frente a la entrada al muelle, formada por dos columnas de piedra con un elefante sobre cada una de ellas y un arco de hierro con la leyenda «St Katharine Docks».

—¿No deberían ser patos? —dijo Mario mientras pasaban bajo él.

—¿Qué? —preguntó Bianca con aire distraído.

—Lo que hay sobre las columnas deberían ser patos, no elefantes, por lo de *docks*.

Ella dejó escapar una leve risa, lo que ayudó a que su rostro se relajase.

—*Docks* significa muelles. Patos se dice *ducks*, con «u».

—Claro, perdona. Mi inglés es bastante pobre.

—¿No lo estudiaste en el instituto?

—Se me daba bastante mal —dijo mientras recorrían el suelo de adoquines en dirección al muelle, siguiendo la ruta que le marcaba el mapa de su teléfono—. Por suerte, antes no lo exigían para tantas cosas como ahora.

—Siempre estás a tiempo de ponerte a estudiarlo. Si fuese tú, me quedaría aquí una temporada, después de que encontremos a tu hermana.

—Es lo que tengo pensado hacer.

Lo que menos se le pasaba por la cabeza era regresar a España, al menos durante una buena temporada. Solo pensaba en recuperar el tiempo perdido con Lorena.

Caminaron entre dos edificios hasta que se vieron obligados a detenerse. Una cinta de balizar blanca con la palabra «POLICE LINE» en azul les cortaba el paso, impidiendo que pudiesen acceder al muelle deportivo situado unos metros más allá. La custodiaba un policía con un chaleco amarillo fluorescente que impedía el paso a las pocas personas que se habían congregado allí.

—¿Qué estará pasando? —murmuró Mario mientras se acercaban.

Bianca se adelantó a él y fue directa a hablar con el policía, un hombre de unos cincuenta años y visible barriga que le respondió con frases cortas. El gesto que le hizo con la mano le dio a entender que no podían pasar.

—Tendremos que dejarlo para otro momento —comentó regresando a su lado.

—¿Qué ocurre?

—No me lo ha querido decir, solo que no se puede pasar.

—Pero tenemos que acceder al muelle para hablar con el amigo de Lorena. Algún modo habrá de llegar hasta el restaurante en el que trabaja.

—Se lo he comentado y me ha dicho que todo el muelle está acordonado.

—¿Y ahora qué hacemos?

La esperanza de dar con el paradero de su hermana pasaba primero por hablar con ese amigo, con el que al parecer se veía desde un par de semanas antes de su desaparición. Necesitaba preguntarle si había hablado con ella o si la había visto el día de su desaparición.

—Podemos ir a tomar un café y volver más tarde —sugirió Bianca.

No le pareció una mala opción, aunque en ese momento observó algo que le llamó la atención. Tres personas se acercaban desde el lado izquierdo del muelle. Dos eran policías de uniforme y el otro vestía de civil. Mario lo identificó al momento, por eso se acercó a la cinta y alzó la mano, llamando su atención.

—¡Inspector Harland! —De inmediato, el policía que custodiaba la cinta se acercó para impedirle que pasase de ella—. ¡Inspector!

Tuvo que agitar la mano sobre su cabeza para captar la atención de Harland, que le miró con sorpresa. Tras decir algo a los policías que le acompañaban, se separó de ellos y se acercó a la cinta.

—¿Qué hace aquí? —preguntó al llegar a su altura.

El otro policía se hizo a un lado para permitirles hablar.

—Hemos venido a dar un paseo por el muelle —respondió Mario.

—Sí, claro —le replicó el inspector con ironía—. ¿Quién les ha avisado?

—¿Avisarnos de qué? —Aquello empezó a no gustarle—. ¿Ocurre algo?

Harland le miró como si dudase de hablar con él.

—A primera hora de la mañana ha aparecido el cuerpo de una mujer flotando en el muelle —dijo finalmente.

Mario sintió cómo un frío intenso lo paralizaba, mientras el corazón le dejaba de latir. Le costó pronunciar las siguientes palabras.

—¿Es… Lorena?

—Mejor hablamos a solas.

17

BIANCA

El policía que custodiaba la cinta la levantó para que pudiesen pasar por debajo y los dos acompañaron al inspector hasta el borde del muelle.

—Por favor, dígame si es mi hermana —dijo Mario con voz nerviosa.

—Tranquilo, no es ella.

Eso hizo que soplase, aliviado.

—¿Y de quién se trata? —preguntó entonces Bianca.

—Lo siento, pero eso forma parte de la investigación y no puedo decírselo. Lo que quiero saber es qué hacen aquí los dos —exigió Harland con voz poderosa. Parecía molesto por su presencia en el lugar.

—Hemos venido para hablar con James —dijo Mario, recuperado ya del impacto inicial.

—¿Quién es ese?

—Un amigo con el que mi hermana empezó a salir dos semanas antes de desaparecer. Trabaja en un restaurante que está al otro lado del muelle.

—¿De dónde ha sacado esa información?

—Me lo dijo una compañera de mi hermana, del hospital en el que trabaja.

—¿Y qué esperan que les diga ese hombre?

—Si estuvo o habló con Lorena el día de su desaparición.

—¿Es que ahora se dedica a hacer el trabajo de la policía?

—Lo único que quiero es encontrar a mi hermana, dado que usted no es capaz de hacerlo.

Por la cara que puso el inspector, Bianca se dio cuenta de que no le había hecho ninguna gracia ese comentario final, por eso decidió calmar las cosas.

—Tiene que entender que no podemos quedarnos con los brazos cruzados, sin hacer nada por encontrarla.

—Precisamente, eso es lo que quiero que hagan: nada. Déjennos trabajar y no se inmiscuyan —dijo señalando la cinta de balizar—. Salgan de aquí, por favor.

El inspector hizo ademán de alejarse de él, lo que provocó que Mario le agarrase del brazo.

—Espere. ¿Esta muerte tiene alguna relación con la desaparición de mi hermana?

Harland apretó los labios y luego miró la mano con la que le sujetaba, lo que hizo que le soltase de inmediato.

—Salgan de aquí o haré que les obliguen.

La forma que tuvo de reaccionar y el modo en que se había sorprendido al verlos en el lugar unos minutos antes, hizo que Bianca llegase a la misma conclusión que Mario.

—La víctima es una de las mujeres que están desaparecidas, ¿verdad? —aseguró, captando de nuevo su atención.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Usted, por cómo ha reaccionado.

—¿Es usted adivina?

—Psicóloga. Mi trabajo es estudiar a las personas y sus reacciones, y la suya me dice que esta muerte tiene alguna relación con la desaparición de Lorena. Lo primero que hizo al ver a Mario fue preguntarle quién le había avisado de lo sucedido en el muelle. ¿Nos cuenta lo que está ocurriendo o tenemos que hablar con la prensa para enterarnos? Imagino que no estará muy lejos de aquí.

Por cómo reaccionó, interpretó que a Harland no le había gustado su modo de amenazarle, aunque fuese una amenaza

velada. Miró a su alrededor primero, como si quisiese comprobar quién los observaba, y luego asintió con la cabeza.

—Está bien, vamos.

Recorrieron el paseo flanqueado a la izquierda por unos edificios de ladrillo marrón y a la derecha por la malla que los separaba del acceso al pantalán, alejándose así de la gente que se estaba congregando al otro lado de la cinta.

—A primera hora de la mañana ha aparecido un cuerpo flotando en el agua, entre dos embarcaciones —comenzó a explicar Harland señalando con el brazo estirado un punto situado al otro lado del muelle, donde había varias embarcaciones atracadas—. La víctima ha sido identificada como Amanda Smith, desaparecida hace cuatro semanas, una semana antes que su hermana.

—¿En qué circunstancias se ha producido la muerte? —preguntó Mario.

—Lo siento, pero no me está permitido comentarlo.

Al escuchar la respuesta, resopló, contrariado. La verdad es que empezaba a ser desesperante el modo en que el inspector se negaba a compartir con ellos cualquier información. Por ese motivo, Bianca intentó que les contara algo más.

—Estamos investigando la vida de Lorena, en busca de cualquier detalle que pueda llevarnos hasta la persona que la ha secuestrado —dijo atenta a su reacción—. Si una de las mujeres desaparecidas ha sido asesinada, las circunstancias en que se ha producido la muerte podrían proporcionar importantes datos sobre su asesino.

—Le repito que ese es nuestro trabajo.

—Lo sé, y no tratamos de inmiscuirnos, solo de ayudar. Por ejemplo, una muerte por múltiples puñaladas a menudo es resultado de una relación personal del asesino con la víctima y de un ataque de ira en el que trata de castigarla por sus actos. Podría tratarse de alguien a quien rechazó o un marido del que trataba de divorciarse.

El inspector se detuvo y la miró con inusitado interés.

—Pensé que era psicóloga, no criminóloga.

—He estudiado bastante la mente criminal.

—¿Por trabajo?

—Por interés personal.

No mentía. Desde el momento en que había empezado a trabajar con víctimas de maltrato, Bianca había pasado muchas horas estudiando la mente criminal, en especial a los psicópatas. En la mayoría de casos, el maltratador era alguien que no sentía empatía por la vida humana y que era capaz de arrebatarla si lo consideraba necesario. Traspasar esa línea era un rasgo de psicopatía, por eso era primordial detectarlo a tiempo en cuanto una mujer acudía a ella pidiendo ayuda. La muerte por apuñalamiento que había puesto como ejemplo era en realidad el asesinato que la había empujado a ayudar a las víctimas, quebrantando para ello la ley.

—Por suerte, tenemos a los mejores criminólogos en Scotland Yard —dijo Harland con gesto altivo—, así que no necesitamos ayuda de aficionados.

El inspector reanudó la marcha, dejándola con la palabra en la boca.

—Tiene que haber alguna relación entre la desaparición de esta mujer y la de mi hermana —comentó Mario, situándose a su lado.

—Apenas han transcurrido tres horas desde que hemos encontrado este cadáver. Si hay relación, la encontraremos. Hasta entonces les pido que nos dejen hacer nuestro trabajo. Les llamaré si se produce alguna novedad.

—¿Como nos ha llamado ahora?

El inspector se detuvo en la entrada de un callejón, al fondo del cual había una valla y un policía custodiándola.

—No tenía motivo para llamarles. Lo haré cuando lo considere necesario. Y ahora, por favor, abandonen el muelle —concluyó, señalando con el brazo el final del callejón.

Al ver que Mario no se movía, Bianca se situó a su lado y le agarró del brazo.

—Venga, es mejor que nos vayamos.

Tras unos segundos de espera, él se dejó llevar y caminaron hacia la salida.

—Ese policía no nos lo ha contado todo —se quejó Mario.

—Lo sé, pero no está obligado a compartirlo con nosotros. Solo somos un par de civiles. —Observó cómo Mario apretaba los labios

al escuchar eso, en un claro gesto de contrariedad—. ¿Por qué no dejamos que la policía inglesa haga su trabajo?

—Porque Lorena lleva tres semanas desaparecida y todavía no han dado con su paradero. ¿Crees que voy a cruzarme de brazos?

—No digo eso, solo que no nos interesa tener problemas con la policía.

—Son unos incompetentes. Hace meses de la primera desaparición y todavía no han dado con el secuestrador. Ha tenido que aparecer el primer cadáver para que se tomen el asunto en serio.

—Eso no lo sabes.

—Lo que sí sé es que no voy a esperar a que el siguiente sea el de mi hermana —replicó mientras superaban la valla y salían del callejón.

Bianca no supo qué decir. Deseaba ayudarle, pero en dos días debía coger el avión de vuelta a Madrid y aquel asunto parecía que se iba a alargar demasiado en el tiempo. Tendrían que dejar que la policía hiciese su trabajo, por mucho que a Mario le costase aceptarlo.

Iba a proponerle tomar un café cuando recibió una llamada en su teléfono. Al mirar la pantalla, vio que se trataba de Rosa.

—¿Va todo bien? —preguntó extrañada por su llamada.

—No. Tienes que volver. Necesito… ayuda —escuchó su voz entrecortada, como si le costara respirar.

—Tranquilízate. ¿Qué ocurre?

—Está aquí. Me ha encontrado.

—¿Quién te ha encontrado?

—Carlos.

Fue lo último que escuchó antes de que se cortara la llamada.

18

MARIO

Llegaron a Chelmsford apenas una hora después.

Mario decidió acompañar a Bianca, dada la gravedad del asunto. Por suerte, Rosa ya no estaba en peligro. Cinco minutos después de la primera llamada, y mientras cruzaban la ciudad a bordo de un taxi para coger el tren en Liverpool Street, recibieron una segunda llamada. Esta vez, Rosa fue capaz de hablar con más calma de lo ocurrido.

Les explicó que estaba tomando una infusión y un trozo de pastel en un salón de té situado a diez minutos de su casa, cuando a través del amplio ventanal que daba a una calle peatonal vio pasar a su marido, caminando. Por suerte, él no la vio y pasó de largo. Fue en ese momento cuando Rosa realizó la primera llamada, que cortó de golpe al ver cómo su marido daba la vuelta y regresaba sobre sus pasos. De inmediato, corrió a esconderse en el baño, donde se encerró. No fue hasta pasados unos minutos que salió para asegurarse de que no había entrado en el local.

—Si le ocurre algo no me lo perdonaré nunca —dijo Bianca mientras recorrían las calles de la ciudad de Chelmsford para encontrarse con ella.

Durante el viaje en tren, no había dejado de repetir que todo era culpa suya y que nunca tendría que haber dejado la agenda personal

en su consulta. Por más que Mario trató de calmarla, no lo consiguió. Aun así, lo intentó una vez más.

—No puedes impedir que su marido trate de buscarla.

—Si Carlos está aquí es por lo que apunté en mi agenda.

—Eso no lo sabes. Dijiste que el nombre de Rosa no constaba por ninguna parte.

—Pero algo ha llevado a Carlos hasta Chelmsford.

—¿Estás segura de que ella no se ha puesto en contacto con él desde que está aquí y así es cómo ha averiguado dónde está?

—Estoy más que segura. Lo tiene que haber descubierto de otro modo.

—De todas formas, lo importante es que no ha conseguido encontrarla.

—Ese tío es un psicópata y no se va a rendir —aseguró Bianca—. Debería haberlo previsto. Mi trabajo es proteger a esas mujeres y a la vista está que no lo he conseguido.

Si había algo que Mario tenía cada vez más claro desde que conocía a Bianca era que aquello le afectaba de un modo que iba más allá de lo profesional. Para ella, proteger a esas mujeres era personal, por eso se preguntó qué podía haberle pasado en la vida para que fuese así. Sintió deseos de preguntárselo, pero estaba claro que ese no era el momento más oportuno.

—Creo que te exiges demasiado a ti misma. Haces por esas mujeres más que cualquier otra persona. No deberías olvidarlo.

Ella le miró con una ligera sonrisa, que se apagó al instante.

—Gracias, pero no dejo de pensar en esa agenda.

—¿Cuántas ciudades tenías apuntadas en ella?

—¿Te refieres a los lugares en los que Lorena buscaba alojamiento?

—Sí.

—Unos cuantos. Tu hermana llevaba tiempo buscando apartamentos y casas en alquiler en ciudades grandes como Birmingham o Leicester, y en otras más pequeñas como Colchester o Canterbury.

—Si no la encuentra, es probable que vaya a esas otras ciudades a buscarla. Incluso aquí, en Chelmsford, sería como buscar una

aguja en un pajar. Tú misma lo dijiste: tiene más de cien mil habitantes.

Ella asintió con la cabeza, conforme con su explicación.

—Tienes razón. De todas formas, debo ponerla a salvo.

—No te preocupes, te ayudaré.

—Gracias. Siento que esto te retrase en tu búsqueda de Lorena.

—Ella querría que os ayudase. Lo importante ahora mismo es que Rosa no corra peligro.

No tardaron en llegar al «Small Talk Tearooms», un precioso local de fachada verde pálido, situado en una calle peatonal con un puente que cruzaba por encima del canal. Bianca fue la primera en entrar, mientras Mario se quedaba en la puerta observando a los transeúntes. Ese día hacía buen tiempo, por lo que había al menos veinte personas recorriendo la calle en ambos sentidos. Ninguno de ellos le pareció sospechoso, aunque no se confió. Esperó un par de minutos y después decidió entrar.

Bianca estaba al fondo del local con Rosa, tras una pequeña pared de ladrillo con una ventana que dividía el establecimiento en dos zonas. No pudo evitar mirar alrededor y quedarse maravillado con los muebles antiguos que adornaban el salón, dándole un aspecto muy acogedor. Y muy británico.

Las dos estaban sentadas alrededor de una mesa camilla con un mantel blanco de ganchillo. Eso le produjo a Mario una punzada en el pecho. Su tía tenía una mesa exactamente igual en el comedor de casa.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Rosa, al ver que tenía los ojos llenos de lágrimas.

La joven asintió con la cabeza. Se la veía bastante asustada.

—Estará bien en unos minutos —aseguró Bianca— Ya le he dicho que su marido no la ha visto o habría entrado a buscarla.

—Te protegeremos, no te preocupes. Ahora lo más importante es sacarte de este local y llevarte al piso.

—¿Y si me está esperando allí? —preguntó Rosa, invadida por el miedo—. Puede que haya averiguado dónde vivo.

—Eso es imposible —respondió Bianca—. Aquí nadie te conoce por el nombre de Rosa.

—Pero puede ir enseñando mi foto por ahí y hay personas que me conocen.

—Chelmsford tiene ciento veinte mil habitantes. Aunque diese con alguna que te conoce, ¿cuántas saben dónde vives?

—Ninguna. Solo mis vecinos y no todos —añadió.

—Por eso es imposible que lo averigüe.

—También era imposible que Carlos se presentase aquí.

Mario decidió intervenir.

—Puedes quedarte en el piso de mi hermana. Para eso te dio las llaves, ¿no? Por si algún día te ocurría algo así.

—Pero tú vives allí ahora.

—Hay dos habitaciones. Es más —añadió mirando a Bianca—, tú también deberías quedarte en el apartamento de Lorena. No es seguro que vayas al de Rosa.

—¿Y tú dónde vas a dormir?

—Tiene un sofá que parece bastante cómodo. De momento, pasaremos allí la noche juntos y mañana ya pensaremos qué hacemos.

—De acuerdo.

—¿Tienes una foto de tu marido?

Rosa negó con la cabeza.

—No, lo siento.

—¿Puedes darme al menos una descripción?

—Tiene cuarenta años y el pelo oscuro, peinado hacia atrás.

—¿Barba?

—No, iba afeitado.

—¿Recuerdas qué ropa llevaba puesta?

—Creo que una cazadora gris y unos pantalones vaqueros azules. Me quedé tan impactada cuando le vi pasar que no me fijé en los detalles.

—No te preocupes, saldré a la calle y echaré un vistazo. Esperad hasta que os avise para salir.

Las dos asintieron con la cabeza y Mario salió del local. Durante un par de minutos estuvo observando la calle y a todos los que transitaban por ella con detenimiento, hasta que estuvo seguro de

que no lo veía. Entonces abrió la puerta y se asomó lo justo para decirles que podían salir.

—¿Hacia qué lado de la calle se dirigió tu marido? —le preguntó a Rosa.

—La última vez que lo vi iba hacia la derecha.

—Pues vamos en dirección contraria.

Recorrieron la ciudad de camino al apartamento de Lorena, con Rosa agarrada del brazo de Bianca y él un par de pasos por delante sin perder detalle de todo lo que sucedía alrededor. No tenía miedo de enfrentarse al marido, aunque sí le preocupaba que pudiese hacer daño a alguna de las mujeres antes de que tuviese tiempo de reaccionar.

Por suerte, diez minutos después llegaron al edificio de Lorena, sin que hubiese rastro del marido. Una vez entraron en el apartamento, la tensión desapareció del rostro de Rosa, que sonrió por primera vez.

—Os agradezco muchísimo que me hayáis ayudado.

—No permitiremos que te suceda nada malo —aseguró Bianca.

—Aquí estás a salvo —la secundó Mario.

—Seguro que sí —replicó ella con una sonrisa más amplia, que le dio a entender que confiaba en él.

Esperaba no defraudarla.

19

BIANCA

Eran las siete de la mañana cuando Bianca decidió levantarse. La luz del nuevo día entraba ya a través del estor que cubría la ventana de la habitación, incapaz de retenerla por completo. Le resultaba curioso que en el Reino Unido no tuviesen persianas en las ventanas. Había leído que era una costumbre arraigada en los países protestantes, como una forma de decir que no había nada que ocultar a los vecinos y que se confiaba en la comunidad. Otros opinaban que tenía que ver más bien con la humedad y el mantenimiento que requerían las persianas. De cualquier modo, lo que Bianca tenía claro era que en un país como España, lleno de vecinos cotillas, las persianas eran muy necesarias. La filosofía de «no tengo nada que ocultar» no iba con el español.

Decidió levantarse e ir a la cocina a por un vaso de agua. Apenas había dormido en toda la noche, y no porque la cama no fuese cómoda. Había intentado convencer a Mario para dormir ella en el sofá y él en una de las habitaciones, dado que era la casa de su hermana, pero no lo logró.

—He dormido en peores lugares. Además, así estaré más cerca de la puerta —se justificó él.

Eso le dejó claro a Bianca que lo hacía para protegerlas en caso de que alguien tratase de entrar a la fuerza en el apartamento.

Pensar en esa posibilidad fue lo que hizo que le costase conciliar el sueño buena parte de la noche y que se despertase sobresaltada cuando lo conseguía, ante cualquier ruido que se produjese fuera del piso.

Por más que lo intentaba, no podía quitarse de la cabeza que aquella situación no se habría producido de no subrayar el nombre de Chelmsford en la agenda que se había llevado el marido de Rosa de su consulta. Una estupidez que podía salirle muy cara y que le descubrió una realidad tan cruda como preocupante: todas las precauciones que había tomado no eran suficientes.

¿Y si había cometido más fallos que pusiesen en peligro al resto de mujeres a las que había ayudado? Cualquier detalle que hubiese pasado por alto podía llevar a sus parejas hasta ellas, como estaba sucediendo con Rosa.

Mientras entraba en el baño para refrescarse la cara, trató de no ser tan dura consigo misma. Estaba haciendo lo que podía con los pocos medios de los que disponía. Había conseguido lo fundamental, alguien que la ayudase con las documentaciones, pero para lo demás estaba sola. Lorena era la única que la había ayudado buscando alojamientos en el Reino Unido. Ni siquiera su secretaria sabía a qué dedicaba su tiempo cuando no estaba en la consulta.

Quizás ese había sido su error, pensar que si lo hacía todo sola el riesgo que corrían las víctimas era menor. Ahora veía que necesitaba ayuda, alguien en quien apoyarse y con quien elaborar un plan de protección más efectivo.

Tras salir del baño, se dirigió a la cocina para prepararse un café. Mario estaba durmiendo en el sofá, así que entró procurando no hacer ruido. Su voz la sobresaltó cuando atravesaba el salón.

—Has madrugado —dijo él incorporándose para sentarse en el sofá. Llevaba puesta una camiseta y unos bóxers.

Bianca se detuvo en mitad de la estancia, incómoda. Al no volver al apartamento de Rosa a por su maleta, había tenido que dormir con un pijama de verano que encontró en el armario de Lorena. Demasiado ajustado para su gusto.

—En realidad, no he dormido mucho —reconoció.

—Yo tampoco. Estuve hasta tarde revisando los papeles de mi hermana que encontré en el apartamento.

—¿Había algo interesante?

—No mucho, la mayoría eran facturas y cosas relacionadas con su trabajo. Hoy en día casi todo es digital. Eso sí, encontré una agenda en la que anotó teléfonos y direcciones, una de ellas en Colchester. Es la ciudad a la que fue con Nuria, su compañera del hospital. La busqué en Google Maps y he pensado acercarme hasta allí, a ver si averiguo algo.

—Imagino que necesitarás que te acompañe.

Mario negó con la cabeza.

—No hace falta, me las apañaré. Tú deberías quedarte aquí con Rosa.

—No creo que llegues muy lejos con tus pobres conocimientos de inglés. —Lo dijo con un tono seco del que se arrepintió al momento —. Perdona, no quería parecer soberbia. Es que…

—Tranquila, tienes razón —la interrumpió—, pero no puedo quedarme de brazos cruzados, esperando que la policía la encuentre por mí.

—¿Y qué esperas descubrir en Colchester?

—La verdad es que no lo sé. Quizás la persona que la secuestró la estuvo siguiendo durante días y ella se lo comentó a alguien. O su desaparición en realidad no tiene nada que ver con los otros secuestros y sí con el trabajo que hacía para ti.

Bianca se sintió molesta al escuchar eso. Bastante dudaba de sí misma en ese momento como para que Mario hurgara más en la herida.

—Te aseguro que nadie sabía que me ayudaba.

—Y, sin embargo, el marido de Rosa se ha presentado en Chelmsford. No te estoy echando la culpa —prosiguió antes de que ella tuviese tiempo de replicarle—, pero está claro que sospecha que Rosa está aquí.

—Llevo toda la noche pensando en ello y culpabilizándome.

—Lo que haces por esas mujeres tiene mucho mérito, ya te lo dije ayer, pero me da la sensación de que esto te viene grande.

—¿Cómo dices? —preguntó, desconcertada por el comentario.

—Que no puedes encargarte tú sola de todo.

—Lo hago lo mejor que puedo.

—Puede que no sea suficiente. A la vista está que no has sabido cubrir bien tus huellas.

No estaba dispuesta a permitir que la siguiese hablando de aquel modo.

—Seguro que un delincuente como tú podría enseñarme a hacerlo.

—No soy solo un delincuente —replicó él, también molesto. La tensión entre ambos acababa de aflorar de nuevo—. Y sí, podría ayudarte.

—Permíteme que lo dude.

Durante unos segundos se miraron a los ojos, hasta que él se puso en pie y dio un par de pasos hacia ella. Bianca contuvo la respiración. No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Las últimas horas la relación entre ellos había mejorado, pero no podía olvidar que aquel hombre acababa de salir de la cárcel, lo que indicaba que no era alguien de fiar.

En contra de lo esperado, Mario suavizó el tono de su voz.

—No te estoy echando la culpa de lo que está pasando.

—Pues lo parece.

—Solo digo que tengo la sensación de que no sabes muy bien dónde te has metido.

—Hasta ahora no había tenido ningún problema.

—Quizás has tenido suerte.

—La suerte es la disculpa que usan los idiotas cuando no entienden algo.

Mario dibujó una leve sonrisa.

—¿Estás molesta conmigo?

—Pues sí, la verdad.

—Lo siento, no era mi intención. —Bianca dudó de que fuese así —. Solo quiero que entiendas que hay cosas que escapan a tu control.

—Eso ya lo he comprobado, pero no me ayuda que cuestiones mi trabajo ni mi compromiso.

—Yo no…

En ese momento una voz los interrumpió.

—¿Estáis discutiendo por mi culpa?

Era Rosa, que los observaba desde la puerta de entrada al salón.

—Claro que no —respondió Bianca con una sonrisa forzada—. Solo era un contraste de opiniones.

—La culpa es mía —dijo la joven—. Quizás fue un error pensar que podría escapar del control de mi marido.

—No digas tonterías. Las dos sabemos de sobra lo que habría ocurrido si te hubieses quedado con él.

—No quiero que os haga daño. Tal vez debería regresar a casa con él y arreglar las cosas.

—Eso ni se te ocurra pensarlo —dijo Bianca, acercándose a ella para ponerle las manos sobre los hombros—. He conocido a mujeres que lo han hecho y su vida se convirtió en un infierno. Algunas incluso perdieron la vida. No puedes volver con él.

—¿Y qué pasa si me encuentra?

—Eso no va a ocurrir.

—Y si ocurriese, no permitiremos que te haga daño —intervino Mario—. Con nosotros estarás a salvo.

A Bianca le agradó que utilizase el plural. No le seducía demasiado recibir la ayuda de un delincuente, pero era mejor eso que tener que enfrentarse sola a un marido psicópata. Además, tenía que reconocer que Mario parecía capaz de protegerlas. Un delincuente que había estado en prisión seguro que estaba acostumbrado a la violencia y sabría desenvolverse en situaciones de peligro.

—¿Por qué no te vistes y luego desayunamos? —sugirió Bianca, mirando a Rosa—. Encontraremos una solución a todo esto.

—De acuerdo.

La joven regresó a la habitación y Bianca se giró hacia Mario.

—¿Has dicho en serio lo de protegerla?

—Claro que sí.

—En ese caso, deberíamos dejar a un lado nuestras diferencias.

—Me parece bien.

—Voy a preparar un café. Y tú deberías ponerte los pantalones.

20

MARIO

Después de una ducha y un café, Mario decidió acercarse al apartamento en el que vivía Rosa para coger algo de ropa y artículos de aseo personal que ella necesitaba. También la maleta de Bianca, que insistió en acompañarle y a la que tuvo que convencer para que no lo hiciera. Admiraba su valentía, pero si el marido de Rosa la veía podía seguirla de vuelta al apartamento y descubrir dónde se ocultaba su mujer. A él no lo conocía, por lo que no tendría ese problema.

Además, los maltratadores eran personas violentas, dispuestas en muchos casos a asesinar no solo a sus parejas, sino a cualquiera que se interpusiera en su camino. Había convivido con esa violencia los últimos doce años y sabía cómo defenderse, todo lo contrario que Bianca, que parecía haber llevado siempre una vida acomodada. Tenía mucho coraje, no iba a negarlo, pero no tenía ni idea de a qué se enfrentaba.

Antes de llegar al apartamento de Rosa, Mario decidió detenerse en un pequeño supermercado que encontró a su paso para coger una caja de cápsulas de café y reponer las que se habían agotado en casa de su hermana. Le alivió ver que el establecimiento tenía cajas automáticas, ya que así no necesitaba hablar con el

dependiente. Bastaba con escanear la compra y pasar la tarjeta por el datáfono.

Recorrió los pasillos hasta encontrar las cápsulas. También cogió algo de bollería para el desayuno del día siguiente. En principio los precios no le parecieron demasiado caros, hasta que se dio cuenta de que las etiquetas estaban en libras y que al hacer el cambio a euros eran más altos de lo que pensaba.

Se dirigía a una de las cajas automáticas cuando observó que el único dependiente de la tienda estaba hablando en ese momento con un hombre que le mostraba algo en la pantalla de su teléfono. No se habría fijado en él de no ser por su ropa: cazadora gris y vaqueros azules. No logró entender lo que le decía, pero su acento no le pareció nada británico. Tras un breve cruce de palabras, salió de la tienda con paso rápido y expresión contrariada.

Mario tuvo claro que debía seguirle, aunque el grito del dependiente, un joven de no más de veinte años y gafas redondas, le obligó a detenerse cuando estaba a punto de salir por la puerta. En principio se quedó paralizado, sin entender el significado de la retahíla de palabras que comenzó a escupir por la boca, a la vez que le señalaba con actitud amenazante. Acto seguido, salió de detrás del mostrador como poseído por un demonio y siguió increpándolo. No fue hasta que señaló sus manos que se dio cuenta de que no había pagado la compra que llevaba en ellas.

De inmediato, la dejó sobre una de las cajas automáticas y salió de la tienda para seguir los pasos del hombre, soltando un escueto *sorry* que sonó bastante torpe. Por desgracia, en cuanto pisó la calle no lo vio. Se dirigió a la esquina que había a veinte metros, convencido de que se habría marchado por allí, pero al girar no lo divisó por ninguna parte.

—¡Mierda! —exclamó.

Esperó cerca de un minuto, por si le veía en alguna de las calles que podía divisar desde la posición en la que se encontraba, y pasado ese tiempo, decidió regresar a la tienda. Por la descripción, había muchas probabilidades de que ese hombre fuese el marido de Rosa, algo que podría confirmar si el dependiente del supermercado tenía la amabilidad de decírselo.

No fue así. En cuanto lo vio entrar de nuevo en la tienda, le lanzó una nueva lluvia de improperios desde detrás del mostrador, sosteniendo en las manos la caja de cápsulas y la bolsa de bollería que Mario había abandonado sin pagar. Se acercó para tratar de calmarlo y le preguntó si hablaba español. La única respuesta que recibió fue una serie de palabras, de las cuales solo entendió una: *fucking.*

Decidió zanjar el asunto sacando la tarjeta de crédito, lo que hizo que el dependiente se limitase a pasarla por el datáfono y entregarle su compra con cara de pocos amigos.

—Hasta luego, Harry Potter —murmuró entre dientes, mientras abandonaba la tienda.

Continuó su camino hasta el edificio donde vivía Rosa. Accedió con la llave que ella le había proporcionado y subió al apartamento. Una vez dentro y siguiendo sus indicaciones, fue directo a la habitación y abrió el armario para coger la pequeña maleta que había dentro. La puso sobre la cama y luego fue cogiendo de los cajones de la cómoda lo que ella le había indicado: un par de pantalones, varias camisetas y algo de ropa interior. Luego cogió los artículos de aseo personal del baño y por último un libro y un cargador de teléfono que tenía sobre la mesita. Repasó la lista y, tras comprobar que tenía todo lo que le había pedido, cerró la maleta. Encontró la de Bianca junto al sofá, así que cogió una en cada mano y abandonó el apartamento.

Se disponía a salir del portal cuando sucedió algo que no esperaba. Casi se dio de bruces con un hombre con cazadora gris que se disponía a entrar y que no dudó en abordarle.

—*Excuse me…*

Mario no entendió nada de todo lo que le dijo a continuación, aunque no hizo falta. El hombre le mostró la pantalla de su teléfono, en la que se veía con claridad la cara de Rosa. Ya no le quedó ninguna duda de que era su marido y que le estaba preguntando por ella.

En ese momento, dudó qué actitud tomar. Podía agarrarle del cuello y estrellarle la cara contra el suelo para que dejase de buscarla. O amenazarlo con denunciarlo si no la dejaba en paz. El

problema era que cualquiera de esas dos acciones implicaba desvelar que la conocía y que sabía dónde se encontraba. Además, lo que menos le interesaba era un enfrentamiento personal que pudiese terminar en una pelea y la presencia de la policía en el lugar.

Mario ni siquiera abrió la boca. Negó con la cabeza y lo sorteó para seguir su camino.

—¿No serás un turista español? —escuchó a su espalda cuando apenas había dado unos pocos pasos.

Estaba claro que se había percatado de que no había entendido nada. No obstante, hizo como si no le hubiera escuchado y siguió andando sin mirar atrás, confiado en que no le seguiría. No fue hasta llegar al final de la calle que aprovechó para mirar a su espalda antes de doblar la esquina. Al ver que no le seguía, respiró aliviado y supuso que se había quedado en el edificio.

Había sorteado la primera situación de peligro, aunque estaba claro que Rosa no podría regresar a casa, al menos de momento.

21

BIANCA

En cuanto Mario entró por la puerta, Bianca intuyó por su cara que ocurría algo malo, por eso fue la primera en acercarse a él.

—¿Va todo bien?

—La verdad es que no. —Mario miró a Rosa, que estaba sentada en el sofá del salón—. Me he encontrado con Carlos.

La joven se puso en pie como impulsada por un resorte.

—¿Dónde?

—Primero lo encontré en un pequeño supermercado enseñando una foto tuya al dependiente y luego en el portal de tu casa cuando yo salía del edificio.

—¡Sabía que me encontraría! —exclamó Rosa rompiendo a llorar.

—Tranquilízate —dijo Bianca, acercándose a ella para abrazarla. La joven comenzó a temblar de un modo que la hizo temer que pudiese incluso desmayarse—. Aquí estás a salvo.

—Viene… a por mí —murmuró con voz entrecortada, a la vez que se sentaba en el sofá, abatida.

—No sabe que estás en este apartamento —aseguró Mario.

—Pero ahora sabe… dónde vivo.

—Si lo supiese no me habría enseñado tu foto y preguntado por ti. —Al ver que Bianca lo miraba, añadió—: No le dije nada, ni

siquiera hablé con él. Y tampoco me ha seguido. Me aseguré bien antes de regresar aquí.

—¿Qué hacemos ahora?

—De momento, nada. Aquí no corres peligro. Lo único que tienes que hacer es no salir de este apartamento.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Rosa.

—Hasta que se nos ocurra algo —respondió Bianca—. No permitiremos que te pase nada malo.

Que hubiese llegado hasta el edificio donde vivía era signo inequívoco de que Carlos no iba a rendirse. La buscaría puerta por puerta si hacía falta, así que tenía que pensar un modo de ponerla a salvo antes de que llegara hasta ella.

—Mientras venía hacia aquí he pensado en una posible solución —dijo Mario—. Quizás sea el momento de buscar un nuevo alojamiento para Rosa.

—¿Dónde?

—En la agenda de mi hermana había varios lugares y teléfonos. Uno de ellos tenía al lado una nota que ponía «alojamiento seguro». Podría ser un buen lugar.

—Lorena no me habló de él.

—Quizás no tuvo tiempo.

—O no está disponible.

—Lo mejor para salir de dudas es llamar a ese teléfono y ver qué nos cuenta la persona que responda.

—¿En qué lugar se encuentra?

—Ahora te lo digo. Dejé la agenda en uno de los cajones.

Mientras Mario se dirigía al armario que había al fondo del salón, Bianca se sentó junto a Rosa.

—No te preocupes. Encontraremos una solución.

—Carlos es muy peligroso. Ya te lo dije en su día.

—Lo sé, por eso no permitiremos que se acerque a ti.

—La tengo —dijo Mario regresando junto a ellas con la agenda en la mano—. Aquí pone que el alojamiento está en Colchester y también hay un número de teléfono y un nombre apuntado: Emily.

—Podría ser un buen lugar. En Colchester nadie conoce a Rosa.

—Entonces deberías llamar.

Mario le entregó la agenda de su hermana y Bianca llamó al número que estaba anotado. Tuvo que esperar varios tonos hasta que obtuvo respuesta.

—Buenos días —dijo en inglés cuando escuchó una voz femenina al otro lado de la línea—. ¿Eres Emily?

—Sí.

—Me llamo Bianca y soy amiga de Lorena. Creo que la conoces.

—¿Lorena?

—Es posible que te llamase por algo relacionado con el alquiler de un apartamento o una casa.

—¡Ah, sí! —exclamó la mujer. Por el tono de voz parecía mayor—. Claro que la recuerdo. Vino a verme hace un par de meses porque buscaba alojamiento para una amiga. Estaba muy interesada en una casita que tengo en alquiler al lado del restaurante. Es pequeña, pero está muy bien equipada.

Por el acento, le pareció que no era británica, por eso se atrevió a preguntar:

—¿Eres española?

—Boliviana.

—Es que yo soy española.

—¿Como Lorena? Pues entonces mejor hablamos en nuestro idioma, ¿no te parece?

—Pues claro —respondió Bianca en español.

—¿Entonces estás interesada en la casa? Lorena quedó en venir a verla, pero no volví a saber de ella.

—Lo cierto es que sí, estoy interesada. —Prefirió no comentar nada de su desaparición—. En realidad, la casa sería para una amiga que quiere alejarse de Londres una temporada. ¿Sería posible?

—¿Para cuándo la necesitaría?

—Cuanto antes mejor.

—Bueno… —La mujer dejó la frase en el aire, como si estuviese reflexionando—. Mi hijo ya terminó las últimas reparaciones y la casa está limpia, es cierto, pero hoy tengo un poco de lío. ¿Qué tal si venís mañana?

—Me parece perfecto.

Bianca le pidió la dirección y luego le preguntó por el precio.

—Normalmente a los turistas les cobro seiscientas libras por semana, pero, como le dije a Lorena, no tengo tiempo para limpiarla cada vez que alguien la deja y los últimos que estuvieron en ella eran unos salvajes que estropearon varias cosas. Si la alquilas por más de tres meses, te haré una rebaja. ¿Qué te parecen mil doscientas libras al mes?

Era mucho dinero, sobre todo teniendo en cuenta que en principio iba a pagarlo de su bolsillo. No obstante, la prioridad era poner a salvo a Rosa. Luego solucionaría el tema del dinero.

—Mil doscientas libras me parece bien. Mañana iremos las dos. Seguramente por la mañana.

—Perfecto. Mi restaurante se llama «The Foresters Arms». Os espero aquí

En cuanto cortó la llamada, Bianca miró a Rosa con una sonrisa de satisfacción dibujada en los labios

—Todo arreglado. Ya tienes casa.

—¿Y cuánto voy a tener que quedarme allí?

—El tiempo que sea necesario, hasta que despistemos a Carlos.

—El precio del alquiler me parece muy alto.

—No pienses en eso ahora, yo me encargo. Hoy nos quedaremos a dormir en este apartamento y mañana a primera hora cogeremos las dos un tren a Colchester.

—Yo también voy —comentó Mario—. Quiero asegurarme de que no corréis ningún peligro.

—No es necesario —le replicó Bianca—. Dudo que Carlos la siga buscando mañana. Además, tienes que encontrar a tu hermana.

—¿Esa mujer con la que hablaste por teléfono te dijo si la conocía?

—Sí, me confirmó que Lorena fue a verla hace un par de meses.

—Entonces me interesa hablar con ella. Os acompañaré.

Bianca dejó escapar una sonrisa, agradecida por su ofrecimiento. Lo cierto era que Mario la tenía desconcertada. Cuanto más lo conocía, menos entendía cómo aquel hombre había terminado en la cárcel. ¿En qué líos se había metido en el pasado? Un delincuente no se comportaba como él lo estaba haciendo, protegiéndolas de

Carlos, a pesar de que eso lo retrasaba en la búsqueda de su hermana. Había algo en su historia que no encajaba.

Solo esperaba no equivocarse y que en realidad estuviese manipulándola para lograr sus propios fines.

Sobre todo, porque empezaba a sentir cierta empatía hacia él.

22

MARIO

El sonido de unos pasos deslizándose sobre el piso hizo que abriese los ojos y se pusiese en alerta. Una costumbre heredada de la cárcel, donde uno no podía bajar la guardia en ningún momento de las veinticuatro horas del día. Sobre todo, cuando dormía.

Gracias a la luz de las farolas de la calle que entraba por la ventana, pudo ver una figura femenina que se dirigía a la cocina. Eso hizo que se incorporase para mirar su reloj y sentarse en el sofá. Eran las dos de la mañana.

—¿Va todo bien? —preguntó, pensando que era Bianca.

—Perdona, no quería despertarte. Solo quería un vaso de agua fría.

Era la voz de Rosa, algo que confirmó cuando abrió la puerta de la nevera y la luz del interior la iluminó. Tuvo que contener una exclamación de sorpresa. No era una mujer de una belleza espectacular, pero sí con algunos atributos que llamaban la atención. Esos atributos casi quedaban al descubierto gracias a la camiseta de tirantes que llevaba puesta y que no dejaba mucho margen a la imaginación. Bajo ella solo llevaba un tanga, que pudo ver con claridad al agacharse para coger un botellín del interior de la nevera.

Durante unos segundos, Mario fue incapaz de apartar la mirada de ella. Llevaba mucho tiempo sin tener una relación íntima con una

mujer y en ese momento notó cómo la testosterona alcanzaba unos niveles difíciles de controlar. Por suerte, Rosa cerró la nevera y se acercó mientras tomaba un trago de agua. La luz ya era más tenue, por lo que sus curvas se disimularon.

—Te agradezco todo lo que estás haciendo por mí —dijo ella deteniéndose a un par de pasos.

—En realidad, tampoco he hecho tanto.

—Contigo me siento más segura.

Madre mía, se dijo a sí mismo tragando saliva. Su corazón iba a mil por hora en ese momento. *Tranquilízate y no la vayas a cagar ahora.*

—Dime una cosa —murmuró para tomar el control de la conversación—, ¿cómo termina una mujer joven y guapa como tú con alguien como ese tal Carlos?

A pesar de la penumbra, vio que ella sonreía.

—¿De verdad te parezco guapa?

Esto no va bien, pensó.

—Quiero decir que… O sea, a lo que me refiero es que no termino de entender cómo terminaste casada con él. ¿Cuántos años te saca, veinte?

—Alguno menos. En realidad, dieciséis, aunque es cierto que aparenta más años de los que tiene. Todo el mundo me decía que era muy mayor para mí, que parecía mi padre.

—¿Cómo lo conociste?

—En una discoteca en Valencia, hace tres años. Yo trabajaba de camarera y Carlos estaba de fiesta con sus amigos inversores.

—¿Es inversor?

—Sí. Gana bastante dinero en la bolsa.

—¿Y qué pasó? —Aunque Bianca ya le había contado la historia, prefirió escucharla de sus propios labios.

—Lo que suele pasar en estos casos —dijo con evidente resignación, a la vez que se sentaba a su lado—. Me dejé seducir por su dinero, su don de gentes y su sonrisa ensayada. Me trató como a una princesa hasta que nos casamos seis meses después. A partir de ahí, se volvió obsesivo, manipulador y paranoico. Se enfadaba si me mandaba un mensaje al teléfono y no le contestaba al momento. Y

cuando salíamos elegía la ropa que debía ponerme. Incluso me controlaba la comida. Luego, la cosa empeoró.

—¿En qué sentido?

—Empezó a gritarme por cosas absurdas, para luego pedirme perdón por haberse puesto así conmigo. Aunque la conclusión final siempre era la misma: yo era la única culpable de que perdiese el control. La situación llegó a ser tan insostenible que un día le dije que lo mejor era separarnos. Se puso a llorar como un niño y me pidió una segunda oportunidad. Prometió que estaba dispuesto a cambiar y para demostrarme que todo volvería a ser como al principio, planeó un viaje a los Alpes suizos, a una cabaña de ensueño situada en mitad de las montañas. Era una de mis mayores ilusiones, así que acepté. No comprendí el error que había cometido hasta que llegamos allí. —Se llevó la mano a la mejilla y se limpió la lágrima que comenzó a rodar por ella—. Al día siguiente de nuestra llegada desperté en el sótano, atada en un sucio camastro de pies y manos. Durante diez días me dio el agua y la comida justas para que no me muriese. En cada visita no dejaba de repetirme que jamás permitiría que lo abandonase y que era capaz de acabar con la vida de cualquiera que me apartase de su lado. Así un día tras otro, hasta que su discurso cambió y empezó a decir que prefería matarme antes que perderme. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que no saldría de allí con vida si no hacía todo lo que él me ordenaba, así que le prometí que jamás lo abandonaría. Aun así, tardé varios días en ganarme su confianza y convencerle para que me soltase.

—No consigo imaginar el infierno por el que pasaste.

De nuevo las lágrimas asomaron en sus ojos.

—Nada más regresar a Madrid, abandonamos la ciudad para irnos a vivir a una casa en la sierra, en mitad de la nada y a veinte kilómetros del pueblo más cercano. Lo hizo para tenerme aislada.

—¿Y no lo denunciaste?

—¿A quién? Empezó a trabajar desde casa para controlarme, me quitó el teléfono y las pocas veces que salía me obligaba a acompañarle. Aunque eso no fue lo peor. —Rosa tomó aire antes de continuar—. Mi vida se convirtió en una montaña rusa emocional.

Tan pronto se mostraba cariñoso y me hacía regalos, como me gritaba fuera de sí y me castigaba, encerrándome en el sótano durante horas. A veces días. Me anuló de tal modo que no pude soportarlo más y un día traté de quitarme la vida.

Esa confesión cortó el aire como una espada. Los dos se quedaron en silencio, ella conteniendo el llanto y Mario sin saber cómo reaccionar, hasta que acertó a preguntar:

—¿No tenías familiares o amigos en los que apoyarte?

—Mi única familia son mis padres, pero no me hablo con ellos desde hace años. Además, viven al otro extremo del planeta, en Tailandia. En cuanto a los amigos, los pocos que tenía se quedaron en Valencia cuando me casé y me fui a vivir a Madrid con Carlos. Y más que amigos, eran conocidos. Yo creo que por eso me eligió, porque era una persona solitaria y vulnerable que no tenía a nadie en quien apoyarse.

—Te entiendo.

No fue una frase dicha al azar. Mario recordaba perfectamente lo solos y necesitados de cariño que habían estado su hermana y él después de perder a sus padres. Por desgracia, la persona que los acogió no les dio nada de eso.

—Conocí a Bianca cuando estaba ingresada en el hospital. Ella me ofreció una salida, aunque tardé varias semanas en tomar la decisión de dejarlo todo atrás. Ahora no sería capaz de volver a esa vida y pasar de nuevo por lo mismo.

—No tendrás que hacerlo.

Ella se abrazó a su pecho, sollozando, y Mario la rodeó con sus brazos. Así permanecieron un rato, hasta que ella se separó y alzó la cabeza para mirarle a solo un palmo de distancia.

—Contigo me siento a salvo —aseguró con una leve sonrisa.

Mario la miró a los ojos primero y luego a los labios. Unos labios carnosos que parecían pedirle a gritos que los besase. Por suerte, fue capaz de reprimir esos deseos. Se puso en pie y se pasó la mano por el cabello, como si eso sirviese para liberarle del subidón de testosterona que sufría.

—En fin, deberíamos dormir un rato. Mañana nos espera un viaje intenso.

—Tampoco tanto. Según Bianca, el tren tarda solo media hora en llegar.

—Sí, bueno, me refería a que tendremos que asegurarnos de no cruzarnos con Carlos y, sobre todo, de que no nos siga.

Ella también se levantó del sofá y se acercó a él para ponerle la mano en el pecho.

—Confío en que me protegerás si es así.

Mario vio con claridad el deseo que se escondía tras su mirada y las palabras que la habían acompañado, por eso tragó saliva. Tenía cosas más importantes en las que pensar antes que liarse con Rosa, aunque el contacto de su mano por encima de la camiseta no se lo estaba poniendo fácil.

Solo en el último momento fue capaz de reprimir sus instintos y dar un paso atrás para romper el contacto, justo cuando una voz llamó la atención de ambos desde la puerta del salón.

—Siento interrumpir, pero en pocas horas tenemos que coger un tren a Colchester. Deberíais estar durmiendo.

Al ver a Bianca, Rosa asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Gracias por escucharme, Mario —dijo lanzándole una última sonrisa—. Deberíamos repetirlo.

—Claro.

—¿Qué tal cuando haya acabado todo esto?

Él se limitó a sonreír con timidez y a respirar aliviado cuando Rosa abandonó el salón sin esperar su respuesta. Luego miró a Bianca, que le lanzó una mirada de reproche que le hizo sentir más incómodo todavía. Antes de que pudiese explicarle lo ocurrido, ella regresó a su habitación y cerró la puerta.

No parecía que le hubiese hecho mucha gracia verlos juntos.

23

BIANCA

Cogieron el tren de las ocho de la mañana con destino a Colchester. De camino a la estación, Mario se mostró inquieto y pendiente de todo lo que sucedía alrededor. Incluso caminó varios metros por delante de ellas, para observar en cada esquina y anticiparse en caso de que Carlos les saliese al paso. Por suerte, no fue así.

Rosa llevaba puestas unas gafas de sol y tiraba de su pequeña maleta con ruedas. Dentro llevaba las cosas que Mario le había traído de su piso el día anterior y algunas que había cogido prestadas del armario de Lorena. Suficientes para tirar una temporada, aunque siempre podía comprar lo que necesitase en Colchester.

Una vez dentro del tren y de camino a su destino, Bianca y Rosa se sentaron juntas, mientras Mario lo hacía en la siguiente fila de asientos, de espaldas a ellas. No había demasiados pasajeros viajando, algo que supuso sería normal un martes por la mañana.

Bianca se mostró poco comunicativa. Lo cierto era que no estaba de buen humor y no le apetecía demasiado hablar con nadie. Había dormido muy poco durante la noche, sobre todo después de que la despertase la charla que Rosa y Mario mantenían en el salón a las dos de la madrugada. Tenía que reconocer que no le había hecho ninguna gracia verlos juntos y menos en esas circunstancias. Ella

con la mano sobre el pecho de él y mirándole de un modo que dejaba muy claras sus intenciones y deseos. Eso, unido a la poca ropa que llevaban ambos encima, le dio a entender cómo iba a acabar aquello si no intervenía. Así que lo hizo.

Tampoco era algo que la sorprendiese. Rosa era joven y con un atractivo físico que era difícil que pasase desapercibido para los hombres. Sobre todo para alguien como Mario, que acababa de salir de la cárcel y seguramente llevaba tiempo sin tener contacto con una mujer. Quizás eso era lo que más le había molestado de ese acercamiento, porque estaba segura de que esa relación solo podía traer problemas, en especial a Rosa.

¿O estaba molesta porque sentía celos?

—¿Qué sabes de Mario? —preguntó de repente la joven en voz baja, pegándose a su oído para que él no pudiese escucharla.

—¿Qué quieres decir? —murmuró Bianca, haciéndose la despistada.

—Habéis pasado muchas horas juntos. ¿Qué has averiguado de él?

—No mucho. Su hermana está desaparecida y quiere encontrarla.

—Eso ya lo sé. Lo que me interesa saber es si está casado o tiene novia.

—Acaba de salir de la cárcel. —Lo dijo sin pensar, molesta por el interés que Rosa mostraba en él.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—No me lo ha dicho, pero imagino que nada bueno.

—Aun así, es guapo.

—¿En serio estás pensando en hombres, con la que tienes encima? —preguntó mirándola a los ojos.

—Eso no quiere decir que no tenga derecho a reconstruir mi vida.

En eso tenía razón, aunque a Bianca no le pareció que fuese el mejor momento para hacerlo.

—Además —añadió Rosa—, por cómo retrocedió cuando me acerqué a él, creo que no está interesado en mí. Otro en su lugar no habría dudado en besarme.

—Yo no lo tengo tan claro. —Era cierto que Mario había retrocedido para evitar el contacto, pero pensaba que lo había hecho al darse cuenta de su presencia.

—No soy yo quien le atrae. Me he fijado en cómo te mira.

Bianca contuvo la respiración al escuchar eso. Incluso notó cómo sus mejillas se encendían.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que le gustas.

—¡Eso es absurdo! —Al momento se dio cuenta de que estaba hablando más alto de lo debido, así que contuvo la respiración. Por suerte, Mario no se giró para mirarlas, así que añadió en voz baja—: Acabamos de conocernos.

—¿Acaso eso importa para que haya una conexión entre vosotros?

—Escúchame bien, no estoy aquí buscando un hombre. He venido para asegurarme de que estás a salvo y, en cuanto lo haga, regresaré a Madrid. Tengo un avión que coger esta misma tarde.

—¿Entonces no vas a ayudarle a encontrar a Lorena?

—No creo que me necesite para eso. Seguro que se las apaña bien solo. Además, no es el tipo de hombre con el que yo tendría una relación —sentenció.

Eso dio la conversación por zanjada y ya no volvieron a hablar entre ellas hasta que llegaron a Colchester media hora después. Al bajar del tren, Bianca sugirió coger un taxi, ya que había unos veinte minutos andando hasta el restaurante de Emily.

—Me parece bien —dijo Rosa—, así no tengo que tirar de la maleta.

Mario no abrió la boca en ningún momento. Se limitó a asentir con la cabeza con gesto serio, lo que hizo que Bianca se preguntase si había escuchado la conversación que habían mantenido las dos en el tren. Sobre todo, lo que ella había dicho de él. De ser así, tampoco es que le importase mucho. Había dicho lo que pensaba, aunque no quería terminar a malas con él. Después de todo, era el hermano de Lorena y deseaba que la encontrase.

24

MARIO

Mientras recorrían el andén, Mario no perdió detalle de las personas que bajaban del tren. Tenía que asegurarse de que el marido de Rosa no estaba entre ellas. No lo había visto subir en Chelmsford, aunque toda precaución era poca con alguien como él.

Después de lo que ella le había contado la noche anterior, tenía claro que su vida estaba en peligro y no pensaba permitir que le hiciese daño. Eso sí, su prioridad seguía siendo encontrar a su hermana y por eso había insistido en acompañarlas. Necesitaba hablar con la mujer que alquilaba la casa, a la que Lorena había visitado dos meses atrás. Tenía la esperanza de que ella arrojase un poco de luz sobre su desaparición, porque de momento no tenía ninguna otra pista que seguir.

Caminó tras los pasos de las dos mujeres hasta el exterior de la estación, donde cogieron un taxi, un vehículo berlina mucho menos glamuroso que los taxis londinenses. Mientras Rosa subía a la parte de atrás, dedicó unos segundos a echar un último vistazo a su alrededor.

—¿Estás bien? —preguntó Bianca, acercándose.

—¿Por qué no iba a estarlo? —le replicó él, mirándola de reojo.

—Pareces preocupado.

—Solo me aseguro de que no nos haya seguido hasta aquí.

—¿Te refieres a Carlos?

—A quién si no.

—Parece que te importa mucho la seguridad de Rosa.

Al escuchar eso, la miró directamente a los ojos.

—Me preocupa la seguridad de las dos. Los psicópatas como Carlos son capaces de hacer daño a cualquier persona que les impida lograr su objetivo. Deberías saberlo mejor que yo, dado que eres psicóloga.

No pudo evitar que su tono sonase a reprimenda, lo que hizo que ella se molestase. En realidad, era lo que pretendía al decirlo.

—¿Te pasa algo conmigo? —preguntó Bianca.

—Sinceramente, creo que no te tomas esto en serio.

—¿Qué quieres decir?

Mario había escuchado toda la conversación que había mantenido con Rosa en el tren. El modo en el que había hablado de él no le había gustado nada, y menos que dijese que no era el tipo de hombre con el que ella tendría una relación. Aunque lo que más le había molestado era que hubiese decidido volver a Madrid esa tarde.

—¿Cómo puedes regresar a España cuando la vida de Rosa está en peligro?

—Le he conseguido un nuevo alojamiento.

—¿Y crees que eso es suficiente? Está claro que esto te viene grande.

—¿Perdona?

—No estás preparada para enfrentarte a situaciones así y el problema es que hay en juego otras vidas.

—Precisamente por eso lo hago. ¿Tienes idea de cuántas mujeres he visto morir a manos de sus parejas o suicidarse porque ya no aguantaban más?

—No, pero sí que he convivido con psicópatas como Carlos y sé de lo que son capaces.

—Ya te dije que hago lo que puedo con los medios que tengo y hasta ahora todo ha ido bien.

—Quizás solo has tenido suerte.

Ella apretó los labios.

—No voy a hablar de nuevo contigo de este tema. Estoy cansada ya de escuchar siempre tus mismos reproches. ¿Nos vamos? —dijo dándole la espalda y entrando en el taxi.

Mario la siguió, convencido de que cada vez la soportaba menos.



Recorrieron en taxi las calles de Colchester, una ciudad típica de la campiña inglesa, con casas de ladrillo de dos plantas y tejados oscuros. Mario habría disfrutado más del recorrido de no ser por la discusión que había mantenido con Bianca. Aunque la admirase por lo que intentaba hacer, estaba claro que no estaba preparada para ciertas situaciones.

Por lo poco que la conocía, le parecía que era la típica niña bien que trataba de arreglar el mundo desde una posición de privilegio que la mantenía a salvo del mal que reinaba en él. Una mujer de buena familia, con una buena carrera y una consulta con la que seguro que pagaba de forma holgada sus facturas. Seguro que para ella todo aquello no era más que un entretenimiento que le servía para quedar bien en las fiestas, delante de sus amigos de clase alta.

—Es aquí —dijo Bianca cuando el taxi se detuvo delante de la puerta del restaurante «The Foresters Arms».

Mario se bajó el primero y de nuevo miró a su alrededor. El restaurante tenía dos plantas, con varios conjuntos de mesas y bancos de madera en el exterior. Una mujer mayor, de unos sesenta años y aspecto fornido, estaba limpiando una de ellas. En cuanto los vio, se acercó con una amplia sonrisa.

—Imagino que una de vosotras es Bianca —dijo en español.

—Soy yo —le replicó ella, adelantándose y estrechándole la mano —. Imagino que eres Emily.

—Sí.

—Él es Mario y ella Alice Wilson. Es quien se va a alojar aquí.

—Bienvenida, Alice. Es un placer tenerte con nosotros.

—Gracias, Emily —dijo Rosa devolviéndole la sonrisa.

—Vamos, te enseñaré tu nuevo hogar.

La mujer avanzó unos metros hasta el muro de ladrillo que rodeaba la finca situada a continuación del restaurante, a mitad del cual había una puerta de hierro algo oxidada.

—Hay un acceso desde el patio trasero del restaurante —explicó Emily mientras introducía una llave en la cerradura y la abría—, pero seguro que prefieres entrar y salir por aquí. Es más íntimo y puedes cerrarla con llave. El otro acceso te vendrá bien si deseas comer en el restaurante.

—¿No hay cocina en la vivienda?

—Claro que sí. Además, es nueva. La montó mi hijo hace poco, después de que los últimos turistas que alquilaron la casa la estropeasen por el mal uso. ¿Tú cocinas bien? —preguntó mientras recorría la finca en cabeza.

—Me defiendo.

Todos la siguieron, Mario en último lugar, para echar un último vistazo a la calle y asegurarse de que nadie los había seguido hasta allí. El interior de la finca estaba muy bien cuidado, con el césped recién cortado y varios árboles frutales repartidos por un espacio de unos trescientos metros cuadrados. Al fondo había una pequeña casa de piedra de dos plantas, que tenía la parte inferior de la fachada cubierta por una enredadera de un color verde intenso. En el lado izquierdo había una caseta de madera sin ventanas, encajonada entre la casa y el muro de ladrillo que rodeaba la finca.

—La casa parece pequeña, pero te aseguro que para ti sola está muy bien —dijo Emily mirando a Rosa, en quien puso toda su atención a partir de ese momento—. En la planta de abajo están el salón y la cocina, todo unido, y un pequeño aseo. En la de arriba hay una habitación muy espaciosa y un baño más grande.

—¿Y esa caseta? —preguntó Rosa.

—Ya se lo expliqué a Lorena cuando hablamos. La usa mi hijo para trabajar, aunque no te molestará en ningún momento. Dentro tiene montado un pequeño taller.

—¿Qué tipo de taller?

—Arregla ordenadores, teléfonos y esas cosas. Te aseguro que no hace ningún ruido y si se te estropea cualquier cosa puedes recurrir a él para que te lo arregle. Es un manitas.

La mujer abrió la puerta de la casa y se hizo a un lado para que pudiesen entrar. De nuevo Mario se quedó el último, para detenerse al llegar a su altura:

—Tengo entendido que Lorena estuvo aquí.

—Sí. Vino hace un par de meses con una amiga a comer y hablar conmigo del alquiler de esta casa. En ese momento mi hijo estaba montando la cocina y no la pudo ver terminada, pero le gustó mucho, sobre todo por la privacidad. Dijo que volvería para verla cuando estuviese terminada.

—¿Lo hizo?

—No. La llamé un mes después, más o menos, para decirle que ya estaban terminadas las obras y que podía venir cuando quisiese. Quedó en hacerlo, pero no volví a saber de ella. Supuse que al final habría encontrado una casa mejor que esta. ¿Por qué no ha venido con vosotros?

Mario decidió ser sincero.

—Está desaparecida.

—¡Qué horror!

—De momento la policía no sabe nada de su paradero. Tenía la esperanza de que usted pudiese contarme algo.

—¿Cuánto hace que desapareció?

—Tres semanas. El siete de abril.

La mujer se llevó las manos a la boca.

—Ese fue el día que la llamé y quedó en venir esa tarde.

—¿Estás segura?

—Sí. Recuerdo que fue al día siguiente del lunes de Pascua. Pensé que le habría surgido algo y que vendría otro día.

—¿Sabes si tenía pensado ver otras casas en esta zona?

—No, aunque… —Durante un par de segundos, la mujer se quedó pensativa—. Ahora recuerdo que me comentó que había visto una casa flotante en uno de los canales de Londres y que no le gustó nada el dueño. Dijo que no había sido un encuentro muy agradable.

—¿Te contó algo de ese hombre? ¿Su nombre o dónde estaba la casa?

—No, lo siento. Solo fue un comentario que me hizo.

—No pasa nada.

—Espero que se encuentre bien y que aparezca pronto.

—Yo también lo espero.

Mario iba a entrar en la casa cuando la puerta de la caseta se abrió y un hombre asomó ligeramente la cabeza. Tendría unos treinta años, de pelo rojizo y barba de varios días.

—Es George, mi hijo —afirmó la mujer—. Voy un momento a hablar con él y los veo ahora en la casa.

Por la forma que tuvo de mirarlos, tuvo la impresión de que no le agradaba mucho la visita.

25

BIANCA

La casa tenía muy buen aspecto. Pequeña, eso sí, pero con espacio suficiente para una persona. El salón disponía de una chimenea que le daba un aspecto muy hogareño y la cocina estaba bien equipada. La mayoría de los muebles eran antiguos, pero estaban muy bien cuidados. A Bianca no le parecía un mal lugar para vivir una temporada, aunque tendría que ser Rosa quien dijese si le convencía, por eso esperó a saber su opinión.

La joven revisó la planta baja y luego subió a la primera, justo cuando Mario entraba en la casa con gesto preocupado.

—¿Estás bien? —le preguntó Bianca.

—Emily dice que Lorena quedó en venir el mismo día de su desaparición, pero no lo hizo.

—Está claro que algo o alguien se lo impidió. ¿Dónde pudo ir?

—Lorena le contó que había visto una casa flotante en Londres y que no le gustó nada el dueño. ¿Y si está relacionado con su desaparición?

—¿Te dijo dónde se vio con él?

—No.

—Tal vez lo anotase en la agenda.

—Es lo que he pensado. Hice fotos de sus anotaciones, así que las revisaré ahora. Antes quería saber si Rosa se va a quedar aquí.

—Espero que sí. La casa está bien oculta gracias al muro que rodea la finca y dudo que su marido la busque en esta ciudad. Una cosa —dijo acercándose a él y bajando el tono de su voz—, delante de los demás debemos llamarla Alice. Es la identidad con la que reside en este país.

—Intentaré recordarlo. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿De dónde sacas el dinero para pagar todo esto?

—No entiendo a qué te refieres.

—El alquiler de esta casa me parece bastante caro y Rosa no trabaja. Eso sin contar lo costoso que es conseguir documentación falsa. De algún sitio tiene que salir el dinero.

—Te lo diré cuando me cuentes qué negocios te llevaron a ti a la cárcel.

Por cómo Mario apretó los labios, tuvo claro que le había molestado la réplica, pero no dijo nada. Se limitó a recorrer la planta baja, dándole la espalda.

Rosa no tardó en bajar las escaleras, luciendo una amplia sonrisa en el rostro.

—Me encanta la casa, mucho más que el apartamento en el que estaba hasta ahora —aseguró emocionada—. ¿Puedo quedarme aquí?

—Para eso hemos venido —le respondió Bianca.

—¿Y qué vas a hacer con el otro apartamento?

—De momento pagaré los dos alquileres, hasta que decidamos qué hacer.

—Eso es mucho dinero.

Por el rabillo del ojo vio que Mario estaba atento a la respuesta.

—No te preocupes por eso. Lo importante es que estés a salvo.

Rosa se acercó y le dio un abrazo.

—No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

Ese abrazo emocionó a Bianca. Fue como una recompensa por todo el esfuerzo que estaba llevando a cabo. El dinero era lo de menos cuando se trataba de salvar una vida humana.

—¿Entonces te gusta la casa? —preguntó Emily desde la puerta.

—Eso parece —respondió Bianca, secando con el dorso de la mano una lágrima que se le había escapado con la emoción.

—¿Cuántos meses piensas quedarte?

—Todavía no lo sé —respondió Rosa—. Si me gusta la ciudad, puede que me quede para siempre —aseguró, soltando una carcajada a continuación.

—Seguro que te encanta. Por mí puedes quedarte todo lo que quieras. Como le dije a tu amiga por teléfono, prefiero alquilarla de continuo antes que a turistas por semanas. Podemos hacer un contrato anual, con una cláusula por la que puedas marcharte antes, avisando con quince días de antelación. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto —se adelantó Bianca a su respuesta.

—Entonces voy a por el contrato.

En cuanto abandonó la casa, Bianca salió tras sus pasos. Había un tema del que necesitaba hablar con ella, aunque no sabía muy bien cómo planteárselo.

—Un momento, Emily —llamó su atención una vez salió al exterior—. Hay algo de lo que necesito hablar contigo.

La mujer se detuvo y la miró con interés.

—¿De qué se trata?

—Existe un motivo por el que Alice se va a alojar aquí. Es un tema delicado, así que necesito pedirte discreción. —Se acercó más a ella para poder hablar en voz baja—. Es importante que no le digas a nadie su identidad, sobre todo si viene alguien preguntando por ella.

—Mientras que no sea por nada ilegal…

—Es por su seguridad. Su marido la maltrataba y tuvo que huir de casa.

—¡Pobre! —exclamó llevándose las manos a la boca—. ¿Trabajas para una asociación de mujeres maltratadas? —Antes de que pudiese responder, añadió—: Yo pertenezco a la iglesia metodista de Colchester, donde ayudamos a las mujeres que sufren maltrato.

—Está bien saberlo, pero…

—¿Por eso Lorena busca casas de alquiler? ¡Señor, espero que eso no tenga nada que ver con su desaparición!

Bianca se dio cuenta de que la conversación se le estaba escapando de las manos.

—Trabajo para una asociación en Londres —improvisó sobre la marcha—, donde damos a muchas mujeres una segunda oportunidad. Por eso es importante mantener a salvo su identidad.

—No te preocupes, hija. Aquí está a salvo —aseguró Emily poniendo una mano sobre su hombro—. Sé perfectamente de lo que me hablas. Huí de mi país cuando mi hijo tenía seis años por culpa de las palizas que me daba mi marido. Si me hubiese quedado, habría terminado dentro de un ataúd de madera.

—Entonces ya sabes lo importante que es guardar el secreto. Es casi imposible que su marido venga a buscarla aquí, pero si lo hace…

—Tranquila, le diré que no conozco a ninguna Alice. Te aseguro que aquí estará a salvo.

—Te lo agradezco de corazón.

—Voy a por el contrato.

La mujer se dirigió a la puerta de madera que había a ese lado del muro y que supuso que comunicaba la finca con la parte trasera del restaurante. En cuanto la perdió de vista, Bianca decidió volver a la casa, aunque por el rabillo del ojo vio un movimiento que llamó su atención. La puerta de la caseta anexa a la vivienda se cerró muy despacio, como si alguien hubiese estado escuchando la conversación a través de ella.

Se planteó acercarse, pero el cartel «*No entry*» de la puerta la disuadió y prefirió regresar al interior de la casa. Mario acudió a su encuentro en cuanto puso un pie dentro.

—Creo que ya sé dónde está la casa flotante que visitó Lorena. En las fotos que saqué de su agenda he encontrado un número de teléfono y una anotación que dice «Paddington, Little Venice». He mirado en la aplicación de mapas y en el barrio de Paddington hay un canal con embarcaciones y un pequeño lago llamado Little Venice. Creo que es ese lugar. ¿Podrías llamar a ese teléfono para averiguarlo?

—Antes me gustaría dejar solucionado esto. ¿Te importa esperar unos minutos?

—Claro, aunque… —Durante un par de segundos, Mario dudó—. Si tengo que ir, me gustaría que me acompañases.

—Lo siento, pero no puedo.

—¿Y eso por qué?

—Tengo que coger el vuelo de regreso a Madrid esta tarde.

Mario la miró perplejo.

—¿En serio vas a irte ahora?

—Este lugar es seguro para Rosa —dijo posando la mirada en ella—. He hablado con Emily y puedes estar tranquila. Aunque Carlos viniese preguntando por ti, cosa improbable, no piensa decirle que vives aquí.

—¿Le has contado por qué está aquí? —le reprochó Mario.

—Solo le he dicho que su marido la maltrataba. Ella también sufrió maltrato en el pasado, así que podemos confiar en ella.

—Acabas de conocerla.

—Te aseguro que este lugar es seguro.

—Y como has cumplido con tu misión, te vuelves a España.

—Así es.

—Ya veo que mi hermana no te importaba tanto, después de todo.

Bianca lo sintió como un golpe bajo, por eso se defendió.

—La policía es quien debe encargarse de buscarla. Lo único que conseguirás buscándola es meterte en algún lío.

—¿Como he hecho al ayudarte a proteger a Rosa?

Bianca se mordió el labio inferior. Aunque tuviese razón, no podía quedarse. Su trabajo la esperaba en Madrid. Además, por mucho que le doliese, la desaparición de Lorena no pintaba nada bien, sobre todo después de que el cuerpo de una de las mujeres secuestradas hubiese aparecido flotando en el muelle de St Katharine Docks. Esperaba equivocarse, pero lo más seguro era que Lorena ya estuviese muerta. Mario tenía que hacerse a la idea y cuanto antes lo lograse menos le costaría aceptar la pérdida de su hermana.

No era algo que pudiese decirle en ese momento, por eso prefirió inventarse una excusa.

—Mañana tengo programada una reunión importante en Madrid a la que no puedo faltar.

—Ya veo que tienes tus prioridades. Está bien, ya me las apañaré solo.

Mario salió de la casa con cara de pocos amigos, dejándola con una extraña sensación de incomodidad, como si algo dentro de ella le dijese que no estaba actuando bien.

—Deberías ayudarle —dijo Rosa acercándose a ella—. De no ser por él, quizás yo no estaría aquí ahora. Además, Lorena me ayudó mucho cuando llegué a este país. Es justo que le ayudemos a encontrarla.

—Me gustaría, pero no puedo quedarme.

—Lo harías si yo lo necesitase, ¿verdad?

—Pero no es el caso.

—Por mí perderías ese avión. ¿Por qué no lo haces por Lorena?

—Porque no hay nada que yo pueda hacer para encontrarla. La policía es quien tiene que encargarse.

—Pues no parece que estén poniendo mucho interés. Además, tu vuelo sale esta tarde. Seguro que te da tiempo a acompañar a Mario hasta ese lugar que te ha dicho. —Bianca iba a negar de nuevo, cuando Rosa añadió—: Si tú no le ayudas, tendré que hacerlo yo. Él no tiene ni idea de inglés y necesita que alguien le traduzca.

—De eso nada, no vas a salir de aquí.

—Te repito que si tú no ayudas a Mario, tendré que hacerlo yo en cuanto regreses a España.

Bianca no jugaba al ajedrez, pero aquello era un jaque mate en toda regla.

—Está bien, le acompañaré a Londres, pero tú tienes que prometerme que no saldrás de esta casa.

—Te lo prometo —aseguró Rosa poniendo la mano en el pecho—. Y ahora sal y dile que le ayudarás.

Esperemos que no se haya largado ya, pensó Bianca antes de salir de la casa.

26

MARIO

Era cerca de la una y media del mediodía cuando llegaron a la estación de Paddington, previa parada en Chelmsford para que Bianca cogiese su maleta y las cosas que había dejado en el apartamento. Poco más de hora y media de viaje en la que apenas cruzaron una palabra.

A pesar de que Bianca había accedido a acompañarle, no estaba muy comunicativa. Mario intuyó que estaba enfadada con él, pero en ese momento tenía otras preocupaciones más importantes. Le bastaba con que al menos hubiese accedido a acompañarle antes de coger el avión de regreso a Madrid.

En realidad, no sabía si obtendría alguna información sobre su hermana. El número que tenía anotado en su agenda correspondía a un hombre llamado Peter, dueño de una barcaza que estaba atracada en Little Venice. Cuando Bianca lo llamó por teléfono, le confirmó que Lorena había contactado con él para alquilarla y que su respuesta había sido que solo la alquilaba por días para turistas. No obstante, le recomendó que hablase con otro tipo que tenía una embarcación a un par de amarres de la suya y que sí que la alquilaba por meses.

Por ese motivo viajaron a Londres. Una vez en la estación de Paddington, salieron a la calle, donde Mario decidió romper el

silencio que les había acompañado durante casi todo el viaje.

—¿Te ocurre algo conmigo? —preguntó mientras caminaban pegados al canal, en dirección a las embarcaciones que se veían al fondo.

—No.

—Pues pareces enfadada. ¿Te molestó lo que te dije sobre tu negocio encubierto?

Ella apretó los labios antes de responder.

—No es un negocio y ya te dije que no iba a hablar contigo de ello.

—Lo siento si fui demasiado brusco. Solo pretendía abrirte los ojos con respecto a lo peligroso que es lo que haces. Deberías buscar a alguien que te cubra las espaldas y no asumir tú sola toda la responsabilidad.

—Cuesta encontrar gente en la que confiar. —Al decir eso, le miró de un modo que le hizo dudar.

—¿Acaso desconfías de mí?

—Nada me indica que seas diferente a otros hombres.

Mario se detuvo en el sitio.

—¿Lo dices en serio?

Ella también se detuvo y le miró a los ojos.

—La mayoría de los tíos solo nos veis a las mujeres como objetos.

—¿Y eso a qué viene?

—A la escena tuya con Rosa esta madrugada. Se veía que estabas deseando arrancarle la ropa.

La conversación le pareció tan surrealista que a Mario se le escapó una risa nerviosa.

—Espera. ¿Lo estás diciendo en serio?

—Muy en serio.

—Solo estábamos hablando.

—Vi cómo le sonreíste después de que ella te propusiese veros cuando terminase todo.

—Solo pretendía ser amable. Anoche no pasó nada entre nosotros.

—Quizás porque yo aparecí a tiempo.

A Mario no le gustó el modo que tuvo de decirlo. Era como si le tomase por un violador.

—¿Y qué problema hay si hubiese ocurrido algo? Somos dos personas adultas.

—Ella es una mujer frágil.

—Y yo un convicto recién salido de la cárcel que está deseando acostarse con la primera mujer que se le ponga a tiro. ¿Eso es lo que estás pensando?

—Lo que menos necesita Rosa es complicarse la vida con un hombre.

—Sobre todo si ese hombre soy yo.

—Lo has dicho tú, no yo.

Mario decidió dejarle las cosas claras.

—Por suerte, soy el primero que no quiere complicarse la vida con nadie. Mi prioridad es encontrar a mi hermana con vida y si he dejado eso de lado durante las últimas horas es porque no quería que el psicópata del marido de Rosa os hiciese daño a ninguna de las dos. ¿Puedes entender eso? —Ella tragó saliva. Estaba claro que su réplica la había dejado sin argumentos—. Porque si no es así, es mejor que separemos nuestros caminos aquí y ahora. Ya puedes irte a coger ese avión de vuelta a Madrid, si es lo que tanto deseas.

Por unos segundos, vio la duda asomar en sus ojos. Incluso temió que Bianca se diese media vuelta y le dejase allí tirado. Por suerte, no fue así.

—Dije que te ayudaría y lo haré —aseguró reemprendiendo la marcha.

Mario se situó a su lado y continuaron paralelos al canal. Lo cierto era que necesitaba su ayuda, pero tampoco iba a mendigarla. Podría entenderse con la gente utilizando el traductor del teléfono si hacía falta, o incluso con gestos.

No tardaron en pasar al lado de las primeras barcazas, un tipo de embarcaciones alargadas con poco más de un par de metros de anchura. La mayoría de ellas tenían bastantes décadas de antigüedad. Por lo que Mario había leído en internet durante el viaje en tren, esas barcazas, llamadas *narrowboats* en inglés, se utilizaban en el pasado para transportar mercancías pesadas a través de los

canales que recorrían Londres y que se comunicaban con otras ciudades del país, como Birmingham, Liverpool o Mánchester. Ahora se habían reconvertido en viviendas o se destinaban a usos turísticos, tales como paseos por los canales o fiestas privadas.

Bianca se detuvo al llegar a una barcaza de color azul y unos veinte metros de longitud, con una serie de palabras y números escritos a lo largo del casco.

—La persona con la que hablé por teléfono es el dueño de esta embarcación —explicó, mirándole. Su tono de voz seguía siendo tenso—. Cuando le llamó tu hermana, le aconsejó que hablase con el dueño de una embarcación que está un poco más allá.

Mario no dijo nada, siguió sus pasos hasta que se detuvo ante una embarcación pintada de color rojo, con una serie de ventanas a lo largo del casco, por encima de la línea de flotación. Un hombre estaba revisando el amarre en ese momento.

—Puede que ese sea el dueño —dijo él, señalándolo con el dedo.

Bianca se acercó al hombre y entabló una conversación en inglés, mientras Mario esperaba a un par de pasos de distancia. No le gustó el aspecto del hombre. Tenía unos cuarenta años, de tez oscura y barba desaliñada. Aunque no entendiese la conversación, su tono de voz le pareció desagradable.

Tras un primer breve cruce de palabras, Bianca se volvió para mirarle.

—Dice que no sabe nada de tu hermana. Que no la recuerda.

—Lorena le contó a Emily que el hombre con el que había hablado le causó mala impresión. Tiene que ser este.

Ella se volvió para decirle algo que no entendió, pero que hizo que la expresión del tipo se endureciese y que le respondiese gesticulando de forma algo agresiva.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mario, alarmado.

—Dice que como no deje de molestarle me va a tirar al canal. Creo que miente y que sabe de sobra quién es Lorena.

—Dile que si no quiere hablar con nosotros, llamaremos a la policía.

Así lo hizo Bianca, aunque la reacción del hombre no fue la que esperaban. Comenzó a gritarla, señalándola con el dedo, y, de

pronto, echó mano de una funda que colgaba de su cinturón, de la que sacó un pequeño cuchillo que blandió delante de ella.

Mario reaccionó con rapidez. Cogió a Bianca del brazo y tiró de ella para alejarla de la amenaza, situándose delante para protegerla con su cuerpo. El tipo, lejos de tranquilizarse, dio un paso hacia adelante, trazando un arco con el cuchillo en el aire, a cierta distancia de ellos. No estuvo seguro de si lo hacía solo para intimidarlos, por eso se preparó para defenderse. El hombre dio otro paso e hizo un amago de pincharle en la barriga, que se quedó a mitad de camino.

No era la primera vez que Mario se enfrentaba a una situación así. Estaba claro que lo único que pretendía era asustarlo, aunque su mirada indicaba que en cualquier momento la amenaza podía convertirse en un ataque, por eso se preparó para responder.

El tipo avanzó de nuevo, dispuesto a repetir su amenaza, solo que esta vez ni siquiera pudo alargar el brazo que empuñaba el cuchillo. El puño derecho de Mario le golpeó en la mandíbula, en un movimiento rápido y preciso.

El atacante, que no esperaba el ataque, se quedó unos segundos aturdido, lo que aprovechó Mario para lanzarle un segundo gancho, este con mucha más fuerza y que impactó con violencia en su pómulo. Un golpe seco que hizo que cayese de espaldas, soltando el cuchillo. Se agachó con rapidez para recogerlo y con él en la mano se acercó al atacante.

—¡No te muevas!

En realidad, no estaba en disposición de hacerlo. El segundo golpe lo había dejado noqueado y medio inconsciente, aunque Mario no pudo celebrar su momentánea victoria. Un grito a su espalda llamó su atención y cuando se volvió vio a dos policías empuñando sus pistolas, apuntándole.

No necesitó saber inglés para entender lo que le estaban diciendo. Soltó el cuchillo y alzó las manos por encima de la cabeza.

Aquello era lo último que necesitaba.

27

BIANCA

Los policías esposaron a Mario y lo metieron en un coche patrulla, a pesar de que Bianca trató de explicarles que ellos habían sido las víctimas. En principio no la creyeron, hasta que el atacante recuperó la consciencia y trató de golpear a los policías, mientras les gritaba que iba a matarlos a todos. Por suerte, gracias a los refuerzos que se personaron en el lugar, lograron reducirlo y esposarlo.

Aun así, decidieron llevarlos a los tres a comisaría, aunque permitieron a Bianca que fuese en el mismo vehículo que Mario. Eso le dio la oportunidad de hablar con él durante el trayecto.

—Muchas gracias por salvarme.

—No tienes por qué dármelas —respondió Mario.

Aunque intentaba parecer tranquilo, ella percibió la preocupación en sus ojos. Acababa de salir de la cárcel y de meterse en una pelea en un país extranjero. Seguro que eso no le beneficiaba, razón de más para agradecerle que se hubiese arriesgado para protegerla de aquel loco perturbado.

—Claro que tengo que darte las gracias. Ese hombre parecía dispuesto a hacerme daño. Si no llega a ser por ti, no sé qué habría pasado.

—Quizás nada… O puede que sí —añadió tras una breve pausa —. La verdad es que parece un hombre bastante inestable y

peligroso.

Bianca se quedó unos segundos pensativa, analizando lo ocurrido, hasta que una idea le cruzó la mente.

—¿Y si se puso igual de violento con Lorena?

—No fue eso lo que mi hermana le contó a Emily. Solo le dijo que no le había gustado el hombre y, viendo ahora su aspecto y su reacción, dudo que mi hermana volviese a verle.

—Sí, pero…

Decidió morderse la lengua en el último momento. No quería aumentar su preocupación.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada, cosas mías.

—¿Te importa compartirlas conmigo?

—Verás… —Solo era una suposición, pero pensaba que merecía la pena investigarlo—. Estaba pensando que ese hombre no tuvo una reacción normal cuando le pregunté por Lorena. Se puso agresivo.

—Bastante agresivo.

—¿Y si es el secuestrador al que busca la policía?

Mario la miró directamente a los ojos.

—¿Crees que tiene retenida a Lorena?

—No estoy segura, pero su forma de reaccionar a mis preguntas cuando le pregunté por ella y el modo en que me amenazó y luego se enfrentó a ti denotan una clara psicopatía. Podría ser el hombre al que busca la policía.

—En ese caso, tenemos que hablar con ese inspector de Scotland Yard.

—Harland —recordó ella su nombre—. Sí, en cuanto lleguemos a la comisaría pediré que me dejen hablar con él por teléfono y le explicaré lo ocurrido. Como mínimo, deberían interrogar a ese hombre y dejarte en libertad, por supuesto. Lo único que has hecho es defenderte.

—No estoy muy convencido de que la policía inglesa lo vea igual que tú.

—Pues se lo haremos ver. —Estaba decidida a ayudarle. Era lo mínimo que debía hacer después de que él se hubiese jugado la vida

por protegerla.

—No hace falta que me ayudes.

—¿Por qué dices eso?

—Tienes un avión que coger. No te preocupes, sabré apañármelas.

Ella miró su reloj.

—Todavía tengo tiempo. Además, no voy a dejarte solo después de lo ocurrido. Tenemos que hacerle entender a la policía que ese hombre puede estar implicado en la desaparición de Lorena.



Nada más llegar a la comisaría, le quitaron las esposas a Mario y les llevaron a los dos a una pequeña sala, donde un policía de uniforme, poco empático y con pinta de estar muerto de aburrimiento les tomó declaración sentado tras una mesa. Bianca ejerció de traductora y él anotó en su ordenador el relato que los dos hicieron de los hechos. Luego imprimió las declaraciones en papel, que cada uno firmó, y les llevó a una sala con bancos de madera, donde les pidió que esperasen.

—¿Le dijiste que avisase al inspector Harland? —preguntó Mario, mientras se sentaban.

—Sí, pero no sé si lo hará. Ya ves que no puso mucho interés cuando le dijimos que tu hermana estaba desaparecida y que por eso habíamos ido a hablar con ese hombre en Paddington.

—En realidad, no puso demasiado interés en nada de lo que le contamos en la declaración.

—Parece que nos tocó el policía más simpático de toda la comisaría.

—Eso parece. —Pasaron unos segundos, hasta que Mario añadió —: ¿Cuánto tiempo van a tenernos aquí?

—No me lo dijo, solo que esperásemos.

—¿A qué?

—A que alguien más venga a hablar con nosotros, aunque no me dijo quién.

Solo pasaron unos cinco minutos hasta que una cara conocida apareció en la puerta de la sala.

—Pensé que había dejado claro que no quería interferencias en la investigación.

Era el inspector Harland y no parecía estar de muy buen humor.

—¿Y qué investigación es esa? —le replicó Mario poniéndose en pie y acercándose a él—. Porque mi hermana sigue desaparecida y no veo que nadie haga nada por encontrarla.

—¿Y piensa conseguirlo buscando pelea?

Bianca decidió intervenir en la conversación.

—No buscábamos pelea —dijo, aproximándose—. Lorena habló con ese hombre días antes de su desaparición y solo queríamos saber qué sabía de ella y si había vuelto a verla, pero se negó a responder. Cuando le dije que si no hablaba con nosotros avisaría a la policía, se puso agresivo y sacó un cuchillo con el que intentó atacarme. Lo único que hizo Mario fue interponerse para defenderme.

—El detenido dice que solo se defendió de dos turistas que querían robarle.

—Eso es absurdo. ¿Por qué íbamos a robarle?

—Ese tío es un psicópata —aseguró Mario— y puede que esté detrás de la desaparición de mi hermana. Deberían investigarlo.

—Lo haremos si hay indicios de delito.

—¿Qué más indicios necesita? —le replicó elevando el tono de voz—. Le estoy diciendo que nos atacó. Mi hermana estuvo hablando con él y pocos días después, desapareció.

—Me imagino que no es la única persona con la que hablaría.

—Debería interrogarlo a fondo y comprobar si tenía coartada el día que ella desapareció.

—No necesito que un turista español venga a decirme cómo hacer mi trabajo —le replicó el inspector con arrogancia.

—Tan bien no lo estará haciendo cuando han desaparecido ya varias mujeres y no tiene ni idea de quién las ha secuestrado. Y encima una de ellas ya ha aparecido muerta.

—Esa muerte ya está resuelta.

—¿Cómo dice?

—¿Eso quiere decir que han detenido al secuestrador? —preguntó Bianca, esperanzada de que al final se resolviese todo.

—No hay tal secuestrador —respondió Harland negando con la cabeza—, al menos en este caso. Anoche detuvimos a un traficante, acusado de asesinato. La tuvo drogada y encerrada durante varias semanas en un yate que estaba amarrado en el propio muelle de St Katharine Docks.

—No lo entiendo —murmuró Mario.

—Ya le dije que en Scotland Yard sabemos hacer nuestro trabajo —aseguró con tono pedante—. Revisamos todas las embarcaciones atracadas en el muelle y en una descubrimos sangre de la víctima en la cubierta. Eso nos llevó al interior, donde encontramos el cuchillo con el que fue asesinada y pruebas de que estuvo esposada y amordazada en uno de los camarotes. La embarcación pertenece a un amigo del asesino que reside en Mallorca y que se la dejó por si quería salir a navegar.

—¿Por qué motivo la asesinó? —preguntó Bianca.

—Por una cuestión de drogas. En cuanto lo detuvimos y comprobamos que sus huellas estaban en el arma del crimen, pidió llegar a un acuerdo a cambio de una rebaja en la condena. Al parecer, la víctima era la novia de un tipo que trabajaba para él y que había perdido una cantidad importante de droga que debía distribuir en las calles. La mantuvo prisionera durante días, a la espera de que le pagase el valor de la droga perdida. Como no lo hacía, abusó de ella de forma reiterada, hasta que un día ella logró soltarse mientras la violaba. A pesar de que estaba drogada, peleó con él y trató de huir. Fue entonces cuando la asesinó.

—¿Y dejó el cuerpo flotando en el muelle? —preguntó Mario, incrédulo.

—Según él, estaba borracho y hasta arriba de cocaína. Ella le golpeó en la cabeza con un objeto y reaccionó apuñalándola varias veces. Luego perdió el conocimiento y cuando despertó y salió a buscarla, la encontró flotando en el agua, así que decidió huir. Está claro que no pensaba con claridad y no se puede decir que sea un delincuente con muchas luces. —Harland hizo una breve pausa antes

de continuar—. De lo que estoy seguro es que ese hombre no tiene nada que ver con las otras desapariciones.

—¿Y qué pasa entonces con el resto de mujeres desaparecidas?

—Seguimos investigando, aunque ya le dije que desaparecen muchas mujeres cada año en el Reino Unido. La mayoría lo hacen por voluntad propia y terminan apareciendo en otro lugar.

—La desaparición de mi hermana no es voluntaria —aseguró Mario, apretando los dientes—. ¿Por qué le cuesta tanto entenderlo? Debería estar interrogando a ese tío que nos atacó con un cuchillo, en vez de venir a decirme que Lorena se marchó porque quiso.

El inspector endureció el tono de su voz.

—No me diga cómo hacer mi trabajo.

—Si lo estuviese haciendo, Lorena ya habría aparecido.

Por cómo se desafiaron con la mirada, Bianca se dio cuenta de que aquello se les podía ir de las manos, sobre todo a Mario, por eso decidió calmar las cosas.

—No logramos nada discutiendo —dijo agarrándole del brazo—. Todos queremos lo mismo.

—A mí no me lo parece —le replicó él, sin dejar de mirar al inspector.

—Será mejor que salgan de aquí —ordenó Harland.

—Tiene que entender que la actitud de ese hombre que nos atacó es cuando menos sospechosa —dijo ella, intentando que cambiase de opinión—. Sabemos que Lorena habló con él para preguntarle si alquilaba su barcaza y cuando le pregunté sobre ello, lo negó. Creo que deberían investigar su coartada el día de su desaparición.

—Ya lo hemos hecho. Ese día estaba en Manchester con un amigo. Hemos hablado con él por teléfono y nos ha confirmado su coartada.

—Podría estar mintiendo.

—Tiene pruebas de que estuvieron juntos, así que no es una pista que debamos seguir. Ya es hora de que dejen investigar por su cuenta.

—¿Y qué pasa si no lo hacemos? —le desafió Mario.

—Los montaré a los dos en un avión y los mandaré de vuelta a España. Tengan por seguro que lo haré. Es mi último aviso. —Nada más decir eso, Harland les dio la espalda y se alejó.

En cuanto se quedaron solos, Bianca miró a Mario y murmuró:

—Tiene razón. Lo mejor es que dejemos a la policía trabajar.

Lo que vio en sus ojos no le gustó nada.

28

MARIO

Tras la charla con el inspector Harland, Mario se sintió tan incapaz de dominar su rabia y su frustración que salió de la comisaría con paso apresurado y sin mirar atrás. Solo cuando estuvo en la calle se detuvo para tomar aire. Su cabeza estaba a punto de estallar. Se le planteaban varias opciones para actuar y ninguna de ellas era buena. Desde entrar de nuevo en la comisaría e interrogar él mismo a aquel tipo hasta agarrar de la pechera al inspector Harland para que moviese el culo y buscase a su hermana. Incluso pensó en recorrer la ciudad calle por calle hasta encontrarla.

Esos sentimientos, provocados por la frustración, dejaron paso a los recuerdos, a lo dura que había sido la vida para su hermana y para él después de perder a sus padres, y el maltrato psicológico al que los había sometido su tía hasta que consiguieron salir de aquella casa. Primero lo hizo él y meses después su hermana, aunque para eso Mario tuvo que renunciar a llevar una vida «normal». Un precio muy alto, aunque necesario, para sacarla de aquel lugar y que pudiese tener una vida digna.

Lorena también tuvo que luchar en la vida. Sacó la carrera de Enfermería en cuatro años con las mejores notas y tuvo la valentía de empezar de cero en un nuevo país. Era una luchadora, una mujer capaz de seguir adelante a pesar de estar sola y no tenerlo a su

lado. Por eso Mario se negaba a aceptar que alguien se la hubiese arrebatado. Tenía que encontrarla como fuese.

—¿Estás bien? —escuchó la voz de Bianca a su espalda.

Él se volvió para mirarla. En ese momento, le habría gustado romper a llorar como un niño y sacarse todo aquel dolor y aquella rabia de dentro, pero hacía mucho tiempo que sus ojos se habían secado. En realidad, llevaba tanto tiempo reprimiendo sus sentimientos, fingiendo ser otra persona, que no sabía cómo enfrentarse a aquella situación.

Bianca debió adivinar en su mirada lo que le ocurría, porque dejó a un lado la maleta y se acercó a él para ponerle la mano en el pecho.

—No nos vamos a rendir —susurró—. La encontraremos.

—Eso espero, porque no puedo perderla.

Un impulso lo invadió en ese momento y se abrazó a ella. Fue un acto reflejo que realizó sin pensar, llevado por la necesidad de no sentirse solo, de compartir su dolor con alguien. Por suerte, Bianca no lo rechazó. Lo rodeó con sus brazos y durante unos segundos permanecieron pegados el uno al otro.

El aroma suave de su perfume hizo que sus pulsaciones se rebajasen y que por primera vez en mucho tiempo se sintiese cómodo abrazado a alguien. Incluso percibió cierta conexión con ella.

Por desgracia, esa sensación se difuminó en cuanto ella lo soltó y dio un paso atrás. Al mirarla, intuyó que se sentía incómoda.

—Lo siento, perdona —se disculpó al momento, bajando la mirada al suelo—. No debería haberlo hecho.

—No pasa nada, entiendo cómo te sientes. Es solo que… En fin, deberíamos pensar qué hacemos a partir de ahora.

Mario levantó la mirada hacia ella.

—Deberías regresar a España. Tienes una consulta que atender.

—¿Tú qué vas a hacer?

—No lo sé —dijo frotándose la cabeza con la mano—. Hablaré con los amigos de mi hermana, empezando por ese camarero que trabaja en el muelle y con el que al final no pudimos hablar. Tal vez sepa algo. No sé.

La verdad es que estaba bloqueado. No tenía ni idea de cómo seguirle la pista a su hermana y llegar hasta la persona que la tenía retenida. Suponiendo que no hubiese hecho algo peor con ella.

—En ese caso, te acompañaré —aseguró Bianca.

—¿No tienes un avión que coger?

—Ya cogeré otro vuelo. Perdiste tiempo de buscar a Lorena para ayudarme a proteger a Rosa. Es justo que ahora te ayude yo a ti.

—De verdad que no hace falta.

—Claro que sí. Vamos a buscar un taxi —dijo, recuperando su maleta—. Tampoco es tan urgente que regrese a Madrid. Puedo tomarme unos días libres.

—¿Estás segura?

—Si en algo estás en lo cierto es en que la policía no se va a molestar más que nosotros en encontrarla.

Mario asintió con la cabeza y decidió aceptar su ayuda.



El «The Dickens Inn» era un precioso restaurante, construido en ladrillo y madera, que en el pasado había sido un almacén. Un local distinguido, situado en el exclusivo muelle de St Katharine Docks.

Esta vez no tuvieron problemas para acceder a él. La zona portuaria ya no estaba perimetrada por la policía en su totalidad, solo la área donde se encontraba el yate en el que se había producido el crimen y que se encontraba en el lado contrario del puerto.

Una vez dentro del local, Bianca se dirigió a uno de los camareros. Tras un breve cruce de palabras, este se alejó y apenas un minuto después, un hombre que no aparentaba llegar a los treinta años se acercó con paso ágil. Tenía la tez muy blanca y el pelo rojizo. Su mirada era algo huidiza, lo que despertó de inmediato las sospechas de Mario.

Bianca empezó a hacerle un par de preguntas en inglés, a las que el otro respondió con aparente desgana, hasta que ella señaló a

Mario y dijo algo que hizo que la cara del camarero cambiase, hasta el punto de que incluso tartamudeó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mario, sin entender nada de lo que estaban hablando.

—Este es James, el amigo de tu hermana —respondió ella.

—Eso ya me lo he imaginado.

—No parecía muy dispuesto a hablar con nosotros, así que le he dicho que vas a romperle las piernas si no nos dice lo que sabe.

La ocurrencia de Bianca estuvo a punto de provocar que se le escapara una risa. En lugar de eso, cerró el puño delante de su cara y apretó los dientes.

—Pregúntale cuándo vio a mi hermana por última vez.

A partir de ahí, James se mostró mucho más colaborador y la conversación fue más fluida.

Les contó que había conocido a Lorena de forma casual en Hyde Park, dando un paseo. Se había detenido a escuchar a un hombre que estaba predicando la palabra de Jesucristo ante un grupo de personas. En un momento del discurso, alguien se acercó a él y le preguntó de qué iba aquello. Era Lorena. Comenzaron a hablar, se cayeron bien y terminaron tomando un café juntos.

Según James, hubo una buena conexión entre ambos y quedaron en verse varias veces durante las dos semanas siguientes, aunque no llegaron a formalizar la relación, ya que ella desapareció antes de que eso ocurriera.

—Eso está muy bien —dijo Mario sin perder detalle de la traducción simultánea que hizo Bianca de la conversación—, pero quiero saber si habló con Lorena el día que desapareció.

No tardó en obtener la respuesta.

—Dice que ese día hablaron por teléfono, cerca del mediodía —tradujo ella las palabras de James—. La llamó para invitarla a cenar, pero Lorena le dijo que estaba ocupada porque había quedado para ver una casa en alquiler en la que estaba interesada una amiga suya.

—¿Sabe dónde estaba esa casa?

—Tal vez fuese en Colchester.

—No. Emily dijo que había quedado con ella, pero que no apareció —recordó Mario.

—Es cierto. Además, el inspector Harland aseguró que no había constancia de que Lorena hubiese cogido el tren en la estación de Liverpool Street.

—De todas formas, pregúntale.

Bianca lo hizo y eso dio lugar a un cruce de frases entre ellos dos que puso nervioso a Mario, al no entender lo que decían.

Pasado un minuto, ella le tradujo.

—Dos días antes, Lorena le contó que se había encontrado en el hospital con el tipo que predicaba en Hyde Park el día que conoció a James. Al parecer, el predicador la escuchó decir que estaba buscando una vivienda de alquiler y le ofreció una casa que tenía disponible.

—¿Entonces quedó con él el día de su desaparición?

—No lo sabe con seguridad, pero es una posibilidad.

Mario sintió cómo se le aceleraban las pulsaciones. Por fin tenía una pista sobre lo que había hecho su hermana al salir del trabajo.

—¿Quién es ese tío? ¿Cómo se llama?

Bianca le preguntó y tradujo la respuesta.

—No sabe su nombre, pero recuerda que tenía el cabello rubio rizado, que vestía camisa blanca y corbata negra y que hablaba de la resurrección después de la muerte. Dice que rondaba los treinta años de edad.

—Pregúntale dónde podemos encontrarlo.

La respuesta de James se hizo esperar.

—Lo único que sabe de él es que predica en Hyde Park. Me ha explicado en qué lugar se encontraban el día que lo vieron y nos aconseja que vayamos hasta allí ahora, porque fue a esta hora más o menos cuando coincidieron con él.

Eso hizo que se despidiesen y abandonasen el restaurante casi a la carrera.

—¿Te ha parecido sincero? —preguntó Mario en cuanto pisaron la calle.

—Soy psicóloga, no adivina —le respondió ella con una leve sonrisa, dejando claro que bromeaba—. Pero creo que ha sido

sincero. No tiene nada que ver en la desaparición de Lorena.

—Tendremos que hablar con ese predicador. ¿Tienes claro dónde encontrarlo?

—Sí. Esperemos que haya suerte y esté allí cuando lleguemos.

Abandonaron el muelle en busca de un taxi, mientras Mario sentía cómo la angustia hacía presa en él. No podía evitar pensar que las posibilidades de encontrar a Lorena sana y salva disminuían a cada hora que pasaba, aunque prefirió no pensar en un trágico final.

No estaba preparado para perderla.

29

BIANCA

Mientras un taxi los llevaba a Hyde Park, Bianca se planteó cuánto tiempo debía quedarse en Londres. Rosa ya estaba a salvo y su trabajo la esperaba en Madrid. Solo la desaparición de Lorena la había impulsado a retrasar el viaje de vuelta. Eso y el hecho de sentirse en deuda con Mario por haberla ayudado a proteger a Rosa.

Sin embargo, no tenía muy clara su relación con él. Lo cierto era que le había incomodado el abrazo que le había dado al salir de la comisaría. No solo por el hecho de que no se lo esperaba. No podía quitarse de la cabeza que era un delincuente con un pasado oscuro que lo había llevado a la cárcel. Alguien así no era de fiar.

Anuló el billete a través de la aplicación de la aerolínea en su teléfono y le mandó un mensaje a su secretaria para decirle que anulase las citas de esa semana. Prefirió no hacerlo por teléfono para evitar que Mario escuchase la conversación.

Le daría de margen unos días más y si no daban con Lorena, el fin de semana regresaría a Madrid.

—Ya estamos —dijo él cuando el taxi se detuvo frente a la entrada a Hyde Park que les había indicado James.

Nada más entrar en el parque vieron a un grupo de personas reunidas a unos veinte metros, así que se acercaron para confirmar que estaban en el lugar correcto.

Subido a una tarima, había un hombre de unos treinta años, de cabello rubio rizado y vestido con una camisa blanca y corbata negra. Al lado tenía un panel con varias imágenes religiosas. En ese momento señalaba una en la que se veía a Jesucristo flotando sobre un manto de nubes, mientras en la parte inferior varias personas con túnicas lo observaban con devoción. Pegado en la tarima a la que estaba subido, y que lo mantenía un metro por encima del suelo, había un cartel que indicaba: «Christian Heaven. *Preacher*».

A su alrededor había unas veinte personas, muy atentas a sus palabras, mientras les explicaba por qué Jesucristo había resucitado al tercer día para reunirse con el creador. A Bianca le pareció que no era un discurso muy diferente al que podía escucharse en cualquier iglesia católica en España. La diferencia, en este caso, era el énfasis que ponía en cada una de sus palabras, con una sonoridad muy melódica. A esa puesta en escena la acompañaba el innegable atractivo del orador, de facciones suaves y ojos de un color azul intenso que cautivaban a los asistentes, mujeres en su mayoría. Tendría unos treinta años, más o menos.

—¿Es ese? —preguntó Mario.

—Físicamente coincide con la descripción que nos dio James. En el cartel pone que se llama Christian Heaven y que es predicador. De todas formas, voy a asegurarme —dijo a la vez que le entregaba su maleta—. Ahora vuelvo.

Bianca se acercó a la mujer que tenía más cerca para preguntarle por el predicador, pero apenas pudo pronunciar las dos primeras palabras.

—Silencio —le ordenó haciendo un gesto enérgico con la mano para que no se dirigiese a ella.

Eso hizo que probase con otra mujer de semblante más agradable y unos cincuenta años de edad, que se encontraba unos metros más allá.

—Perdone, ¿conoce usted al predicador?

—Por supuesto —respondió ella sin dejar de prestar atención al orador—. Vengo siempre que puedo a escuchar su sermón.

—Parece un hombre muy sabio.

—Lo es. Y muy guapo.

—¿Sabe si predica aquí todos los días?

—De lunes a viernes, todas las tardes.

—¿Y de qué van sus sermones?

—De la resurrección después de la muerte. Dios nos juzgará por nuestras acciones en la vida y…

—¡Sssssssss! —los interrumpió la mujer con la que Bianca había intentado hablar en primer lugar—. Guarden silencio.

Así lo hicieron y pocos segundos después Bianca regresó al lado de Mario.

—Parece que es ese, aunque habrá que esperar para hablar con él a solas.

El sermón duró unos quince minutos más, tiempo en el que la mayoría de los presentes no perdieron detalle de sus palabras. Otros que pasaban por allí se quedaban un par de minutos a escuchar y luego seguían su camino. Aun así, parecía que nadie era indiferente a su discurso, sobre todo por su forma de transmitir. La entonación de las frases, los gestos de sus manos, incluso la expresión de su rostro, parecían ensayados al detalle.

Y eso fue lo que hizo que Bianca sospechara.

Se notaba que no era un predicador cualquiera. Lo tenía todo perfectamente estudiado y sabía cómo llegar al público y conectar con él, en especial con las mujeres. Todas las que podía ver desde su posición lo observaban con una admiración que rozaba la devoción.

Una vez terminó el discurso, Bianca decidió acercarse.

—Intentaré sacarle toda la información que pueda —informó a Mario.

—Debería acompañarte.

—Si tiene algo que ver con la desaparición de tu hermana, no nos lo va a decir abiertamente. Deja que intente usar mis armas.

—¿Te refieres a las de psicóloga o a las de mujer?

—A ambas. Espérame aquí.

Bianca se aproximó a la tarima, donde el predicador permanecía subido, repartiendo folletos entre los que se habían acercado.

—Gracias por asistir… Que la paz sea contigo… No olvides las enseñanzas de nuestro señor Jesucristo —dijo a cada uno de ellos

sin perder la sonrisa. Una sonrisa que se amplió en cuanto vio aproximarse a Bianca—. Gracias por asistir, hermana.

—Ha sido un discurso muy enriquecedor —dijo ella, siguiéndole la corriente—. Saber que hay una vida después de la muerte es muy reconfortante.

—Lo es. Por tus palabras adivino que no conoces los evangelios.

—La verdad es que no.

—Nunca es tarde. —El predicador se bajó de la tarima y se aproximó a ella para hablar a su mismo nivel—. Mi única misión en la vida es transmitir la palabra de nuestro señor Jesucristo entre aquellos que buscan respuestas y quieren alcanzar la luz. ¿Eres una de esas mujeres que busca la luz?

—Lo soy, aunque también busco un lugar donde vivir.

—¿Cómo dices?

—Dicen que Dios proveerá y yo lo que necesito es encontrar una casa para alquilar. ¿No sabrás de alguna?

Su expresión cambió de forma radical. La sonrisa desapareció de sus labios y la miró con desconfianza.

—¿Y por qué me lo preguntas?

Bianca supo que tenía que dar un giro a la conversación si no quería que esta se terminara en ese preciso momento.

—Eres un hombre de iglesia y en las parroquias siempre os enteráis de esas cosas.

—Yo no pertenezco a ninguna parroquia.

—¿Ah, no?

—Jesucristo vive en mi corazón. No necesito un lugar donde rezarle.

—Entiendo.

—Además, no me gustan los curas.

—A mí tampoco. Mi madre me obligaba a ir a la iglesia cuando era pequeña y recuerdo que el cura era un viejo que escupía al hablar.

Christian soltó una carcajada, que sonó forzada.

—Espero que yo te haya causado mejor impresión.

—Eres bastante más joven que él. Y más guapo —añadió ella, acariciándose el cabello de manera insinuante.

La sonrisa de él se alargó ante el halago.

—La sinceridad es la mejor virtud de una cristiana.

—Me alegra que sepas apreciarla. Imagino que te seguiré viendo por aquí.

—Claro, estoy aquí todas las tardes. Aunque… —Por unos segundos pareció dudar—. ¿Decías en serio eso de que buscas un alquiler?

—Sí. Llegué la semana pasada desde España para quedarme unos meses y el hotel en el que estoy es carísimo. Llevo tiempo buscando un alojamiento más barato.

—¿Para ti?

—Claro, he venido a Londres sola. —Notó cómo las pupilas del hombre brillaban.

—Quizás pueda ayudarte.

—¿En serio? —preguntó con fingida emoción.

—Aunque ahora me resulta imposible. Tengo que dar otro sermón en media hora. ¿Qué te parecería si quedamos mañana y te enseño la casa que alquilo?

—¿Entonces alquilas una casa?

—Sí, pero no lo hago con cualquiera. Tú pareces una buena persona. —Al decir eso, la miró de arriba abajo con un deseo que la hizo sentirse incómoda.

—Lo soy.

—En ese caso, podemos vernos por la mañana. ¿Estarías disponible?

—Por supuesto. ¿Dónde está tu casa?

Él se limitó a entregarle un folleto y señalar la parte inferior.

—Es mi número de teléfono. Si sigues interesada, llámame mañana sobre las diez y te diré la dirección.

—Lo haré.

—Eso sí, es importante que no comentes esto con nadie. Como he dicho, solo lo hago en contadas ocasiones y con personas muy especiales. No me interesa que se corra la voz.

—Seré una tumba.

—En ese caso, espero tu llamada.

Bianca se despidió de él y, una vez le dio la espalda, miró a Mario, que esperaba expectante. En lugar de acudir a su encuentro, le hizo un gesto de forma discreta para que la siguiera y comenzó a caminar en dirección al interior del parque. Solo cuando estuvo segura de haber perdido de vista al predicador, se detuvo para mirar a su espalda. Mario, que la seguía a una distancia prudencial, llegó hasta ella y juntos continuaron caminando.

—¿Has averiguado algo?

—Mañana sabremos si Lorena se vio con él a solas. Eso sí —añadió Bianca—, espero por su bien que no lo hiciera.

30

MARIO

No le hizo ninguna gracia saber que tendría que esperar hasta el día siguiente para averiguar si su hermana había estado con el predicador el día de su desaparición.

—¿Por qué no ahora? —preguntó Mario.

—Porque si lo hubiese hecho, si le hubiese preguntado por Lorena, estoy segura de que no me habría contado nada —respondió Bianca.

—¿Cómo lo sabes?

—Se puso a la defensiva la primera vez que le pregunté si alquilaba una casa. Créeme, no era el momento ni el lugar para preguntarle por Lorena.

—Debería volver para hablar con él.

—No —dijo ella agarrándole del brazo al ver que se disponía a regresar—. El mejor modo de sacarle la verdad es hablando con él a solas, no rodeado de gente como está ahora.

—Pero has dicho que esperabas por el bien de Lorena que no se hubiese visto con él a solas. ¿Qué has querido decir con eso? ¿Crees que es un hombre peligroso?

—No sé si es peligroso, pero te aseguro que tuvo un modo de mirarme en ciertos momentos que hizo que se me erizara la piel.

—¿A qué te refieres?

—Estaba claro que me deseaba de un modo que incluso me hizo sentir incómoda.

—En ese caso, deberíamos hablar juntos con él ahora.

—Hazme caso. Es mejor hacerlo mañana, a solas.

—No voy a permitir que te veas con él a solas si desconfías de sus intenciones.

—Es el mejor modo de que se sienta cómodo y me cuente si estuvo con Lorena el día de su desaparición.

—¿Y si le hizo algo a Lorena y te hace a ti lo mismo?

—Podemos avisar al inspector Harland para que la policía me proteja.

Mario negó con la cabeza.

—Eso sería lo último. Si le informamos, lo más probable es que no nos crea y que te prohíba ir a esa reunión. Antes de acudir a Scotland Yard necesitamos pruebas contra ese tío.

—En ese caso, tendrás que protegerme tú.

A Mario no le atrajo demasiado esa idea, sobre todo porque implicaba permitir que Bianca se viera a solas con el predicador.

—¿Dónde tendrá lugar ese encuentro?

—En su casa, aunque no me dijo dónde se encuentra. Mañana por la mañana, a las diez, tengo que llamarle a un teléfono que me ha dado y entonces me dirá el lugar donde me espera.

—No me gusta. Y tampoco creo que mi hermana quedase con él a solas.

—James dijo que era posible.

—Quizás nos mintió.

—El único modo de averiguarlo es quedar con ese predicador mañana y preguntarle por Lorena.

—¿Estás segura de querer hacerlo?

—Si Lorena quedó con él fue por ayudarme, por buscar un lugar donde ocultar a alguna de las mujeres a las que ayudo. No soportaría que se hubiese puesto en peligro por mi culpa.

—Podría ser peligroso. ¿Eres consciente del riesgo?

—Confío en que tú sabrás protegerme.

En un primer momento se sintió halagado por el comentario, hasta que cayó en la cuenta de algo.

—¿Lo dices porque soy un delincuente?

—¿Cómo? —Bianca le miró desconcertada—. No, lo digo por cómo te enfrentaste a ese tío en Paddington para protegerme.

—Es decir, que me consideras una persona violenta.

—Considero que eres alguien que sabe defenderse. Imagino que dentro del mundo de la delincuencia en el que vives eso es necesario.

—Vivía. —Mario tomó aire. Necesitaba calmarse y no pagar su frustración con Bianca, como estaba haciendo en ese momento. Sin embargo, había una cuestión que necesitaba que supiese—. No soy un hombre violento. Si me metieron en la cárcel no fue por hacerle daño a alguien.

—Es bueno saberlo.

—Te aseguro que ese es un mundo al que no voy a regresar. Eso sí, estoy dispuesto a lo que sea por proteger a las personas que me importan. No sé si ese predicador tiene algo que ver con la desaparición de mi hermana, pero, si es así, más le vale que siga con vida.

—Yo también lo espero.

Ninguno de los dos dijo nada más. Atravesaron Hyde Park y luego buscaron un taxi que les llevara a la estación de Liverpool Street.

A Mario no le hacía ninguna gracia tener que esperar hasta el día siguiente para conocer el paradero de su hermana, pero poco más podía hacer. Ahora dependía de Bianca y de lo que ella pudiera averiguar en esa reunión.

31

BIANCA

Mario le propuso que se quedase a dormir en el apartamento de Lorena con él, pero ella rechazó la oferta y buscó un hotel en el que pasar la noche. Necesitaba tener su propio espacio y pasar unas horas en soledad, a su aire.

Durante el viaje de vuelta a Chelmsford apenas habían hablado. Esos silencios entre ellos comenzaban a convertirse en una costumbre que, más que molestarle, agradecía. Bianca siempre había sido una persona muy reflexiva. Desde niña le gustaba sumergirse en sus propios pensamientos, a menudo para analizar lo que sucedía a su alrededor. Esa costumbre de observar a los demás y de intentar encontrar una explicación a sus actos era lo que la había llevado a estudiar psicología.

Una vez llegaron a la estación de Chelmsford, caminaron juntos en dirección al apartamento de Lorena. El hotel que había elegido Bianca para alojarse, el «Premier Inn City Center», estaba de camino. En lugar de hacer una reserva desde su teléfono, prefirió verlo primero en persona, y así decidir si alojarse allí. Los comentarios que leyó sobre él eran buenos, pero quería asegurarse de que no hubiese obras ni ruidos cerca. El último hotel en el que se había alojado estaba al lado de un edificio en remodelación y cada

día se despertaba con el ruido de los martillos neumáticos y la hormigonera.

—¿Seguro que no quieres quedarte conmigo en el apartamento de Lorena? —preguntó Mario.

—Es lo mejor —respondió ella—. Necesito hablar con mi secretaria y hacer unas gestiones, dado que no voy a regresar hoy a Madrid.

En realidad lo único que quería era darse una ducha y tumbarse en la cama para recuperar las horas de sueño perdidas los últimos días.

—Deberíamos hablar de lo de mañana. ¿Qué te parece si lo hacemos mientras comemos algo, una vez te instales y termines con tus cosas?

—Ahora mismo lo que más necesito es dormir.

—Son las cinco de la tarde y no has comido nada desde el café de esta mañana.

—Comeré algo en el hotel antes de acostarme.

—Está bien. De todas formas, mañana deberíamos vernos antes de que llames a ese predicador. Tienes mi teléfono, ¿verdad?

—Sí, lo agregué al mío.

—Llámame en cuanto estés lista y desayunamos juntos. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. Te aviso en cuanto esté lista.

Justo llegaron en ese momento a la altura del hotel, un edificio de varias plantas con fachada de ladrillo y ventanas negras con una banda verde. El aspecto exterior era bueno y no parecía que hubiese obras cerca.

—Espero que descanses —dijo él.

—Gracias. Nos vemos mañana.

Bianca cruzó la calle y entró en el hotel sin mirar atrás. Sus tripas protestaron mientras entraba en el edificio, recordándole que llevaba demasiadas horas sin meter nada en el estómago. La mujer situada detrás del mostrador la recibió con una amplia sonrisa.

—*Good afternoon*.

—Buenas tardes —le correspondió Bianca en su mismo idioma—. Necesito una habitación.

—¿Tiene usted reserva?

—No.

La sonrisa de la mujer se apagó.

—Lo siento. Estamos completos.

—¿En serio?

—Se está celebrando una convención y no nos queda ninguna habitación libre. No sabe cuánto lo siento.

—No pasa nada —respondió Bianca, abatida—. ¿Sabe de algún otro hotel cercano?

—Hay uno a diez minutos andando. Puedo llamar antes para confirmar que tienen una habitación libre.

—Se lo agradecería.

La mujer descolgó el teléfono y Bianca miró a su alrededor. El hotel no tenía mal aspecto. Lástima que no hubiese sitio.

—¿Cómo se llama ese hotel? —preguntó.

—Riverside Inn.

Hizo una búsqueda en Google, lo que le mostró un edificio de madera y ladrillo rojizo con aspecto de taberna. Casi todas las fotos eran de comida, lo que hizo que se le abriese aún más el apetito. También había fotos de alguna habitación, con aspecto de haber sido decorada para una obra de teatro de William Shakespeare.

—Está de suerte, hay habitaciones libres y tienen una comida excelente —dijo la recepcionista—. Tengo una amiga que trabaja allí de camarera. Se llama Sophie. Dígale que va de parte de Tracy y le atenderá fenomenal.

—Muchas gracias.

—Es bajando esta calle y continuando de frente en el cruce, hasta llegar al canal.

Bianca salió del hotel tirando de su maleta con la mano derecha y sosteniendo en la otra el teléfono, para seguir la ruta que le marcaba la aplicación de navegación hasta el hotel «Riverside Inn». No le pareció que fuese el mejor lugar para descansar, pero estaba demasiado cansada como para ponerse a buscar otro hotel. Además, si en algo estaba en lo cierto la recepcionista era que la comida que había visto en las fotos tenía muy buena pinta. Pasaría allí la noche y al día siguiente ya buscaría un alojamiento mejor.

Llegó a un cruce de cuatro calles, donde se detuvo a la espera de poder cruzar el paso de peatones, si es que se le podía llamar así. En realidad, solo era un pasillo de líneas discontinuas que marcaba el lugar por el que se debía cruzar. Nada que ver con el paso de cebra que se usaba en la mayoría de los países del mundo.

No terminaba de entender cómo la gente podía aclararse con aquellas indicaciones. Entre que el paso no estaba bien señalizado y que no se aclaraba con el lado hacia el que debía mirar para ver si venía un coche, no le quedó otro remedio que esperar resignada a que el semáforo se pusiese en verde.

Eso fue lo que hizo que no se diese cuenta de que alguien se situaba a su izquierda, hasta que una mano la agarró del brazo en el que sostenía el teléfono. Lo hizo con una fuerza inesperada, lo que provocó que se quejase, a la vez que miraba de quién se trataba.

—¿Pensabas que no daría contigo?

Su respiración se cortó de golpe cuando vio el modo en que la miraba Carlos, el marido de Rosa. Tenía los dientes apretados y sus ojos parecían dos ascuas encendidas.

—Suéltame —acertó a decir.

—Cuando me digas dónde está mi mujer.

Bianca intentó soltarse de su mano, pero él apretó con mayor fuerza, haciendo que un calambre le recorriese el brazo.

—Como no me sueltes, voy a gritar.

—No hay nadie que te escuche.

Era cierto. Miró a su alrededor y descubrió aterrada cómo en ese momento no había nadie en la calle. Era como si de pronto todo el mundo hubiese desaparecido.

La presión en su brazo aumentó.

—¿Dónde está Rosa? —insistió él.

En ese momento, se arrepintió de no haber ido con Mario a dormir al apartamento de su hermana. No habría estado tan indefensa y Carlos seguro que no se habría atrevido a abordarla de ese modo.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó para ganar tiempo y pensar un modo de salir de aquella situación.

—Llevo horas recorriendo esta maldita ciudad. Cada calle, cada tienda… Conseguí averiguar dónde vive Rosa, pero no había nadie en el apartamento. Después de un día entero vigilándolo, decidí volver a recorrer la ciudad. Hasta que te he visto parada en este semáforo.

Comprendió el porqué de su expresión. Aquel hombre estaba paranoico, obsesionado por encontrar a su mujer. De ahí las profundas ojeras que asomaban bajo sus ojos. Seguramente llevaba días sin dormir, lo que le dejó claro que iba a ser difícil negociar con él. Aun así, lo intentó.

—Si me haces daño, terminarás en la cárcel.

—Eso me da igual. Lo único que quiero es encontrar a esa puta y hacer que se arrepienta de haberme abandonado.

—Nunca la encontrarás. —Lo último que pasaba por su mente en ese momento era decírselo.

Carlos metió la mano izquierda en el bolsillo de su cazadora, aunque sin sacarla.

—Vas a decírmelo o te rajo el cuello aquí mismo.

En sus ojos vio que no era un farol, que estaba dispuesto a hacerlo. Si lo que llevaba en el bolsillo era una navaja o un cuchillo, poco podría hacer para defenderse. Por eso miró de nuevo a su alrededor en busca de alguien que pudiese ayudarla. La calle seguía desierta.

—Dime dónde está Rosa —exigió él de nuevo.

Justo en ese momento, cuando ella lo creía todo perdido, el sonido de una sirena lo inundó todo y un coche patrulla de color azul y amarillo salió del edificio situado al otro lado de la calle y giró en el cruce para pasar delante de ellos. Bianca lo siguió con la mirada, esperanzada de que acudiese a auxiliarla, pero lo que hizo fue continuar a toda velocidad, alejándose a los pocos segundos. La esperanza de que la sacasen de aquel lío se difuminó tan rápido como perdió de vista el coche patrulla de la policía.

Sin embargo, eso le dio una oportunidad.

Al ver a la policía acercarse, Carlos había soltado su brazo. Bianca miró el edificio del que había salido el coche patrulla y se dio cuenta de que delante de la entrada tenía un mástil en el que

ondeaba una bandera. Era azul y en el centro tenía una estrella blanca de varias puntas, con la palabra «POLICE» debajo.

Quizás no todo estaba perdido.

Agarró la maleta con fuerza, la levantó en el aire y golpeó con ella las rodillas de Carlos, tan fuerte como pudo. Él, que no se lo esperaba, emitió un quejido de dolor al recibir el impacto, a la vez que encogía el cuerpo.

Bianca soltó la maleta y aprovechó para salir corriendo, cruzando la carretera sin mirar atrás. Ni siquiera cuando escuchó el chirriar de unos neumáticos, seguido de un largo bocinazo, se detuvo. Prefería morir atropellada antes que hacerlo a manos de un psicópata, dispuesto a apuñalarla si no le decía dónde se encontraba su mujer.

Por suerte, logró llegar a la acera contraria y subió las escaleras que llevaban hasta el edificio, rezando en cada zancada para que Carlos no lograse alcanzarla. Una vez arriba, continuó hasta la puerta más cercana, situada a diez metros y que en ese momento se abrió para dejar paso a una mujer con uniforme de color azul oscuro.

—*¡Help me!* —gritó con el poco aliento que le quedaba ya.

La policía debió ver en su cara la urgencia de la situación, porque acudió en su ayuda de inmediato.

—¿Qué le ocurre? —preguntó en inglés.

Solo cuando llegó a su altura, Bianca decidió mirar a su espalda. Carlos estaba en mitad del cruce, junto a un vehículo atravesado en mitad de la calzada que le bloqueaba el paso. La miró durante un par de segundos y luego decidió correr en dirección contraria para huir del lugar, aunque lo hizo recogiendo la maleta del suelo.

—¿Está bien? —preguntó la policía.

Le costó unos segundos recuperar la respiración normal para darle una respuesta.

—Un hombre… me ha atacado —dijo con voz entrecortada, sin saber muy bien qué más decir.

—¿Le ha hecho algún daño?

—No, conseguí escapar a tiempo, pero se ha llevado mi maleta —respondió señalando al fondo de la calle, donde ya no se veía a Carlos.

—Es mejor que entremos y me cuente todo lo ocurrido.

Antes de seguirla al interior del edificio, echó un último vistazo.

Quedarse sin maleta no le hacía ninguna gracia, aunque le pareció un mal menor a cambio de haber salvado su vida.

32

MARIO

Apenas habían pasado cinco minutos desde que había recibido la llamada telefónica de Bianca cuando Mario se presentó en la comisaría. De camino, había estado atento por si el marido de Rosa seguía por el lugar cercano al incidente, esperándola, pero no lo vio. En realidad, no había demasiada gente por la calle a esa hora.

Bianca no se había extendido mucho en su llamada, lo justo para decirle que Carlos la había asaltado, pero que había conseguido escapar y refugiarse en la comisaría de policía, muy cerca del hotel donde la había dejado. De hecho, apenas llevaba unos minutos en el piso de su hermana cuando recibió la llamada.

Mario tuvo claro que el asunto de Carlos estaba adquiriendo un cariz preocupante. No parecía dispuesto a rendirse en la búsqueda de su mujer y el asalto a Bianca confirmaba que estaba dispuesto a todo para dar con su paradero. Aunque lo peor era que aquel asunto se estaba interponiendo en la búsqueda de su hermana.

Al entrar en el edificio de la comisaría se encontró con un mostrador, tras el cual estaba sentada una mujer de unos cuarenta años uniforme azul oscuro.

—Hola. Busco a Bianca.

La mujer le miró como si fuese un extraterrestre.

—Bianca —repitió, sin obtener respuesta. Estaba claro que iba a tener que esforzarse más—. *Friend* —añadió señalándose a sí mismo con un acento horrible.

Ella le respondió con una retahíla de palabras de las que únicamente entendió una: *identification*.

Rápidamente echó mano de su cartera y le entregó el DNI que guardaba en ella. La agente lo observó durante unos segundos y luego descolgó el teléfono que tenía al lado. La conversación fue breve. Luego le devolvió el carné y le hizo un gesto con la mano para que esperase. Así lo hizo.

Un minuto después apareció Bianca. Se la veía bastante tranquila. Incluso sonrió al llegar a su altura.

—Gracias por venir.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—Mejor te lo cuento fuera. —Bianca se despidió de la mujer del mostrador en inglés y una vez fuera del edificio, resopló—. La verdad es que no sabía muy bien qué contarle a la policía. No quería que supiesen que Rosa está en el país con una identidad falsa.

—¿Su marido te ha hecho daño?

—Solo en el brazo —respondió ella, frotándoselo—. Estaba esperando para cruzar la calle cuando de pronto apareció a mi lado y me agarró. Dijo que quería saber dónde estaba Rosa y que si no se lo decía iba a hacerme daño. Incluso echó mano del bolsillo de su cazadora para coger algo que llevaba dentro. Supongo que era un cuchillo o una navaja.

Mario apretó los dientes. Se sentía impotente por no haber estado a su lado para protegerla.

—¿Se lo dijiste?

—Por supuesto que no. Aproveché que un coche de policía pasaba delante de nosotros, haciendo sonar la sirena, para golpearle con la maleta y salir corriendo hacia aquí. Conseguí llegar a la comisaría antes de que me alcanzase.

—Ya veo que estás en buena forma —dijo Mario, dibujando una sonrisa.

Esta vez ella no sonrió. Se veía que le afectaba recordar el suceso.

—Tuve suerte. Un coche estuvo a punto de atropellarme cuando cruzaba la carretera corriendo, aunque creo que eso fue lo que le bloqueó el paso a Carlos. Bueno, eso y el golpe que le di en las rodillas.

—Chica lista. ¿Y qué pasó con la maleta? —preguntó al ver que no la llevaba con ella.

—Se la llevó. Debió de pensar que dentro encontraría alguna información que le conduciría hasta Rosa.

—¿Y es así?

—No. Solo llevaba algo de ropa y mi neceser. Seguro que la tira por ahí cuando vea que dentro no hay nada que le sirva.

—¿Sabes si la policía lo está buscando?

—Espero que sí. Traté de darles una descripción, pero lo único que recuerdo es que llevaba una cazadora gris. Les dije que había intentado robarme y que me asusté tanto que solté la maleta y corrí hacia la comisaría. La verdad es que pasé mucho miedo. Lo que vi en sus ojos mientras me agarraba fue mucho más intenso que cuando me asaltó en Madrid.

—¿Qué quieres decir?

—Ese hombre está fuera de sí y creo que está dispuesto a matar a cualquiera que se interponga en su camino. Y cuando encuentre a Rosa, acabará con su vida.

—En ese caso deberías habérselo dicho a la policía.

—No puedo. Si lo hago, si descubren la verdadera identidad de Rosa, la expulsarán del país y eso es lo último que necesita. Tengo que pensar un modo de protegerla de él.

—Lo haremos, pero ahora necesitas descansar. —A pesar de que intentaba aparentar que se encontraba bien, se notaba por la forma en que tomaba aire tras cada frase que Bianca sufría un alto grado de ansiedad—. Lo mejor es que esta noche te quedes conmigo en el apartamento de mi hermana.

—No hace falta.

—Por supuesto que sí. Tiene dos habitaciones y lo que menos necesitas ahora es quedarte sola. Venga, vamos.

Recorrieron la calle en dirección al apartamento, mientras Bianca no dejaba de mirar a todas partes, como si temiese que Carlos apareciese en cualquier momento para atacarla de nuevo. Mario se dio cuenta de ello y trató de tranquilizarla.

—Te prometo que no volverá a hacerte daño.

Por fortuna, llegaron al portal sin que hubiese rastro de su presencia, así que subieron al apartamento.

—¿Te apetece un café? —preguntó Mario en cuanto estuvieron dentro.

—Me vendría muy bien, aunque antes necesito una ducha.

—Mira en el armario de mi hermana si hay ropa que te sirva. Tenéis la misma estatura, más o menos.

Mientras ella entraba en la habitación, Mario puso en marcha la cafetera de cápsulas. Luego echó un vistazo a la nevera. No estaba demasiado llena y había varias cosas que estaban caducadas o en mal estado, como una bolsa de lechuga o un envase con comida que terminó en la basura, tras el olor que le golpeó al quitarle la tapa. Por suerte, había un paquete de jamón cocido y otro de queso sin abrir, así que los utilizó junto con el paquete de pan de molde que encontró en el armario para preparar unos sándwiches fríos. No era ningún manjar, pero, junto con un bote de galletas saladas y una bolsa de patatas fritas que también encontró en el armario, lo dio por válido para llenar el estómago. Peores cenas le habían dado en la cárcel.

Para cuando Bianca regresó de la ducha, ya había preparado la pequeña mesa del salón con la cena.

—He pensado que te apetecería meter algo en el estómago.

—Gracias, pero después de lo ocurrido tengo el estómago cerrado.

—Necesitas recuperar fuerzas, después de esa carrera que te has pegado.

Ella forzó una sonrisa que apenas se perfiló en sus labios. Se la veía cansada y afectada todavía por el incidente. Llevaba puesto un pijama de color rosa con la tela muy fina, lo que resaltaba cada una de las curvas de su cuerpo.

—Fue lo primero que encontré a mano —dijo Bianca, consciente de cómo la miraba—. No quise revolver el armario.

—¿Te apetece un refresco, mejor que el café? —preguntó dirigiéndose a la nevera—. Te vendría bien tomar azúcar.

—Prefiero el café, gracias.

Mario le sirvió una taza de café y cogió la única cerveza que había dentro de la nevera. Luego se sentó a la mesa, mirando de frente a Bianca.

Al principio no hablaron, se limitaron a comer en silencio. Ella en principio solo tomó un par de sorbos de café, aunque luego cogió uno de los sándwiches y empezó a comerlo. Mario esperó a que lo terminase para preguntar:

—¿Has llamado a Rosa?

—Iba a hacerlo antes de entrar en la ducha, pero he pensado que si le contaba que su marido seguía buscándola, solo conseguiría asustarla.

—Eso es cierto.

—Le he mandado un mensaje, preguntándole si iba todo bien, y me ha dicho que sí, aunque la tele no funciona.

—Es imposible que su marido dé con ella en la casa donde se encuentra ahora.

—Eso espero.

Mientras tomaba un nuevo sorbo de café, Mario la observó con detenimiento. Era una mujer muy atractiva y más todavía con aquel pijama tan ceñido al cuerpo y la larga melena oscura suelta sobre los hombros. Por desgracia, su mirada se había apagado tras el incidente. Se la veía pensativa y preocupada.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo él, captando su atención.

Bianca levantó la mirada y asintió ligeramente con la cabeza.

—Claro.

—¿Es la primera vez que te ocurre algo así?

—¿A qué te refieres?

—A ver tu vida en peligro.

—Sí. En Madrid Carlos me asaltó, pero no me agarró ni vi en su mirada ese deseo tan intenso de hacerme daño.

—¿A cuántas mujeres has ayudado hasta ahora?

—Rosa es la cuarta.

—¿Y las otras viven a salvo, lejos de sus parejas?

—Sí.

—¿Cómo es posible? —Mario decidió reformular la pregunta para que no se la tomase a mal—. Es decir, ¿cómo te has metido en esto?

—Porque alguien debe protegerlas. La ley no lo hace.

—¿Y quién te protege a ti?

Notó que la pregunta la había pillado desprevenida. Tras unos segundos de duda, negó con la cabeza.

—No necesito protección.

—Yo creo que sí. Lo que haces es peligroso, como ha quedado demostrado hoy. Alguna de las personas con las que trabajas debería ocuparse de tu seguridad.

Ella se encogió de hombros y dibujó en sus labios una sonrisa amarga.

—El problema es que estoy sola en esto.

33

BIANCA

La expresión de Mario fue de desconcierto.

—¿Cómo que estás sola?

Hasta ese momento, Bianca había evitado contarle nada sobre su actividad clandestina. En realidad, las únicas personas que lo sabían eran las mujeres a las que protegía y las dos personas que la ayudaban a proporcionarles una nueva vida. Una era la que le conseguía la documentación necesaria para hacerlas desaparecer y la otra era Lorena.

Nadie más sabía a qué dedicaba la mayor parte de su tiempo después de cerrar la consulta. Incluso se podía decir que su trabajo de psicóloga era una tapadera para que nadie sospechase lo que realmente hacía en secreto.

Sin embargo, si algo le había dejado claro el incidente que acababa de tener con Carlos era que aquello la estaba sobrepasando. Mario tenía razón, necesitaba ayuda, por eso decidió confesarse con él.

—Yo soy quien se encarga de ponerlas a salvo y de proporcionarles una nueva vida. Tengo a alguien que me ayuda con la documentación y Lorena me ha ayudado estos últimos meses buscando alojamientos aquí, en Reino Unido, pero todo lo demás lo hago sola.

—¿Y cómo lo haces? Porque imagino que nada de esto es barato.

—No lo es.

—¿Eres tú quien pone el dinero?

—Así es. —La cara de perplejidad de Mario la obligó a ser más concreta—. Mis padres tenían un seguro de vida por el que recibí una buena cantidad de dinero, además de algunas propiedades que heredé y que vendí para tener más solvencia económica.

—¿Ellas no ponen nada de dinero?

—Se van de casa con lo puesto y los bolsillos vacíos. Sin tarjetas de crédito cuyo uso pueda ayudar al hombre del que huyen a localizarlas. Tampoco su teléfono. Nada —recalcó—. Yo me encargo de darles un sustento económico y cubrir todas sus necesidades para que, cuando decidan huir, el dinero no sea una preocupación que les haga volverse atrás. Luego, una vez asentadas en su nueva vida, buscan trabajo y se vuelven independientes. Dos de ellas ya lo han hecho, así que solo tengo que correr con los gastos de las otras dos.

—¿Tan buena fue la indemnización? Perdona —rectificó Mario de inmediato—, no quería parecer frívolo con la muerte de tus padres.

—No pasa nada —dijo ella, dando por buena la disculpa—. Esto va de salvar vidas y la vida humana no tiene precio. Lo vi claro hace dos años. Una mujer a la que traté de ayudar murió a manos de su marido a pocos metros de la asociación de mujeres maltratadas donde pretendíamos ayudarla. Nadie pudo hacer nada por evitarlo, por eso me juré a mí misma que haría todo lo posible a partir de ese momento para que algo así no volviese a suceder. Ni la ley ni las asociaciones son capaces de proteger debidamente a las mujeres maltratadas. El único modo efectivo de ayudarlas es haciendo que desaparezcan.

—Dándoles una nueva identidad —supuso Mario.

—Así es.

—Aunque eso no está al alcance de cualquiera. Es bastante caro.

—No tanto si conoces a una persona dentro del sistema que pueda conseguirla y que esté dispuesta a correr el riesgo.

—¿Y confías en esa persona? Lo digo porque si la policía descubre lo que hace, no dudará en dar tu nombre, sobre todo si lo

hace por dinero.

—Esta persona no lo hace por dinero, lo hace porque su hija murió asesinada a manos de su marido hace dos años y porque el sistema no fue capaz de protegerla. Ahora quiere ayudar para que otras mujeres no encuentren su mismo final.

—¿Esa documentación es legal?

Bianca lo miró extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—La forma más segura y fiable de conseguir ese tipo de documentación es utilizando la partida de nacimiento de alguien que ha fallecido hace bastantes años, preferiblemente siendo un bebé, y construir a partir de ella la nueva identidad —aseguró Mario.

—Veo que estás bien informado. Imagino que en tu mundo sabéis bastante de estas cosas.

—¿Mi mundo?

—El de la delincuencia.

Mario negó con la cabeza.

—No te creas. Imagino que esa persona de la que me hablas te consigue la documentación para España.

—Sí.

—¿Y cómo te ha conseguido la documentación británica para Rosa?

—Tiene un contacto en Irlanda que se encarga de ello. Sale más cara, eso sí, pero en el caso de ella era más seguro sacarla de España. Luego, cuando vi que era una buena opción, pensé en traer más mujeres aquí.

—Por eso te estaba ayudando mi hermana. —Ella asintió con la cabeza y Mario añadió—: ¿Y todo esto lo haces solo porque quieres ayudarlas?

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañada. No entendía a qué venía aquello—. ¿Piensas que lo hago para presumir delante de mis amigos?

—Claro que no. No es eso lo que quería decir.

—¿Entonces qué?

—Me preguntaba si tú también has pasado por una situación parecida a la de esas mujeres.

Bianca contuvo la respiración. Esa era una parte de su vida de la que jamás había hablado con nadie, a excepción de una persona: Lorena, cuando eran compañeras en la universidad. Ambas se sentían vulnerables en esa época y la confianza que nació entre ellas hizo que un día le contase lo que nadie más sabía. ¿Sería posible que luego ella se lo hubiese contado a su hermano en algún momento, en esos correos que le enviaba?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo poniéndose a la defensiva.

—Por esa dedicación que demuestras a la hora de ayudar a esas mujeres y porque… —Mario se detuvo, como si buscase las palabras adecuadas—. Cuando nos conocimos, sentí un rechazo inmediato tuyo hacia mí. Pensé que era porque no empezamos con buen pie y yo acababa de salir de la cárcel. De hecho, no dejas de recordarme que soy un delincuente.

Por un momento, Bianca estuvo tentada de interrumpirle para decirle que quizás había sido algo injusta con él, pero dejó que siguiese hablando.

—Sin embargo —prosiguió Mario—, creo que en realidad hay algo que hace que desconfíes de los hombres.

—¿Eso crees?

—Tal vez yo no sea psicólogo como tú, pero he aprendido a observar a las personas y mi intuición me dice que no voy desencaminado.

En otra situación, habría zanjado allí mismo la conversación. Nunca había permitido que ningún hombre la conociese tan a fondo como para desvelarle su pasado. Sin embargo, la experiencia que acababa de vivir y el modo en que había visto amenazada su vida hicieron que se sintiese vulnerable. Además, por mucho que hubiese cosas que no le gustaban de Mario, tenía que reconocer que a su lado se sentía a salvo y protegida. Si alguien se merecía una explicación era él.

—Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía dieciocho años, pero no del modo que la gente piensa. —Hizo una breve pausa para tomar aire. Eran recuerdos que todavía le dolían—. Me consta que fueron felices durante casi veinte años, hasta que las cosas empezaron a ir mal un año antes del accidente. Mi padre

perdió una de sus empresas, la más importante, por culpa de un socio que le engañó y su reacción fue darse a la bebida. Al salir de la oficina se iba directo al bar y que volviese luego a casa borracho se convirtió en una costumbre. Como también lo fue que buscase bronca con mi madre por cualquier tontería. Se volvió huraño, resentido y desconfiaba de todo el mundo, incluida ella. En más de una ocasión la acusó de verse con otros hombres, algo que no era cierto. Mi madre intentó ayudarle, pero llegó un momento en que la situación se hizo tan insostenible que lo amenazó con pedirle el divorcio. Su respuesta fue que no iba a permitir que lo abandonase. Eso fue una semana antes del accidente.

En ese momento, un nudo se formó en su garganta, impidiéndole continuar.

—No es necesario que sigas —dijo Mario, consciente de cómo le estaba afectando revivir aquellos recuerdos.

—No pasa nada —respondió ella, tomando aire. En realidad, necesitaba sacarse aquello de dentro, después de tanto tiempo sin hablar con nadie más de ello—. Yo me había quedado a dormir en casa de una amiga, durante las fiestas del pueblo de mi madre, y los dos fueron a buscarme al día siguiente en coche. Conducía mi padre. Dos kilómetros antes de llegar, se salieron de la carretera y cayeron por un barranco. Murieron en el acto. La autopsia reveló que mi padre no tenía una gota de alcohol en el cuerpo.

—¿Crees que se salió de la carretera a propósito?

—Estoy convencida de ello. He estudiado la mente humana y conozco suficientes casos como para saber que mi padre prefirió acabar con la vida de ambos antes que perder a mi madre. ¿Entiendes ahora por qué me dedico a esto?

—Claro que lo entiendo —respondió Mario asintiendo con la cabeza—. El problema que veo es que la mayor parte de la responsabilidad recae sobre ti, por no decir toda, y deberías compartirla con alguien más.

—No hay mucha gente dispuesta a arriesgarse a terminar en la cárcel por ayudarme. ¿Tú lo harías?

Ahora fue él quien necesitó tomar aire antes de responder.

—Mi vida es demasiado complicada como para implicarte en ella.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que mi prioridad ahora es encontrar a mi hermana. Cuando lo consiga, tendré que decidir qué hago con mi vida.

—¿Vas a regresar a España?

—Tendré que hacerlo en algún momento para solucionar los problemas que dejé allí.

—Esos que te llevaron a la cárcel —supuso ella.

—Se podría decir que sí.

—Pero no me los vas a contar.

—Es mejor para ti que no lo haga.

En un primer momento le molestó su reacción. Ella se había abierto, contándole cosas que no le había contado a nadie, y esperaba que Mario la correspondiese de igual modo. No obstante, en su mirada vio que era sincero al decir que lo hacía para protegerla.

Asintió con la cabeza, aceptando su decisión, y luego se puso en pie.

—Necesito dormir unas cuantas horas. No he descansado mucho estos últimos días.

—Aquí estás a salvo, así que duerme tranquila. Estaré en la habitación de al lado por si necesitas algo.

—Gracias.

Bianca entró en la habitación y cerró la puerta. No sabía si podría cerrar los ojos. Eran tantos los pensamientos que la asaltaban en ese momento que temió que se pasaría otra noche en vela. Por suerte, se durmió al poco de posar la cabeza en la almohada.

Su último pensamiento fue para Lorena y deseó que al día siguiente lograsen encontrarla sana y salva.

34

MARIO

Pasaban las doce de la mañana cuando llegaron a la estación de metro de Hampstead, un barrio exclusivo de Londres, donde vivían personas con un alto poder adquisitivo. Al menos eso fue lo que Mario leyó en Internet durante el viaje.

Esa mañana, habían desayunado juntos en el apartamento. Bianca no se había despertado hasta cerca de las nueve de la mañana y lo hizo con mucha mejor cara de la que tenía el día anterior. Estaba claro que necesitaba dormir unas cuantas horas a pierna suelta.

Ninguno de los dos hizo mención a la conversación del día anterior. Planificaron cómo sería el encuentro con el predicador y lo que ella debía decirle para averiguar si estaba implicado en la desaparición de Lorena.

El problema fue que, cuando lo llamó a la hora acordada, las instrucciones que el predicador le dio a Bianca trastocaron sus planes iniciales. Debía viajar en metro hasta la estación de Hampstead y luego caminar en dirección a la iglesia de St John. Al sur de esta se encontraba la calle Frognal Way. Su destino era el número 14, al que debía ir sola. Ese detalle lo remarcó en dos ocasiones.

La única justificación que dio fue que en el barrio donde se encontraba la casa no estaba permitido alquilar una vivienda. Una prohibición impuesta por los propios vecinos, que no deseaban tener extraños viviendo entre ellos y que sospecharían si la veían llegar a su casa acompañada de alguien.

—Si al final la alquilas tendrás que decir que somos familia —le explicó el predicador de manera escueta.

Bianca aceptó, dado que le interesaba reunirse con él, pero a Mario aquello le pareció absurdo.

—No tiene sentido que te ordene ir sola por ese motivo —le había dicho a ella antes de acudir al encuentro.

—Lo sé.

—No tienes que hacerlo si no quieres. Me presentaré en su casa y le preguntaré directamente por mi hermana.

—No te dirá nada de ella. Déjame que hable con él primero a solas y si algo va mal, entras a buscarme.

A Mario no le sedujo demasiado la idea, pero accedió. Los dos iban a estar en contacto a través del teléfono en todo momento, así que podría intervenir si algo iba mal.

No obstante, hubo algo más que le preocupó y fue la ubicación de la casa donde Bianca iba a verse con él. Después de analizarla a través de las imágenes por satélite de Google, vio que esa casa, el 14 de Frognal Way, estaba separada de las demás y tenía un amplio jardín en la parte trasera, con numerosos árboles en su perímetro.

Lo más extraño fue que no existiesen imágenes de Street View en esa calle, lo que impedía hacerse una idea de cómo era la casa y el acceso a ella.

Las instrucciones que Bianca recibió en cuanto al recorrido que debía realizar fueron muy específicas, en cuanto a las calles por las que debía caminar para llegar a su destino, por eso Mario decidió seguirla a una distancia prudencial, por si alguien la estaba vigilando. No le pareció que fuese así, pero prefirió no arriesgarse. Cada vez le gustaba menos aquel asunto.

Al llegar a la iglesia de St John, Bianca siguió por la calle de la izquierda, bordeándola, mientras él optaba por entrar en el recinto y esperar unos minutos. Allí se encontró un amplio jardín arbolado, a

lo largo del cual había un gran número de lápidas. Muchas de ellas tenían aspecto de ser muy antiguas y no le pareció que estuviesen muy cuidadas. Un concepto bastante diferente del respeto a los muertos que se tenía en España.

En cuanto escuchó por el auricular que llevaba en la oreja la voz de Bianca, confirmando que había llegado a la puerta de la casa, se puso en movimiento y siguió el mismo recorrido que había realizado ella un par de minutos antes.

Había llegado el momento de la verdad.

Pronto sabría si el predicador era el responsable de la desaparición de su hermana o si debía seguir buscándola en otra parte.

No supo cuál de las dos posibilidades le aterraba más.

35

BIANCA

A pesar de que estaba atenazada por los nervios, Bianca intentó mantener la compostura.

No sabía lo que se iba a encontrar dentro. Quizás Christian no tenía nada que ver con la desaparición de Lorena o en realidad era el líder de una secta secreta que reclutaba mujeres para montar su propio paraíso en la tierra. No sería el primero, aunque, de ser así, dudaba que su amiga hubiese caído en sus redes. De cualquier modo, pronto lo averiguaría.

La casa en la que la había citado el predicador era bastante antigua, de aspecto victoriano. Tenía dos plantas y estaba flanqueada por un muro de más de tres metros de altura que parecía rodear toda la finca. Era imposible saber lo que había al otro lado, excepto por las copas de algunos árboles que asomaban por encima.

Llamó al timbre situado a un lado de la puerta y esperó. En el bolsillo derecho de la chaqueta llevaba el teléfono, con una llamada activa a Mario. No podía escucharle, pero él sí podía oír todo lo que ella decía, de manera que acudiría en su auxilio si lo necesitaba.

La puerta se abrió y Christian apareció con la mejor de sus sonrisas. Llevaba puesto un chándal azul, demasiado informal y alejado del atuendo que llevaba durante su oratoria en Hyde Park.

—Buenos días, Christian —lo saludó ella.

—Bienvenida, hermana. ¿Has tenido problemas para llegar?

—No, las indicaciones que me diste fueron bastante claras.

—Me alegro —dijo mirando por encima de su hombro, como si quisiera asegurarse de que estaba sola. Luego se hizo a un lado—. Pasa, por favor.

El interior de la casa parecía sacado de una película de terror de la Hammer. El pasillo de entrada estaba adornado con cuadros antiguos y un aparador de madera con un candelabro encima. Al fondo podía verse la escalera de subida al piso superior, forrada con moqueta.

Él la guio al interior de una sala situada a la izquierda, donde se encontró con un amplio salón presidido por una enorme chimenea y saturado de más muebles antiguos, entre ellos un sofá de tres plazas de terciopelo rojo con tachuelas doradas, una estantería llena de libros y un reloj de pared con un péndulo de color dorado. El único ventanal de la estancia estaba tapado por unas cortinas de terciopelo, a juego con el sofá, que apenas dejaban pasar la luz, motivo por el cual la lámpara de araña del techo estaba encendida.

—Una casa muy… acogedora —dijo Bianca, tras dudar qué adjetivo utilizar.

—La heredé de mi abuela cuando falleció —aseguró Christian—. Me gustaría cambiar la decoración, pero tengo otras prioridades en mi vida, como predicar la palabra de nuestro señor Jesucristo.

Al decir eso, se dirigió al sofá y se sentó en un extremo, señalando el otro con la mano.

—Por favor, toma asiento, hermana. Hablemos un poco antes de que te enseñe la casa.

Así lo hizo ella, manteniendo toda la distancia posible con él.

—¿No es una casa muy grande para una sola persona? —preguntó Bianca, mirando a su alrededor.

—La verdad es que sí, pero no te preocupes por eso. Si quieres podemos compartirla.

—¿Cómo que compartirla? —repitió ella, fingiendo sorpresa.

—La casa tiene varias habitaciones, cada una con su baño privado. Tendrías tu propio espacio y por el uso de la cocina no hay

problema. Paso poco tiempo en casa, así que la tendrías a tu entera disposición casi todo el tiempo.

Bianca le miró a los ojos y hubo algo en ellos que no le gustó. No dejaba de recorrerla con la mirada mientras hablaban.

—No sé si es lo que busco —dijo para tantear su reacción.

Obviamente, jamás se le ocurriría meter a vivir allí a ninguna de las mujeres a las que ayudaba y si Lorena había visitado el lugar, seguro que habría opinado igual.

—Ayer me dijiste que estabas interesada en aprender las palabras del evangelio.

—Así es.

—Pues viviendo aquí conmigo podrías hacerlo. Verás, cuando mi abuela estaba enferma, me pedía que le leyese cada noche un pasaje de los Evangelios y luego rezábamos juntos. Era una mujer muy religiosa, con una fuerte disciplina. —A pesar de que sonrió al decirlo, Bianca vio cómo su mirada cambiaba al terminar la frase. No parecía que fuese un recuerdo agradable para él—. ¿Tú tienes familia?

—No, mis padres murieron hace años.

—Los míos también, por eso me crio mi abuela desde que tenía seis años. Todos los domingos iba aquí al lado, a la iglesia de Saint John, aunque ella era una devota de Saint Andrews. Ya sabes, el apóstol que murió crucificado en una cruz con forma de equis. Imagino que lo conoces.

—Sí.

—Fue martirizado por defender su fe.

Bianca no entendía adónde quería ir a parar con aquella conversación, por eso decidió reconducirla hacia lo que realmente le importaba.

—¿Cuántas mujeres más viven aquí contigo?

—Ninguna, ya te lo dije.

—Es que… —Por un momento dudó. Tenía que desvelar el motivo por el que estaba allí y no sabía cómo reaccionaría el predicador.

—¿Qué ocurre? —preguntó él intrigado.

—Verás, Christian. En realidad he venido a verte porque una amiga mía ha desaparecido y la estoy buscando.

—No termino de entender qué tiene eso que ver conmigo —replicó, fingiendo sorpresa.

—Al parecer mi amiga vino a verte porque estaba interesada en alquilar esta casa.

El predicador frunció el ceño.

—¿Estás segura?

—Eso me dijo.

—¿Y cómo se llama tu amiga?

—Lorena.

—No me suena.

Aunque trató de ser convincente, Bianca vio algo en su mirada que le indicó que no estaba siendo sincero.

—Pues me dijo que había quedado contigo para ver la casa, por eso supe que la tenías en alquiler.

Su gesto cambió. Se tensó y la miró con una frialdad que la asustó.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres semanas, más o menos —respondió ella—. Fue la última vez que se supo de ella.

—¿Y crees que le pudo ocurrir algo después de venir aquí?

—Tenía la esperanza de que me dijeses algo que me ayudase a encontrarla. Es enfermera. Me dijo que había hablado contigo y que le habías dicho que tenías una casa en alquiler. Se suponía que esa tarde había quedado para que se la enseñases.

El hombre se rascó la cabeza.

—Sí, ahora la recuerdo. Me dijo que buscaba una casa en alquiler para una amiga. ¿Eras tú?

—Sí.

—¿Y por qué no me dijiste nada de esto ayer?

—Es que me dio corte —respondió Bianca—. Cuando te mencioné la primera vez que buscaba un alquiler me pareció que no te hacía mucha gracia.

—Es que este barrio es bastante exclusivo y los vecinos tienen una normativa muy estricta con respecto a ese tema.

—¿Entonces Lorena vino a verte ese día? —preguntó para no desviarse de la cuestión.

—Me temo que no. Habíamos quedado, pero no apareció.

No supo si mentía o estaba siendo sincero. Si era sincero, la única pista que tenían para saber lo que le había ocurrido se desvanecía. Si mentía…

Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en esa posibilidad. Él se lo debió de notar en la cara, porque se puso en pie y forzó una sonrisa.

—De todas formas, la casa está en alquiler, si te interesa. Voy a prepararte un café y seguimos hablando de ello. Ahora vuelvo.

El predicador cruzó la estancia hasta la puerta situada al fondo, a espaldas del sofá que ocupaba Bianca. En cuanto se quedó sola, sacó el teléfono del bolsillo para asegurarse de que la llamada con Mario seguía activa.

—No estoy segura de si me ha mentido al decir que no vio a Lorena ese día —susurró acercándose el teléfono a los labios—. Quiero intentarlo cuando vuelva de la cocina y si no le saco nada en claro, me largaré.

Guardó de nuevo el teléfono y esperó el regreso de Christian. Saber que Mario estaba cerca de la casa, pendiente de lo que sucedía dentro, le dio algo de tranquilidad, aunque estaba deseando salir de allí cuanto antes. No le gustaba él y no le gustaba aquella casa. Le transmitía muy malas vibraciones.

Estaba tan metida en sus pensamientos que no se dio cuenta de lo que ocurría hasta que fue demasiado tarde.

Una tela le cubrió la boca y la nariz, a la vez que un brazo le rodeaba el cuello con fuerza, impidiéndole levantarse. Trató de forcejear, pero empezó a notar cómo su vista se nublaba al respirar aquello con lo que estaba impregnado el trapo. Por eso trató de apartarlo de su cara para gritar pidiendo ayuda.

No lo consiguió.

La oscuridad no tardó en envolverla y lo último que escuchó antes de perder la consciencia fue una voz lejana:

—Ya eres mía.

36

MARIO

Hacía unos diez minutos que había escuchado a Bianca por última vez, asegurando que intentaría sacarle más información al predicador. Después de eso, un largo silencio de varios minutos, hasta que de pronto se había cortado la llamada.

Mario tuvo claro que pasaba algo y si no era así, tenía que asegurarse. Le había prometido que la protegería, así que salió de detrás del Mercedes todoterreno donde estaba oculto y se dispuso a caminar hacia la casa. Se encontraba a unos cincuenta metros de distancia, una vez sobrepasada la mansión victoriana, desde donde tenía una buena visión de la entrada y de toda la calle.

Apenas había caminado unos metros cuando vio al predicador salir de la mansión y detenerse en la acera para mirar a su alrededor. Mario, en un acto reflejo, sacó su teléfono y se lo llevó a la oreja como si estuviese realizando una llamada, a la vez que se paraba y le daba la espalda. Tras unos segundos, se volvió lo justo para mirarle de reojo. El predicador ya no estaba en la misma posición, sino caminando en dirección al otro extremo de la calle, hacia la iglesia. Iba solo, por lo que Mario marcó el número de teléfono de Bianca para saber dónde estaba.

Su respiración se detuvo cuando el teléfono no dio señal. Lo tenía apagado.

El miedo a que le hubiese pasado algo hizo presa en él. Aun así, esperó hasta que perdió de vista al predicador al fondo de la calle y entonces corrió hasta la entrada de la mansión. Desconocía cuánto tardaría en volver, así que llamó al timbre repetidas veces y, al ver que nadie respondía, intentó forzarla. Era una puerta demasiado robusta como para entrar por la fuerza. Revisó las ventanas de la fachada, pero todas estaban cerradas, cubiertas por unas cortinas que impedían ver lo que sucedía dentro. Acceder a la parte trasera tampoco era una opción, porque el muro que rodeaba la casa estaba pegado a la fachada. Iba a tener que saltarlo de algún modo, aunque para superar los tres metros de altura necesitaría una escalera y por allí no había ninguna.

Tengo que entrar como sea, se dijo a sí mismo, mientras regresaba a la acera. Se fijó entonces en un árbol lo bastante cerca del muro como para encaramarse y cruzar al otro lado, descolgándose por una de sus ramas. No se lo pensó dos veces. Subió por el tronco con agilidad y se deslizó por la rama para alcanzar la parte superior del muro. Una vez lo consiguió, apoyó ambos pies y descendió al otro lado.

Al caer, se encontró con un jardín muy poco cuidado, que cruzó a la carrera para alcanzar la parte trasera de la vivienda. Allí dio con una puerta que, aunque cerrada, le pareció más fácil de abrir, ya que la parte superior estaba compuesta por varios paneles de cristal. Llegado a ese punto, no podía detenerse, así que le dio un golpe con el codo al cristal más cercano a la cerradura, haciendo que cayera al suelo roto en varios trozos, y metió la mano a través del hueco hasta tocar la manilla del otro lado de la puerta. Al girarla, la puerta se abrió con facilidad y entró en la estancia.

Se encontró dentro de una cocina donde la limpieza brillaba por su ausencia. Los platos y los vasos sucios se apilaban en el fregadero, mientras en la mesa se acumulaban varias cajas de pizza con restos de comida. No se entretuvo. Salió de la cocina y accedió a la siguiente estancia: el salón. Al ver que no había rastro de Bianca, decidió llamarla. Primero lo hizo sin elevar mucho la voz, pero al ver que no obtenía respuesta, comenzó a chillar:

—¡Bianca, ¿dónde estás?!

El silencio que acompañó a sus palabras hizo que subiesen sus pulsaciones y que se temiera lo peor. Había sido un estúpido permitiendo que entrase sola en aquella casa. Jamás debería haberlo permitido. Suya sería la culpa si le había ocurrido algo malo.

Prefirió apartar esos pensamientos negativos de su cabeza y comenzó a buscar por el resto de estancias de la casa. Salió del salón y recorrió el pasillo de entrada, al final del cual se encontraba la escalera que llevaba al piso superior. De camino, se asomó a un par de estancias: un baño y una sala de costura, donde no había rastro de Bianca.

No sabía cuánto tardaría el predicador en regresar, así que decidió darse prisa. Se dirigió hacia las escaleras dispuesto a revisar la planta superior. Tenía ya el pie en el primer escalón cuando miró a su derecha y vio una puerta que le había pasado desapercibida, camuflada bajo el papel pintado de la pared. La distinguió gracias al pomo dorado.

Se acercó a abrir y se encontró con unas escaleras que descendían hacia la oscuridad de un sótano. Accionó el interruptor que había en el lado izquierdo de la pared, lo que hizo que se encendiese una luz abajo del todo, iluminando levemente los primeros escalones. Decidió descender con precaución, mientras la temperatura iba bajando a cada paso que daba.

Al llegar abajo se encontró con un sótano que en el lado derecho tenía una pared de piedra pegada a la escalera, mientras que a la izquierda se extendía hasta una distancia que no pudo ver, dado que la luz de la bombilla era insuficiente para alcanzar hasta allí. Tendría una anchura de unos seis metros y en la pared frente a la escalera había varias manchas de humedad, como si el agua se filtrase a través de ella.

Le costaba creer que Bianca pudiese encontrarse allí abajo, pero decidió registrar el lugar antes de regresar al piso superior.

Caminó dejando a la izquierda una larga estantería de metal con varias cajas de cartón, hasta que le pareció escuchar un quejido, demasiado débil para identificar de qué se trataba. Encendió la linterna de su teléfono y siguió avanzando hasta que vio un segundo interruptor en una de las columnas de ladrillo que sostenían el techo

del sótano. Lo pulsó y una nueva bombilla se encendió a pocos metros de él, permitiéndole ver el resto de la estancia.

Su respiración se cortó cuando vio lo que había en la pared situada al fondo del sótano.

En ese momento descubrió el verdadero rostro del monstruo que se ocultaba tras la apacible fachada del predicador.

37

MARIO

Le costó entender lo que estaba viendo. Bianca se encontraba sentada en el suelo, con las piernas ligeramente abiertas y las muñecas sujetas por unas esposas de metal que colgaban de una argolla de acero anclada a la pared, por encima de su cabeza. Eso era lo que la mantenía erguida, aunque su cabeza estaba inclinada hacia adelante, con la barbilla apoyada en el pecho.

Junto a ella, fijada al muro, había una cruz de San Andrés de madera, con abrazaderas en cada uno de los extremos, destinadas a atar a una persona por las muñecas y los tobillos. La típica pieza que no faltaba en cualquier sala de dominación sexual.

El resto de los elementos que adornaban la pared daban a entender que era un escenario preparado para obtener placer con el dolor, al menos el placer de la persona que los utilizaba.

Colgados de distintas perchas, había varios látigos de distintos grosores, algunos de ellos con elementos punzantes en los extremos. También varias fustas de diferentes longitudes y un mango de madera con una cuerda en cuyo extremo había una pequeña bola de pinchos. También había esposas de metal y de cuero y distintos tipos de máscaras para cubrir el rostro.

Por muy macabro que aquello pudiese parecer, lo más perturbador estaba a un par de metros de la cruz: un tronco de

madera de medio metro de altura puesto de pie, sobre cuya base superior estaba clavada un hacha de filo curvo. De inmediato le recordó a la que usaban los verdugos en la Edad Media para ajusticiar a los condenados. No tuvo que esforzarse mucho para adivinar que el líquido reseco que cubría parte de la madera y la hoja era sangre.

Estaba claro que aquello lo había montado alguien que buscaba placer causando dolor a otras personas y que luego probablemente les cortaba la cabeza, así que su primera prioridad fue sacar a Bianca de allí antes de que regresase el predicador. Ya se las entendería con él después.

Se acercó a ella y se arrodilló para levantarle la barbilla. Tenía la boca cubierta por una mordaza con bola y sus ojos permanecían cerrados.

—Bianca, soy Mario. He venido a sacarte de aquí. —Ella emitió un leve quejido cuando le quitó la mordaza, pero no levantó los párpados—. Venga, despierta. Tenemos que irnos.

Estaba claro que le habían suministrado algún tipo de droga que la mantenía en un estado de semiinconsciencia, así que decidió sacarla de allí. El problema era que iba a necesitar una llave para soltarla de las esposas.

Se incorporó para buscarla y al girarse se encontró con una figura en mitad del sótano que le apuntaba con una escopeta de caza de dos cañones. Era el predicador. La primera reacción de Mario fue quedarse quieto y alzar las manos.

—Tranquilo, no estoy armado.

El otro se limitó a decir algo en inglés que fue incapaz de entender.

—No hablo inglés. No… *speak… English* —dijo con torpeza, vocalizando cada palabra con lentitud.

La reacción del predicador fue caminar hacia él unos pasos, sin dejar de apuntarle. De nuevo rugió algo en inglés.

—No te entiendo.

Entonces se detuvo y movió el cañón de la escopeta lo justo para señalarle algo en la pared, a su lado.

—*Handcuffs* —gruñó el predicador, a la vez que alargaba la mano con la que sujetaba el cañón hasta ese momento y señalaba algo en la pared.

Mario no entendió la palabra, pero sí su significado. Quería que se pusiese las esposas que colgaban del muro, de una segunda argolla. Si se las ponía, podía significar su sentencia de muerte y la de Bianca, por eso negó con la cabeza. La reacción del otro fue llevarse el culatín de la escopeta al hombro y apuntar a la mujer.

—¡No, espera! —le gritó—. Lo haré.

Necesitaba ganar tiempo para pensar un modo de salir de aquella situación. Dialogar no era una opción, así que tenía que pensar algo. Y rápido.

En lugar de usar las que colgaban de la argolla, cogió una de las esposas que colgaban de una percha, junto a los látigos y las fustas.

—¡No! —protestó el predicador.

Al mirarle, vio que señalaba de nuevo con el dedo las que colgaban de la argolla. No era lo que quería Mario. Si se anclaba a esas no tendría movilidad y los dos estarían a merced de aquel hombre, que parecía ansioso por acabar con la vida de ambos después de horas de tortura.

Su mirada se posó en el hacha clavada en el tronco, el único arma al alcance de la mano de la que disponía en ese momento para enfrentarse a él. Si la escopeta estaba cargada, y no tenía motivo para pensar que no fuese así, apenas tendría tiempo para tocar el mango. El predicador le pegaría un tiro a bocajarro, que probablemente acabaría con su vida. Pero si no lo estaba o fallaba el tiro, tendría una oportunidad.

Por desgracia, el otro debió de adivinar sus pensamientos, o se impacientó, porque apuntó con la escopeta al tronco y apretó el gatillo. La detonación fue ensordecedora y el impacto brutal, lanzando esquirlas de madera por todas partes. Eso le reveló que usaba cartuchos de posta, en lugar de perdigones.

Cuando el cañón le apuntó de nuevo, Mario supo que no tenía escapatoria. Iba a tener que anclarse a la pared, le gustase o no. Resignado, echó un vistazo a Bianca. Ahora tenía los ojos abiertos, como si el ruido del disparo la hubiese despertado, y le miraba con

los ojos llenos de lágrimas. Lo que vio en ellos fue auténtico terror, el miedo de alguien que sabe el trágico final que le espera. Por ese motivo, trató de sonreír, aunque apenas lo logró. Él la había metido en aquella situación y ahora sería el responsable de su muerte.

Un nuevo grito del hombre captó su atención. Estaba dispuesto a dispararle si no le obedecía y se anclaba a la pared con las esposas.

—De acuerdo —murmuró Mario resignado.

Soltó las esposas que sostenía en la mano, que cayeron al suelo, y se acercó a las que colgaban de la argolla. Rodeó primero la muñeca izquierda, aunque sin apretar mucho la anilla, de forma que pudiese sacar la mano. Acto seguido, hizo lo mismo con la otra, algo de lo que fue consciente el predicador porque le gritó con furia.

Aunque no entendió ni una palabra, Mario supo lo que quería.

—Si quieres que estén apretadas del todo, ven tú mismo a hacerlo, cabrón —masculló entre dientes.

Eso era precisamente lo que quería, que se acercase para sacar las manos de un tirón y atacarle por sorpresa.

El atacante le gritó de nuevo, aunque su grito se mezcló con otro que provino del lado contrario del sótano y que captó la atención de todos. Al pie de la escalera, Mario distinguió a un policía de uniforme que apuntaba al frente con su pistola. Se le veía nervioso y a la vez desconcertado por la situación que se había encontrado. Todo lo contrario que el predicador. Lo que vio en su mirada fue una certeza que le cortó la respiración. No pensaba rendirse.

—¡Cuidado, te va a disparar! —gritó para prevenir al policía de lo que iba a ocurrir—. ¡Es un asesino!

No sirvió de nada. Cuando el predicador se volvió hacia el agente, este, en lugar de reaccionar y apretar el gatillo para defenderse, se limitó a ordenarle algo que no tuvo la respuesta que esperaba. La escopeta rugió de nuevo y el policía cayó de espaldas con los brazos abiertos, después de que la posta le alcanzase de lleno.

Mario no perdió el tiempo. Liberó primero una mano y luego la otra, tirando con todas sus fuerzas, a pesar de que se desgarró la piel. Acto seguido, se abalanzó sobre la espalda del predicador cuando este abría el cañón de la escopeta para introducir dos

nuevos cartuchos. Antes de que pudiese reaccionar, le rodeó el cuello con el antebrazo derecho y apretó con todas sus fuerzas para ahogarle, ayudándose de la otra mano.

La reacción del predicador fue soltar la escopeta y tratar de liberarse de la presa, pero Mario no estaba dispuesto a permitir que lo consiguiese. Apretó con todas sus fuerzas, presionando la vena carótida, mientras notaba cómo la resistencia del otro se debilitaba. Aun así siguió apretando hasta que consiguió dejarlo inconsciente por la falta de sangre en el cerebro. Entonces, dejó caer su cuerpo al suelo y recogió el par de esposas que estaban tiradas en el suelo, para ponérselas con las manos a la espalda.

Justo cuando ya lo tenía esposado, un segundo policía entró en escena y le apuntó con su pistola. Al verle, Mario levantó las manos sobre su cabeza para demostrarle que no estaba armado y se arrodilló. No tenía forma de explicarle lo que había ocurrido y que él no había disparado a su compañero, por eso no se resistió cuando se le acercó por la espalda y le empujó para que se tumbase en el suelo.

Mientras el policía le esposaba, solo pensó que lo importante era que Bianca estaba a salvo.

Por desgracia, si su hermana había terminado en ese sótano, lo más probable era que estuviese muerta.

38

BIANCA

Un fuerte sonido fue lo que la despertó. Al principio le costó centrar la mirada. Era como si una bruma la envolviese, impidiéndole ver cuanto la rodeaba. Intentó moverse, pero tenía los brazos sujetos por encima de la cabeza. Al alzar la vista, vio que las muñecas estaban rodeadas por unas esposas, ancladas a una argolla que había en la pared.

Y entonces comenzó a recordar.

Estaba en el salón de aquella mansión victoriana, esperando a que el predicador regresase con una taza de café, cuando algo le tapó la boca dificultándole respirar y un brazo la sujetó por el cuello con fuerza para que no se defendiese. Apenas tuvo tiempo de luchar antes de perder el conocimiento.

Quien la había atacado era Christian, al que tenía ahora a unos diez pasos de ella con una escopeta en las manos con la que apuntaba a Mario, que posó la mirada en ella. A pesar de la tranquilidad que trató de transmitirle, supo que los dos estaban en una situación de la que iba a ser muy difícil que saliesen airosos y más cuando observó cómo Mario se colocaba en las muñecas las esposas que colgaban de la pared. En ese momento vio claro el final que les esperaba, una certeza tan cruel como cierta: iban a morir en aquel lugar.

Los ojos de Bianca se llenaron de lágrimas. No estaba preparada para morir y menos de aquella manera, a manos de un psicópata que ahora mostraba la verdadera cara del monstruo que llevaba dentro.

Fue entonces cuando una voz en inglés llamó la atención de todos desde el pie de la escalera.

—¡Policía! Baje el arma y dese la vuelta muy despacio.

Por un momento, Bianca creyó que estaban a salvo, que el policía que apuntaba a Christian con su pistola iba a detenerle. Estaba convencida de ello, hasta que vio a este girarse y disparar su escopeta.

Un grito de terror se ahogó en su garganta cuando el agente cayó de espaldas, víctima del impacto. No lograba entender cómo no había disparado primero y acabado con la vida del predicador. De nuevo, el miedo hizo presa en ella, lo que la empujó a gritar pidiendo ayuda, hasta que observó el movimiento de Mario.

No supo cómo lo había hecho, pero de pronto estaba libre de las esposas y se abalanzaba sobre la espalda del psicópata, justo cuando este se disponía a recargar su escopeta. Con una fuerza y una habilidad que la sorprendieron, lo atrapó por el cuello y fue capaz de inmovilizarlo, sin darle opción a defenderse.

Los segundos pasaron con una lentitud que la exasperó, hasta que finalmente Christian cayó al suelo. No supo si muerto o inconsciente, aunque casi deseó que fuese lo primero. De ese modo, no podría hacer daño a nadie más. Mario cogió luego unas esposas del suelo y se las puso al predicador, por lo que supuso que seguía vivo.

Fue en ese momento cuando un segundo policía irrumpió en el lugar, apuntando con su pistola a Mario.

—¡No te muevas o te disparo! —escuchó Bianca la voz nerviosa del recién llegado.

En su mirada vio que estaba decidido a apretar el gatillo. Mario también debió verlo porque puso las manos por encima de su cabeza de inmediato y se arrodilló.

—¡El asesino es el que está en el suelo! —gritó Bianca en inglés —. Él es quien me ha salvado.

El policía no la escuchó. Se acercó a Mario hasta situarse a su espalda, lo empujó con una mano para que se tumbase en el suelo y luego lo esposó con las manos atrás. Después llamó por radio para pedir refuerzos y una ambulancia.

—Henry, ¿estás bien?

El policía que había recibido el disparo se revolvió en el suelo y se llevó las manos al pecho.

—Sí… gracias al chaleco —respondió con dificultad—. Por suerte… no me alcanzó de lleno.

Solo entonces el segundo policía se volvió hacia Bianca.

—¿Qué está pasando aquí?

—Ese hombre que está tumbado ahí, en el suelo —respondió ella señalando con la mirada al predicador—, disparó al otro policía. Es un psicópata. Me drogó y me encadenó en este sótano.

—¿Y este quién es? —dijo el policía sin dejar de apuntar a Mario con su pistola.

—Es amigo mío. Vino a rescatarme, pero el asesino lo sorprendió y lo amenazó con una escopeta. Iba a matarnos a los dos.

El policía recorrió con la mirada la pared en la que estaba esposada Bianca

—¿Qué demonios es este lugar?

Ella ya no fue capaz de responder. Un nudo se le formó en la garganta, consciente de lo que le habría pasado si Mario no hubiese entrado a rescatarla.

Mientras el policía se acercaba para liberarla, sus ojos se llenaron de lágrimas por culpa de toda la tensión acumulada.

Estaba a salvo, aunque en ese momento se preguntó cuántas mujeres más habían terminado en aquel sótano y rezó para que Lorena no hubiese sido una de ellas.

39

MARIO

Había pasado media hora y Mario todavía permanecía sentado en el asiento trasero de uno de los coches patrulla aparcados frente a la casa, con las muñecas esposadas a la espalda. Tras el incidente, varios agentes se habían personado en el lugar. Intentó explicarles que el delincuente era el predicador, no él, pero fue imposible entenderse con ellos. Bianca también habló con ellos, imaginó que para explicarles lo ocurrido. Aun así, dos policías lo sacaron de la casa y lo metieron en el vehículo en el que se encontraba ahora.

Durante el tiempo que permaneció detenido en el coche patrulla, observó cómo el policía que había recibido el disparo era llevado en camilla hasta una ambulancia. Estaba consciente, por lo que supuso que el chaleco antibalas le había protegido del disparo y no estaba herido de gravedad. Quizás alguna costilla rota.

Poco después, al que sacaron esposado y custodiado por varios agentes fue al predicador. Su mirada era de una tranquilidad que helaba la sangre. Incluso llegó a sonreír cuando cruzó la mirada con él antes de que le metiesen en el coche patrulla aparcado unos metros más allá. En su caso, el vehículo sí que abandonó el lugar, lo que llevó a Mario a pensar que a él no tardarían en liberarlo.

Poco después sacaron a Bianca en una camilla. Se alegró de verla sana y salva mientras la metían en una ambulancia. No quiso

ni imaginarse lo que habría sido de ella si no hubiese entrado en la casa para buscarla. Aun así, los dos habían estado a punto de morir a manos de Christian Heaven, un hombre que había construido una imagen de hombre religioso tras la que se ocultaba una mente enferma, capaz de llevar a cabo sus más oscuras fantasías. Al menos eso era lo que suponía después de ver lo que tenía montado en aquel sótano.

Ya empezaba a perder la paciencia por estar encerrado en aquel coche patrulla cuando vio acercarse a un policía de uniforme. Unos pasos por detrás le seguía una persona que identificó de inmediato. Era el inspector Harland. El policía abrió la puerta y le indicó con un gesto de la mano que saliese del vehículo. Así lo hizo, aunque de momento no le quitó las esposas.

—Parece que no deja de meterse en líos —dijo Harland con gesto serio, mientras la ambulancia abandonaba el lugar con las luces de emergencia del techo encendidas—. El problema esta vez es que casi muere un policía.

—No por culpa mía.

—Eso tendré que decidirlo yo.

—¿Acaso no está claro? —preguntó Mario, desconcertado por el comentario—. Ese predicador es un psicópata que tortura a las mujeres en el sótano de su casa.

—Eso no lo sabemos. Lo que sí sabemos —añadió al ver que iba a replicarle— es que un vecino vio a alguien saltar por encima del muro que rodea la casa y avisó a la policía.

—Era yo.

—¿Y por qué motivo lo hizo?

—¿Acaso no ha hablado con Bianca?

—Sí, pero quiero conocer su versión.

Mario midió bien sus siguientes palabras. Las versiones de los dos tenían que coincidir o el inspector pensaría que le mentían. Supuso que Bianca le habría contado todo con pelos y señales, así que procuró ser lo más claro y conciso posible.

—Estuvimos hablando con James, el amigo de mi hermana que trabaja en ese restaurante que hay en St Katharine Docks.

—¿Y qué les contó?

—Que Lorena había quedado con el predicador para ver esta casa el día de su desaparición. James no sabía dónde vivía, pero nos dijo que podíamos encontrarlo en Hyde Park, así que fuimos a verlo y Bianca fingió estar interesada en alquilarla. Eso fue ayer y la citó aquí esta mañana.

—No lo entiendo. ¿No hablaron ayer con él?

—Lo hizo Bianca. Yo me mantuve al margen.

—¿Y qué le dijo sobre su hermana?

—No le preguntó por ella.

—¿Por qué no?

—Pensó que sería más fácil sacarle esa información aquí, a solas, y no en el parque rodeado de gente.

—En otras palabras, que decidieron jugar a los detectives y averiguar si su hermana estaba aquí secuestrada.

Mario se encogió de hombros. No supo muy bien cómo responder, por eso se limitó a decir:

—Más o menos.

—¿Por qué no se pusieron en contacto conmigo?

—Sinceramente, la última vez que hablamos no mostró mucho interés por encontrar a Lorena. —El inspector apretó los dientes, señal de que no le había gustado el comentario.

—¿Y a usted le pareció bien que su amiga entrase sola en la casa?

—Creía que de ese modo el predicador le diría la verdad sobre mi hermana. Además, estábamos conectados por teléfono en todo momento, por si necesitaba ayuda.

—Como así fue. Aunque, en lugar de avisarnos, prefirió ir de héroe —le recriminó Harland.

—En ese momento mi prioridad era averiguar si Bianca se encontraba bien. Cuando vi al predicador salir de casa y alejarse, decidí entrar a buscarla. La encontré en el sótano, inconsciente, esposada a la pared y rodeada de todo tipo de objetos de tortura. Antes de que pudiese soltarla, ese perturbado apareció con una escopeta y me amenazó con dispararme si no me esposaba también a la pared. Incluso realizó un disparo de advertencia. —Mario se esforzó por relatar la secuencia de los hechos tal y como había

sucedido, sin obviar nada. Era importante que su testimonio coincidiese con el de ella y los agentes de la ley—. Entonces apareció un policía, al que no dudó en disparar. Aproveché que necesitaba recargar la escopeta para atacarle por la espalda y reducirle. Luego le puse las esposas y cuando apareció el segundo policía me limité a levantar los brazos y dejar que me detuviese.

Harland asintió con la cabeza, como si la explicación le encajase, aunque, pasados unos segundos, alzó la ceja derecha.

—Parece usted un hombre de recursos. ¿Dónde aprendió a defenderse así?

—¿Acaso importa?

—Importa para encajar cada pieza en su lugar.

—Lo que a mí me importa es saber quién es en realidad ese predicador, a qué se dedicaba en ese sótano y, sobre todo, si mi hermana desapareció después de estar con él en esta casa.

—Es demasiado pronto para responder todas esas preguntas.

—¿Me está diciendo que, una vez más, no va a compartir ninguna información conmigo?

—Sería mejor que lo hablásemos en comisaría.

—Antes me gustaría ver a Bianca para comprobar que está bien.

—Lo está, no se preocupe. La han llevado al hospital para realizarle un reconocimiento y unos análisis. Creemos que le suministró algún tipo de droga por vía nasal para dejarla inconsciente. Seguramente usó cloroformo, porque hemos encontrado una botella en un armario de la cocina, pero hay que asegurarse.

—¿El policía al que disparó Christian está bien?

—Tuvo suerte. Llevaba el chaleco puesto y la posta le rozó el costado. Si le llega a dar de lleno en el pecho lo más seguro es que hubiese muerto.

—Me alegro de que no fuese así.

Ese comentario agradó a Harland, que relajó la tensión de su rostro y ordenó por fin al policía que le acompañaba que le quitase las esposas.

—Ha sido una suerte que nadie saliese herido de gravedad.

—Por lo que vi en ese sótano, no creo que Bianca fuese la primera mujer a la que ese psicópata encadenaba ahí abajo —aseguró Mario frotándose las muñecas, una vez liberadas—. Incluso tenía un hacha medieval ensangrentada.

—La he visto y encaja con lo que hemos encontrado en el jardín.

—¿Qué quiere decir?

—Hay un hoyo excavado en la tierra, del tamaño de una tumba. Es posible que tuviese pensado enterrarla ahí, después de asesinarla.

Mario sintió cómo se le helaba la sangre.

—Eso quiere decir que podría haber más cuerpos enterrados ahí.

—Por eso vamos a revisar cada pulgada del terreno. También registraremos el resto de la casa y tomaremos huellas. Si hizo daño a más mujeres, lo averiguaremos.

La posibilidad de que Lorena fuera una de ellas hizo que Mario palideciese. Harland fue consciente de ello porque añadió:

—No pierda la esperanza. Tal vez su hermana nunca estuvo aquí.

Se agarró a esa posibilidad como un clavo ardiendo. Era la única esperanza que le quedaba, porque si Lorena había estado en aquella casa, dudaba mucho que hubiese podido salir con vida.

—Espero por su bien que nunca haya estado aquí—murmuró.

—Le llevaremos a la comisaría para tomarle declaración y luego podrá irse a descansar.

Mario no dijo nada más. Se subió de nuevo al coche patrulla y, mientras arrancaban, echó un último vistazo a la mansión victoriana.

Jamás podría borrar de su mente aquel lugar.

40

BIANCA

Estaba empezando a oscurecer cuando por fin permitieron a Bianca que abandonase el hospital. Hasta ese momento le habían realizado una revisión, además de un análisis de sangre que reveló que no le habían inyectado ningún otro fármaco ni droga. Solo el cloroformo que había respirado a través del trapo que Christian le había puesto en la cara al atacarla.

Todavía sentía un escalofrío al pensar en lo ocurrido y lo cerca que había estado de perder la vida de la forma más horrible que podía imaginar: a manos de un perturbado que parecía disfrutar produciendo dolor a las mujeres. Un monstruo que tenía en el sótano diversos elementos de tortura diseñados para causar dolor en la víctima y alimentar el placer de quien los manejaba.

No sabía con certeza con cuántas los había usado anteriormente, pero tuvo claro que eso era lo que pensaba hacer con ella. De otro modo no la habría dejado inconsciente y esposada a la pared.

Lo vio todavía más claro al mirarle una última vez a los ojos, mientras la policía se lo llevaba esposado. Era un psicópata dominado por una fantasía que probablemente le había llevado a asesinar a más de una mujer. Solo esperaba que la policía británica encontrase suficientes pruebas para encerrarle lo que le quedaba de vida.

—Su amigo la está esperando en la sede de Scotland Yard —dijo la agente que la había acompañado en todo momento en el hospital —. Iremos hasta allí ahora.

—¿Está detenido?

—Eso no puedo decírselo.

Esperaba que no fuese así. Mario le había salvado la vida, enfrentándose a Christian y reduciéndolo. Sin duda, era un hombre de recursos y de no ser por él lo más probable es que hubiese sufrido la más terrible de las torturas.

Mientras recorría las calles de Londres, sentada en el asiento trasero de un coche patrulla, Bianca se reprochó a sí misma no haberse dado cuenta antes de que el predicador era en realidad un psicópata de manual. ¿Cómo había estado tan ciega?

Quizás su deseo de averiguar el paradero de Lorena había nublado su juicio, impidiéndole ver lo evidente. Christian había hablado de su abuela, una mujer muy religiosa y con una fuerte disciplina, según sus propias palabras. Si un rasgo definía a muchos asesinos en serie era que durante su infancia habían recibido una educación muy férrea, acompañada de abusos físicos o mentales en la gran mayoría de los casos. Eso hacía que fantaseasen con hacer daño a los demás, como un modo de liberar la rabia que sentían dentro.

Pero había otro detalle más perturbador, uno que debería haber hecho saltar todas las alarmas en su cabeza mientras hablaba con él y que ahora veía con claridad. Christian había mencionado que su abuela era devota de San Andrés, el apóstol martirizado. Eso, en la mente de un psicópata perturbado, se había convertido en una fantasía extrema, por eso tenía en el sótano una cruz de San Andrés de madera. Ahora estaba segura de que la utilizaba para castigar y martirizar en ella a las mujeres que caían en sus redes.

¿Cuántas lo habían hecho?

Solo esperaba que Lorena no fuese una de ellas, porque lo más probable era que estuviese muerta.

Una vez llegaron al edificio de Scotland Yard, la agente la guio hasta una sala de descanso de la primera planta. Allí se encontró con Mario, sentado en una silla, junto a la ventana. Se apreciaba en

su cara que estaba bastante preocupado, aunque dibujó una débil sonrisa al verla.

—Me alegra comprobar que estás bien —dijo poniéndose en pie.

—Gracias por salvarme —le replicó ella, acercándose.

—No tendría que haberlo hecho si no hubieses entrado sola en esa casa. Es culpa mía, nunca debí permitirlo.

—Fue mi decisión.

—Aun así, no fue una decisión acertada —la contradijo él—. Nunca me habría perdonado si te hubiese pasado algo.

El modo que tuvo de decirlo hizo que ella sintiese un hormigueo en el estómago.

—Tampoco sabíamos lo que nos íbamos a encontrar dentro.

Mario se pasó la mano por la cabeza y resopló.

—Ese hombre es un depravado.

—Lo sé. ¿Sabes ya lo que ha encontrado la policía en su casa? —Fue un modo sutil de preguntarle si había aparecido el cadáver de su hermana.

—No. Me trajeron aquí para tomarme declaración por escrito y llevo desde entonces esperando. Voy a volverme loco aquí dentro.

—Tal vez deberíamos preguntarle a alguien.

—Ya lo intenté, pero nadie habla español.

—Probaré yo.

Se giró para dirigirse a la puerta, cuando vio al inspector Harland entrar en la sala. Llevaba una *tablet* en una mano y un café en la otra.

—Me alegra ver que están los dos aquí. ¿Qué tal se encuentra? —preguntó mirándola

—Bien. El médico dijo que estaba todo correcto.

—¿Han registrado ya la casa y el jardín? —intervino Mario, denotando ansiedad en su voz—. ¿Se sabe algo de mi hermana?

—Por eso he venido.

—¿Está muerta?

El silencio cortó el aire y los pocos segundos que tardó en responder se hicieron eternos.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Por eso he venido a hablar con usted. Bueno, con los dos —rectificó—. Aunque es mejor que lo hagamos en mi despacho, para que nadie nos interrumpa. Síganme, por favor.

Salieron de la sala y recorrieron un largo pasillo hasta entrar en su despacho. Harland tomó asiento tras su mesa y ellos dos lo hicieron frente a él, en las dos sillas que había.

—Antes de nada, tengo que decirles que todavía hay gente trabajando en la propiedad de Christian Heaven y la cosa va para largo. Van a ser días de duro trabajo, sobre todo para el personal forense y de análisis científico. Lo que estamos encontrando en ese lugar tiene unas dimensiones mayores de las que habíamos pensado en un principio.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Mario, al que se le veía bastante nervioso.

—Creemos que ese hombre es el autor de las desapariciones de mujeres que se han producido a lo largo de los últimos meses en Londres. Al menos es lo que nos indican las pruebas que hemos encontrado hasta el momento.

Eso encajó en lo que Bianca había deducido de él.

—Las torturaba en el sótano de su casa, ¿verdad?

—Es probable. El hecho de que hayamos encontrado restos de sangre en diversos objetos, como los látigos, apunta en esa dirección. Aunque, como digo, nos quedan por delante muchas horas de investigación y recogida de pruebas.

—Es lo mismo que iba a hacerme a mí.

—Lo que no entiendo es cómo se le ocurrió visitarle sola en su casa.

—Fue culpa mía —dijo Mario—. Estaba tan obsesionado por encontrar a mi hermana que no pensé en las consecuencias.

—Pues esas consecuencias pudieron ser muy graves.

—Yo también tuve mi parte de culpa —le defendió Bianca—. Nadie me puso una pistola en el pecho para que lo hiciese. Pensé que podría conseguir que me dijese si había estado con Lorena el día de su desaparición.

—Y a punto estuvo de terminar como las otras mujeres, más de las que creíamos.

—¿Qué quiere decir? —intervino Mario.

—Como ya he dicho, tenemos por delante una larga investigación, pero ya hemos podido constatar dos hechos que nos revelan el tipo de monstruo al que nos enfrentamos. Uno es que guardaba objetos de todas sus víctimas como trofeos, lo que esperamos que nos ayude a identificarlas. El otro es que creemos que enterraba los cuerpos en el jardín trasero de su casa.

—¿Y cuántas víctimas hay? —preguntó Bianca.

—Al menos ocho.

—¿Ocho? —murmuró ella desconcertada, sintiendo cómo se le paraba el corazón. Aquello era mucho más grave de lo que había supuesto.

—¿Lorena… es una de ellas? —preguntó Mario con la cara desencajada.

El policía carraspeó antes de negar con la cabeza.

—Lo cierto es que seguimos sin saber dónde está su hermana.

41

MARIO

En un primer momento, la afirmación del inspector le dejó desconcertado.

—¿Cómo que no saben dónde está? —replicó Mario—. ¿Quiere decir que no saben si está viva o no?

—De momento, no tenemos constancia de que haya estado en esa casa. Como he dicho, Christian Heaven guardaba objetos de sus víctimas —explicó el inspector Harland con voz pausada—. En una estantería del sótano encontramos varias cajas de cartón con objetos de las víctimas: relojes, anillos, pulseras, cadenas, colgantes y, sobre todo, las carteras con su documentación. Un total de ocho, entre las que no se encuentra su hermana.

Aunque eso fuese una buena noticia, Mario no quiso hacerse ilusiones. Que no estuviese su documentación no quería decir que no fuese una de las víctimas.

—Quizás no llevase la cartera encima.

—Por eso quiero mostrarles algo —dijo Harland toqueteando la pantalla de la *tablet* y entregándosela a continuación—. Estas son las fotos de todos los objetos personales que guardó de las víctimas. Necesito que las vea para que me diga si reconoce alguno de ellos como perteneciente a su hermana.

No iba a ser una labor fácil. Llevaba doce años sin ver a su hermana. De vez en cuando le mandaba alguna foto adjunta en el correo, pero iba a ser difícil que identificase cualquiera de los objetos como suyo. Aun así, comenzó a pasar las imágenes, mientras Bianca se pegaba a él para verlas a la vez.

Había de todo: ropa, calzado, joyas, relojes, bolsos. Objetos que eran el testimonio de unas vidas que se habían perdido injustamente, arrebatadas para satisfacer las oscuras fantasías de una mente enferma.

—Son los trofeos que todo psicópata guarda para rememorar las muertes y revivir lo que sintió en esos momentos —dijo Harland.

Durante años, Mario se había codeado con delincuentes y hombres violentos, pero jamás había sentido la verdadera maldad como la percibía en ese momento, viendo aquellas imágenes. Los hombres a los que había conocido eran capaces de asesinar por dinero o por poder, pero nunca por placer. No de ese modo.

—No reconozco ningún objeto que pueda pertenecer a mi hermana —dijo al llegar a la última foto.

—Yo tampoco —dijo Bianca—. Lo siento.

Harland cogió la *tablet* y asintió con la cabeza.

—Es lo que esperaba. Como digo, encontramos la documentación de cada una de las víctimas, pero ninguna con el nombre de su hermana.

—¿Saben ya cuántos cuerpos hay enterrados en el jardín? —preguntó Mario—. Quizás no guardó ni su documentación ni sus cosas.

No deseaba que Lorena fuese una de las víctimas del predicador, pero tampoco quería crearse falsas esperanzas de que estuviese viva. Necesitaba confirmarlo antes de seguir buscándola.

—Hemos usado primero un dron para tener una visión amplia y cenital del jardín, detectando las zonas donde había diferencias apreciables de vegetación —explicó el inspector—. Luego, con ayuda de los perros y un georradar, balizamos los enterramientos. De momento, ese número coincide con el de las mujeres desaparecidas.

—Hay algo que no comprendo —intervino Bianca—. Si no lo entendí mal cuando hablamos la primera vez con usted, nos dijo que

había cuatro mujeres desaparecidas, una de las cuales es Lorena y otra es la que apareció muerta en el muelle de St Katharine Docks.

—En ese momento hablábamos de las que habían desaparecido este año y de las que teníamos conocimiento. Lo que sabemos hasta el momento es que los documentos encontrados pertenecen a mujeres que desaparecieron de la ciudad en los últimos cuatro años.

—¡Madre mía! —exclamó ella, desconcertada—. ¿Lleva cuatro años asesinando?

—Eso parece, aunque lo confirmaremos cuando desenterremos los cuerpos y los identifiquemos.

Mario sintió que la rabia le invadía.

—¿Cómo puede ser que lleve cuatro años secuestrando y asesinando mujeres y que la policía ni se haya enterado?

Harland, en contra de lo esperado, no le rebatió. En esta ocasión, asintió con la cabeza y bajó la mirada.

—Tiene usted razón. El problema es que, como le dije, desaparecen mujeres todos los años. La mayoría son desapariciones voluntarias y conseguimos localizarlas al cabo de un tiempo, a veces fuera del país. En este caso, hemos encontrado la documentación de dos hermanas que se suponía que iban a realizar juntas un viaje alrededor del mundo. Otra se iba a trabajar a la India y una cuarta le había dicho a su familia que estaría en un retiro espiritual. De todas formas, sabemos cuántas tumbas hay en esa finca, pero no cuántos cuerpos hay enterrados en cada una.

—O si pudo enterrar más cuerpos en otros lugares —añadió Mario. La cruda realidad era que solo existía un modo de saber si su hermana seguía con vida—. Tienen que lograr que ese cabrón lo confiese todo.

—No será fácil. Lo primero que hizo al ser detenido fue acusarles a los dos de intentar robarle, asegurando que lo único que hizo fue defenderse.

—¡Eso es absurdo! ¿Qué hay de la sala de tortura que tenía montada en ese sótano?

—Dice que solo son adornos y que nunca los utilizó para hacer daño a nadie.

—Claro, por eso nos ató a los dos.

—¡Ese hijo de puta me atacó y me dejó inconsciente! —exclamó Bianca, casi fuera de sí—. ¡Y luego me encadenó en el sótano!

—Lo sé, solo digo lo que el detenido ha declarado, para que comprendan que no va a ser fácil obtener una confesión —dijo el inspector alzando la mano en el aire para pedir calma—. Lo que ha hecho está claro y lo demostraremos. De momento hemos encontrado las pertenencias de las víctimas, los enterramientos y restos de sangre en varios de los objetos que hay en el sótano, como látigos, esposas y el hacha medieval. Además, antes de que los sorprendiese y los amenazase con la escopeta, había arrojado su teléfono a un pozo que hay junto a la iglesia de Saint John. Un testigo lo vio.

—Por eso salió de la casa —reflexionó Mario en voz alta—, para deshacerse de él.

—No es el único que hemos encontrado en el fondo del pozo. Había más teléfonos allí, que nuestros técnicos ya están analizando para recuperar la información. Lo que no sabemos todavía es cómo realizaba los secuestros. Creemos que se servía de su imagen pública como hombre religioso y predicador para atraer a las mujeres. Algunos de los secuestros son de oportunidad y otros, como el suyo, planeados —añadió mirando a Bianca.

—Espero que se pudra en la cárcel —escupió ella con rabia.

—Una vez realizadas las autopsias de los cuerpos y comprobado el ADN, será muy difícil, por no decir imposible, que salga impune. —Al ver que Mario se disponía a rebatirle, añadió—: Cuando tengamos todas las pruebas contra él, podremos hacerle confesar, pero de momento lo veo difícil. Su actitud ha sido negarlo todo y pedir un abogado. Uno de los más caros del país, por cierto.

Mario pensó que solo necesitaba que le dejasen quince minutos a solas con él en una sala privada y se encargaría de que vomitase toda la verdad, pero tenía claro que no se lo iban a permitir. El paradero de su hermana quedaba en manos de la policía y podían pasar muchos días o incluso semanas hasta saber si era una de las víctimas de aquel depravado.

—De todas formas, hemos averiguado varias cosas sobre Christian Heaven —prosiguió el inspector—. Como que ese no es su

verdadero nombre, solo el que usa como predicador en redes sociales. Su verdadero nombre es Peter Palmer. Sus padres murieron cuando él tenía seis años y la casa la heredó de su abuela, con la que vivió desde entonces hasta su muerte hace cuatro años, unos meses antes de que desapareciese la primera mujer cuya documentación hemos encontrado.

—Eso debió de ser lo que le empujó a asesinar —comentó Bianca —. Estuvo fantaseando con ello durante años y no fue hasta que murió su abuela y tuvo la casa para él solo que decidió hacer realidad esas macabras fantasías.

—Así es. Además, cuenta con una buena posición económica desde la muerte de su abuela. Heredó una gran cantidad de dinero, lo que le ha permitido no tener que trabajar desde entonces. Por lo que hemos averiguado hasta el momento, dedica la mayor parte de su tiempo a subir vídeos y contenidos para los miles de seguidores que tiene en redes sociales y a predicar a diario en Hyde Park. Eso lo va a convertir en una persona muy atractiva para la prensa y dificultará que podamos sacarle una confesión. Lo más probable es que su abogado alegue una enfermedad mental para que lo ingresen en un psiquiátrico.

Eso a Mario le daba igual. Lo único que quería saber era si su hermana formaba parte de la lista de víctimas de ese psicópata y, en caso afirmativo, poder enterrar su cuerpo. No había nada más desesperanzador que rezar ante una tumba vacía.

—Deberían irse a descansar —dijo Harland, como si leyese sus pensamientos—. Han sido unas horas de mucha tensión.

Bianca fue la primera en ponerse en pie.

—La verdad es que sí. —Acto seguido, posó la mano sobre el hombro de Mario—. ¿Nos vamos?

Él la miró y asintió con la cabeza.

—¿Me llamará con cualquier novedad? —preguntó mientras se ponía en pie.

—Por supuesto —respondió el inspector—. Tenga por seguro que trabajaremos sin descanso hasta sacar todo a la luz. No repararemos en medios ni personal.

Esta vez, le creyó.

—Gracias.

Abandonaron el despacho y se dirigieron a la salida. Mario lo hizo cabizbajo, con la sensación de que le esperaban días muy duros.

—No pierdas la esperanza. Quizás Lorena nunca se reunió con él —dijo Bianca.

Él la miró y aseguró con amargura:

—No sé cuál de las dos opciones me asusta más: que terminara en ese sótano con ese depravado o que no consiga nunca saber qué fue de ella.

42

BIANCA

Lo primero que hizo al incorporarse de golpe en la cama fue mirar a su alrededor con respiración agitada. Tardó unos segundos en darse cuenta de dónde se encontraba y que todo había sido una pesadilla. Su frente y su espalda estaban empapadas de sudor. Incluso notaba el gusto de la sal en los labios.

Recordaba perfectamente el terrible sueño y que había gritado antes de salir de él. Lo que no sabía con certeza era si ese grito había sido real. Salió de dudas cuando la luz del pasillo se encendió, bañando su habitación, y Mario se asomó a la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

—Te he escuchado gritar.

Bianca trató de recuperar el ritmo normal de su respiración.

—Solo ha sido un sueño.

—¿Seguro que estás bien? —insistió.

En realidad, no lo estaba. Imaginó que su cara era el reflejo de cómo se sentía en ese momento y por eso se lo preguntaba.

—Sí, no te preocupes.

—Estaré en la cocina si me necesitas.

Mario la había convencido para que se quedara con él en el apartamento de su hermana, al igual que la noche anterior. Su

argumento para conseguirlo había sido que era una tontería que gastase dinero en un hotel, teniendo una habitación libre. Además, tras el incidente con Carlos, no debía andar sola por la ciudad. Bianca accedió, aunque en realidad lo hizo por otro motivo. Mario estaba abatido después de abandonar la comisaría y le pareció que lo mejor era no dejarle solo. Ella sabía lo que suponía perder a un ser querido y lo importante que era tener compañía en esos momentos. Aunque todavía desconociesen el paradero de Lorena, sentía que debía estar a su lado.

En cuanto se quedó sola, decidió salir de la cama y entrar en el baño para refrescarse la cara. No le gustó la imagen que vio en el reflejo del espejo: una mujer asustada y temerosa. Muy diferente a como era antes de ser secuestrada por el predicador. Eso hizo que la angustia se apoderase de nuevo de ella.

Decidió regresar a la habitación para ponerse un pantalón y luego se dirigió al salón. Encontró a Mario sentado en el sofá, con una taza en la mano y mirando al frente con la vista perdida.

—Siento haberte despertado —dijo ella desde la puerta.

—No estaba dormido. —Estaba claro que la preocupación se lo impedía—. No dejo de pensar en Lorena y en qué pudo ocurrirle el día de su desaparición. Me aterra que hubiese ido a esa casa, pero todavía más que no lo hiciese, porque significaría que puede estar retenida en cualquier lugar, sin que yo sea capaz de encontrarla.

—No te martirices por ello. Deberías dar algo de tiempo a la policía para que confirme si estuvo en la casa del predicador.

—No puedo. Pueden pasar semanas o incluso meses hasta que lo hagan y no me veo capaz de soportar esa incertidumbre.

—Estoy aquí para ayudarte en lo que necesites. —No fue algo dicho para quedar bien. Realmente quería hacerlo. Sentía que tenía una deuda pendiente con él después de que la hubiese salvado de las garras de aquel psicópata.

—¿No deberías regresar a España?

—Soy mi propia jefa y puedo decidir cuándo hacerlo. Además, todavía tengo que asegurarme de que Rosa está a salvo.

—Dudo mucho que su marido la encuentre en Colchester.

—Yo también lo pienso, pero antes de acostarme la llamé y tenía el teléfono apagado.

—Estaría durmiendo.

—Puede ser, pero no me quedaré tranquila hasta que hable con ella mañana.

—Deberías descansar hasta entonces. Se ve que lo necesitas.

Bianca resopló de forma inconsciente.

—La verdad es que me da miedo cerrar los ojos —murmuró—. Cuando lo hago me veo atrapada en ese sótano.

—Ese hombre ya no puede hacerte daño.

—Lo sé, pero cada vez que pienso en lo que podía haberme hecho…

—No hagas eso, no lo pienses. Sé que es difícil olvidar algo así. Todos tenemos fantasmas que nos persiguen, incluso en sueños, y debemos aprender a convivir con ellos.

Bianca intuyó que tras esas palabras se escondía algo.

—¿Tú también los tienes?

—Demasiados.

—¿Alguna vez le has hecho daño a alguien?

Lo dijo sin pensar, quizás porque una parte de ella necesitaba saber quién era en realidad la persona que tenía delante. Un hombre que no solo la había ayudado a poner a salvo a Rosa, sino que había arriesgado su vida en dos ocasiones para salvarla. No le encajaba que un delincuente se comportase de ese modo.

—Yo no soy como ese psicópata.

—Perdón —dijo de inmediato, al darse cuenta de que no le había sentado muy bien la pregunta—. No lo digo por eso. Lo que quiero decir es que… Yo… —Tomó aire para tranquilizarse—. Lo pregunto por cómo fuiste capaz de reducirle tú solo.

Mario la miró a los ojos, como si estuviese a punto de confesarle algo. Luego, una sombra de duda cubrió su rostro y, finalmente, desvió la mirada.

—A veces la realidad no es como uno supone.

—¿Qué quieres decir?

—Que todos guardamos secretos que es mejor que nadie conozca.

—¿No confías en mí?

—Es mejor que no sepas nada de mí o de mi pasado —respondió con una sonrisa amarga.

—¿Mejor para quién?

—Para los dos. Deberíamos irnos a descansar —dijo Mario poniéndose en pie.

Bianca asintió con la cabeza, decidida a respetar su deseo, y se dirigió a la habitación, aunque al llegar a la puerta se volvió hacia él.

—De todas formas, quiero que sepas que te agradezco mucho que me salvaras la vida. Es algo que no pienso olvidar.

Mario asintió a su vez con la cabeza y ella regresó a la cama.

Antes de cerrar los ojos, pensó en Lorena y deseó con todas sus fuerzas que su cuerpo no apareciese enterrado en el jardín de aquella casa de los horrores.

43

MARIO

Fue incapaz de pegar ojo en toda la noche. No dejó de dar vueltas en su cabeza al paradero de su hermana y a la posibilidad de que nunca se hubiese reunido con el predicador en su mansión. En realidad, tampoco sabía si algo de aquello era cierto, solo lo que le había contado James, el supuesto novio de su hermana. ¿Y si se lo había dicho para despistarle y alejar las sospechas de él? Quizás era James quien la había secuestrado y la mantenía retenida en algún lugar.

De ser así, solo había una forma de saberlo y era visitándole de nuevo para presionarle, aunque no podía hacerlo solo. Necesitaba a Bianca para que le acompañase y le tradujese la conversación que pensaba mantener con él. Por eso, en cuanto la luz del nuevo día entró a través de las ventanas, se asomó a la puerta de su habitación. La encontró durmiendo, así que decidió dejarla descansar un rato más. Se veía que lo necesitaba.

Mario optó por salir a la calle a dar un paseo y de ese modo desconectar su mente de todos aquellos pensamientos que la inundaban. Caminó por las calles de Chelmsford sin un rumbo fijo, mientras el viento que soplaba le acariciaba el rostro. Eso le recordó a los paseos con su hermana por la costa de Luarca, poco antes de

que tuviese que separarse de ella. Si no lo hubiese hecho, ahora no estaría desaparecida.

Al llegar al canal que atravesaba la ciudad, decidió continuar paralelo a él, hasta que llegó a un parque. A pesar de que era temprano, se encontró con bastante gente paseando y haciendo deporte. En cierto sentido, los envidió. Disfrutaban de una paz que él no sabía si llegaría a conocer algún día.

Caminaba junto a un estanque lleno de patos cuando el teléfono que llevaba en el bolsillo vibró. Al sacarlo vio que era un número que no conocía.

—Soy el inspector Harland —se presentó la voz que escuchó al responder.

Mario contuvo la respiración. Había llegado el momento de recibir la noticia que tanto temía.

—¿Han encontrado el cuerpo de mi hermana? —preguntó, temeroso de escuchar la respuesta.

—Me temo que no. Creemos que su cuerpo no está enterrado en el jardín.

Esa respuesta le alivió, al menos durante un par de segundos, los que tardó en darse cuenta de lo importante que era confirmarlo.

—¿Está seguro?

—Nuestra gente ha trabajado durante toda la noche para desenterrar los cuerpos. Hemos traído varios equipos de forenses de otras partes del país y el número de cadáveres encontrados coincide con las documentaciones: ocho —aseguró el inspector—. Obviamente, todavía hay que realizar los análisis de ADN y las pertinentes autopsias.

—¿Cuánto tiempo les llevará eso?

—Unos cuantos días. Es un proceso lento y el estado de algunos de los cuerpos no es el más adecuado. Tenga en cuenta que las desapariciones empezaron hace cuatro años. Quizás tardemos varias semanas.

—No puedo esperar tanto tiempo de brazos cruzados a que me confirmen si uno de los cuerpos es el de Lorena.

—Hay algo más. —La voz de Harland adquirió un tono más profundo todavía—. El ordenador personal del detenido contenía

material abundante sobre sus actividades. Vídeos en los que aparece cometiendo todo tipo de torturas y vejaciones a sus víctimas. Sinceramente, no he tenido estómago para ver más de un minuto, pero nuestros analistas están tratando de identificar a las mujeres que aparecen en ellos. Es probable que esta tarde le pueda decir algo más.

Mario era consciente de que el predicador podía haber asesinado a su hermana y enterrado su cuerpo en otro lugar, por eso no quiso hacerse ilusiones de que estuviese con vida. Lo único bueno de lo sucedido el día anterior era que la policía se estaba tomando el asunto bastante en serio.

—Gracias por llamarme y mantenerme al tanto de la investigación —dijo Mario.

—Le llamaré en cuanto haya alguna novedad. Lo importante es que no debe perder la esperanza de que su hermana no haya sido una de las víctimas de ese psicópata.

De ser así, aquella pesadilla estaba lejos de terminar, porque significaba que otra persona era quien había secuestrado a su hermana.

El inspector se despidió y Mario decidió regresar al apartamento. De momento tendría que esperar a que la policía analizase los vídeos y le confirmase si Lorena aparecía en ellos.

Al entrar, se encontró a Bianca en mitad del salón, poniéndose la chaqueta, como si tuviese intención de salir.

—Buenos días —la saludó.

—Buenos días. Iba a llamarte ahora.

—Estabas durmiendo y no quise despertarte. He salido a dar un paseo para despejar la cabeza.

—¿Y lo has conseguido?

—La verdad es que no. El inspector Harland acaba de llamarme. Dice que la policía no cree que el cuerpo de Lorena esté enterrado en el jardín trasero de la casa. Han encontrado ocho cuerpos, que podrían coincidir con las documentaciones encontradas. De todas formas, faltan las autopsias y los análisis de ADN para confirmarlo.

—Esa es una buena noticia, ¿no?

—Quizás. No lo sé —dudó. Su cabeza era un hervidero de emociones enfrentadas—. También han encontrado unos vídeos y los están revisando para saber si Lorena aparece en alguno de ellos.

—¿Qué tipo de vídeos?

—De las atrocidades que cometía ese cabrón. Parece ser que se grababa mientras… —Fue incapaz de continuar.

—¡Dios mío! —exclamó ella horrorizada—. Está claro que ese tío es un monstruo. Espero que se pudra en la cárcel.

—La cuestión es que no puedo pedirte que te quedes más tiempo aquí conmigo. Creo que es hora de que vuelvas a Madrid. Allí tienes tu trabajo y tu vida, y pueden pasar días, semanas o incluso meses hasta que se sepa algo de Lorena, sobre todo si se confirma que no fue víctima de ese psicópata.

—De verdad que no me importa quedarme unos días más.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Me las apañaré.

—Aun así, todavía no puedo irme. He vuelto a llamar a Rosa y sigue con el teléfono apagado, así que voy a ir a Colchester para comprobar que se encuentra bien.

—¿Por qué no llamas a la mujer que le alquiló la casa?

—Lo he hecho. He llamado a Emily y le pedí que comprobase si Rosa estaba en casa. Al ver que no le abría, decidió entrar con su llave y no la encontró dentro.

—Puede que saliese a pasear o a comprar.

—Es lo que me ha dicho Emily, pero prefiero comprobarlo por mí misma.

—¿No te fías de ella?

—No me fío de que Carlos no haya sido capaz de encontrarla. Y tampoco me voy a quedar aquí con los brazos cruzados.

—En ese caso, te acompaño.

—No es necesario. Deberías quedarte aquí hasta que te llame el inspector, por si te pide que regreses a Londres.

—Si me llama, lo más seguro es que ya no importe el tiempo que tarde en llegar. Además, no puedo quedarme en este apartamento solo. Si lo hago me volveré loco. Voy a darme una ducha y te acompaño.

—De acuerdo.

A pesar de la preocupación de Bianca, no creía que a Rosa le hubiese pasado nada malo, y menos que la hubiese encontrado su marido. De cualquier modo, viajar hasta Colchester le vendría bien para despejar la mente y aclarar sus ideas.

Tenía que pensar sus siguientes pasos en caso de que se confirmase que Lorena no era una de las víctimas del predicador.

44

BIANCA

Durante el viaje en tren hasta Colchester apenas hablaron. Mario parecía metido en sus pensamientos y Bianca decidió respetarlo. Además, ella también tenía la cabeza en otra parte. Le preocupaba no haber contactado todavía con Rosa. Hasta en tres ocasiones la había llamado de camino y el teléfono continuaba apagado.

La sola idea de que su marido hubiese dado con ella la estaba martirizando a cada minuto que pasaba. Se sentía responsable de su seguridad y no quería ni pensar en lo que podía hacerle si la localizaba. Ella misma acababa de sufrir en sus propias carnes lo que era estar indefensa en manos de un psicópata. No podía permitir que eso mismo le pasase a Rosa.

Por ese motivo, en cuanto llegaron a su destino, salió de la estación con paso apresurado para coger un taxi. Mario no dijo nada hasta que estuvieron dentro.

—No te preocupes. Seguro que está bien y solo ha tenido un problema con el teléfono.

—Eso espero.

Cinco minutos después el vehículo se detuvo delante del restaurante. Bianca pagó al taxista y se dirigió a la puerta situada en el muro que rodeaba la finca. Al ver que no abría, se volvió hacia Mario.

—Está cerrada con llave.

—Emily nos dijo que por el restaurante también se podía entrar.

Se dirigieron juntos al local, en cuyo interior apenas había clientes a esa hora, solo un hombre en la barra con una cerveza en la mano y dos ancianas tomando un café en una mesa, junto a la ventana. Emily, la dueña, se encontraba tras la barra secando unos vasos.

—Buenos días —les saludó sin ocultar una expresión de sorpresa —. No os esperaba.

—Venimos a ver a nuestra amiga. ¿La has visto desde que hablamos?

—Pues no. Fui a su casa como me pediste y no estaba, así que volví aquí. De momento, no la he visto.

—¿Y ayer la viste?

—Tampoco, aunque estuve bastante liada. A mediodía vino una excursión de treinta personas a comer y los miércoles por la tarde tenemos bingo y esto se pone a tope. ¿Ocurre algo? Pareces preocupada.

—Es que la he llamado varias veces de camino y sigue con el teléfono apagado. No es normal que no esté localizable.

—Quizás haya salido temprano a comprar comida, porque no ha venido a comer ningún día.

—En ese caso, debería haberla comprado ayer —dedujo Mario.

—Es cierto —reconoció Emily—. De todas formas, podemos acercarnos otra vez a comprobar si ha vuelto.

—Sí, por favor —dijo Bianca.

—Vamos.

Rodearon la barra y entraron por una puerta que daba a la cocina. Al final de esta se encontraron con otra que les condujo a un pequeño patio trasero rodeado por un muro de dos metros de altura, donde había aparcada una furgoneta negra, camperizada. A la derecha se encontraba la puerta por la que accedieron a la finca donde se encontraba la casa.

—No me he movido del bar, así que es posible que haya salido por la otra puerta y yo no la haya visto —dijo Emily.

De camino pasaron junto a la caseta anexa a la vivienda, lo que hizo que Bianca cayese en la cuenta de algo.

—¿Y tu hijo no la habrá visto? —preguntó—. Suele trabajar aquí, ¿verdad?

—Sí, pero ahora mismo no está. Hoy se levantó temprano para ver a un amigo que vive en el otro extremo de la ciudad. Imagino que no tardará en volver, pero puedo llamarlo por teléfono, si quieres preguntarle.

—Veamos primero si está en casa.

Llegaron a la puerta de la vivienda, que encontraron cerrada, así que Bianca la golpeó con los nudillos varias veces.

—Hola, Alice. ¿Estás en casa?

—No parece que haya nadie dentro —dijo Mario, asomado a la ventana que daba al salón.

Bianca llamó un par de veces más y, al ver que no obtenía respuesta, miró a Emily, que sacó un llavero del bolsillo.

—Os abriré.

Introdujo una de ellas en la cerradura y abrió la puerta.

—Alice, ¿estás en casa? —preguntó Bianca alzando la voz.

Al ver que no obtenía respuesta, decidió subir las escaleras que llevaban a la primera planta. Allí se encontró con que la cama de su habitación estaba hecha y que Rosa no se encontraba por ninguna parte. Cuando bajó a la planta inferior, Mario la recibió negando con la cabeza.

—Aquí abajo no está.

—Arriba tampoco. Es muy extraño.

—Es una chica joven —intervino Emily—. Tal vez salió de noche, conoció a alguien y ha dormido fuera.

Bianca dudaba mucho que fuese así. Conocía lo bastante a Rosa como para saber que no había salido de casa en busca de un hombre. Y menos sabiendo que su marido la estaba buscando. Si había salido era por otro motivo y le costaba creer que nadie la hubiese visto.

—¿Podrías llamar a tu hijo y preguntarle si la vio salir en algún momento?

—Claro. Voy a por el teléfono, que lo he dejado en la cocina.

Antes de que saliese, Mario preguntó:

—¿Ha venido alguien buscándola o preguntando por ella? Algún amigo, quizás.

—No, al menos mientras yo estaba en el bar. Mi hijo suele echarme una mano cuando hay mucha gente, pero no recuerdo si ayer lo hizo.

—Pregúntale a ver qué te dice.

En cuanto la mujer salió de la casa, Bianca registró la planta de abajo en busca de algo que le pudiese indicar dónde podía estar Rosa. Era imposible que hubiese desaparecido sin dejar rastro.

—No parece que haya signos de lucha —comentó Mario—, así que no creo que su marido diese con ella. Parece más bien una desaparición voluntaria.

—Rosa jamás se largaría sin avisarme.

—Tal vez le entró el pánico y decidió buscar otro lugar donde esconderse.

—No —respondió tajante—. Me lo habría dicho.

Continuó registrando la planta baja, hasta que algo le llamó la atención en la cocina: una taza llena hasta arriba de café con leche y un plato con un sándwich de jamón y queso sin tocar.

—Parece que no le dio tiempo a tomárselo —murmuró.

En ese momento, Emily entró de nuevo en la casa.

—Acabo de hablar con mi hijo y dice que no sabe nada de ella desde ayer por la tarde.

—¿Entonces la vio? —preguntó Bianca.

—Estaba en su taller trabajando cuando la vio salir de casa y se asomó para hablar con ella. Dice que le comentó que se iba a dar una vuelta por la ciudad y ya no la volvió a ver. No sabe si regresó o no, porque al rato terminó lo que estaba haciendo y se acostó.

—Deberíamos hablar con él —propuso Mario.

—Le he dicho que vuelva en cuanto pueda. Si no os importa esperar…

—Le esperaremos aquí dentro, si te parece bien —dijo Bianca.

—Claro, no hay problema. Estaré en el restaurante preparando las comidas de hoy, por si me necesitáis para algo.

—Gracias. —Esperó hasta que se quedaron a solas y entonces compartió sus temores con Mario—. ¿Y si fue a dar una vuelta por la ciudad y se encontró con Carlos?

—Es imposible que él supiese que estaba aquí. De lo contrario, no la habría estado buscando por Chelmsford hace dos días.

—No sé —murmuró confusa, sacudiendo la cabeza. No le encajaba que Rosa hubiese desaparecido sin decirle nada—. Todo esto es muy extraño.

Bianca notó cómo la angustia la atrapaba.

Cada vez estaba más convencida de que algo grave le había sucedido a Rosa.

45

MARIO

Pasaron varios minutos registrando la casa sin éxito. A excepción del sándwich y la taza de café, nada parecía indicar que Rosa hubiese salido de la casa de forma precipitada.

—Tal vez deberíamos dar una vuelta por la ciudad —propuso Bianca.

Para Mario no tenía mucho sentido hacer eso, pero no quiso echar por tierra sus esperanzas de dar con ella. En realidad, no había motivos para pensar que le hubiese pasado algo malo. A no ser que…

—Déjame que antes compruebe algo.

Salió de la casa y se dirigió a la caseta anexa a ella. Solo tenía una puerta, sin ventanas, y la fachada tenía unos ocho metros de largo. Se acercó a la entrada y, al ver que la manilla giraba, empujó la puerta y entró en el interior. La luz era escasa, así que buscó un interruptor junto al marco de la puerta y, en cuanto dio con él, lo apretó. Un fluorescente se encendió en el techo e iluminó el interior.

El espacio no era demasiado amplio. En la pared de la derecha había una estantería que ocupaba todo el ancho y que estaba llena de carpetas. En el lado izquierdo de la estancia vio una mesa de madera con varias pantallas, ordenadores y dispositivos electrónicos sobre ella, la mayoría desmontados y con los circuitos al aire.

También una lupa de aumento y una lámpara. En la pared había un tablero con varias herramientas, principalmente destornilladores y alicates de distintos tamaños.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bianca entrando detrás de él.

—Según Emily, su hijo le comentó que había visto salir a Rosa y que se había asomado para hablar con ella.

—Sí.

—Esta caseta no tiene ventanas y el día que estuvimos aquí de visita estaba trabajando con la puerta cerrada. ¿Cómo supo que Rosa salía de la casa?

—Tal vez la escuchó o en ese momento sí que tenía la puerta abierta.

—No sé —murmuró Mario.

Algo no le había gustado de la actitud del hijo la anterior vez que habían estado allí, por eso decidió echar un vistazo al taller. Aquel lugar no parecía el más adecuado para trabajar. No tenía equipo de ventilación ni ventanas. Eso fue lo primero que le hizo sospechar: que no hubiese ninguna ventana, a pesar de que había espacio suficiente a ambos lados de la puerta. Lo segundo fue algo que al principio le hizo dudar, hasta que salió al exterior para observar de nuevo la caseta. Al entrar de nuevo confirmó que el espacio interior a la derecha de la puerta era más corto que a la izquierda, al menos tres metros. Sin embargo, fue Bianca la que terminó de confirmar sus sospechas cuando se acercó a la estantería y recogió algo del suelo que le había pasado desapercibido.

—No puede ser —murmuró, desconcertada, acercándose a él para mostrárselo.

—¿Qué ocurre?

Ella le enseñó el colgante plateado con una pequeña pieza circular en el centro que sostenía en su mano.

—Es el árbol de la vida. Se lo regalo a todas las mujeres a las que ayudo, como un símbolo de la nueva vida que comienzan. A Rosa también le regalé uno.

—¿Estás segura de que es el mismo?

Bianca caminó hasta la mesa y encendió la lámpara que había sobre ella para iluminar mejor el objeto, mientras Mario seguía sus

pasos.

—Bastante segura.

En ese momento, una voz poderosa cortó el aire.

—¿Qué coño hacéis aquí dentro? —preguntó en perfecto español.

El hombre, de unos treinta años, les miraba desde la puerta con expresión de rabia. Medía alrededor del metro noventa y tenía aspecto de pesar más de ciento veinte kilos. Un auténtico mastodonte, a ojos de Mario.

—La puerta estaba abierta y entramos a echar un vistazo —respondió, suponiendo que se trataba del hijo de Emily.

—Este es mi lugar de trabajo. No podéis entrar sin mi permiso.

Su voz sonaba poderosa y su aspecto intimidaba bastante.

—Explícame qué hace esto aquí —exigió entonces Bianca, alzando el colgante.

—¿Qué es eso?

—El colgante que mi amiga llevaba siempre consigo. ¿Por qué está tirado aquí, en el suelo?

—No tengo ni idea.

—¿Qué le has hecho?

Esa pregunta hizo que el hombre entrase y cerrase la puerta a su espalda.

—Dame eso ahora mismo —dijo alargando la mano.

Su expresión se había vuelto mucho más amenazadora.

—¿Le has hecho algo?

—He dicho que me lo des.

Mario no lo dudó ni un instante. Se situó delante de Bianca, para protegerla con su cuerpo, y se preparó para el enfrentamiento. No contaba con que el hijo de la dueña metiese la mano en el bolsillo derecho de la cazadora que llevaba puesta y que la sacase empuñando un punzón de unos diez centímetros de largo.

—O me das ese colgante o te lo quito yo.

Todo sucedió muy rápido. El atacante avanzó, lo que hizo que Mario apartase a Bianca con la mano hacia un lado para tener algo más de espacio para luchar. Un movimiento que le dejó desprotegido y que impidió que reaccionase a tiempo cuando el otro se abalanzó sobre él.

Vio venir el punzón directo a su estómago, pero apenas fue capaz de desviar su trayectoria con el antebrazo. Una exclamación de dolor escapó de su garganta al sentir cómo se introducía cerca del costado hasta el mango, mientras sentía el aliento del atacante a pocos centímetros de su cara. Eso, al menos, le permitió rodearle el cuello con su brazo derecho, mientras que agarraba con la mano izquierda la mano con la que empuñaba el punzón.

El hombre era bastante más corpulento, por lo que la única posibilidad que tenía Mario de vencerle consistía en desequilibrarle. Con su pierna derecha barrió la pierna derecha del atacante a la altura de la rodilla, a la vez que giraba la cadera y tiraba de su cuerpo hacia él. No le importó el intenso dolor que le recorrió el costado. Su intención era derribarlo y, gracias a que el otro no se esperaba ese movimiento, logró su objetivo. El atacante se desequilibró, lo que le permitió voltearlo con cierta facilidad, aprovechando también su corpulencia. Antes de que el otro pudiese reaccionar, lo levantó del suelo y lo lanzó contra la mesa de trabajo.

Primero se escuchó un golpe seco cuando su cabeza golpeó contra el borde y luego un estruendo al caer al suelo una de las pantallas y varios de los dispositivos electrónicos que había sobre la mesa. Mario tiró del brazo de Bianca y retrocedió con ella hacia la puerta, decidido a prepararse para un segundo ataque.

Al bajar la mirada al costado vio que el punzón seguía ahí clavado, así que lo sacó. Al momento la sangre brotó de la herida y comenzó a correr, manchando el suelo. No le importó. Estaba con la adrenalina a tope y lo único que pensó fue en defenderse en cuanto el atacante se pusiese en pie. Al menos ahora tenía algo con lo que hacerlo. Apretó el mango del punzón en su mano derecha, un arma que no era la primera vez que tenía que utilizar. Ya lo había hecho en la cárcel.

Solo esperaba que esta vez las cosas terminasen de un modo distinto.

Los segundos pasaron sin que el hijo de la dueña se levantase del suelo. Bianca le dijo algo, pero no llegó a escucharlo. Estaba tan concentrado que toda su atención estaba puesta en prevenir una reacción por parte del atacante. Al ver que no se movía, se acercó

con precaución y fue entonces cuando se dio cuenta de la terrible verdad y de lo que ella le había dicho entre lágrimas.

El hombre tenía los ojos abiertos, pero ya no había rastro de vida en ellos.

Estaba muerto.

46

BIANCA

El miedo dejó paso a la confusión. No entendía lo que había ocurrido. Aquel hombre les había atacado sin previo aviso y de un modo que no tenía ninguna lógica. Sí, estaban dentro de su taller, pero eso no era motivo para intentar apuñalarles.

Por suerte, Mario se había interpuesto y la había protegido con su cuerpo, una vez más. De no haberlo hecho, lo más seguro es que ella habría terminado tendida en el suelo sin vida. Por ese motivo, no sintió lástima por el atacante, ni se sintió horrorizada porque estuviese muerto. Su única preocupación en ese momento era Mario, sobre todo cuando se dejó caer, clavando una rodilla en el suelo, a la vez que se agarraba el costado con ambas manos.

—¿Estás bien?

—¡Estoy jodido! —exclamó él. Sin embargo, su expresión no era de dolor. Era de preocupación—. He matado a un hombre.

—Lo has hecho en defensa propia —dijo Bianca agachándose a su lado.

—No lo entiendes —murmuró, incapaz de apartar los ojos del cadáver—. Soy un extranjero que ha matado a un ciudadano británico. Me van a encerrar en la cárcel el resto de mi vida.

—Fue un accidente. Él te apuñaló y tú te defendiste. No querías matarle.

—Eso no le importará a nadie cuando se celebre el juicio. Solo espero poder cumplir la condena aquí, en el Reino Unido, porque me matarán en cuanto pise una cárcel española.

—¿Por qué dices eso?

—Porque…

No llegó a pronunciar la frase. Apretó los dientes y se dejó caer al suelo de costado. Al hacerlo, Bianca vio que tenía la ropa empapada de sangre.

—Tengo que llamar a una ambulancia. Te estás desangrando.

—No.

—Necesitas ayuda urgente.

—Harland… —murmuró con dificultad—. Coge mi teléfono y llámale. Su número está en el registro de llamadas de esta mañana.

Bianca buscó el teléfono en su bolsillo y lo desbloqueó acercándoselo a la cara. Luego abrió el listado de llamadas recientes y pulsó sobre el primer número de la lista. Escuchó el tono hasta en diez ocasiones sin que respondiese.

—No me lo coge.

Pensó en llamar una segunda vez, pero antes tenía que parar la hemorragia de su costado. Miró a su alrededor y vio que sobre la estantería situada al otro extremo del taller había una pequeña toalla blanca, con algunas manchas de aceite. Mejor eso que nada, así que la cogió y la dobló para ponérsela en el costado.

—Agárrala y presiona.

Mario emitió un quejido y luego resopló.

—No lo entiendo.

—¿El qué? —preguntó ella.

—¿Por qué nos ha atacado? —Necesitó tomar aire varias veces antes de continuar—. Lo único que hiciste fue enseñarle el colgante. ¿Estás segura de que es de Rosa?

—Muy segura.

—Entonces eso solo puede significar una cosa.

—¿Crees que le ha hecho algo?

—Eso explicaría por qué quería recuperarlo.

—Ya, pero no tiene mucha lógica que intentase matarnos para conseguirlo.

—A no ser que sea otro psicópata, igual que ese predicador. —Apretó los dientes antes de añadir—: ¿Qué pasa, es que vamos a encontrarnos con todos los chalados de este puto país?

—Quizás se sintió acorralado y su reacción fue la de defenderse. Tiene sentido —reflexionó en voz alta Bianca—. Así es como reaccionan los psicópatas cuando una situación se escapa de su control. Actúan sin pensar en las consecuencias. Nosotros suponíamos un peligro y tenía que eliminarnos.

—Si el colgante de Rosa estaba tirado en el suelo es porque la atacó en este lugar, junto a la estantería. Debió de forcejear con ella y se le cayó al suelo.

—Sin embargo, no hemos visto sangre en el suelo. Quizás lo hizo en otra parte.

—¿Pero dónde? ¿Y qué ha hecho con el cuerpo?

Bianca notó cómo la angustia hacía presa en ella, de tal modo que le costó pronunciar la siguiente frase.

—¿Crees que Rosa… está muerta?

—No lo sé. —Mario se incorporó para sentarse en el suelo.

—No deberías levantarte.

—Ayúdame, por favor —dijo estirando el brazo hacia ella, que no dudó en ayudarle a ponerse en pie—. Quizás no hay sangre porque sigue viva y la tiene encerrada en algún lugar. Por eso…

—¿Qué piensas? —preguntó Bianca al ver que no terminaba la frase.

Mario señaló la estantería que estaba en el extremo opuesto de la sala.

—Ese lado de la caseta es más corto que el otro.

—¿Y eso te parece raro?

—Pues sí —respondió caminando hacia allí.

Ella siguió sus pasos hasta la estantería, que ocupaba todo el ancho de la caseta y que estaba llena de carpetas tamaño folio que impedían ver lo que había detrás. Lo primero que hizo fue sacar varias de ellas para tocar la pared del fondo. La golpeó con los nudillos, como si quisiese averiguar si estaba hueca. Luego agarró la estructura por un extremo y trató de tirar hacia él, pero la estantería no se movió.

—Espera, te ayudo —se ofreció Bianca.

Entre los dos tiraron de nuevo, aunque la estantería no se movió ni un solo centímetro.

—Probemos desde el otro lado —propuso Mario.

El resultado fue el mismo. La estantería parecía estar fijada a la pared.

Bianca intuyó lo que estaba pensando.

—¿Crees que la pared que hay detrás es falsa?

—Es lo que quiero averiguar, pero parece que no hay forma de mover esta estantería. Debe de estar bien anclada a la pared.

Bianca dio un paso atrás y observó las carpetas. ¿Para qué necesitaba tantas? Sacó una de ellas y se dio cuenta de que estaba vacía, no había papeles dentro. Hizo lo mismo con la de al lado y de nuevo el mismo resultado. Una a una fue sacando las del mismo estante y tirándolas al suelo. Todas vacías. Probó con el siguiente, con el mismo resultado.

—Ninguna tiene hojas dentro. Qué raro.

Al quitar la última de ellas, fijó la vista en la pared del fondo. Parecía que había una ranura en ella, así que extrajo varias carpetas del estante superior.

—Creo que veo una puerta detrás. —Dio un paso lateral a la derecha y retiró más carpetas, lo que le permitió confirmar sus sospechas—. Sí, hay una puerta.

—Tiene que haber alguna forma de acceder a ella. Busquemos algún tipo de resorte.

Así lo hicieron. Comenzaron a sacar las carpetas, hasta que Bianca vio que una de ellas, situada en el extremo derecho de un estante intermedio, no se movía. Tiró de la parte superior con un poco más de fuerza y entonces se escuchó un clic. Acto seguido, ese lado de la estantería se deslizó unos pocos centímetros hacia adelante. Tiró entonces de la estructura y esta vez sí que comenzó a desplazarse hacia ella, mientras el otro extremo se quedaba fijo. Eso le permitió ver con mayor claridad la puerta que había detrás, bloqueada a media altura con un cerrojo de pasador, así que siguió tirando hasta mover la estantería lo suficiente para acceder.

—Yo lo haré —dijo Mario.

Bianca se hizo a un lado para dejarle paso. Primero deslizó el pasador del cerrojo y luego tiró de la puerta hacia él, lo que les permitió ver lo que había al otro lado.

Ambos se miraron con una mezcla de sorpresa y nerviosismo al descubrirlo.

¿Qué era realmente ese lugar?

47

MARIO

Al abrir la puerta, lo que se encontró fue un espacio de unos dos metros de ancho y el inicio de una escalera de piedra, que descendía paralela a la pared hacia las profundidades del terreno sobre el que se asentaba la caseta.

Mario tocó el vano interior de la puerta hasta acariciar lo que parecía ser un interruptor. Al apretarlo, una luz se encendió a mitad de escalera, lo que le permitió ver que descendía en recto unos cinco metros. Abajo se veía el principio de un pasadizo.

—Hay que llamar al inspector Harland —propuso Bianca—. No sabemos lo que nos podemos encontrar si bajamos.

—Si ese cabrón le ha hecho algo a Rosa, tiene que estar ahí abajo. Tengo que ir a comprobarlo.

—De eso nada, no estás en condiciones. Necesitas una ambulancia y que te lleven a un hospital.

—Estoy bien, la herida no es grave.

—No deberías moverte. Podrías tener afectado algún órgano interno, así que nos sentaremos a esperar a la policía.

—No podemos esperar. Rosa puede estar herida.

En ese momento comenzó a sonar el teléfono de Mario, que todavía sostenía ella en la mano. Al mirar la pantalla, suspiró aliviada.

—Creo que es el inspector Harland. —De inmediato se llevó el teléfono a la oreja—. Dígame… ¿Hola? ¿Sí? No le escucho bien.

—Prueba a salir fuera —sugirió Mario—. Con tanto aparato como hay en este taller seguro que falla la cobertura.

Dudaba que fuese por eso, pero le dio la oportunidad de quedarse solo. En cuanto Bianca salió de la caseta, comenzó a descender por la escalera de piedra sin mirar atrás. Ella estaba en lo cierto, lo más razonable era quedarse quieto hasta que llegase la ayuda médica. El costado le dolía mucho y seguía perdiendo sangre porque cada vez notaba más empapada la toalla con la que taponaba la herida. Incluso sentía cómo las fuerzas empezaban a fallarle. Sin embargo, no podía quedarse quieto sin averiguar si Rosa estaba al final de aquellas escaleras.

Al llegar al último escalón se encontró con un túnel de hormigón de un par de metros de ancho y unos veinte de longitud, que terminaba en un nuevo tramo de escaleras que descendían.

Continuó con paso lento y lo que se encontró al llegar abajo fue una galería más amplia, con una serie de puertas en el lado izquierdo. Había al menos diez. La primera impresión que tuvo fue que se trataba de un refugio antiaéreo, probablemente de la Segunda Guerra Mundial. Lo confirmó al llegar a la primera puerta de acero y deslizar el enorme cerrojo. Al abrirla se encontró con una habitación de unos veinte metros cuadrados, en la que había varias estanterías llenas de latas, botes y diversas cajas con comida. También botellas de agua, un botiquín, linternas y más cosas que no se entretuvo en identificar. Parecía que el lugar estaba preparado para sobrevivir mucho tiempo en él.

Se dirigió a la siguiente puerta, en cuyo interior encontró otro almacén con útiles de limpieza, papel higiénico, toallas y más cajas.

Fue al abrir la tercera puerta cuando sus esquemas se rompieron. Dentro de esa sala había varios percheros con ropa. La mayoría eran disfraces. Estaban los típicos de enfermera, monja, camarera, colegiala, aunque todos con una particularidad: eran disfraces eróticos. De otro perchero colgaban ropas más fetichistas, unas hechas con látex y otras con cuero. También había ligueros, corsés, medias de diversos colores, ropa interior, camisetas

transparentes y *bodys*. Alineados junto a la pared de la izquierda había al menos veinte pares de zapatos de mujer de distintos tipos y colores.

—¿Qué demonios es todo esto? —murmuró.

No había estado nunca en el set de rodaje de una película porno, pero aquello parecía el vestuario de una.

Al salir de la sala, se fijó en que la siguiente puerta, también de acero, tenía una trampilla a media altura, como la que usan en las cárceles para entregar la comida a los presos que están aislados. A diferencia de las anteriores, esta tenía dos cerrojos a distintas alturas, que la mantenían cerrada. Al abrirla se encontró con una habitación que no tenía nada que ver con las anteriores. Frente a la puerta de entrada había una bañera redonda, un lavabo y un urinario. Un poco más allá, a mitad de estancia, había una mesa de madera, sobre la que reposaba una bandeja con restos de comida, y una silla. Y al fondo, pegada a la pared más alejada de la entrada, una cama de gran tamaño y cabecero de forja.

Dos cosas llamaron poderosamente la atención de Mario. La primera fue que a lo largo del techo y las paredes hubiese repartidas al menos una docena de cámaras de vigilancia. La segunda, y más importante, fue que parecía haber alguien dentro de la cama. Una persona que permanecía tumbada, cubierta por completo con una sábana blanca de raso.

—Hola, ¿me oyes? —preguntó mientras se acercaba con precaución—. ¿Estás bien?

Nadie respondió así que, al llegar a su altura, comenzó a retirar la sábana de raso muy despacio. Era una mujer en posición fetal que le daba la espalda y que se cubría la cara con una mano. Conforme deslizó la sábana, comprobó que estaba desnuda, lo que hizo que se detuviese al llegar a su cintura.

—¿Te encuentras bien? —insistió.

Al no obtener respuesta, bordeó la cama para sentarse a su lado. No fue hasta que le retiró la mano que descubrió de quién se trataba.

—¡Rosa! —exclamó en una mezcla de desconcierto y alivio. Al ver que ella no reaccionaba, le puso la mano en la frente—. Rosa, soy

Mario, el hermano de Lorena. ¿Me recuerdas?

Ella movió los párpados y abrió los ojos.

—¿Quién?

Parecía estar en un estado de trance.

—Mario. He venido con Bianca a sacarte de aquí.

—Bianca… —murmuró ella, como si escuchar ese nombre la ayudase a recordar—. Creo que me ha drogado… con la comida.

—No te preocupes, voy a sacarte de aquí.

Rosa se incorporó con lentitud para sentarse en la cama. Se veía que le costaba centrar la mirada, tanto que ni siquiera fue consciente de que estaba desnuda. No podía sacarla de allí así.

—No te muevas, voy a buscar algo de ropa para ponerte.

Mario miró por la habitación y, al no encontrar nada, regresó al almacén de al lado, donde le buscó algo que pudiese ponerse. Lo único decente que encontró fue una bata de seda blanca. Mejor eso que nada. Al volver a la habitación se encontró con que Rosa estaba de pie fuera de la cama, envuelta con la sábana para tapar su desnudez.

—¿Dónde está mi ropa? —preguntó ella.

—No lo sé. He encontrado esto —respondió entregándole la bata.

Ella la cogió, le dio la espalda y se la puso, dejando caer la sábana al suelo.

—¿Dónde estoy?

—En una especie de refugio subterráneo. ¿Recuerdas cómo terminaste aquí?

—No. Todo es… muy confuso —murmuró frotándose las sienes—. Estoy mareada.

—No pasa nada, ya lo recordarás. Agárrate a mí. Lo importante ahora es sacarte de este lugar.

A pesar del dolor de su costado, la sujetó por la cintura para ayudarla a caminar. Al hacerlo, un sudor frío le recorrió todo el cuerpo. Estaba al límite de sus fuerzas. La toalla con la que taponaba la herida de su costado estaba completamente roja, así que la dejó caer al suelo. Lo importante ahora era no detenerse. Tenía que sacarla de aquel lugar.

Caminó despacio para asegurarse de que ella no perdía el equilibrio. Salieron de la habitación y continuaron hacia la salida, hasta que Rosa se detuvo al llegar al pie de las escaleras.

—¿Dónde está él?

—¿Quién?

—El hombre que me encerró aquí. Ahora lo recuerdo. El hijo de la dueña.

—¿Él fue quien te metió aquí?

—Sí. Fue a verme a casa para arreglar la televisión y de pronto me atacó. Creo que me inyectó algo. Hay que avisar a la policía —añadió con expresión de terror—. Es un hombre muy peligroso.

—No te preocupes por él, está muerto.

—¿Cómo que está muerto?

—Luego te lo explicaré. Ahora tengo que sacarte de aquí.

Apenas habían subido un par de escalones, cuando Rosa se detuvo de nuevo.

—No podemos irnos.

—¿Por qué?

—Ella también está aquí. Hay que salvarla.

—¿A quién?

Mario no logró escuchar la respuesta. De pronto, las fuerzas le fallaron y se desplomó en el suelo, mientras la oscuridad lo envolvía.

48

BIANCA

La llamada del inspector Harland fue un alivio para ella. Necesitaban ayuda urgente, aunque no sabía muy bien cómo explicar lo ocurrido y si hacer mención a que una persona estaba muerta.

—Soy Bianca. Tiene que ayudarnos —dijo una vez salió de la caseta, al jardín exterior.

—¿Qué ocurre? —escuchó preguntar al policía con algo más de claridad.

—Verá… Tenemos un problema muy grave aquí. Un hombre nos ha atacado y Mario está herido.

—¿Qué hombre?

—Es que… —Se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos y dar una explicación que no los hiciese parecer culpables, y sin desvelar la verdadera identidad de Rosa—. Vinimos a ver a una amiga y un hombre apareció y nos atacó con una especie de pincho. Primero se lo clavó a Mario en el estómago y luego, en el forcejeo posterior, cayó al suelo y se golpeó en la cabeza con una mesa. Creo que se ha desnucado.

—¿Está muerto?

Ella tomó aire. Necesitaba tranquilizarse y medir bien cada una de las palabras que salían de su boca.

—Creo que sí.

—¿Dónde están?

—En Colchester.

—¿Y qué hacen ahí?

—Se lo he dicho. Vinimos a ver a mi amiga… Alice —dijo tras una breve pausa, para no meter la pata y decir su verdadero nombre—. Yo estaba preocupada por ella, porque llevaba desde ayer con el teléfono apagado. Cuando llegamos no estaba en casa, así que entramos en una caseta que hay al lado, donde el hijo de la dueña tiene su taller, pero apareció y nos atacó. —Se dio cuenta de que estaba hablando de manera demasiado precipitada y poco clara—. Creemos que la secuestró.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—La verdad es que no lo sé.

—¿Sabe al menos dónde se encuentran?

—Junto a un restaurante. —Hizo una pausa de un par de segundos hasta que recordó el nombre—. Se llama «The Foresters Arms». La casa pertenece a la dueña y se la alquiló a mi amiga. Junto a la casa hay una caseta de madera sin ventanas, que el hijo de la dueña usa como taller. Dentro de la caseta hemos encontrado una pared oculta con unas escaleras que llevan a algún tipo de sótano.

—Escúcheme bien —dijo Harland con un tono que desprendía preocupación—. Quiero que salgan de ese lugar ahora mismo y que no toquen nada. Esperen a que llegue la policía de Colchester. Avisaré ahora mismo para que manden todos los efectivos disponibles y pediré también una ambulancia para su amigo. Pero lo más importante es que salgan de ahí ya.

La forma en que lo remarcó le dejó claro que estaba bastante cabreado, pero no le importó. Su máxima prioridad era que atendiesen a Mario. En cuanto se despidió de él, entró de nuevo en la caseta, donde no lo encontró.

—Te dije que no bajases —murmuró entre dientes, a la vez que bajaba por las escaleras.

Con cada paso sintió cómo se le encogía el corazón. No solo por el frío que reinaba en aquel lugar, sino porque temía que a Mario le hubiese pasado algo malo. Desconocía si la herida de su costado

había tocado algún órgano importante, pero lo que sí sabía era que estaba perdiendo bastante sangre.

Sus peores temores se vieron confirmados cuando al recorrer el último tramo de escaleras lo vio tendido en el suelo bocabajo. Una mujer estaba arrodillada junto a él.

—¡Mario! —gritó, notando cómo el ritmo de su corazón se aceleraba.

Ella alzó la cara para mirarla y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Está sangrando —murmuró Rosa.

Bianca llegó hasta su altura y se agachó a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí, ya no me encuentro tan mareada, pero Mario no se mueve.

—Vamos, ayúdame.

Entre las dos le dieron la vuelta. Tenía los ojos cerrados, aunque sus párpados se movían ligeramente, como si intentase abrirlos.

—Mario, soy Bianca. ¿Me oyes?

Al ver que no reaccionaba, le miró el costado. Estaba completamente empapado de sangre.

—Necesita una ambulancia —murmuró Rosa.

—La policía llegará pronto con una. Hay que intentar que no pierda más sangre.

—Voy a por una toalla.

Mientras Rosa iba en busca de ella, Bianca trató de reanimar a Mario.

—Tienes que aguantar —susurró inclinándose hacia él y tocándole la frente. La tenía cubierta de sudor y estaba fría—. La ayuda está en camino. Solo tienes que aguantar un poco más.

Fue en ese instante cuando se dio cuenta de que no podía perderlo, de que Mario significaba para ella más de lo que pensaba. Un sentimiento que hizo que acariciase su mejilla, con la esperanza de que eso lo hiciese despertar.

—Por favor, Mario, aguanta —susurró—. No te rindas.

—Ya estoy aquí —dijo Rosa entregándole una toalla.

Se la colocó sobre la herida y presionó. Ni siquiera eso sirvió para que abriese los ojos. Necesitaba ayuda médica de manera urgente o

lo perdería para siempre.

—Ven y presiona la herida. Yo tengo que subir a esperar a la ambulancia y guiar a los sanitarios hasta aquí.

Rosa ocupó su lugar, pero cuando Bianca se disponía a subir las escaleras llamó su atención.

—Espera. No soy la única que está aquí encerrada. Hay alguien más.

—¿Dónde?

—Varias habitaciones más allá de la mía. No sé en cuál. Hablé con ella al despertar por primera vez, antes de que ese cabrón volviese a drogarme. Creo que me echó algo en la comida o en el agua. —Rosa se llevó la mano al pecho y tomó aire—. Ella me dijo que no me asustase, que si hacía todo lo que él me decía, no me haría daño. Tienes que sacarla.

—La policía lo hará en cuanto llegue —respondió Bianca comenzando a subir los escalones. En ese momento solo podía pensar en salvar la vida de Mario.

—Tenemos que sacarla ya. Seguro que quiere estar a su lado.

Eso hizo que se detuviese y la mirase confusa.

—¿Qué quieres decir?

—La otra mujer que está encerrada aquí abajo es Lorena, la hermana de Mario.

49

BIANCA

Cuando Bianca abrió la puerta y se la encontró al otro lado, de pie, apenas fue capaz de articular palabra. Estaba más delgada de lo que recordaba y presentaba unas profundas ojeras. No obstante, no tuvo duda de que era ella.

—Lorena —murmuró.

Ella la abrazó mientras rompía a llorar.

—Me has encontrado.

—¿Estás bien?

—Sí, pero tenemos que salir de aquí antes de que vuelva ese enfermo mental.

—Tranquila, no te preocupes por él. Ya estás a salvo y Mario está aquí, conmigo.

—¿Mario? —dijo separándose de ella para mirarla.

—Sí, ha venido a buscarte —respondió señalando al otro extremo de la galería, hacia la escalera—. Pero le han herido y…

No le dio tiempo a terminar la frase. Lorena corrió a su encuentro y se arrodilló en cuanto llegó a su lado.

—¡Mario!

Bianca se acercó a ellos y observó emocionada cómo él tenía los ojos abiertos. Parecía que escuchar la voz de su hermana le había hecho recuperar la consciencia. Quizás su estado no era tan grave

como parecía. De todas formas, lo más urgente era que le atendiesen los servicios sanitarios.

—Hay una ambulancia de camino. Es mejor que os quedéis las dos con él mientras subo a buscar a los sanitarios —dijo Bianca—. Enseguida vuelvo.

Subió las escaleras lo más rápido que pudo, con la esperanza de que los sanitarios llegasen a tiempo para atender a Mario. El hecho de que hubiese abierto los ojos al escuchar la voz de su hermana era una buena señal.

Lo que no esperaba al llegar arriba y acceder de nuevo al interior de la caseta fue encontrarse con Emily arrodillada junto al cadáver de su hijo. La mujer tenía la cara desencajada por el dolor, aunque al verla se incorporó y sus ojos se encendieron.

—Habéis matado a mi niño.

Bianca no supo qué responder a esa acusación, sobre todo al ver cómo la mujer alargaba la mano y cogía un martillo que había sobre la mesa.

—Ha sido un accidente —acertó a decir mientras miraba hacia la puerta de salida. Si se movía rápido podría huir antes de que la alcanzase.

La mujer debió de adivinar sus intenciones porque se movió rápido hacia ella para cortarle el paso.

—Mi niño nunca hizo daño a nadie.

—Tu hijo encerraba a mujeres en el sótano.

—¡Mentira! ¡Eres una mentirosa! ¡Todas lo sois! Siempre mintiendo para perjudicar a mi pobre hijo.

Bianca no supo de qué estaba hablando, aunque fue lo que menos le importó en ese momento. Tenía que tomar una decisión. Si huía escaleras abajo, Emily la seguiría, lo que pondría en peligro a Lorena y Rosa, pero, sobre todo, a Mario, que no estaba en condiciones de defenderse. Debía hacerle entender que la muerte de su hijo había sido un accidente. El problema era que la mujer parecía fuera de sí y temía lo que pudiese hacer con el martillo que llevaba en la mano.

—Tranquilízate, por favor. La policía está a punto de llegar. No empeores las cosas.

Pero Emily no la escuchó y siguió avanzando. Eso llevó a Bianca a pensar que quizás era conocedora de las actividades de su hijo y que incluso lo protegía. De ser así, su vida estaba en peligro.

Un rápido análisis de la situación bastó para darse cuenta de que Emily era más corpulenta y fuerte que ella, por lo que no se veía capaz de hacerle frente. Eso hizo que intentase una vez más hacerla entrar en razón cuando ya la tenía a solo unos pocos pasos de distancia.

—Tu hijo se golpeó la cabeza contra la mesa después de apuñalar a mi amigo. No quería que descubriésemos lo que hacía en el sótano con esas mujeres.

—¡Mentira! —gritó Emily lanzándose a por ella con el martillo en alto.

En lugar de esquivarla, Bianca avanzó a su encuentro y logró agarrarla por el antebrazo antes de que descargase el golpe. Sin embargo, la fuerza del ataque hizo que retrocediese y se golpease en la espalda contra la estantería, lo que la dejó sin respiración. Al menos fue capaz de mantener el agarre sobre el brazo que empuñaba el martillo, por eso Emily la agarró por el cuello con la otra mano.

—¡Voy a matarte! —gritó fuera de sí con su cara a pocos centímetros de la de Bianca.

Aquella mujer estaba como poseída, con una fuerza descomunal que no iba a ser capaz de contener durante mucho tiempo. En un intento desesperado por quitársela de encima, Bianca la golpeó en el estómago con el puño de la mano que tenía libre, pero apenas tuvo efecto. Emily era más fuerte que ella y ni siquiera se inmutó.

Pronto empezó a notar que las fuerzas le fallaban por la falta de aire, así que trató de moverse hacia un lado para hacerle la zancadilla y tirarla al suelo, como había visto hacer a Mario con su hijo. El problema fue que pisó mal sobre una de las carpetas que había en el suelo y resbaló, perdiendo el equilibrio y precipitándose al suelo de espaldas. Emily cayó sobre ella con todo el peso de su cuerpo, lo que hizo que soltase la mano con la que sujetaba el brazo en el que empuñaba el martillo.

Bianca quedó a su merced, a punto de perder el conocimiento por la falta de aire y observando impotente cómo la mujer elevaba el martillo sobre su cabeza para golpearla. Fueron unas décimas de segundo en las que solo pensó en lo injusto que era el mundo, permitiendo que el mal reinase sobre el bien.

En un último intento por salvar la vida, trató de interponer su antebrazo para evitar que el martillo le golpease en la cara.

Por suerte, el golpe no se produjo.

De pronto, notó cómo el peso de Emily sobre ella se liberaba y alguien se la quitaba de encima.

Necesitó unos segundos para llenar de nuevo los pulmones de aire y, al alzar la cabeza, vio a dos policías de uniforme que mantenían a Emily tumbada en el suelo, bocabajo, mientras le colocaban las esposas.

Por fin todo había acabado.

Estaban a salvo.

50

MARIO

Lo primero que hizo al abrir los ojos fue tomar conciencia del lugar en que se encontraba. Era una habitación de hospital, de paredes blancas y bien iluminada gracias al enorme ventanal situado a su derecha. En el brazo tenía puesta una vía conectada a un gotero.

El primer impulso de Mario fue intentar incorporarse, pero de inmediato una mano se posó en su pecho, impidiéndoselo.

—Quieto, tienes que descansar.

Al girar la cabeza al lado izquierdo se encontró con la resplandeciente sonrisa de su hermana Lorena.

—¿Estás bien? —murmuró él con un hilo de voz apenas audible.

—Sí, gracias a ti. Me encontraste.

Mario no recordaba mucho de lo sucedido en aquel refugio subterráneo, sobre todo después de liberar a Rosa. Cayó al suelo y perdió la visión durante un tiempo que no supo precisar. Solo cuando escuchó la voz de Lorena consiguió abrir los ojos, aunque no tardó en sumirse de nuevo en la oscuridad. Después de eso, algunos flashes: los sanitarios alzando su cuerpo para colocarlo en una camilla, la visión del interior de una ambulancia y por último entrando en un quirófano.

Ahora ya era capaz de mantenerse despierto, por lo que centró su mirada en Lorena, que le observaba con una amplia sonrisa de

felicidad y los ojos llenos de lágrimas por la emoción.

—Pensé que no volvería a verte.

—Yo también lo pensé —dijo ella—, aunque algo en mi interior me decía que al final vendrías a rescatarme.

—Fue cuestión de suerte. Pensaba que ese predicador te había asesinado.

—Bianca me lo contó todo. Jamás se me pasó por la cabeza verle a solas. Había algo en su sonrisa que me hizo desconfiar de él.

—Hiciste bien. Lo que no entiendo es cómo terminaste aquí.

—George, el hijo de Emily, me secuestró.

—¿Cuándo?

—A la salida del trabajo. Había quedado con ella esa tarde en Colchester y cuando salí del hospital me encontré con que su hijo me estaba esperando en el aparcamiento con su furgoneta. Me contó que había ido a Londres para hacer unos recados y que su madre le había dicho que yo iría esa tarde para ver las reformas de la casa, así que se ofreció a llevarme. Lo cierto es que no me apetecía ir hasta Liverpool Street para coger el tren, así que acepté. Tenía que haber desconfiado de él.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Si te digo la verdad, no lo recuerdo muy bien. Solo que sentí un pinchazo en el muslo al sentarme a su lado dentro de la furgoneta y, antes de poder reaccionar, perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba encerrada en una habitación de la que nunca salí hasta que Bianca me liberó.

Mario dudó si hacerle la siguiente pregunta. La veía tan feliz en ese momento que no quiso arruinar su estado de ánimo con malos recuerdos. Ella debió adivinar lo que pensaba porque añadió:

—Tranquilo, no me hizo nada.

—¿En qué sentido?

—No me hizo ningún daño, al menos físico. Solo me tenía en esa habitación para grabarme.

—No lo entiendo —replicó él, desconcertado.

—Cada día me ordenaba que me pusiese una ropa que me pasaba a través de la trampilla. Si no lo hacía, no me daba agua ni comida, así que después de tres días terminé obedeciendo. Era ropa

erótica, con la que apenas podía cubrir mis partes íntimas. Luego me pedía cosas a través de un altavoz, como que me tumbase en la cama y me acariciase a mí misma, que diese paseos por la habitación moviendo las caderas o que llenase la bañera y me metiese en ella desnuda.

—¿Y dices que no te tocó?

—Nunca. La verdad es que no volví a tener contacto directo con él después de que me encerrase. Me entregaba la comida y la ropa por la trampilla de la puerta, y solo se dirigía a mí por los altavoces.

—Sigo sin entenderlo.

—La policía lo descubrió todo en cuanto encendieron las pantallas que tenía en la mesa de su taller. Lo que hacía era grabarme con las cámaras repartidas por la habitación y luego vendía las imágenes a través de internet, en una plataforma privada en la que le pagaban mucho dinero por acceder a ellas. Al parecer, no era la primera vez que hacía algo así. Ya le detuvieron hace diez años en Liverpool por grabar sin su consentimiento a las chicas de una residencia de estudiantes en la que trabajaba su madre. Tenía escondidas cámaras en los conductos de ventilación de las duchas y en las habitaciones. Imágenes que luego vendía en páginas ilegales. Le condenaron a dos años de prisión, por eso se fueron a vivir a Colchester.

—Donde parece que siguió con su afición.

—Es más perturbador de lo que crees. La policía ha encontrado entre sus cosas la documentación de una mujer que desapareció hace cuatro meses en un pueblo cercano a Colchester.

—¿La encerró como a vosotras?

—No lo saben, por eso están revisando todas las grabaciones de las cámaras. Al menos eso me contó el inspector de Scotland Yard que vino ayer a verme al hospital.

—¿Ayer? ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Dos días. Perdiste mucha sangre, así que te tuvieron sedado hasta hoy. Por suerte, la puñalada que recibiste en el estómago no afectó a ningún órgano vital, pero estuviste más cerca de la muerte que de la vida por culpa de toda la sangre que perdiste. No sabes

cuánto me alegra que te hayas recuperado —afirmó ella, mientras le cogía la mano y una lágrima descendía por su mejilla.

—Yo también me alegro de que estés bien y de que por fin podamos estar juntos.

—¿Eso significa que todo ha terminado?

—Sí.

—Me asusté mucho cuando dejé de tener noticias tuyas hace seis meses. ¿Qué ocurrió?

—Habrá tiempo para contártelo todo. Lo importante ahora es que estoy libre y que nadie podrá separarme ya de ti.

—Después de tantos años…

Lorena no pudo contener más tiempo la emoción y rompió a llorar, lo que hizo que Mario le acariciase la mejilla.

—Todo volverá a ser como antes.

Ella se incorporó y lo abrazó. El esfuerzo de todos esos años por protegerla y darle una mejor vida había merecido la pena.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Lorena al sentarse de nuevo a su lado.

—La verdad es que no lo sé.

—¿Vas a quedarte aquí, conmigo?

—Al menos una temporada. Tenemos mucho de lo que hablar.

—¿Luego volverás a España?

Antes de que pudiese responder, la puerta de la habitación se abrió, lo que hizo que los dos desviasen la mirada hacia ella.

—Hola —dijo Bianca, asomándose.

—Pasa, no te quedes ahí —le pidió Lorena.

Ella entró en la habitación y dibujó una amplia sonrisa al posar los ojos en Mario.

—Me alegra ver que estás despierto —dijo deteniéndose a un par de pasos de la cama.

—Yo también me alegro de verte —replicó él, devolviéndole la sonrisa.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy despierto, así que supongo que bien.

—Nos diste un buen susto a todos.

—¿Rosa está bien?

—Sí, gracias a ti. ¡Quién iba a imaginar que estaba encerrada en ese refugio subterráneo! Bueno, que lo estaban las dos.

—Nos salvaste —añadió Lorena cogiéndole la mano.

Mario la miró y se encogió ligeramente de hombros.

—Fue cuestión de suerte. Además, no lo habría conseguido sin la ayuda de Bianca. Se arriesgó mucho para encontrarte.

—¿Sabes que Emily la atacó con un martillo cuando subió a buscar a la policía?

—Esa mujer estaba loca, tanto o más que su hijo —aseguró Bianca.

—¿Te hizo daño? —preguntó él.

—No, aunque estuvo a punto. La policía la detuvo antes de que lo consiguiese.

—¿Y por qué te atacó?

—Se trastornó por completo cuando vio a su hijo muerto. Intenté razonar con ella y explicarle que nos había atacado primero, y que su muerte había sido accidental, pero no quiso atender a razones. Estaba como poseída.

—Me alegra que no te hiciese daño.

—Resultó que esa mujer era mucho más peligrosa de lo que suponíamos. No vino al Reino Unido para escapar de su marido. En realidad, lo asesinó y luego huyó del país con su hijo.

—Nunca lo habría imaginado.

—Harland me lo contó después de que la detuvieron y comprobaron sus huellas. Vivía bajo una identidad falsa.

—Imagino que estará bastante cabreado con nosotros.

—¿Harland? No te creas, más bien todo lo contrario. Gracias a nosotros ha detenido a dos psicópatas muy peligrosos. Acabo de hablar con él y dice que han encontrado una grabación de vídeo en la que se ve cómo el hijo de Emily estrangula a una mujer, en una de las habitaciones del refugio subterráneo. Acabó con su vida unos días antes de secuestrar a Lorena.

—Dejaría de serle útil y por eso la mató —intervino Lorena con voz apagada—. Seguro que es lo que habría hecho conmigo, tarde o temprano.

—No pienses en eso —dijo Mario, agarrando su mano—. Lo importante es que estás a salvo y ese perturbado ya no puede hacer daño a nadie más.

—Y que por fin estamos juntos —añadió ella.

—Bueno, os dejo —dijo Bianca, captando de nuevo la atención de ambos—. Seguro que tenéis mucho de lo que hablar, así que volveré en otro momento.

A Mario le habría gustado decirle algo más, pero salió de la habitación antes de que le diese tiempo. Si algo le había demostrado Bianca es que era una mujer valiente y luchadora, muy alejada de la impresión que le había causado al conocerla. Eso le recordó que uno no conoce realmente a las personas hasta que se enfrentan a situaciones de estrés y Bianca había superado con creces las expectativas iniciales que tenía de ella.

—¿Hay algo entre vosotros?

La pregunta de Lorena le pilló por sorpresa.

—¿Cómo que algo?

—Venga, ya me entiendes. Desde que ingresaste, Bianca no ha parado de venir para comprobar si habías despertado. Incluso pasó a tu lado las primeras horas, mientras yo estaba declarando ante la policía.

—No lo sabía.

—Se la veía muy preocupada por ti.

—Estos últimos días han sido intensos. Para los dos —añadió—. Incluso arriesgó la vida para encontrarte.

—Lo sé, me contó lo que ocurrió en la casa de ese predicador y lo que descubrió luego la policía. Menudo horror.

—Fue muy valiente reuniéndose con él sola y yo muy estúpido por permitirlo.

—Me alegra que pudieses salvarla. Bianca es una amiga muy especial para mí, de las pocas que puedo considerar como tal. Me ayudó mucho en la universidad. No tenerte cerca fue duro y me apoyé mucho en ella. Luego, cuando me vine a vivir aquí, mantuvimos el contacto y me visitó en varias ocasiones. Es una de esas amigas con las que siempre puedes contar. Por eso, cuando hace un año me explicó el proyecto que tenía entre manos para

proteger a las mujeres maltratadas, me ofrecí a ayudarla en todo lo que necesitase.

—Deberías habérmelo dicho en alguno de tus correos.

—No podía. La clave era que el menor número de personas posible supiese lo que estaba haciendo.

—Lo entiendo. La pena es que no la veo capaz de asumir tanta responsabilidad. Le faltan medios y apoyos. Está demasiado sola.

—Tal vez tú podrías ayudarla.

—¿Yo? —replicó, sorprendido por la propuesta—. Mi prioridad ahora es estar a tu lado y recuperar el tiempo perdido.

—Yo también, pero imagino que en algún momento tendrás que seguir con tu vida.

¿Mi vida?, pensó Mario. Todo lo sucedido en los últimos días había hecho que se olvidase de lo que había dejado atrás, de la precipitada huida de España y de lo incierto que era su futuro. Aunque hubiese recuperado su verdadera identidad, había dejado atrás varios cabos sueltos. En algún momento tendría que decidir si regresaba para resolverlos o si retomaba su vida donde la había dejado doce años antes.

Al mirar a los ojos de Lorena tuvo claro que la mejor decisión que podía tomar era pasar página y aprovechar esa oportunidad que se le había presentado para empezar de cero.

Un nuevo comienzo.

Una nueva vida.

Sin los errores del pasado.

51

BIANCA

Había pasado un mes desde su regreso a Madrid, una vuelta a la normalidad que Bianca agradeció. Atrás quedaban las emociones vividas en el Reino Unido y la satisfacción de saber que Rosa ya no tendría que preocuparse nunca más de que su marido Carlos la encontrase.

Tres días después de rescatar a Lorena y a Rosa, recibió una llamada de la policía de Chelmsford para comunicarle que la persona que la había asaltado en la calle, robándole la maleta, había fallecido en una pelea en un bar de la ciudad.

Al parecer, se había metido en una pelea en un pub estando borracho y la brutal paliza que recibió por parte de tres hombres con antecedentes le causó una hemorragia interna que acabó con su vida. Los servicios médicos no pudieron hacer nada por él de camino al hospital.

Un triste, pero justo final para alguien que había maltratado a su mujer hasta llevarla al borde del suicidio. Tuvo que contener una sonrisa de satisfacción cuando acudió a la comisaría de Chelmsford y un policía le mostró una foto del cadáver de Carlos. No reveló su verdadera identidad. Se limitó a confirmar que era el hombre que la había atacado en plena calle.

Después de eso, ya no tenía motivos para quedarse, así que decidió regresar a España. Rosa también lo hizo, aunque una semana más tarde que ella, una vez decidió a qué lugar se iría a vivir. Eligió Granada como destino, donde consiguió un trabajo en un hotel rural y recuperó su verdadera identidad.

En cuanto a Mario, Bianca no fue capaz de despedirse de él en persona. En su lugar, prefirió hablar por teléfono con Lorena y decirle que debía regresar a España con urgencia por cuestiones de trabajo. No era tan urgente como dio a entender, pero era el mejor modo de ahorrarse el trago emocional de una despedida que imaginó sería para siempre. Mario se había reencontrado con su hermana y supuso que se quedaría con ella en el Reino Unido. Lo confirmó cuando vio que pasaban los días sin recibir una llamada suya, así que se centró en su trabajo y en recuperar la normalidad, convencida de que sus caminos ya no se volverían a cruzar.

Esa mañana, cuando llegó a la consulta, su secretaria la recibió con mirada enigmática.

—Tienes una visita en la sala de espera —dijo sin elevar mucho la voz.

—Hasta dentro de media hora no tiene que llegar el primer paciente.

—No es ningún paciente. Dice que es amigo tuyo y que te alegrarás de verle.

En ese momento, no se le ocurrió de quién se podía tratar, así que se asomó a la puerta de la sala. El corazón se le paró cuando vio a Mario sentado en una de las butacas, con una revista en la mano.

—Hola, Bianca —dijo poniéndose en pie y dejando la revista en el montón que había sobre la mesa.

—Hola. Yo… —Las palabras se atascaron en su garganta, a la vez que notaba sus mejillas encenderse. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que lo había visto en el hospital—. No esperaba volver a verte.

—¿Tan mal acabaron las cosas entre nosotros?

—Claro que no. —Tomó aire antes de continuar—. Solo que… pensé que te quedarías en el Reino Unido con tu hermana.

—Ella tiene su vida allí y yo tengo que vivir la mía propia. Al menos es lo que no ha dejado de repetirme durante el mes que he estado viviendo en su casa, hasta que al final le prometí que lo haría. Y tiene razón —añadió—, por eso he vuelto.

Aunque trató de disimularlo, una sombra de decepción cubrió el rostro de Bianca. Si se refería a volver al camino de la delincuencia, lo último que quería era volver a tener relación con él, por eso preguntó:

—¿Y qué vida es esa a la que vas a volver?

—Preferiría contártelo en un lugar más privado.

—Claro, perdona. Vamos a mi despacho.

Lo condujo hasta él y, una vez dentro, cerró la puerta.

—Siéntate, por favor —le pidió señalando las dos sillas que había delante de su mesa, mientras ella ocupaba su asiento al otro lado.

—Esperaba un diván —dijo Mario mirando a su alrededor.

—Eso era en otros tiempos. Además, soy de las que me gusta mirar a mis pacientes de frente, a los ojos, mientras hablo con ellos.

—¿Me consideras un paciente?

—Te considero un amigo.

—Sin embargo, te marchaste sin despedirte de mí.

—Tuve que regresar. Los pacientes me reclamaban y ya no tenía motivos para quedarme en el Reino Unido, sobre todo después de lo que le ocurrió a Carlos, el marido de Rosa.

—Lo sé, ella me lo contó. Vino a verme al hospital y me dijo que pensaba regresar a España. De hecho, me dijo que la visitase en Granada cuando quisiese.

—¿Y lo has hecho?

—No, aterricé anoche y tampoco es una de mis prioridades ir a verla. A quien quería ver en primer lugar es a ti.

Bianca sintió que los nervios le atenazaban el estómago por el modo que tuvo de mirarla.

—¿Para despedirte? —acertó a preguntar.

—Para darte las explicaciones que no pude darte en su momento y para que entiendas algunas de las cosas que hice y por qué las hice.

—No es necesario —dijo ella, no muy segura de adónde iba a llevar esa conversación.

—Te mereces saber la verdad, aunque antes necesito que me prometas que lo que te cuente no va a salir de aquí. —El cambio de tono en su voz le dio a entender que hablaba bastante en serio—. ¿Los psicólogos no tenéis algo parecido al secreto de confesión que tienen los curas?

—Existe la confidencialidad entre psicólogo y paciente. El problema es que no eres mi paciente.

—Eso tiene fácil arreglo. —Mario echó mano del bolsillo de su pantalón y sacó una cartera, de la que extrajo un billete de cincuenta euros—. ¿Ahora sí? —dijo posándolo sobre la mesa con una sonrisa.

Ella también sonrió, divertida.

—Lo siento, pero eso no cubre mi tarifa.

—No sabía que una psicóloga fuese tan cara.

—Lo aceptaré como un primer pago —aseguró sin hacer ademán de cogerlo—. Todo lo que me cuentes a partir de ahora quedará entre nosotros.

—Gracias. —Mario sacó algo más de la cartera que puso junto al billete—. Ese es mi documento nacional de identidad. El verdadero.

—¿Cómo que el verdadero? —preguntó extrañada, cogiéndolo.

—Mario es el nombre que me pusieron mis padres al nacer. Sin embargo, durante doce años esa no ha sido mi identidad.

—No termino de entender —murmuró, cada vez más confusa. El nombre que constaba en el documento era el mismo que cuando se lo había mostrado en el piso de Lorena, al conocerse: Mario Ortiz Mures.

—El mejor modo de que lo entiendas es que me remita a cuando tenía veinte años —empezó a explicarle—. La vida con nuestra tía era insoportable, como ya te contó mi hermana en su día, y necesitaba encontrar el modo de sacarla de esa casa, por eso me preparé a conciencia durante meses. Estudié, entrené y me dejé la piel para superar las pruebas de acceso. Mi idea era pagarle los estudios a mi hermana con mi sueldo una vez me admitiesen y que no tuviese que volver a esa casa.

Bianca le miró desconcertada. No terminaba de entender a qué se estaba refiriendo. ¿Prepararse para ser un delincuente? ¿Cobrar un sueldo?

Decidió no andarse con rodeos.

—¿De qué me estás hablando? ¿Qué tipo de pruebas tiene que superar un delincuente?

—No soy un delincuente, Bianca —aseguró mirándola a los ojos —. Soy policía.

52

MARIO

La cara que ella puso fue la que Mario esperaba: de total desconcierto.

—Pero… ¿de qué estás hablando? —murmuró Bianca.

—No soy un delincuente, soy un policía de incógnito que ha estado doce años infiltrado en una organización criminal. —Tuvo la sensación de que no le creía, por eso decidió ser más concreto—. Pasé sin problemas las pruebas físicas y también los exámenes escritos. Por suerte, en esa época no se exigía un nivel mínimo de inglés o nunca habría entrado. —Soltó una breve carcajada que no fue imitada por ella. Se la veía demasiado impactada. O pensaba que le estaba tomando el pelo—. El examen psicológico y el reconocimiento médico también los superé sin problemas, hasta que llegué a la entrevista personal. Fue lo que cambió mi vida

—¿Qué ocurrió?

—Un inspector jefe, llamado Pedraza, se reunió a solas conmigo y me ofreció la oportunidad de trabajar como infiltrado, a cambio de un sueldo mucho más elevado del que iba a percibir como simple policía. Necesitaba a alguien que no hubiese pasado por la fase de instrucción en la Escuela Nacional de Policía y que, por lo tanto, nadie pudiese identificar como miembro de la policía. Alguien cuyo

nombre no constase en ninguna base de datos de la Policía Nacional, para que nadie pudiese delatarme.

—¿Entonces no eres policía?

—Lo soy, o al menos lo fui durante los casi doce años en los que recibí religiosamente mi paga cada mes en una cuenta en el extranjero. Con ese dinero pagué los estudios de Lorena y la ayudé durante su estancia en el Reino Unido.

Bianca sacudió la cabeza, confusa.

—Perdona, pero sigo sin entender muy bien cómo te llevó eso a la cárcel.

—Para infiltrarme en el mundo de la delincuencia tenía que romper con mi pasado y mi familia, en especial con Lorena, con la que no podía volver a tener contacto físico.

—¿Y aceptaste hacerlo?

—Era el único modo de sacarla de Luarca y darle una nueva vida.

—Renunciando a la tuya —murmuró Bianca.

—Te aseguro que mereció la pena o al menos fue lo que pensé en ese momento. En lugar de ir a la Escuela Nacional de Policía en Ávila, como el resto de mis compañeros, Pedraza me instruyó en secreto y aprendí todo lo necesario para infiltrarme en una de las organizaciones criminales más peligrosas del país.

—¿Y no volviste a tener contacto con tu hermana?

—Jamás en persona, ni por teléfono, solo a través de mensajes de correo electrónico. De hacerlo de otro modo, la habría puesto en peligro.

—Ahora entiendo por qué nunca me habló de ti cuando estudiábamos juntas.

—Para ella y para el resto del mundo, yo había dejado de existir. Mario Ortiz Mures solo era un fantasma. Me convertí en otra persona con una nueva identidad, un delincuente que fue ascendiendo en el organigrama de la banda criminal más importante del norte de España. La información que obtuve sirvió para detener a muchos delincuentes, confiscar grandes envíos de drogas, pero, sobre todo, ayudó a desvelar quiénes eran los miembros más importantes de la organización y la gente que trabajaba para ellos: abogados, banqueros, políticos, incluso policías.

—¿Había policías corruptos trabajando para ellos?

—Policías y miembros de otros cuerpos de seguridad, por eso mi verdadera identidad debía mantenerse en secreto.

—Entiendo.

—Al final ayudé a reunir pruebas para detener y encarcelar a Piñeiro, el jefe de la organización. Se suponía que ahí terminaría mi trabajo, pero, una vez en prisión, fue capaz de seguir dirigiendo el negocio desde dentro, apoyándose en nuevos contactos que yo desconocía. Por eso Pedraza me pidió que averiguase todo lo que pudiese desde dentro. Preparó una falsa acusación contra mí e ingresé en prisión con una condena de cuatro años. La idea era que solo estuviese unos meses, pero el nuevo entramado de negocios que tenía montado Piñeiro era tan grande que mi misión se alargó más de lo esperado.

—Tuvo que ser muy duro estar en la cárcel tanto tiempo.

—No voy a negar que lo fuese, pero cuando trabajas para una organización tan importante, todo el mundo te respeta. El problema fue que obtuve la información con cuentagotas, así que, finalmente, Pedraza puso fecha a mi liberación. Me dio un plazo de seis meses, al cabo del cual aprovecharía el primer permiso carcelario para no regresar a prisión. Dicho de otro modo, el delincuente dejaría de existir y yo recuperaría mi identidad y la vida que había dejado doce años atrás.

Al decir eso, Mario sintió cómo la angustia hacía presa en él. Había perdido muchas cosas en el camino y hecho otras de las que no estaba para nada orgulloso.

Bianca, que no perdía detalle de sus palabras, dibujó una débil sonrisa, a la vez que decía:

—Y lo has hecho.

—No del modo que estaba planeado. Poco después de que Pedraza me dijese eso, perdí todo contacto con él. Era mi único enlace con el exterior y, sobre todo, con mi hermana. Él se encargaba de responder a sus mensajes de correo por mí y de decirle que estaba bien. Pero lo peor de todo es que era la única persona que conocía mi verdadera identidad y que, en realidad, yo era un policía infiltrado.

—¿Era tu único contacto en la policía?

—Y en parte era mejor así, porque de otro modo jamás habría salido de la cárcel. —Mario sintió un escalofrío al pensar lo cerca que había estado de suceder eso—. Aguanté hasta el primer permiso carcelario y salí con la idea de ponerme en contacto con él en cuanto pisase la calle. Lo que nunca imaginé fue que el motivo por el que había dejado de contactar conmigo era que estaba muerto.

—¿Qué le ocurrió?

—Lo asesinaron. —Al escuchar eso, ella se llevó las manos a la boca, horrorizada—. No sé quién lo mató ni en qué circunstancias. Y tampoco me paré a averiguarlas, porque eso habría desvelado mi condición de policía y habría puesto mi vida en peligro.

—No lo entiendo. ¿No tenías a nadie que te pudiese ayudar fuera de la cárcel?

—Nadie, estaba completamente solo. Policías, jueces, fiscales… Nadie sabe de mi existencia y es mejor así si quiero seguir vivo. Como delincuente puedo llegar a desaparecer, pero si la gente para la que trabajaba supiese que soy policía, pondrían precio a mi cabeza. Por suerte —continuó—, antes de entrar en la cárcel, Pedraza lo dejó todo preparado por si ocurría algo como lo que luego sucedió. Ocultó en la tumba de mis padres mi verdadera documentación, actualizada, y dinero suficiente para un imprevisto. Una vez la tuve en mi poder, decidí viajar al Reino Unido para buscar a mi hermana. El resto de mi historia ya la conoces.

Bianca le miró con una profunda tristeza.

—No quiero imaginar el infierno por el que has pasado todos estos años.

—Lo bueno es que ahora puedo continuar donde lo dejé. Vuelvo a ser Mario Ortiz Mures, una persona normal, un ciudadano más. Mi condición de policía ha quedado en el limbo y esa vida de delincuencia ya no existe.

—¿Y entonces qué vas a hacer?

Mario se incorporó de la silla y se inclinó hacia ella, con las manos apoyadas en la mesa.

—Para eso he venido a verte.

Epílogo

BIANCA

Al escuchar esas palabras, Bianca lo miró con cara de no entender nada.

—¿Qué quieres decir?

—Preferiría explicártelo con un café en la mano —respondió Mario.

—Después de todo lo que me has contado, casi prefiero dar un paseo y tomar un poco el aire. Lo necesito.

—Me parece una buena idea.

Abandonaron la consulta y de camino a la puerta, Bianca le dijo a su secretaria:

—Voy a salir a dar un paseo. Espero no tardar.

—El primer paciente de hoy no tardará en llegar.

—Lo sé. Tranquila, volveré a tiempo.

En realidad, era lo que menos le preocupaba en ese momento. Después de lo que Mario acababa de contarle, necesitaba escuchar qué más tenía que decirle.

No volvieron a hablar hasta que pisaron la calle.

—Antes de nada, quiero que sepas que trabajar no es para mí una necesidad ahora mismo —aseguró él mientras cruzaban la calle por el paso de cebra, en dirección al parque que había al otro lado

de la calle—. El sueldo que cobré mientras fui agente encubierto era bastante bueno y todavía me queda una buena cantidad.

—¿Quiere eso decir que ya no lo cobras?

—No desde hace seis meses.

—Desde que murió ese tal Pedraza —recordó ella.

—En realidad murió hace cuatro meses, después de permanecer dos meses en coma tras el disparo. No sé si el dinero lo ingresaba él directamente o alguien cortó el grifo de sus actividades en cuanto le dispararon. La cuestión es que he cancelado la cuenta en la que recibía el dinero y lo he movido a otra que de momento es segura. Es otro de los motivos por los que no he venido hasta ahora a verte. Tenía que arreglar ese asunto.

—¿Y es el único dinero que has obtenido?

—¿Qué quieres decir?

—Imagino que tu actividad como delincuente también te reportaría algún ingreso.

Mario soltó una carcajada.

—Así es, un dinero que ahora quiero destinar a un fin mejor.

—¿Vas a donarlo a una causa benéfica?

—Más bien estaba pensando en que fuésemos socios.

Bianca se detuvo y lo miró perpleja.

—¿Qué tipo de socios?

Mario sonrió antes de responder a su pregunta, divertido por la reacción de ella.

—Te voy a ser sincero. Creo que la labor que haces por esas mujeres es encomiable, pero está claro que necesitas ayuda. Tú sola no puedes asumirlo todo. Además, necesitas que alguien te proteja. —Al ver que ella iba a replicarle, alzó la mano para que le dejase hablar—. Lo sé, eres una mujer valiente y decidida. Con esto no estoy diciéndote que no sepas defenderte, solo que el asunto en el que andas metida es más peligroso de lo que crees. Te enfrentas a psicópatas dispuestos a lo que sea por encontrar a sus parejas y castigarlas por abandonarles. Eso te coloca en el ojo del huracán, en la pieza más débil del eslabón, como ya te dije en su día.

—¿Y tú quieres ser esa pieza?

—Lo que quiero es que no exista ninguna pieza. Quiero que no haya nadie que sepa tu nombre o lo que haces. Convertir esta actividad tuya en algo invisible a los ojos del resto del mundo.

—¿Es eso posible? —preguntó con un cierto tono de incredulidad.

—Lo es con dinero y una buena estrategia.

—¿Insinúas que la mía no es buena? —No lo dijo enfadada. En realidad, empezaba a interesarle lo que Mario le estaba proponiendo.

—Es mejorable. —Antes de continuar, la cogió suavemente del brazo para animarla a seguir caminando—. Verás, la clave para que una mujer empiece una nueva vida es que nadie encuentre un hilo que pueda llevarla hasta ella.

—Eso es algo que he tenido claro desde el principio.

—Y ahí es donde quiero entrar yo, ayudándote. Después de todo, en el Reino Unido no nos fue tan mal trabajando juntos.

Bianca no pudo evitar que se le escapase una sonrisa.

—Sería al final, porque al principio fuiste bastante arrogante.

Él también sonrió.

—Y tú una estirada. Reconócelo.

—Lo único que pienso reconocer es que no me gustó tu aspecto al conocerte.

—¿Por qué motivo?

—Parecías un delincuente recién salido de la cárcel —dijo ella, conteniendo la risa.

—¡Vaya! —exclamó Mario, soltando un bufido—. ¿Estos son los comentarios que me esperan si trabajamos juntos?

—Todavía no estoy muy convencida de aceptar tu propuesta. Tampoco me va tan mal sola en mi actividad secreta.

—¿Actividad? —le replicó él, con tono de burla—. ¿No crees que es hora de que le pongas un nombre más pegadizo? Como «Agencia de ayuda al maltrato» o algo parecido. El marketing es importante.

—Hace un momento me estabas diciendo que lo más importante es la discreción.

—Sí, pero cuando alguien acuda a nosotros pidiendo ayuda debemos utilizar un nombre que genere confianza. ¿Qué te parece Agencia BIMA? Ya sabes, de Bianca y Mario.

—Eres un chistoso, ¿verdad?

—Ya te dije que soy más gracioso de lo que parece. ¿O qué tal Agencia de…?

—¿De verdad es necesario ponernos un nombre? —le interrumpió ella, conteniendo una carcajada—. La idea era dar un paseo para tomar el aire y despejar la mente.

En ese momento, Bianca escuchó la melodía de su teléfono, así que lo sacó del bolsillo. Al observar la pantalla vio que se trataba de su secretaria.

—Dime, Sandra.

—La primera cita de hoy ya está aquí.

—Está bien. Dile que tardaré menos de cinco minutos. —Una vez cortó la llamada, miró a Mario—. Tengo que volver a la consulta, así que habrá que dejar esta interesante charla para otro momento.

—Claro, no hay problema, aunque antes quiero decirte algo. Esta vez en serio —añadió él—. Estoy aquí porque creo en lo que haces y porque quiero ayudarte. Me he pasado doce años viviendo entre delincuentes y asesinos. He visto la maldad humana, por eso ahora quiero proteger al débil y evitar que más mujeres pierdan la vida por querer ser libres. Te prometo que no te defraudaré.

—Sé que no lo harás.

Regresaron a la consulta, mientras el sol asomaba entre las nubes, como si fuese un buen presagio de lo que estaba por venir

Al llegar al portal, Mario se despidió.

—Espero verte pronto. Y prométeme que pensarás en mi propuesta.

—Ya lo he hecho. ¿Qué te parece si vienes a buscarme a eso de las dos de la tarde y vamos a comer juntos? —propuso Bianca—. Así podemos seguir con esta conversación.

—Me parece una idea genial. Te esperaré aquí mismo.

Mario comenzó a caminar dándole la espalda, hasta que la voz de ella le detuvo.

—Mario.

—Dime —respondió volviéndose para mirarla.

—Quiero que sepas que te he echado de menos desde que regresé a España.

No fue algo dicho por quedar bien. Realmente lo sentía así. No había dejado de pensar en él un solo día desde que había vuelto a Madrid. Le costó reconocerlo, pero lo cierto es que sentía que entre ellos existía una conexión especial y necesitaba que lo supiese.

Mario esbozó una amplia sonrisa.

—Ese es el otro motivo por el que he vuelto.

Y se alejó, mientras ella lo seguía con la mirada, a la vez que sus mejillas se encendían.

Por primera vez en mucho tiempo, Bianca vio el futuro con optimismo.

Un futuro en el que deseaba tener a Mario a su lado.

La serie VIDAS OCULTAS continúa con:



LA SENDA DEL DOLOR

Bianca y Mario regresan con una nueva novela en la que trabajarán codo con codo para proteger y poner a salvo la vida de las mujeres que sufren maltrato.

El problema es que alguien quiere castigar a esas mujeres y lo hace del modo más horrible: acabando con sus vidas.

Lanzamiento previsto para el verano de 2026

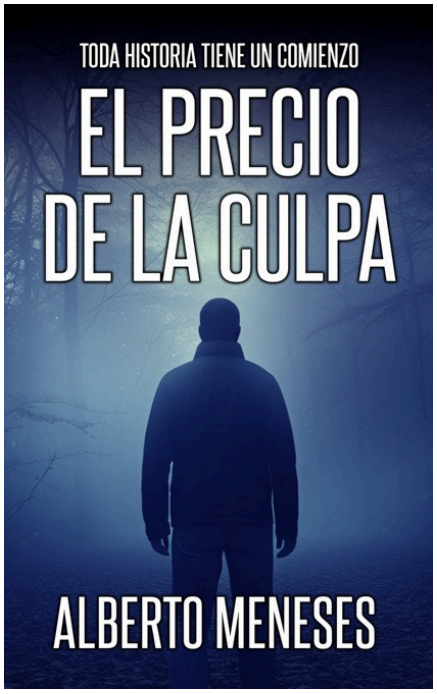
Querido lector

Gracias por leer **La senda del olvido.**

No olvides dejar tu comentario al final de este libro o en la página de compra de Amazon.

Tu opinión es importante para mí. Me ayudará a mejorar como escritor y a que otros lectores conozcan la novela.

Novela gratis



Suscríbete a mi lista y consigue gratis **El precio de la culpa,** la precuela de la serie Roberto Fuentes.

Lista de correo de Alberto Meneses

https://geni.us/milibrogratis



Contacto con el autor

Si tienes cualquier problema con la visualización de esta edición, o si deseas enviarme alguna sugerencia, pregunta o comentario, puedes hacerlo al siguiente correo electrónico:

alberto.meneses@hotmail.es

O puedes seguirme a través de mis redes sociales:



Acerca del autor

En mi página web podrás conocer todo sobre mis novelas, así como futuros proyectos, noticias y ayudas al escritor:

https://albertomeneses.es

También puedes formar parte de mi grupo de lectores en Facebook y compartir tus impresiones con otros lectores, así como estar al tanto de mis nuevos trabajos.

Grupo de lectores de Alberto Meneses



Otras obras del autor

SERIE ROBERTO FUENTES:

1. Los muertos no se ahogan

2. Déjame morir

3. El cazador de lágrimas

4. Devoradores de espíritus

5. Profanación

6. Las voces de los muertos

7. El legado del mal

8. Otra tumba olvidada

PACK LIBROS 1-3

PACK LIBROS 4-6

SERIE VERÓNICA CUEVAS:

1. Cicatrices del pasado

2. La justicia del inocente

3. Donde habitan los demonios

4. Una bala nunca miente

5. El asesino de corazones

6. El ocaso de la verdad

PACK LIBROS 1-3

SERIE FRAN MERINO:

1. Cuando cese la lluvia

2. Tiempos de oscuridad

